



EL HOMBRE ESCONDIDO BAJO EL ÁRBOL

ANTONIO F. ORTIZ



Círculo Rojo
EDITORIAL

ESCONDIDO BAJO EL ÁRBOL

ESCONDIDO BAJO EL ÁRBOL

D

ANTONIO F. ORTIZ



Círculo Rojo

EDITORIAL

Primera edición: febrero 2017

Depósito legal: AL 147-2017

ISBN: 978-84-9160-218-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Fernández Ortiz © Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo ©
Fotografía de cubierta: Imagen de Shutterstock, tratada por Esther García y Miguel Cervantes-Pineo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculo rojo.com
info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Dedicado a aquellos que fingen ser felices, engañándose a sí mismos. Ya aquellos valientes que consiguieron dar ese paso necesario hacia su propia felicidad.

1. UN PRÓLOGO DISIMULADO

S

er valientes no debería ser una opción. Obrar como queremos – sin pensar en la repercusión que pueden acarrear nos nuestras osadas acciones – tendría que ser el eje donde giraran nuestras vidas. Sin embargo, optamos por tomar decisiones casi siempre de cara a la galería. Sin molestar demasiado a la sociedad de la que formamos parte. De repente, la opción valiente, la descartamos. No nos sirve, pese a que esa elección sea la que nos haga ciertamente felices.

Tal vez este libro que te dispones a leer, quiso disfrazarse de valentía. Quizá esta humilde escritora que teclea las palabras que lees, ansió ser audaz. Que lo haya sido o no, depende de lo que juzgues al finalizar tu lectura, pues en ese momento valorarás la obra que tienes entre tus manos.

Créeme que no es fácil. No por lo complicado que resulte redactarlo, no. Eso es lo más sencillo, a pesar de que es una tarea muy compleja, por supuesto. Lo que resultó verdaderamente espinoso fue bucear dentro de mí misma, recordando diálogos, miradas y gestos que viví en los hechos que te voy a narrar.

Mi nombre es Laura. Es mi verdadero nombre. No lo dudes. No quiero caretas porque ya es tarde para eso... Soy profesora de Primaria en un colegio de Pizarra, un pueblo malagueño. Aunque soy aloreña. De Álora – pueblo vecino de Pizarra – donde me llaman “La perota”. Pues así nos denominan a los aloreños, desde hace mucho tiempo...

Quienes sean de la zona conocerán la escuela donde trabajo. Pero por respeto a mis compañeros, omitiré su nombre. Pues que yo sea valiente – obrando como tal – no me permite empañar la institución educativa, ni a mis compañeros. Espero que lo comprendas.

Te preguntarás por qué he escrito este libro. Qué fue lo que me ha llevado a tomar tal decisión. De este modo, debo ser honesta contigo, diciéndote que me lo han recomendado como terapia. ¿Por qué? Eso debes descubrirlo a lo largo

de la lectura. Así como existe otro importantísimo motivo que no puedo desvelarte ahora...

Si te preguntas por qué me veo capacitada para ello, ya te digo que jamás me vi preparada. Y tanto fue así, que tuve que pedir ayuda. Hasta ese momento, lo más parecido que había hecho al mundo de la literatura fueron una serie de artículos en un blog semanal, para ayudar a niños con problemas de aprendizaje.

Así, viéndome que no sería capaz de abordar la tarea con brillantez, me puse en contacto con el novelista Alejandro Fuentes, famoso escritor mexicano – residente en Álora – autor de varias obras de éxito, quien hoy día es un gran amigo y que imagino que conocerás. A él le narré todas las vicisitudes que me disponía a escribir, porque entendía que debía ofrecer lo mejor de mí de la manera más profesional. Tenía verdadero pánico a iniciar la escritura. Aunque más terror me producía el desvelar todo lo que viví a un extraño...

Antonio F. Ortiz

Pero Alejandro no solo me escuchó, dándome muchísimos consejos. Verdaderamente actuó como corrector durante la confección de los capítulos. ¿Por qué lo hizo? Pues según él porque le emocioné. De esta forma, me dijo que la rebeldía comienza cuestionándonos a nosotros mismos. Apuntó que cuando la vida quiere brindar con nosotros, somos nosotros quienes debemos llenar las copas. Que quizás cuando le damos la vuelta a nuestras vidas, se le pueden ver las costuras...

Siempre en conversación telefónica – pues Alejandro es una persona reservada – me apuntó aquello que tenía que destacar. El momento preciso donde narrar tal cosa u otra. También me indicó que no debía desvelar lo obvio. Que tenía que tratarte a ti como el ser inteligente que eres, lleno de empatía. De la necesaria comprensión que ruego que tengas, no porque me preocupe lo que juzgues, no, sino porque quiero ver en ti a un amigo o a una amiga. Un ser individual con pensamientos propios. Y no a un eslabón dentro de una sociedad que actúa como cadena opresora, machacando aquello que se salga de lo moralmente establecido. Así, Alejandro me señaló que mi problema no era lo que los demás tuvieran que decir de mí, ya que la verdadera molestia residía en el caso que les hiciera.

Mi amigo mexicano me confesó que si me escapaba, él cavaría el túnel conmigo. Me prometió que haría que mi libro viera la luz. Y ya lo tienes frente a ti, al fin. De hecho este primer capítulo que lees, curiosamente es el último que he escrito. Un prólogo disimulado.

Cuando dudé de hasta dónde podía llegar este libro, Alejandro me señaló lo siguiente:

— ... Laura. Te llamas como mi hija, a la que hace mucho tiempo que no veo... Amiga Laura, soñar es un acto de rebeldía. ¡Seamos rebeldes! A la llama de una vela le puede ser imposible alumbrar todo un desierto nocturno, pero al menos se hace notar...

Ser cobarde no debería ser la única opción.

Cuando le pregunté cómo debía escribirlo; el mexicano, tajante, me contestó que debía hacerlo con el corazón. Porque al corazón – ¡a ese corazón que se entrega! – nunca le falta la tinta...

Adelante pues. Acompáñame...

2. NUESTROS MUNDOS DEL REVÉS

A

vanzaba cabizbaja por la calle Larios, mirándome en el reflejo de sus famosos escaparates donde – durante unos instantes – trataba de imaginarme proyectada en el tiempo... Aquella tarde de junio era muy calurosa, pero el calor no achantaba a los numerosos viandantes de la conocida vía malagueña.

¿Qué pensaba?, preguntarás. Pues cavilaba la manera de esquivar a un toro furioso que venía a darme una fuerte cornada, llevándose por delante el orden que hasta ese preciso momento había estado rigiendo mi vida.

Por el camino observaba a las estatuas humanas quienes, con sus disfraces ingeniosos – más o menos disparatados – permanecían inmóviles, buscando que algún curioso les arrojara alguna moneda en sus diversas cajas. De este modo, viendo que mi existencia tomaba la pendiente más pronunciada –

cogiendo mucha velocidad – me hubiera cambiado, sin más, por alguna de aquellas estatuas vivientes, permaneciendo quieta, muy quieta, intentando frenar a toda costa lo que se me venía encima...

Y en mis manos sostenía un sobre. Un sencillo sobre que aparentemente no pesaba nada. No obstante, tenía que agarrarlo bien fuerte, porque dentro de sí ocultaba unas palabras escritas que pesaban un quintal...

¡Cómo podía haber sido tan estúpida! ¡Tan loca! Yo, que siempre había sopesado cada paso que había dado. Siempre observadora, muy prudente y sensata... ¡Bah, al carajo todo! Cuando llega el amor verdadero se juega con fuego y se nos olvidan las reglas...

De repente, tropecé con una chica muy guapa que en sus manos portaba flores para vender. Insistentemente me rogaba para que le comprara una. Yo no estaba para flores. Su matraca me mareaba. Pero al momento me percaté de que las flores no eran naturales, sino de plástico. Y de esta manera se lo señalé en un intento de quitármela de encima.

— ... ¡Así te durará mucho más, mujer! ¡Mira qué colores! — exclamó con una sonrisa pícaro.

— Prefiero que me dure menos y poder oler su fragancia — le expliqué. Momento en el que el sobre se cayó al suelo.

Me puse de cuclillas para recogerlo. Pero la joven hizo lo mismo, diciendo:

— ¡Cómprame una flor, guapa, aunque solo sea para que eso que me has dicho no se te olvide...!

Me hizo sonreír, haciéndome pensar en la vida que había llevado hasta apenas diez meses antes. Previamente a encontrar mi flor natural, cuando había decidido compartir mi vida – hacía muchos años – con una flor de plástico. Tal vez como había dicho la chica, a cambio de unos bonitos colores y una atractiva estructura, pero sin frescura, ni aroma...

Finalmente le compré una. Total, por un par de euros...

Respiré hondo, pero no para obtener aroma de aquella flor de mentira, sino para entrar en el conocido parking de La Marina. Necesitaba dos cosas. Por un lado, volver a tener el brío suficiente para afrontar lo que ese sobre indicaba;

y por otro, contener las lágrimas.

No quise aún pagar el ticket del aparcamiento. Pues no sabía cuánto tiempo iba a permanecer allí, pues dentro de mi coche estaba esperándome Iván.

Cuando abrí la puerta del vehículo, me senté como si llevara andando miles de kilómetros. De inmediato le di el sobre, reposando mis brazos en el volante, y sobre ellos, mi cabeza.

— ... Esos test no suelen fallar, Laura — apuntó sin abrirlo — ¿De siete u ocho semanas?

— De ocho... ¡Es que somos gilipollas! — exclamé, mordiéndome el labio inferior.

Reinó el silencio durante casi un minuto, hasta que Iván se dio cuenta de que portaba la flor de plástico en mi mano derecha:

— ¿Y esa flor?

Le miré de reojo, preguntándole con media sonrisa: — ¿La quieres?

Volvió el silencio. Pero esta vez más espeso. Más negro. Ese silencio de las miradas perdidas. Sin tiempo. Un silencio que la sensatez tenía que romper:

— Abortaré...

Iván me cogió de la muñeca, nervioso, buscando mi atención:

— ¡No! A ver... ¡¿Cuándo empieza a notarse eso?! ¡La barriga!

— Quince o dieciséis semanas... Por ahí.

— Espera entonces. Hay que meditarlo muy bien, mujer. ¿No has pensado que este niño ha podido venir para precipitarlo todo?

Volvió mi media sonrisa:

— ¡Nos va a precipitar! ¡Pero bien *precipitaos*...!

Y nos reímos. Mucho. Porque a nosotros lo que más nos gusta es reír. Y riendo así, el mundo pierde todo su dramatismo.

— Hay tiempo. No mucho, pero lo hay, vida...

Asentí con la cabeza, mirando mi flor:

— ¡Menudo regalo para Antonio! — exclamé con ironía. Era 13 de junio, el

santo de mi marido.

— Yo quiero a ese niño... Pero sea cual sea la decisión que tomes, tendrás todo mi apoyo, Laura.

Le cogí su mano izquierda:

— No necesito todo tu apoyo, solo que me sujetes bien...

Nos besamos.

Al instante pensé en lo larga que sería la vida sin Iván y también si tendría que poner nuestros mundos del revés, para enderezar nuestros destinos...

Momento en el cual sonó mi teléfono móvil. Era Antonio Jesús. Rápidamente llevé mi dedo índice a la boca, exigiendo el acostumbrado silencio.

Normalmente Antonio me escribía a través de la mensajería. Era muy raro que me llamase.

Y se desató una negra pesadilla.

Antonio – muy pesaroso – me indicaba que mi única hermana, María, había sufrido un violento accidente con el coche y que había sido trasladada con urgencia al hospital Virgen de la Victoria. El Clínico, como lo conocemos los malagueños...

3. ME FALTARON BESOS AQUELLA NOCHE

¿Qué le ha pasado a mi hermana?!

Iván me dijo que no me preocupara por él. Que me fuese directamente hacia el hospital. Me indicó que iría a la parada de trenes de Cercanías para tomar uno que le llevara nuevamente a Pizarra, donde residía. Horas antes, yo le había recogido en el polígono industrial de este pueblo – nuestro punto de encuentro – porque insistió mil veces en acompañarme a la ginecóloga pues – como acabas de leer en el capítulo anterior – no uno, sino dos test de embarazo aseguraban que la puñetera cigüeña tenía un envío urgente para mí...

¿Qué le ha pasado a mi hermana?

No quiero que este capítulo lo interpretes como una justificación, no. Pero

entiendo que ahora tienes todo un batallón de preguntas que bien podría acribillarme en cuestión de un segundo. Por eso es necesario que comprendas mi parecer. No pretendo con ello que compartas mi postura. ¡O tal vez sí! Quizá sea así... Bueno, sea de una manera u otra, aquí estás leyendo este libro. No te hará ningún mal conocer mi posición...
¿Qué le ha pasado a mi hermana?

Iván llegó destinado a nuestro colegio, en septiembre de 2015. Justo diez meses antes. Él es de Olvera – en Cádiz – y también estaba casado, siendo padre de un niño de dieciséis años. Te preguntarás por qué surgió el amor entre nosotros... Bueno, queremos pensar que fue así, porque lo quiso el destino. Aunque esta es la típica expresión que se dice cuando no se quieren dar muchas explicaciones, ¿verdad? Pero este es el momento de darlas. Aquí estás para conocerlas. E imagino que te intrigará saberlas...

¿Qué le ha pasado a mi hermana?

Desde que le vi, me sentí atraída por él. No porque fuera un hombre atractivo de mi misma edad – cuarenta y cuatro años – sino también porque era una persona muy sensible, culta, con mil temas de conversación. Y lo más importante, él se preocupaba por mí. Porque era atento, muy atento, y estaba tan pendiente de quien escribe estas palabras, que el día que me dijo que fuera a él, yo no pude negarme. De repente, el amor me rejuveneció. Me sentía... ¡Nos sentíamos como si fuéramos dos adolescentes con todo un mundo por descubrir! Porque sí. Porque ni él, ni yo jamás habíamos estado realmente enamorados de nuestras parejas...

¿Qué le ha pasado a mi hermana?

El niño que esperaba era de Iván. No había ninguna duda. Simplemente porque llevaba sin acostarme con Antonio Jesús desde antes de diciembre – o noviembre, tal vez... Cuando mi esposo no se vio en la necesidad de hacerlo conmigo; y yo tenía cero ganas de sentir siquiera el roce de su piel... ¿Que él

Antonio F. Ortiz

podía acostarse con otras? Tal vez lo hacía. Él no tenía horario. Llegaba cuando le daba la gana. Siempre de juerga...

Tampoco teníamos hijos a quienes educar, después de llevar 17 años de casados... Pero no quiero echarle la culpa de esto. Los hijos no llegaron porque no quise. Fui así de egoísta. Aunque he querido pensar que no los quise porque no deseaba tenerlos con Antonio. Sin embargo, fue conocer a Iván y ansiar compartirlo todo con él. ¿Un hijo? Por qué no un hijo... ¡Pero no lo busqué! Quiero que te quede bien claro. El embarazo se produjo precisamente por gilipollas. Por beber demasiado y dejarme llevar por el momento, sin usar la debida protección...

¿Qué le ha pasado a mi hermana?

La siguiente pregunta que puedes hacerte, posiblemente sea el por qué no me había separado de Antonio mucho antes. Por qué aguantarnos tantos años, ¿verdad? Pues muy sencillo. Por el qué dirán... ¡Maldita sensación saberse que vives en un gran escaparate...! Y también no lo hice para no darles un disgusto a mis padres, ya mayores; ni tener que darles explicaciones a nuestros familiares y amigos... ¿No te vale esto? No pretendo convencerte. Pero he de recordarte que cada cual es un mundo. Y para mí aquello se me hacía muy cuesta arriba...

¿Qué le ha pasado a mi hermana?

Me casé con Antonio Jesús en el 99. ¿Por qué?, te preguntarás esta vez. Pues porque tenía veintitrés años cuando empezamos a salir en Álora. Todas mis amigas tenían novio. No quería ser una solterona. Aquellos tiempos no son los de ahora, claro está. En el presente esta excusa puede causar hasta risa. Está de moda quedarse soltera y vivir la vida loca. Ser independiente. Volar libremente sin pagar tributos... Antonio era un joven dicharachero, encandilador. Y yo era una ilusa estudiante – acabando Magisterio – que no quería ser menos que nadie...

¿Qué le ha pasado a mi hermana?

Llegó la cena de navidad de los compañeros de la escuela. Iván y yo llevábamos tonteando desde los primeros meses del curso. Cuando le dije que me marchaba de la cena, presto se dispuso a acompañarme al coche – con la excusa de que se sentía algo mareado – necesitando respirar un poco. De esta manera, insistió en señalar que me iba demasiado pronto. Y tal vez fuera así.

Esa copa de más sembró en mí la sensación de querer algo serio con él. Y me asusté. Por ello decidí marcharme antes de cometer lo que – a todas luces – me parecía una locura. Así, sin más, me cogió la mano. ¡Fue pura electricidad! Y acariciándola con suavidad, me confesó que le daba pena que fuera tan guapa esa noche y que marchándome, me luciese tan poco. Le miré a los ojos; Iván me acarició la cara y acto seguido me besó...

¿No es suficiente motivo para ti? Pues a mí me faltaron besos aquella noche tan fría...

Pero, ¡Dios mío! ¡¿Qué le ha pasado a mi hermana...?!

4. ¡¿QUÉ LE HA PASADO A MARÍA?!

C

uando llegué al Clínico, solo me importaba saber eso. Antonio Jesús – que había traído a mis padres y a mi cuñado Miguel – me contó que sabía muy poco de su estado. Con la cara más blanca que las batas de los médicos, me narró lo que sintieron al pasar junto al lugar del accidente – la curva antes de llegar a Cerralba – donde una grúa intentaba subir el viejo coche plateado de mi hermana.

A mi madre le dio un ataque de ansiedad, pese a ser una mujer muy fuerte. Y tanto fue así, que al llegar al centro hospitalario tuvieron que suministrarle un tranquilizante.

Con los ojos llorosos, trataba de que Antonio me dijera algo más; a lo que él respondió:

— ... Solo cabe esperar. Y rezar...

Y eso hicimos durante mucho tiempo en una sala de espera, junto a la UCI.

La cara de mi cuñado estaba desenchajada. No quería hablar con nadie, mirando al suelo y llevándose las manos a la cabeza a cada instante.

Cuando Antonio Jesús salió nuevamente a fumarse un cigarrillo, aproveché para llamar a Iván y así poder intercambiar un par de frases con él, pues había llegado nuestra escandalosa tía Rosa, con la prima Cristina, dedicándole el consuelo necesario a mi madre.

Susurrándole a Iván que no sabíamos apenas nada de María, me despedí, prometiéndole decirle algo en el momento que supiéramos más sobre su estado. Pero en ese instante, sin esperarlo, Antonio Jesús puso su mano en mi hombro y me giré instintivamente. Torciendo el gesto, me preguntó con quién hablaba; y yo – en un alarde de improvisación – le dije que charlaba con Paqui. Ella era la jefa de mi hermana en la tienda donde trabajaba preparando y vendiendo comida casera...

— ... Bueno, Paqui. Ya te contaré cuando sepamos algo. ¡No hace falta que vengas, no! ¡Venga, un beso, cariño...!

¡Sumando otra mentira! ¡Vamos a por los dos millones...! Me río por no llorar. ¡Solo faltaba que Paqui hubiera aparecido por allí...!

A continuación me senté junto a mis padres, rebuscando en mi bolso un paquete de clínex que tenía casi agotado. Cuando lo encontré se lo ofrecí a mi madre, pues tenía la camisa de su marido que era un verdadero mar de lágrimas.

De esta forma, seguí charlando de cosas vanas con mi tía y con mi prima, en un intento de evadirnos de aquella terrible pesadilla.

Aun así, me preocupaba mi padre, a quien miraba a cada poco. No decía nada. Solo se limitaba a tener la cabeza de su esposa sobre su hombro derecho. Y la mirada fija en algún lugar muy lejos de allí. Tal vez en alguna sala distinta de hospital cuando – de otra forma – esperaba tener noticias alegres de su nueva hija...

Mi hermana María... Ella es más pequeña. Tres años menor. Y guapísima. Mucho más guapa que yo. Una figura más estilizada, con ese precioso cuello de cisne... Nunca vi una mujer que le sentara tan bien la ropa como a ella, de veras. Su pelo era como el mío, castaño oscuro. En mi caso un buen día oculté ese castaño tras un tinte rubio. Cabello que cada poco tiempo tengo que teñir porque el pelo me crece muy rápido... ¿Su personalidad? Las dos somos parecidas. Tenemos nuestro humor particular. Nos entendemos muy bien, sí. Aunque normalmente los demás no pillan nuestras bromas. María es... ¡Oh, María...!

De repente, vi que Antonio Jesús conseguía charlar un poco con Miguel. Pero poca conversación sacaba de él. Seguidamente Antonio me miró llevándose los dedos índice y medio a la boca. Me proponía echar un cigarro en la puerta. Yo le hice un gesto como que no me apetecía, así que levantó sus hombros y se volvió a marchar.

En ese instante Miguel estiró las piernas y se cruzó de brazos, mirándose los pies. Sin más, me levanté y me puse a su lado:

— ... No le pasará nada, cuñado. Ella es muy fuerte, pese a su apariencia... Pero Miguel no respondía. De esta manera, le cogí su brazo izquierdo, zarandeándole levemente:

— ... ¡Que sí, hombre! ¡Que pase más tiempo sin que nos digan algo, siempre es buena señal...! — exclamé con una sonrisa.

Miguel giró su cabeza, espetando:

— ¡¿Y quién iba con ella?!

¡¿Cómo?!

— No te entiendo. ¿Con María?

— ¡Sí! ¡¿Quién iba con ella en el coche?! ¡¿Lo sabes tú?! ¡Ella te contaba todo! ¡¿Quién es ese hombre...?!

Me quedé muda. ¿Qué hombre? ¿Qué me estaba diciendo...?

— Pero... ¿María iba acompañada?

Miguel asintió.

— Pero..., María iba a Coín... Ella me dijo que iba a cambiar unos zapatos tuyos, creo. Los que te regaló por tu cumpleaños. ¡No sé de qué hombre me hablas, Miguel...!

— Déjalo... — dijo finalmente, volviendo a mirarse sus pies.

¿Qué estaba pasando? Aquí había algo que no sabía. Me levanté rápidamente y me puse junto a mi padre:

— Papá, ¿María iba acompañada?

— Eso parece, niña... — contestó, haciendo una mueca.

— ¡¿Pero quién es?! ¡¿No se sabe?!

Mi padre respondió con una negación rotunda. De esas negaciones que pueden

mover cimientos. De hecho me pareció que todo el edificio vibró durante unos segundos...

Me volví a levantar, situándome entre mi tía y mi madre:

— Mamá, ¿sabes que María iba acompañada en el coche?

Ella afirmó, llevándose a los ojos el clínex – ya arrugado a más no poder – para secarse la lágrima postrera:

— Sí... — respondió, sonándose la nariz con ese pedazo de papel maltratado. Ahora era yo la de la mirada perdida. Moradora en el silencio.

Mi madre añadió:

— ... Y según parece, ese hombre ha muerto en el mismo lugar del accidente.

Nos lo dijeron nada más entrar. Por si sabíamos algo de él...

¡Murió! ¡Dios mío! De repente, vi que la vida de mi hermana podía correr más peligro... Sinceramente poco me importaba ese hombre. ¡Sería cualquiera! No teníamos por qué pensar mal. Mi cuñado se equivocaba. ¡María me hubiera dicho algo...! ¡Me...! Y comprendí que no. Entendí que mi hermana no me habría dicho nada de nada, al igual que yo nunca le había hablado de Iván. Aun así, cabían muchas explicaciones más allá de la que supones. O de la que sospechaba Miguel; o quizás mis padres...

Dándole vueltas a la cabeza, estaría una hora y media más. Y en mis continuas cábalas, interrumpió una voz terrible. ¡Rajando como el cuchillo!

— ... La familia de María Aranda... ¿Carmona?

A la única que le salió la voz del cuerpo fue a mi prima Cristina, con una afirmación casi imperceptible.

— ... Bueno, parece que finalmente María se ha estabilizado. Ha sufrido dos paradas cardiorrespiratorias. Una en el lugar del accidente. La otra hace apenas hora y media. ¡Casi se nos iba...!

— ¿Cómo está? — pregunté de inmediato.

La mujer miró su papel dos segundos:

— No presenta más daños serios. No tiene traumatismos. Tiene golpes lógicos del impacto, eso sí. El airbag debió de salvarle la vida... Y las heridas en su piel seguramente fueron producidas cuando la sacaron del vehículo. Tenemos

que hacerle alguna que otra prueba. El diagnóstico – en estos casos – siempre es reservado, claro. Puede presentarse una nueva parada... ¡Pensemos que no! Solo queda esperar...

— Esperar y rezar. Rezar mucho...— añadí, mirando a Antonio. Al momento todos nos abrazamos. Incluso Miguel...

5. UN REGALO QUE NO SE QUIERE

N

os dijeron que nada más podríamos hacer estando allí. María no recibiría ninguna visita hasta que los médicos la sacaran de la UCI. De este modo, resignados ante esa situación – conscientes de que no podríamos verla hasta entonces – regresamos a Álora. Antonio Jesús se llevó a Miguel; mientras que yo llevé a mis padres a su casa del campo, en La Vega...

Durante el trayecto apenas hablamos. Únicamente mi padre – precisamente en la curva donde mi hermana había tenido el infortunio – apuntó dos cosas: una, que no entendía cómo María había podido sufrir el accidente en una curva tan abierta. Y la segunda, que el coche de mi hermana era tan viejo, que no solo dudaba de que tuviera airbag, sino que se sorprendería si averiguaba que el mismo tenía frenos, indicando con mucho humor que lo más parecido que llevaría María en su vehículo – como airbag – podría ser una bolsa del super, medio abierta... ¡Qué ocurrencia! Comenzamos a reír de impotencia.

Incluso mi madre sonrió, exclamando:

— ¡...Qué cosas tienes...!

Tras dejarles en el campo, comprobé mi móvil. Tenía un mensaje de Iván que quise leer detenidamente cuando llegara a casa. Ya era tarde, pues el reloj marcaba más de la una de la madrugada. Pero cuando aparqué en la calle, vi que el coche de Antonio ya estaba estacionado. Él estaba dentro, por lo que me dispuse a leer el mensaje. No quería entrar. Me hubiese tirado en el vehículo toda la noche. Te lo aseguro...

En aquel mensaje, Iván se congratulaba porque María aparentemente hubiera

superado el trance, contestando otro mensaje anterior que pude enviarle cuando salimos del hospital, donde le conté lo que había dicho aquella enfermera; o tal vez fuese la doctora, la verdad es que tengo mis dudas...

Pero él prosiguió, repitiéndome que estaría conmigo para todo con respecto al bebé. Que debía pensar muy bien antes de tomar cualquier decisión. Y me rogó para que no me tomara a broma su opinión, apuntando nuevamente que quizás ese bebé que esperábamos podía haber venido para precipitarlo todo. Desde ese instante le cogí tirria al verbo “precipitar” por la velocidad inherente; y también porque el mismo me recordaba a un precipicio. El lugar donde perfectamente me ubicaba en esos días...

Finalmente me preguntó si yo iría a la escuela al día siguiente, despidiéndose con nuestro “TA”. Nuestro acostumbrado “te amo”. Yo solo le respondí con otro.

Recuerdo que apagué el móvil, mirando hacia la casa. A ese lugar donde – esa noche como otras tantas – no quería entrar. Pero irremediamente tenía que hacerlo.

Cuando cerré la puerta, el golpe de la misma alertó a Antonio, que en ese momento se estaba secando en el baño anexo al dormitorio, tras darse una ducha:

— ¿Nena...? ¡Nena, no veas la tralla que me ha dado Miguelito, durante todo el camino...!

Yo me tumbé boca arriba en la cama, mordiéndome el labio inferior y alzando las cejas.

— ... Que si quién era ese tío. Que María se la estaba pegando con él. ¡Que ya entendía muchas cosas! Que si patatín y patatán...

Comencé a quitarme la ropa, dispuesta a darme otra ducha.

— ... ¡Qué pelmazo, nena!

— ¿Y tú qué le decías? — pregunté interesada.

— ¿Yo? ¡Qué voy a decirle! ¡Que podía ir al Bricomart, a ver si tienen cascos de albañil con dos agujeritos...!

Y comenzó a reír. Con esa risa estúpida que me sacaba de quicio.

Nos cruzamos en la puerta del baño:

— ¡Qué bobo eres...! — le señalé.

Y siguió riéndose:

— Nada, mujer. Le dije que no se precipitara... Otra vez ese dichoso verbo.

— ... Que había que enterarse de quién se trataba. Que se estaba montando una película de siete Oscars. ¡Solo eso, nena...!

Como puedes suponer, las insinuaciones de Antonio no me estaban haciendo ninguna gracia. Hablaba de cuernos, sin saber que él tenía el Cum Laude de las cornamentas... Y no lo digo de broma, aunque lo parezca. Como te dije en un capítulo anterior, probablemente yo también podría tener el mismo título, aunque reconozco que nunca lo he sabido a ciencia cierta. Pero lo que siempre ha dado lugar a bromas – las infidelidades – de inmediato se tornó en algo muy serio para mí.

De veras que hubiera deseado estar soltera cuando conocí a Iván. Aunque supiese que él estaba casado. Pero al menos yo no hubiera tenido ese sentimiento de culpa que me reconcomía por dentro, no.

El amor que sentía por Iván afortunadamente hacía que la culpabilidad fuera a menos. Tanto hacia Antonio, como hacia la esposa de Iván, pues considero que el amor verdadero está por encima de todo. Yo no tenía culpa por haberle encontrado tarde. Ni él, de encontrarme tarde a mí. Nos sentíamos marionetas del destino. Nada nuevo, lo sé. Y naturalmente envidiábamos a todas aquellas parejas que tuvieron la enorme suerte de encontrarse en el momento oportuno...

— ... Nena, ha pasado mi santo y ni me has regalado nada. ¿Te parece bonito?

— me reprochó ya tumbado en la cama. Salí del baño con la toalla enrollada; abrí la puerta del armario y rebusqué hasta encontrarlo:

— ¡Toma, bocazas! ¡Que eres un bocazas...!

Antonio sonrió – rompiendo el envoltorio – preguntando qué era. Al fin descubrió el Iwach. El reloj de pulsera inteligente que tanta ilusión le hacía tener.

— ... Lo que tanto querías...

Se alegró como un niño pequeño, en Reyes. Y por unos minutos se calló, trasteándolo. El tiempo que tuve para ponerme el pijama y meterme en la cama con él.

— Gracias, nena... Y ahora que pienso, el mes que viene es nuestro aniversario, ¿qué quieres que te regale?

— Los buenos regalos son los que no se esperan... — contesté pensativa.

— Bueno, ya se me ocurrirá algo para sorprenderte...

Y siguió. Creo que no paró de hablar hasta cerca de las dos y media de la madrugada. Imagino que para sonsacarme qué era lo que yo quería como regalo de aniversario. Y no. Por mucho que le insistía en que era tarde – y que deseaba ir al colegio al día siguiente – él proseguía, cansino. Agotador, como solo sabía serlo él. Y yo – ante tanto regalo y tanta promesa – únicamente pensaba cómo podía aceptarse un regalo que no se quiere...

6. LAS BREVES DE CHOCOLATE

A

la mañana siguiente acudí a la escuela, en Pizarra. Creí que no iba a poder dormir aquella noche, pensando en todo lo sucedido el día anterior. Pero dormí y mucho. Incluso recuerdo un sueño muy real donde me veía conduciendo el coche de mi hermana. Poco más. Ya no me acuerdo de nada más, la verdad.

Pensarás que no debía haber acudido al colegio, teniendo la excusa del accidente de María, pero prefería ir a trabajar esa mañana, antes que quedarme en casa y aguantar a Antonio, ya que tenía el turno de tarde en el hotel de Marbella, donde trabaja como jefe de sección.

Puede que pienses que podría haber solventado aquello, yendo al hospital, pero nos rogaron que fuéramos a la tarde, pues nos habían dado muy pocas esperanzas de ver a mi hermana por la mañana. Aun así, mi padre – mucho más tranquilo que el día anterior – decidió tomar su coche e ir al Clínico, junto a mi madre y mi cuñado, para conocer cualquier novedad sobre su estado. Algo muy natural.

Los diarios malagueños reflejaron en sus portadas – eso sí de manera minúscula – el accidente de mi hermana y las retenciones que provocó en la A-357, como era costumbre. No pienses que aquello era algo excepcional. En un accidente mortal, poco tardaban en dar la noticia. Y según me comentaron, la misma tarde del siniestro ya aparecieron detalles al respecto en las redes sociales. Y mucha gente de Álora reconoció el vehículo de mi hermana a través de las imágenes que se mostraban. Pues en el pueblo no había otro coche más viejo y más desastroso que el de María. ¡Es que no sé cómo pasaba la ITV...!

Cuando llegué a la escuela, casi todos conocían lo ocurrido y se sorprendían al verme por allí. Pero me limité a explicarles cómo estaba ella, así como mi intención de ir a verla a la tarde. Como comprenderás, las pocas ganas de estar junto a Antonio, me las guardaba para mí... Me río.

Acabada la clase, los niños se marcharon rápidamente. Abrí mi bolso y saqué

el paquete de tabaco. Y otra vez se desató todo. Me puse a llorar, pensando en el octavo pasajero que tenía creciendo bajo el abdomen. ¿Fumo o no fumo...? Arrojé los cigarrillos a la papelera. No fumo.

Imagino que ahora puedes pensar lo siguiente: cómo siendo maestra de Primaria – rodeada de niños constantemente – no quería tener el mío. Cómo era que no tenía ese instinto maternal que se presupone debía tener, claro. Pues bien, lo tuve. Sí que lo tuve. Pero hacía mucho tiempo. Casi al principio de mi relación con Antonio, sí.

Tras los años de noviazgo, llegó la esperada boda. Y tras esa boda, los años que supuestamente quieren los novios para disfrutar un poco de la vida, viajando, *etc.* Tras el primer año de casada, te juro que esa idea se esfumó como el humo de ese cigarrillo que me moría por fumar, en un tornado tejano... Al año, ya no quería saber nada de mi marido. Para mi disculpa, Antonio Jesús tampoco puso mucho interés, ciertamente. Le daba igual. Así él tenía más tiempo para sus cosas: sus partidos de fútbol entre amigos; su pádel; su bádminton; ver a su Málaga en La Rosaleda; y todas las cervezas que rodeaban estas divertidas citas... ¡Adiós al bebé! ¡Suelten amarras que este barco velero no quiere ataduras! Un buen día quise tener una niña; otro mal día no la quise tener para siempre...

Pero allí me veía sentada, llorando sin saber qué hacer.

Cuando pretendí levantarme para abandonar el aula, golpearon la puerta. Era Iván. Pero justo cuando pretendió entrar, llegó Saray, la madre de Moisés, uno de mis alumnos más queridos. El pobre – cortado – la dejó pasar; y la madre con el hijo de la mano, pronto me mostró sus intenciones:

— ... ¡Laura! ¡De verdad, Laura, este niño me trae loca! ¡No me digas que va a suspender...!

Me tapé media cara con la mano izquierda y resoplé:

— Llevo diciéndotelo desde que empezó el curso, Saray. Moisés tiene toda la pinta de tener déficit de atención y esto es algo muy serio. ¡Y créeme que entiendo del tema...!

La madre miró a Moisés. A este precioso niño con sobrepeso. Mucho

sobrepeso, la verdad, pero para comérselo de guapo:

— ... Moisés tiene dificultades para pensar antes de actuar; se le olvida el material escolar o lo pierde; es muy impaciente; dice cosas poco oportunas; no guarda turno en los juegos...

— Y las matemáticas son una pesadilla. ¡En casa nos tiene locos! ¡Solo sabe eso de cuatro por cuatro, todoterreno! Me reí por dentro.

— Es inteligente, Saray. Eso no lo dudes. Pero también es muy impulsivo...

— ¿Impulsivo? — me interrumpió — Como vea una bandeja de brevas de chocolate, se tira en plancha. ¡En eso te aseguro que no tiene falta de atención! ¡El perla este! ¡Que es un...!

Y repentinamente, el niño que llevaba toda la conversación con el ceño fruncido y mostrando morritos, rompió aquel semblante preocupado con una amplia sonrisa y llevándose las dos manos al pecho, terminó exclamando:

— ¡Eso es lo que a mí me gusta, mamá! ¡Las brevas de choco!

¡Qué arte!

— ¡*Pa* eso no tienes problemas, no! Pero *pa* saberte las tablas de multiplicar... ¡*Pa* eso no sabes nada de nada!

El niño se quedó callado unos instantes, pero al momento abrió su boquita, levantando los brazos – como su antepasado bíblico – gritando:

— ¡*Ojú*, si yo *sabiera* tanto como saben las brevas de choco, sabría un montón...!

La madre resopló; y yo no pude parar de reír. Ya todo giró en torno a los dichosos dulces, añadiendo Saray – con esa gracia innata que tiene – que su niño tendría mucho déficit de atención, sí, pero que cuando veía una breva, las contemplaba tan intensamente como un pirómano miraba una chimenea...

En aquel momento, me hacía falta reír. Saray y su pequeño diablillo me hicieron olvidar cualquiera de mis preocupaciones por entonces. Y – por qué no decirlo – me moría por comer una breva de chocolate.

¿Sería mi primer antojo? Me la comí...

7. SENTADOS EN LA ESCALERA

U

n par de horas más tarde, me encontraba en la cocina, preparando café para dos, en mi cafetera italiana de toda la vida. No me gustan esas cafeteras modernas de cápsulas.

Iván me había mandado un mensaje, donde me preguntaba si Antonio estaba trabajando en el turno de tarde. Le contesté que sí. Entonces me rogó que esperara un poco, pues deseaba hablar conmigo, antes de que me marchase al hospital para estar con mis padres. Solo le pedí – como siempre – que tuviera cuidado y fuese muy discreto con los vecinos.

Era martes. Los martes y los jueves, Iván llevaba a su hijo David a una academia de inglés que hay aquí – en Álora – y acto seguido se desplazaba a tomar café a la terraza del restaurante Los Caballos donde solía corregir los exámenes de sus alumnos de sexto hasta que llegaba la hora de recoger a su hijo. Esa era la excusa más usada para justificarle la ausencia a Alicia, su esposa. De tal manera que cuando Antonio Jesús trabajaba por las tardes en Marbella; Iván se venía a mi casa, en el Cerro de las Viñas. No solo para hacer lo que piensas, no. También le ayudaba a corregir...

Alicia... Así se llama su esposa, sí. Una guapa pizarreña. Motivo por el cual Iván terminó desembarcando en Pizarra, en septiembre de 2015. Te preguntarás qué sentía yo hacia ella. Y te sorprenderá cuando te confiese que le profesaba mucha gratitud. Gratitud, sí, por cuidar tan bien de Iván. Sé que ella le quería muchísimo. Que estaba siempre pendiente de él; y yo solo podía sentirme agradecida por cuidarle... Pensarás que estoy siendo cruel diciendo esto. Como si me estuviera riendo de Alicia... ¡No, por Dios! Entiéndeme y – por unos segundos – trata de ponerte en mi lugar.

Imagina que estás enamorado o enamorada de alguien: ¿no querrías que la persona con la que pasa la mayor parte de su tiempo, le cuidara?
¡Naturalmente que sí! Pues así me sentía yo: muy agradecida. Por alimentarle bien. Por atenderle convenientemente cuando estaba enfermo. ¡Por tantas

cosas...! En definitiva, por estar allá donde yo no podía llegar...

¡Y sentía pena, claro! Por supuesto que era una verdadera putada lo que le estaba haciendo la amante de su marido, claro. Su amante, sí... La sociedad le ha otorgado connotaciones negativas a esta hermosa palabra. Pero amante es aquel que ama. Sencillamente. Una palabra a dignificar. Yo amaba a su marido, sí; al igual que ella. Pero Iván me amaba con locura. Y ella – simplemente – no podía decir lo mismo...

Mi amante llegó quejándose del calor que hacía en esos últimos días de la primavera. Al poco, ambos degustábamos el café:

— ... ¿Miguel piensa que tu hermana tenía algo con ese hombre que ha muerto?

— ¿Qué pensarías tú? — pregunté a su vez.

Se quedó pensativo, saboreando el café. — Solo se puede llegar a esa conclusión, si algo falla entre los dos — apuntó.

Tenía razón. Algo debía de ir mal. Era eso, o todo obedecía a una cuestión de celos. Y así se lo dije. Iván asintió con la mirada perdida, pero al momento comenzó a reír. Le pregunté por qué se reía y algo apurado me dijo con ironía que si efectivamente María también tenía un amante, nuestra madre se iba a poner loca de contenta al saberlo... Más que enfadarme por su hiriente comentario, me hizo reír, pero no tuve otra cosa que decir que llamarle bobo...

Cuando cesaron las risas, Iván se mordió parcialmente su hermoso labio inferior:

— ... ¿Qué vamos a hacer, vida? — me preguntó.

Cogí mi vaso, me levanté y lo deposité en el fregadero.

— Te lo dije ayer. Hasta las catorce semanas, puedo abortar. Es lo más sensato. No le des más vueltas... Me informaré más al respecto. Querer tener el niño es abrir la caja de Pandora...

Iván se tapó la cara con ambas manos, diciendo:

— No concibo el aborto...

Sentí que me echaba la patata caliente. Pero cuando quise hablar, mi móvil comenzó a sonar. Era una llamada entrante de mi madre. Nerviosa, respondí preguntando qué había pasado. Y alegre, mi madre me señaló que María estaba consciente desde por la mañana; y que la acababan de subir a planta. Me puse loca de contenta. Pero ella añadió algo más. Me preguntó si estaba de camino. Y yo le contesté que tenía las llaves de mi coche en la mano:

— ... Laura, la niña está constantemente preguntando por un colgante de un sol... ¡Me está volviendo *chalá!* Al parecer lo llevaba puesto. ¿Tú recuerdas que tuviera un colgante con forma de sol...?

Le confesé que no lo recordaba.

— ... Mira, le he preguntado a la enfermera. Cuando entró le cogieron todo lo que llevaba y se lo metieron en una bolsa. Hay que recogerla. Está en un departamento que se llama... ¡Admisión! ¡Algo así! ¡Pásate cuando llegues...!

Le pregunté cómo debía hacerlo; y mi madre me explicó los trámites a seguir, justificándose por no ir ellos mismos a recoger la bolsa, alegando que yo era más joven y más espabilada. Es decir que no querían ir ellos y punto. Me río...

A mí me daba igual. Era feliz porque mi hermana estaba bien. Y la chorrada del colgante lo calificué como una tontería para llamar la atención. Siempre fue muy teatrera...

Antes de colgar le pregunté si le habían preguntado quién era el hombre que la acompañaba; y mi madre me explicó que María decía que no se acordaba de nada. Ni siquiera de que tenía que ir a Coín a cambiar los dichosos zapatos de Miguel...

Cuando colgué le conté a Iván todo lo que había hablado con mi madre, incluyendo el episodio de amnesia que parecía estar sufriendo. Y al instante volvimos a la conversación que estábamos teniendo, apurándole porque tenía que marcharme cuanto antes.

Pero Iván estaba cabizbajo. Lo notaba. Apenas había estado pendiente a la charla telefónica:

— ... ¡Qué bonito sería dejar de andar por las sombras! ¡Cuánto quisiera gritar al mundo lo mucho que te quiero...! — suspiró.

— Gritar al mundo... Ya... Pero desde la luna no nos escucharán, vida... — apunté.

Acaricié su hermoso cabello.

— ... Para la sociedad estamos en la luna, Iván. ¡Somos unos osados lunáticos! Por mucho que gritemos, no nos querrán escuchar. No querrán entendernos, cariño...

Se levantó. Le advertí que debía salir con mucho cuidado. Como siempre. Pero noté que le molestó que le recalcará eso.

— ... ¡Estamos en la luna, Iván! ¡Y estas son las reglas para vivir aquí...! — exclamé con una sonrisa de resignación.

Entonces él se dio media vuelta hacia el salón.

— ... Cariño, tengo prisa...

— ¡*Joder*, no hay nada más triste que hacerte una pregunta y que te la tenga que contestar otro! ¡La sociedad! ¡El puñetero pueblo este o el otro! ¡Da igual! ¡No podemos permitir que los demás se inmiscuyan en nuestras decisiones, Laura! ¡Estamos tratando de una vida! ¡De nuestro hijo...!

Resoplé impotente, apoyando mis manos en el respaldo del sofá. Estaba derrotada. Me iba a volver loca. A todas luces Iván quería ese niño... Pero yo tendría que tenerlo. Era a mí a quien le iba a crecer la barriga como un globo. Era yo quien tendría que dar todas las explicaciones:

— ¡No me aprietes, Iván, por favor! ¡Tenemos tiempo! ¡Deja que yo tome la decisión!

— No la estás tomando tú, Laura. ¡La está tomando el pueblo! Tu familia, tus amigos... ¡Tus conocidos! Pero la que va a abortar eres tú, vida, no ellos. ¡No nos merecemos esto...!

Reinó el silencio durante varios segundos. Y entonces me fijé en la escalera. Tanto, que Iván me preguntó por qué la miraba de esa manera.

— ... Fíjate — le dije mientras me acercaba a ella — sus peldaños no están hechos para el descanso, Iván, sino para el tránsito hacia aquello que nos espera arriba o abajo...

Me volví hacia él.

— ... Hemos de tomar una decisión rápida, cariño. Porque este que hay aquí dentro no nos dará descanso. No podemos quedarnos sentados en esta escalera...

Iván me besó en los labios. Y al rato, tras mirar por la mirilla de la puerta, salió prudentemente.

A los pocos minutos salí yo, no antes de echar un último vistazo a aquella maldita escalera...

8. EL VELATORIO

D

uele sentir así. Duele sentir que la persona que amo — y que me ama — no puede estar conmigo por culpa de una serie de decisiones erróneas que tomamos en el pasado. De igual modo duele saber que existe una sociedad que nos señala con su dedo, no porque le preocupemos en demasía, no, sino por el placer de sentirse superiores a nosotros moralmente...

Las sociedades — creyentes o ateas — inventan sus valores morales. Iván y yo teníamos algo más importante que la moral que nos rodeaba. Teníamos nuestra verdad. Y nuestra verdad — ese sentimiento real — es un poderoso aliado, inequívoco, aplastante, y en cierto modo purificador. Aunque sabíamos muy bien que tener los bolsillos llenos de sentimientos verdaderos apenas nos servía.

Éramos conscientes de que formábamos parte de la sociedad. Que ello era inevitable. También nuestros seres queridos formaban parte de ella y por ellos preferíamos callar y aguantarnos. Y esperar, sí. Esperar a que se dieran las circunstancias tolerables por la moral reinante, para poder dar el gran paso de vivir como queríamos, con el beneplácito de la sociedad.

De esta manera, Iván y yo viviríamos en la sombra. En nuestra micro-sociedad, con nuestra propia moral...

Conducir me llevaba a tener estas reflexiones sobre lo que sentíamos. Diría que trataba de convencerme de que no era malo lo que hacía, sino que era bueno y puro. Estar con un hombre casado – padre de un niño adolescente – era pegarle una patada a la ética, naturalmente. Si mis seres queridos hubieran sabido lo que estaba haciendo, me hubiesen reprochado sin la menor duda. Y no porque no me comprendieran, o estuviesen avergonzados, sino porque sabían que el pueblo se me echaría encima debido a esa superioridad moral que referí antes, la cual es aplastante.

Lógicamente sabía que yo no era la única. La sociedad estaba llena de casos como el mío. Lo que lo prueba son aquellos que se llegan a conocer por la indiscreción de sus protagonistas; o por haber sido sorprendidos en un momento dado. Cosa que me daba pánico, por supuesto. Lo más curioso de todo esto es que mi querida hermana podía verse en esa trágica tesitura, a raíz de ese maldito accidente, de ser cierto lo que pensaba mi cuñado Miguel, claro. Y lo peor de todo, sabía perfectamente que aquella noticia – de verificarse – se expandiría por Álora como las nubes otoñales...

Cuando llegué al hospital no pensaba en nada semejante. Las cábalas de Miguel eran solo conjeturas sin sentido, fruto de su personalidad celosa. Conocía a mi hermana. Prudente, callada. No era amante de escándalos. Aunque bien pensado, tampoco lo era yo... Es más, yo no era tan ponderada como mi hermana. Yo sabía cómo actuaba la sociedad porque precisamente fui adalid de la misma, riéndome de aquellos casos que salían a la luz. Como imagino que también haces tú, o hiciste. Aunque debes perdonarme si no es el caso. Pero lo confieso: me reí al sentirme superior moralmente. Me reí al pregonar que no tropezaría con esa piedra en el camino, con la que otros caían. Y fíjate ahora cómo cargaba con el pedrusco en mi espalda. Y cómo de sangrantes eran mis heridas... Ahora me río, sí. ¡Pero ahora solo me río de mí...!

Pronto averigüé dónde estaba el departamento de Admisión y al poco, la empleada del Clínico me dio una bolsa blanca con el logotipo del servicio andaluz de salud:

— ... Aquí está todo lo que traía su hermana. La ropa que llevaba puesta. Si echa en falta alguna cosa, recuerde que puede reclamar a la guardia civil de Tráfico porque es posible que queden cosas dentro del vehículo, en el caso de que haya sido trasladado al depósito, claro... De todas formas es conveniente que compruebe que ese paquete contiene las pertenencias de... ¿María...?

Y así hice. Al momento quité el precinto y abrí aquella bolsa blanca. Por fortuna allí estaba su bolso marrón, con el móvil dentro. Rebusqué un poco más y ¡bingo! allí se encontraba el colgante de sol que cogí al instante. Era curioso pues me pareció que estaba partido por la mitad. Definitivamente jamás se lo había visto puesto. Era bonito. De color bronce envejecido. Una baratija, sí. Que apenas pesaba. Así que me lo metí en el bolsillo y le di las gracias a la muchacha que me había atendido.

Ya solo quedaba encontrar la habitación donde se hallaba María. Me moría de ganas de verla sonreír. De abrazarla muy fuerte. De saber que por suerte – y gracias a Dios – ella estaba completamente bien.

Pero cuando abrí la puerta, aquella habitación parecía un velatorio. Mi madre y mi hermana lloraban sin consuelo. Mi padre miraba al suelo. Y mi cuñado Miguel – de brazos cruzados – parecía adoptar la misma actitud que había tenido en la sala de espera:

— ... ¿Pero qué pasa aquí? — pregunté mientras depositaba la bolsa en el suelo.

Al instante mi madre comenzó a hablar; mientras yo le daba mil besos a María.
— ¡Esta niña! ¡Que le ha dado por llorar y me hace llorar a mí! ¡Cuando debería estar la mar de contenta!

Miré a María. Cogí su cara con ambas manos y le sequé las lágrimas con los pulgares:

— Tampoco es eso, mamá. Tampoco es para dar saltos de alegría. Ha estado a punto de morir. ¿Qué ha dicho el médico...?

Mi padre me explicó que no le habían hecho ninguna prueba. Pero que se las harían en breve. Aunque – por lo general – solo parecía tener las heridas que aparecían vendadas.

— ... ¿Y qué pasa con eso de que no se acuerda de nada? ¡A ver si va a tener

algo en la cabeza...! Mari, ¿qué sientes?

— Estoy bien, mujer. No pasa nada...

Al instante miré a Miguel:

— ¡¿Y tú qué haces?! ¡Alegra la cara, hombre! — exclamé, intentando que sonriera.

Pero de improviso se levantó malhumorado, dirigiéndose a la puerta:

— ¡La conozco! ¡Está mintiendo! ¡Me voy a fumar un cigarro...!

Nos quedamos de piedra. Cuando volví la cara para preguntarle a María sobre aquello; ella levantó su mano derecha y negó débilmente con su cabeza. Como si no quisiera hablar más de ese asunto. Pero al momento me miró a los ojos y se dibujó en su cara una expresión que mezclaba la súplica y el puro interés:

— Laura... ¿Está el colgante en la bolsa?

Yo estaba como en shock. Inmediatamente, me dirigí hacia la bolsa arrojada, pero a mitad de camino recordé que me lo había metido en el bolsillo. Así que introduje nuevamente la mano y lo saqué.

De inmediato mi hermana sonrió ampliamente, mientras lo cogía con su mano.

Pero aquella iluminada sonrisa duró lo que el sol en un día nublado. O tal vez lo que pudo hacer ese medio sol que sostenía entre sus dedos, mientras ardía débilmente en esa penumbra de tristeza que nos envolvía.

María comenzó de nuevo a llorar sosegadamente. Mi madre la acompañó de inmediato. Y yo me senté derrotada junto a mi padre.

Al poco, apoyé mi cabeza en su hombro:

— Anda, papá, dime cómo era el airbag del coche de María...

9. SÉ QUIEN ES ÉL

M

iguel no tardó mucho en volver y siguió manteniendo esa actitud distante y enfadada. Repitió que sabía que ella mentía cuando manifestaba que no recordaba nada del accidente, ni de ese pobre diablo que la acompañó. Ante

todo esto María únicamente callaba nerviosa, mientras manoseaba aquel colgante barato.

Como imaginas, yo la observaba pensando en su silencio. En ese silencio que ni tan siquiera rompía para negar a su insistente marido. Pero mi cuñado – perseverante a más no poder – la seguía machacando.

Hartos de su actitud, mi padre y yo le reprochamos que su postura era demasiado severa. Momento en el cual saqué del bolso las llaves de mi coche y le invité a que regresara al pueblo. Miguel tenía su vehículo en el taller durante esos días, debido a una avería importante que no recuerdo... Afortunadamente a él le pareció bien mi propuesta; y al menos durante el resto del tiempo que quedaba de visita, estuvimos más tranquilos.

Por la noche mi madre se quedó con mi hermana; y mi padre y yo regresamos a Álora, muy cansados.

A la mañana siguiente volví a ir a trabajar. Recuerdo que me encontraba en el patio del colegio a la hora del recreo, charlando animadamente con mi buena amiga y compañera, Loli, cuando de repente, escuché el grito de Lucrecia – la directora del centro – llamándome. Me giré con el miedo en el cuerpo. ¿Le habría pasado algo a María? Pero no. Lo que venía a contarme era muy diferente.

Lucrecia se puso a nuestro lado y comenzó a reír sin parar. No podía contenerse. Al instante le pregunté qué le pasaba. Nos estaba contagiando su risa.

— ...¡Ay, Laura! ¡Qué *pechá* de reír! ¡Lo que no pase aquí, no pasa en ningún lado...!

Loli y yo nos miramos, intrigadas por lo que tuviera que contarnos.

— ... ¿Recuerdas que me dijiste qué disfraz necesitabas para la actuación de fin de curso? Hablaste de que tus niños saldrían disfrazados de deportistas. ¡De *runners*, mejor dicho...! Por el tema de las olimpiadas en Brasil y demás...

Claro que me acordaba. Quería que mis niños vistieran con unas gafas de sol y

unos pantalones cortos. Con camisetas de tirantes y un gran número en el pecho. Me parecía que era un disfraz asequible...

— ... Pues resulta que Paca – como tiene el niño en tu clase – se interesó mucho por los disfraces. ¡Y ya sabes cómo es! ¡Su niño es lo primero y tiene que ir como un San Luis...!

Paca era la presidenta de la asociación de padres de alumnos.

— ... ¡Y nada! Le conté que tu intención era disfrazar a los niños de *runners*. Y ella me interrumpió enseguida y me dijo que se encargaría de conseguir los disfraces, pagándolos de su bolsillo porque conocía una página web muy barata...

De pronto, otra vez comenzó a reír y no podía hablar. Nosotras nos temimos lo peor porque sabíamos cómo se las gastaba la buena de Paca.

Lucrecia se serenó nuevamente – e intentando mantener la compostura – prosiguió su relato:

— ... Acaban de llegar los disfraces...

Sin más, metió la mano en la bolsa oscura que portaba y sacó uno de ellos...

Debí de poner los ojos como platos:

— Pero esto... ¡Esto es un disfraz de rana...!

Y comenzamos a reír como si no hubiera un mañana. Lucrecia – entre risas – nos confesó que la culpa era de ella sin duda por no especificarle qué era lo que yo quería; y por pronunciar la palabra *runners* como una catedrática londinense del mismísimo Oxford... “*Ranaers*” era demasiado para nuestra querida y presumida Paca. ¡Qué risa, madre mía...!

Aquella simpática anécdota me hubiera alegrado el resto del día, sino fuese porque al cabo de un par de minutos, Germán – nuestro vigilante – se acercó a mí, poco antes de que concluyera el recreo para decirme que Miguel estaba en la entrada y que quería hablar conmigo.

Con la sonrisa dibujada en mi cara, fui hacia el hall de la escuela, portando el disfraz de rana en la mano. Ideal para encontrarme con otro batracio:

— ... ¿Qué pasa, Miguel? ¡Me quedan cinco minutos! ¿Ya te han arreglado el coche?

Miguel asintió con el semblante muy serio. Y al momento comenzó a hablar:

— Estoy trabajando en la reforma de un chalet, pasado Bellavista... Hay que ir al depósito municipal para recoger la documentación del vehículo y todo lo que haya en el coche de tu hermana. Yo no puedo ir. Y me hacen falta esos papeles y un *guarrito* que hay en el maletero...

Le dije que no debía preocuparse pues a la tarde tenía que recoger a mi madre en el hospital, ya que teníamos que acudir a la consulta de un oftalmólogo en la calle Larios por culpa de una catarata que le afectaba y que debía ser operada.

Me dio las gracias y se giró, sin más. Pero al instante se volvió hacia mí:

— ... Laura... ¡*Joder*, Laura! ¡Me voy a volver loco!

— Te vas a volver loco porque tú quieres — le reproché.

— ¡No es eso! ¡Escúchame! ¡Ya se sabe quién es ese hombre! ¡Las noticias vuelan...! ¡Estoy siendo el hazmerreír del pueblo...!

Me quedé blanca. ¡¿Qué sabía?! — ... El tipo ese era un funcionario en la oficina de Hacienda de la calle La Parra... Era un cliente habitual en la tienda de tu hermana...

— ¿Y...?

— ¡Pues eso, *coño*! ¡La gente está haciendo sus cábalas! ¡Ya dicen que estaba liado con tu hermana...!

— ¡Eso no lo sabes! ¡Estás siendo injusto! Puede ser cierto eso de que se conocieran porque él era cliente. ¡Pero eso no indica nada, *leche*! No sé... ¡Tal vez María le dijo que iba a cambiar tus zapatos a Coín, esa tarde; y ese hombre tuviera que ir allí por algo! ¡Ya sabes cómo es María, Miguel! ¡Ella se ofrece...!

Sonó la sirena de fin de recreo.

— ¡Puede ser...! ¡No sé! ¡Ojalá sea como dices! ¡Pero me suena tan a excusa esa amnesia recurrente...! ¡*Mierda*, Laura! ¡Yo estoy loco por tu hermana!

Pero ella... Ella...

Y rompió a llorar todo lo que no había llorado desde el accidente.
Cuando pretendí abrazarlo, me apartó:

— ... ¡Llevamos más de tres años sin hacer el amor! ¡No quiere ni rozarme, Laura! ¡Es como si le diera asco! ¡Me evita! ¡No quiere salir a tomar nada conmigo! ¡En la casa somos dos fantasmas que no nos hablamos apenas! ¡Es un continuo paripé delante de los demás...!

Pretendí nuevamente interrumpirle; pero prosiguió mientras se secaba las lágrimas:

— ... ¡Vosotros no sabéis nada! ¡He intentado marcharme con mi padre en numerosas ocasiones, pero María siempre me rogaba que no montara un escándalo! ¡Si le preguntaba si me quería, me decía que sí...! ¡Que sí! No puedo más...

Ambos nos quedamos callados.

No se me ocurrían palabras para consolarle. Únicamente me veía como ella, rechazando a Antonio Jesús de igual forma. Solo que a Antonio le daba lo mismo mi actitud distante. Es más, hasta se reía de que fuera tan borde con él...

Naturalmente que comencé a pensar en la posibilidad real de que mi hermana le estuviera siendo infiel a Miguel. Pero no lo sabía a ciencia cierta y no iba a claudicar ante las suposiciones de mi cuñado:

— Deja que María salga del Clínico. Que se recupere. Cuando ella esté bien, es cuando debéis solucionar vuestros problemas, Miguel. No seréis los primeros, ni los últimos en separaros... Pero dale aún el beneficio de la duda en este tema...

Miguel me mostró una sonrisa resignada. Pero desalentadora, cansada e inconformista. Y al poco se despidió.

Yo entré nuevamente en el aula con el bullicio de los niños y le agradecí a Loli que se quedara cuidándoles durante aquellos minutos. Pero mi amiga –

percatándose de mi estado preocupado – cogió el disfraz de rana, susurrándome al oído: — Aquí te dejo con tus renacuajos...

Y me hizo sonreír.

10. ALLÁ EN EL FONDO

T

ras acabar en la escuela quedé para almorzar con mis padres en la cafetería del hospital. Teníamos la cita con el oculista a las cinco de la tarde, en el centro de Málaga. Mi padre podía haberla llevado, pero ella siempre prefería que fuera yo quien la acompañase a todos los compromisos médicos porque decía que mi pobre padre no se enteraba de nada. Por otro lado, él podía quedarse mientras con María para atenderla en todo lo que necesitase.

También tenía pendiente acudir al depósito de vehículos siniestrados, pero pospondría aquel menester para la vuelta, tras dejar nuevamente a mi madre en el hospital malagueño.

Conduciendo hacia el Clínico, pasé de nuevo por aquella condenada curva mientras pensaba en todo lo que me había dicho Miguel. ¿Quién sería ese funcionario de Hacienda? ¿Podía ser cierto lo que insinuaba? Fue muy doloroso escuchar los reproches de mi cuñado. Casi parecía que me los hacía a mí, como puedes suponer.

Era cierto que siempre que acudíamos juntos a alguna fiesta de amigos o celebración en el pueblo, el trato entre María y Miguel resultaba frío. El desapego entre ellos se palpaba en el ambiente. ¿Un poco de mal rollo? Pues sí, la verdad... Pero ellos se comportaban así desde que se hicieron novios. Mi cuñado con sus continuas puyas; y mi hermana llamándole tonto a cada instante. Para todos, aquella manera de tratarse era lo normal en su matrimonio...

De repente, llegando al hospital, me dio un escalofrío. Pensé que aquello que le había sucedido al acompañante de mi hermana, bien le podía haber ocurrido a Iván. Al igual que ese hombre, él también iba sentado en el asiento del

copiloto, pues se había empeñado en acompañarme a la consulta de ginecología. Y también – cómo no – habíamos pasado por esa curva un tiempo antes.

Respiré hondo, puse música en la radio y seguí mi camino...

Comiendo en la cafetería con mis padres, les revelé lo que me había confesado Miguel horas antes. Ambos se miraron confundidos y me preguntaron qué pensaba yo. Sin más, les respondí lo mismo que a mi cuñado: que no había que dar nada por supuesto. Que de ser cierto que el funcionario era cliente habitual de la tienda de comidas caseras, bien podía María haberse ofrecido a llevarle al centro comercial de Coín, si el hombre hubiera estado interesado en acudir y no hubiese podido hacerlo por sus medios.

Entonces mi padre añadió:

— ... ¿Y qué hay de lo otro, Laura? Yo no me creo que no sepa nada. Ya sé que ha podido sufrir un shock... Ahí están las dos paradas cardiorrespiratorias, claro, pero...

No sabía qué decirles. Imagino que en esa misma tesitura tal vez hubiera reaccionado así, para ocultarles la verdad a los demás. Pero es que pensar en la muerte de Iván, aunque fuese solo por suponerla, me helaba la sangre.

Tras tomar el café, debían de ser las cuatro de la tarde. Mi padre subió a la habitación de María; mientras que nosotras nos montábamos en el coche. Y al poco tiempo aparcaba en el parking de La Marina donde dos días antes había estado con Iván, tras acudir a la consulta de ginecología.

Agarradas del brazo avanzábamos lentamente, buscando el edificio donde estaba la consulta. Y de pronto – sin esperarlo – mi madre me dijo:

— María tenía algo con ese hombre...

Le pregunté porque lo afirmaba con tanta contundencia. Y ella sonrió levemente:

— Nadie llora así, a no ser que hayas perdido media vida. Es una pena vivir como se debe, en vez de vivir como se quiere...

Me quedé cuajada, como imaginarás. Repentinamente, todas las palabras que yo estaba dispuesta a pronunciar, se batieron en retirada. Si en ese instante mi madre me hubiera preguntado si yo tenía un amante, me hubiese caído al suelo, como el palo de una escoba...

Ya en el ascensor, ella me preguntó por qué me había quedado tan callada; y yo no tuve más remedio que mentir, contándole que no sabía que regalarle a Antonio Jesús por nuestro aniversario. Así como le confesé las pocas ganas que tenía de asistir a la boda de nuestra vecina Luz, que se casaba el sábado. Cuando al fin nos tocó, entramos en el despacho del oftalmólogo.

Allá encontramos al médico – de una edad parecida a la de mi madre – quien se levantó torpemente de su sillón, dándole la mano; mientras yo rápidamente ponía mi móvil en silencio y le saludaba de igual modo:

— Señora, trae usted un vestido precioso.

Mi madre se lo miró unos instantes:

— ¿Precioso? ¡Es un vestido muy viejo! ¡Tan viejo como yo! — contestó, ruborizada.

— Señora mía, lo que es bonito, es bonito. Y da igual los años que tenga. Como usted...

¿Era mi imaginación o ese hombre le estaba tirando los tejos a mi madre? Me río.

Mirándola a través de uno de sus aparatos, el doctor dictaminaba que ella había tardado demasiado en acudir para tratarse la catarata.

— ... Demasiado coser y demasiado crochet... He malgastado el tiempo y la vista...

— No diga eso, señora. Malgastar el tiempo es una expresión que duele... — apuntó el viejo doctor, susurrando.

— Así es, buen hombre. Desde luego es preferible malgastar el dinero que la vida...

¡Vaya dos! No sabía si debía dejarles solos...

El hombre comenzó a escribir en un papel y nos indicaba cuáles eran los pasos a seguir para operar la catarata. Mi madre se lamentaba por tener que ser operada; y el hombre le decía que no debía temer, pues la intervención se

había vuelto muy sencilla desde hacía unos años.

— ... No me encuentro con mucho ánimo para ninguna operación — reconoció mi madre tras limpiarse los cristales de sus gafas con un retorcido clínex que tenía en el bolsillo. Casi podía asegurar que se trataba del mismo pañuelillo de papel que le di en la sala de espera de la UCI...

Entonces el hombre miró a mi madre por encima de las pequeñas gafas que llevaba puestas para ver de cerca:

— Mi esposa — que en paz descansa — cuando éramos novios y yo me desesperaba tras suspender algunos exámenes importantes, soportaba mis continuos lamentos. ¿Saben lo que ella me decía por entonces...?

Ambas prestamos mucha atención:

— ... Me cogía suavemente la cara, diciéndome: “Roberto, vida, no te vengas abajo. Y si alguna vez te vienes abajo, que sea porque te espero en el portal...”

A lo que mi madre exclamó:

— ¡Qué buena y santa debió de ser su esposa...! ¡Qué bonito, caballero, qué bonito...!

Llevé mi mano derecha a la frente y me mordí el labio inferior. La saqué de allí antes de que llegara el pedido de Tele Rosa... Me río. ¡Vaya dos...!

Durante el camino de vuelta hacia el Clínico, mi madre no paraba de alabar a aquel médico filósofo; mientras que yo le recordaba entre risas que aún no estaba viuda...

— ... Reconócelo, mamá. Ese médico te ha hecho tilín. En el fondo te gusta, amiga mía...

Y mi madre, bajándose muy despacio en la entrada del centro sanitario, añadió:

— ¿En el fondo? ¡Ay, cariño mío, en el fondo no hago pie...!

Y me guiñó el ojo.

Esa tarde me sentí muy cerca de mi madre. Ciertamente ella era la mejor

amiga que se puede tener...

11. BLANCO Y EN BOTELLA

C

Quando el agente me llevó al lugar donde tenían situado el coche de mi hermana, mis ojos no podían creer lo que veían. Estaba arrugado como una pasa. Inmediatamente consideré que María había sobrevivido de puro milagro, no concibiendo cómo podía haber salido prácticamente ilesa de aquel espantoso accidente.

Se apreciaban dos cosas evidentes. El maletero no existía; y el lateral del copiloto estaba reventado. Aún hoy día – cuando recuerdo esa terrible imagen – se me siguen poniendo los pelos de punta...

El hombre que me acompañaba hacía las veces de operario y testigo, portando en su mano una especie de talonario, dispuesto a escribir en el mismo todo aquello que fuéramos a retirar del vehículo. De este modo, me preguntó qué era exactamente lo que venía a buscar entre todas las cosas que pudiésemos encontrar.

Yo le expliqué que mi cuñado necesitaba los papeles del coche; así como un taladro que guardaba detrás, en el compartimento de las maletas. También me acordé de los zapatos que iba a cambiar. Y de inmediato se puso a la tarea.

Los dichosos zapatos se pudieron coger sin problemas, pero al poco me indicó que era imposible sacar el maletín porque estaba encajado, pero que forzando un poco podía extraer tanto el taladro, como las brocas del mismo. Inmediatamente le pedí que lo hiciera.

Con todo eso en nuestro poder, el agente me preguntó dónde estaban guardados los papeles.

En un primer momento no pude responderle, pues estaba muy conmovida con las manchas de sangre secas que había en los cristales rotos de la puerta del copiloto:

— ... Señora, le aconsejo que no se fije en esas cosas. Tal vez sea mejor que se aparte y me indique...

— Estoy bien, gracias. No se preocupe... Creo que los papeles están ahí. En la guantera. No estoy segura. Yo los guardo en un bolsillo grande que hay en la parte trasera del asiento del copiloto...

El hombre – estremando el cuidado – consiguió sacarlos.

— ... Aquí, junto a la radio, hay una plaquita de una virgen como pegada en el salpicadero. ¿La quiere?

Le dije que sí. Mi madre nos había comprado dos iguales cuando María y yo nos sacamos el carnet de conducir a la vez. Se trataba de una chapa metálica adhesiva, con la imagen de la Virgen de Flores de Álora, en la que se indica la frase suplicante “Ruega por nosotros”

Cuando el hombre extendió la mano para dármela; súbitamente sentí un dolor intenso en el lado izquierdo de mi cara, que no notaba desde hacía casi tres años.

— ¡¿Qué le pasa, señora?! — me preguntó alarmado.
Se notaba la aflicción que sentía.

— ¡Maldita sea! ¡Otra vez tengo este puñetero dolor...!

Desde que tenía 29 años – y de manera periódica – sufría los achaques de una neuralgia del nervio Trigémino de la cara. Podían pasar meses sin sentirlo. O años, como ocurrió esta vez. Imagino que mi cerebro gritó “basta”, no pudiendo aguantar tantas cosas a la vez.

— ¿Está bien? ¿Lo dejamos...?

Con la mano en la cara – como si ese gesto pudiera servir de algo – le comenté que no esperaba encontrar nada más. Pero en ese instante aquel maduro policía indicó lo siguiente:

— ... ¡Un momento! Aquí en el suelo hay algo que brilla...

El hombre introdujo su brazo lo máximo que pudo.

— ... ¡Ya lo tengo...!

Y de repente, sucedió.

Entre sus dedos sostenía una pequeña media luna del mismo material que el colgante de sol de María. Me quedé sin habla...

— ... Es bonita. Su hermana se pondrá muy contenta cuando se la dé... —
indicó con amabilidad mientras me lo entregaba.

Seguidamente me invitó a ir a la caseta donde terminaríamos de gestionar el papeleo.

Por el camino – sufriendo por el malestar en la cara – resoplaba observando en mi mano derecha aquella media luna. ¡Se veía claramente que las dos piezas encajaban! No había que ser muy inteligente para suponer que si mi hermana era la dueña del colgante de sol, ese otro colgante de luna debía de pertenecer al funcionario que la acompañaba. ¿Blanco y en botella? Si no era leche, era leche...

En el mostrador el agente me dio a firmar la relación de objetos que había retirado, devolviéndome el DNI y el Libro de Familia de mis padres que acertadamente había llevado para demostrar la vinculación con mi hermana.

¡Estaba fascinada con aquella media luna! Mi hermana no me iba a engañar más. Tendría que contarme la verdad, sí o sí. Mi madre tenía razón. Solo se puede llorar así, por un motivo. Mi cuñado también la tenía, cuando aseveraba que María estaba mintiendo con aquella amnesia fingida...

Saqué mi teléfono móvil y ¡horror! seguía en *Modo Silencio* desde que lo había puesto al entrar en el despacho del viejo oftalmólogo. Tenía muchísimas llamadas perdidas de mis padres. Así como un mensaje de Iván, donde me indicaba sus deseos de que nos viéramos en breve.

Al instante telefoneé a mi madre:

— ¿Ha ocurrido algo, mamá?

¡Y tanto que había ocurrido! María se había escapado del hospital...

12. UNA CERTEZA Y UNA NECESIDAD

M

i madre me explicó por teléfono todo lo que había pasado.

Poco después de marcharnos para acudir a la cita con el oculista, mi padre volvió a la habitación con María, hallándola dormida. Al poco apareció una enfermera, la cual le pidió a mi padre que la despertara en breve porque tenían previsto realizarle una resonancia magnética para descartar posibles daños cerebrales.

Y así hizo. María se despertó; y él le contó la prueba a la que iban a someterla. Al parecer no puso buena cara. Luego, después de unos minutos, le confesó a mi padre que tenía ganas de comer algo y de este modo – de manera encarecida – le pidió que fuera a la cafetería para traerle un sándwich, o lo que fuese.

Cuando mi padre volvió con el bocadillo, no la encontró en la habitación, suponiendo que – mientras estaba comprando en el bar del hospital – la enfermera debía de haberla trasladado a la unidad correspondiente para la resonancia. Y así estuvo media hora hasta que volvió la sanitaria preguntando por María. Y él, sorprendido, no supo qué decir...

Cuando dejé a mi madre en la entrada del Clínico, ella subió a la habitación y se encontró a mi padre en un estado muy alterado sin saber qué hacer. De inmediato ella se percató de que su ropa y su bolsito marrón no estaban. Presto procedieron a llamar al móvil de mi hermana, pero ella lo había desconectado. O quizás ya no tenía batería, quién sabe... Fue entonces cuando me llamaron insistentemente sin hallar respuesta por mi parte, ya que no reparé en mi teléfono hasta el momento que te conté.

Seguidamente llamaron a Miguel, explicándole todo lo que había pasado; y él que se encontraba recogiendo sus herramientas – tras finalizar la jornada laboral en el chalet de Bellavista – tomó el coche rápidamente sin saber muy bien adónde ir.

Miguel les rogó a mis padres que permanecieran en el hospital por si acaso se arrepentía volviendo de donde se encontrase.

Más tarde supimos que mi cuñado decidió ir al pueblo. Concretamente a su piso, en La Trocha. Y por lo visto allí se la encontró tumbada en la cama de su

dormitorio. Y tras una pequeña discusión, María le gritó diciendo que no quería ver a nadie, incluidos nosotros. Todo un drama...

No entendía por qué María había actuado así, la verdad. Estaba muy confundida. De inmediato, mi hermana me parecía una verdadera extraña. ¡No la conocía! Todo lo que estaba descubriendo de ella, me apabullaba. E irremediamente María se había transformado en un espejo para mí, donde todas las imágenes que proyectaba me recordaban la situación tan límite que estaba viviendo.

Como comprenderás, yo no era ajena a lo que sucedía en el mundo. Por supuesto que sabía que la infidelidad estuvo, estaba y estaría presente en las relaciones humanas por la propia condición de las personas, pero verlo en alguien tan cercano como mi propia hermana – la cual parecía haber ocultado su relación extramatrimonial tan bien como lo había hecho yo – me superaba.

Pero aun así, no tenía la certeza absoluta de que esto se hubiera producido. Tenía que escucharlo de su boca. Necesitaba que ella me confesase quién era aquel funcionario de Hacienda, no fuera a estar equivocada, claro. Pero que María tuviese un amante – y pudiéramos compartir esa experiencia que estaba marcando nuestras vidas – me hacía pensar que podía hallar consuelo en ella.

¡Cuántas veces había deseado explicarle a alguien que no fuera Iván, todo lo que sentía! ¡Alguien ajeno a nuestra relación! Necesitaba comprensión... Sin duda ella debía saber cómo de húmedas eran las lágrimas que vertía sobre mi almohada de vez en cuando.

Pero no sería aquella noche...

Me puse en contacto con Iván; y él me dijo que quería verme cuanto antes. De esta forma – mientras llegaban las últimas horas de aquel miércoles – yo me desplazé al polígono de Pizarra. En concreto a la calle del Porvenir. Bonito nombre, ¿verdad? Aquel sitio poco transitado junto a las vías del tren, fue otro de nuestros lugares de encuentro.

De este modo, allá estaba yo pensando en todo, con el dolor instalado en los dientes, para más inri... Recuerdo que la radio del coche hablaba cansinamente de las segundas elecciones que se celebrarían al final de ese mismo mes.

No tuve que esperar mucho para ver la figura de Iván, corriendo hacia mí. No, no es que estuviera loco por verme. Me río. Es que fingía hacer footing. Esa era la excusa perfecta para vernos en aquel lugar y en esa hora...

Dentro del coche le expliqué todo lo que había sucedido en aquellas horas. Lo del colgante de luna y la fuga protagonizada por María; así como el dolor reinante en la parte izquierda de mi rostro...

— ... ¿Te duele mucho?

Asentí. Y al momento le expliqué en qué consistía esa dolencia:

— ... Quizá sea una falsa alarma. A veces me ha dolido un poco y de repente, cesó. De todas formas, sé cómo actuar. Tengo pastillas de Gabapentina. Iniciaré el tratamiento, si es preciso...

Iván puso mala cara.

— ... ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? El tratamiento es eficaz. Siempre me funcionó...

— No es eso, vida. Tal vez no puedas tomarlas... — indicó, señalándose la barriga.

¡Cómo no había caído en eso! — ... Infórmate, quién sabe... — añadió pesaroso.

Le expliqué que seguramente no podría tomarlas, embarazada. Y aun así, no me arriesgaría de seguir pensando en tener el bebé...

Nos quedamos callados un buen rato, mirando algo que sucedía en algún punto del infinito. Pero al poco Iván rompió el silencio:

— Quiero que tengamos ese niño. Y deseo que tú también quieras lo mismo.

— Eso es muy fácil de decir, Iván. Pero llevarlo a la práctica...

— No te dejaré sola en esto...

Esta última frase me partió el alma. “Sola en esto”. De pronto, todos mis miedos se proyectaron en mi mente, como una película de terror.

Él lo notó:

— ... Repito que no te dejaré sola, Laura, yo...

— ¡Pero, ¿tú qué quieres ser?! ¡¿El padre en la luna?! ¡¿El padre en la sombra?! ¡Eso es muy cómodo para ti! ¡Pero para mí se desataría un infierno, Iván!

Él trató de interrumpirme, pero yo proseguí con mis reproches:

— ... ¡Escúchame! ¡Yo no te necesito para nada! ¡Podré sacar adelante este niño! ¡Tampoco te pediré que dejes a Alicia! ¡Bastante tiene la pobre mujer sin enterarse de nada...!

— ¡*Joder*, escúchame tú ahora! ¡Cuando digo que no te dejaré sola, me refiero a que estaré junto a ti en cada momento! ¡Naturalmente que dejaré a Alicia! ¡Faltaría más! ¡Yo no amo a Alicia! ¡Yo te amo a ti! ¡Eso es lo que quería decirte desde que entré en este maldito coche! ¡Te amo, Laura! ¡Pero no soy yo quien no permite que nuestra relación pase a ese segundo nivel que queremos! ¡Eres tú, Laura! ¡Tú eres la que no quieres el escándalo! ¡La que no quieres dar el disgusto a tu gente! ¡Al pueblo...!

Tenía razón.

— ... ¡Vida, te conozco! Sé que eres muy impetuosa. No me preocupa lo que debemos hacer para salir de este atolladero. Me preocupa que tomes la decisión de abortar, para hacer borrón y cuenta nueva. ¿Comprendes...?

Volvió el silencio. Nuevamente el silencio espeso, con olor nauseabundo. Y duró varios minutos.

Sin esperararlo, las primeras luces del polígono comenzaron a alumbrar:

— Se encienden las farolas... — apunté tibiamente.

Iván miró a través del sucio parabrisas, comprobando que así era. Al momento viendo mi semblante preocupado, dijo: — Si sonrieras, vida, esta noche no habría que encender ninguna farola...

Eso me hizo sonreír.

— ¿Me amas? — le pregunté de manera infantil, lo confieso.

— Con toda mi alma, ya lo sabes.

— Pues yo te amo más...

Así era. Le amaba. Mi mundo se resumía en una certeza y una necesidad. Pues ciertamente le necesitaba...

Iván me cogió las manos delicadamente:

— Laura, vida. Pídeme lo que quieras.
— ¿Me concedes tres deseos? — pregunté riéndome.
— Pide, entonces.
— Contigo me sobran dos, tonto...

Y nos besamos.

Al rato Iván salió del coche, mirando hacia los lados y nuevamente se puso a correr hasta que le perdí de vista.

Cuando pasaron unos minutos, arranqué mi coche pensando que efectivamente tenía que haberle pedido una cosa. Que al día siguiente – en el recreo – me trajera una breva de chocolate...

13. CORRER TRAS UN SUEÑO

A

Al fin llegué a casa tras ese día tan atareado.

Procedí a darme una ducha templada. Antonio Jesús no estaba. Previamente me había mandado un mensaje, explicándome que había quedado con unos compañeros del hotel para ver uno de los partidos de la Eurocopa que se estaba disputando en Francia.

No recuerdo si era un partido de la selección española, la verdad. Pero sabiendo cómo era Antonio de aficionado al fútbol, no me extrañaba que fuese cualquier otra selección. Además él buscaba siempre una excusa para echar un rato con sus amigos... Y yo solo deseaba una cosa: que llegara conforme más tarde, mejor...

Tras la ansiada ducha me tumbé en la cama, dispuesta a leer el prospecto de la Gabapentina. Me molestaba muchísimo la cara. Para que me entiendas – muchas veces – sentía el rostro como entumecido. Como cuando recibes un golpe. En otras ocasiones notaba una especie de quemazón que se acentuaba en dolor agudo cuando se situaba entre los dientes. O en la sien... No esperaba que volviera a afectarme, aun sabiendo que es una enfermedad crónica. Pero como se ausentaba durante temporadas bastante largas, tendía a olvidarme de ella. Busqué más en Internet. Como me temía no recomendaban la administración de este medicamento durante el embarazo. Al parecer no había

estudios concluyentes al respecto con seres humanos. Y en animales se daban problemas fetales. Definitivamente no la tomaría.

Pero cuando llegué a la decisión de no consumirla, me reí de impotencia: ¿cómo era posible que me tomara en serio la idea de tener ese bebé? ¡Tenerlo era una locura! Pero al instante pensé en las palabras de Iván cuando apreciaba que no debía dejarme arrastrar por mi impulsividad. Por tanto, no debía adoptar ciertas decisiones de las que pudiera arrepentirme. Aunque tenía bastante claro que tener el niño y pensar que así todo iba a arreglarse – como la bruja Samantha, moviendo la nariz – era casi una utopía.

De repente, mi nueva vida embarazada me privaba de fumar; de beber; y de tomar la medicación para aliviar esos terribles dolores. ¿Y todo para qué? ¡¿Para tener un bebé mágico que lo arreglara todo, uniéndonos a Iván y a mí para toda la eternidad?! Eso era un sueño imposible. ¿Qué ocurriría con todos los cadáveres que dejaríamos por el camino? ¿Qué pensarían de mí...?

Con los ojos abiertos de par en par, miraba la lámpara encendida del techo. Y a mi mente llegaron imágenes del pasado. Concretamente de mi primer año de facultad. Por entonces conocí a una compañera rondeña, llamada Emma. Nos hicimos muy amigas y – junto a otras compañeras de estudio – nos dio por acudir a un conocido karaoke en Málaga Capital, todos los jueves por la noche.

Emma tenía una voz prodigiosa. ¡Cantaba como los ángeles! Poseía un gran carisma encima del escenario, eligiendo canciones realmente difíciles de interpretar que siempre levantaban al público asistente.

Recuerdo que uno de aquellos jueves eligió cantar el famoso bolero “Esta tarde vi llover”, de Armando Manzanero. Y cómo aquella fabulosa interpretación nos puso la piel de gallina a todas.

Cuando volvió a nuestra mesa la felicitamos como de costumbre. En ese momento le indiqué que no entendía cómo ella no se dedicaba al mundo de la canción. Emma era muy guapa y tenía un cuerpazo de escándalo. Los chicos se morían por salir con ella.

Como siempre, Emma sonrió, habituada al halago. Pero yo le insistí para que iniciara ese camino, convencida de su éxito. Entonces recuerdo que se puso

muy triste. Me explicó que ese había sido su sueño desde que era muy pequeña. Deseaba ser una estrella. Pero me confesó que al hablar de esa posibilidad con su padre – un hombre bastante severo, dueño de un conocido restaurante en Ronda – la idea se esfumó.

Le pregunté por qué. ¿Acaso él no reconocía su valía?

— ... Mi padre se maravillaba cada vez que cantaba, Laura. Desde que era una niña interpretaba brillantemente las saetas para los pasos de Semana Santa. Él sabía que yo era muy buena... Cuando le confesé que quería dejar la facultad para dedicarme al mundo de la canción, me montó un pollo que no veas... Yo le grité diciendo que ese era mi sueño y que debía romper con la decisión de ser maestra, porque si no lo hacía estaba convencida de que serlo me rompería a mí...

Le escuchaba atentamente.

— ... Él se rio. Pero yo proseguí gritando, diciéndole que debía escucharme unos segundos para que pudiera entenderme toda la vida. Que no había nada más triste que ser un náufrago en una isla rodeada de incompreensión... Pero mi padre juzgó que aquella decisión era totalmente inadecuada... ¿Y sabes lo que le dije...?

Ella bebió un largo trago de su cubata.

— ... Que tal vez hacer lo inadecuado, es lo más adecuado que haremos en nuestras vidas...

Aquella frase jamás se me olvidará.

— ... Finalmente le dije: “papá, a la realidad se la vence, soñando... ¡Es mi sueño y correré tras él! ¡Correré tras él...!”. Le repetí. Y, ¿sabes lo que me dijo...?

Debí de poner un rostro de verdadero interés.

— ... Me dijo: “correr tras un sueño no está mal, cariño..., pero tampoco es malo reconocer que existen sueños que corren más que nosotros...”

Hoy en día Emma está casada. Es madre de tres niños y ejerce como profesora

en un colegio de Teba. ¿Podía haber sido una estrella de la canción? Por seguro que sí. Tenía todo para triunfar. Todo menos un padre que le apoyara. Un hombre que concluyó que lo mejor para su hija era seguir estudiando Magisterio...

Para mí el sueño de una vida junto a Iván, propiciada por el nacimiento del bebé, no era un sueño que corría, sino un sueño que volaba, inalcanzable... Quizá tú no llegues a esa conclusión, juzgando que no es tan imposible lograrlo. Pero para mí asumir esa idea sin pensar en todo el daño que provocaríamos a las personas de nuestro entorno, era sencillamente inadmisible...

Me dolía la cara, aunque mi alma me dolía mucho más. Y comencé a llorar de pura impotencia. Adopté una posición fetal, apoyando mi cabeza sobre el lado derecho. El que no me dolía.

Y finalmente con mucha suerte conseguí quedarme profundamente dormida...

14. FEDER

C

asi dormí del tirón. El dolor del nervio Trigémino tiene una afortunada particularidad. Cuando duermes, parece como si todo se relajara. La aflicción desaparece. Cuando despiertas no sientes ninguna molestia. Con el transcurrir del tiempo comienzas a sentir los primeros síntomas. Como un cosquilleo que va a más, hasta terminar imponiéndose, lo que te resta eficacia en tu quehacer diario...

De este modo – durante las horas lectivas – fui experimentando dichas sensaciones en aumento, aunque por suerte el dolor no incidió demasiado aquella mañana en la que recibí a Paca, la presidenta de la Asociación de Padres que – muy apurada – me pedía disculpas por el desaguisado de los disfraces de rana. ¡Ay, qué risa, la verdad...!

Le dije a la pobre que no debía preocuparse. Que naturalmente aprovecharía esos bonitos disfraces, asegurando que los mismos resultarían la mar de

simpáticos en la fiesta de fin de curso.

Por otro lado, durante toda la mañana estuvimos organizando la comida de despedida que íbamos a celebrar al día siguiente. Tan solo quedaba una semana de clases. Además aprovecharíamos dicho almuerzo para festejar la jubilación de nuestra compañera Natividad.

En el recreo saqué tiempo para llamar a María, pero seguía con el móvil desconectado. Me desesperaba. ¡Menudo plan! ¡¿Qué le ocurría a esta mujer?! ¡¿Qué se le pasó por la cabeza para huir del hospital antes de que se le realizaran todas las pruebas?! Según Miguel, ella no quería vernos...

Yo estaba dispuesta a ir a su casa esa misma tarde con el colgante de luna, para que me confesara todo aquello que nos ocultaba. Pero quería hacerlo solo por una razón: sabía que necesitaba desahogarse. Estaba cada vez más convencida de que nos mentía, haciéndose la tonta con el tema de la recurrente amnesia. Y si era medio cierto lo que pensaba mi madre, ella debía de estar destrozada por dentro, aunque pareciera ilesa por fuera, pues era pensar en Iván y entenderla a la perfección...

Aquel jueves 16 – para mi desgracia – Antonio tenía el día libre en el hotel. Y era en estos días de libranza cuando realizábamos la compra semanal en el conocido supermercado que hay al principio de la carretera que va hacia el convento de Flores.

Así que por la tarde acudimos al popular establecimiento. De este modo, íbamos de pasillo en pasillo, llenando nuestro carro.

Antonio Jesús estaba de un pesado... Al parecer en la empresa hotelera habían echado a suertes unas mini vacaciones de seis días, a principios del mes de agosto. Algo raro tratándose de un hotel de la costa en plena temporada alta, como supondrías. Pero el caso es que fue así. Y fue al pelmazo de mi marido a quien le tocó tan tremenda suerte. ¡No te rías, que te veo...!

Estuvo todo el rato preguntándome que dónde podíamos ir. Que él deseaba coger un avión e irse lejos y que necesitaba tumbona, relax... Me dijo que quería que fuéramos a la agencia de viajes para informarnos. Y yo constantemente asentía, pensando en lo guapa que me vería con el biquini,

teniendo una barriga cervecera como la suya... ¡Qué desastre! Pensar en el mes de agosto me daba pánico. ¡Cómo no, volvió el dolor a la cara...!

— ... Nena, es lo mejor. Así nos quitamos del follón de la feria de aquí. ¡Vaya cara que me pones! ¡Ni que fuéramos a vendimiar...!

Lo prefería.

— Bueno, ya veremos, Antonio. Cualquiera día de estos pues nos acercamos a la agencia y ya está. Aunque – a estas alturas – seguro que estará todo muy pillado. Tú mientras piensa dónde quieres ir. ¡A mí me da igual...!

Le cabreó el hecho de que me diese lo mismo porque sabía perfectamente que me daba igual ir, como no ir. Pero bueno, el cabreo no le duró mucho. Lo que tardamos en llegar a la caja y ponerse a tontear con la cajera delante de mis narices...

Ya en el aparcamiento del supermercado estábamos metiendo las bolsas en el maletero, precisamente hablando de la fuga de mi hermana, cuando sonó el teléfono de Antonio:

— ... Nena, es Miguel. ¿Qué hago?

— ¡Cógelo!

— ¡Pero es que es un troll! — exclamó tan apenado que me hizo reír — ¡¿Cuñao...?! ¡Hombre, *cuñao*, ¿qué pasa...?! Y de repente, me temí lo peor.

Miguel no dejaba que Antonio le hablase. Y yo – a través de las pequeñas frases que él conseguía colar en la conversación – intuía que algo grave estaba pasando. Todo parecía indicar que Miguel quería marcharse de la casa.

Al poco descubrí lo que ocurría:

— ... ¡Buena la que hay liada, nena! Miguel se va ahora a Málaga con su padre. Dice que no puede más. Que se ha enterado de muchas cosas...

— ¡¿Qué cosas?! — le pregunté, asimilando aquello.

— El tipo que iba con tu hermana en el coche es un funcionario soriano que lleva destinado en el pueblo desde hace cuatro años. Se llamaba Feder... Me

imagino que se llamaría Federico, pero le llamaban Feder...

Feder.

— ... Este dice que está harto de las habladurías y las bromitas. Que tu hermana no es sincera con él. Que ella no le reconoce nada de nada. Y que lo único que hace es llorar como La Magdalena. Pero que sus lloros son de culpabilidad. Que le ha dicho que si ella quiere que la lleva al campo con tus padres. Y María le ha dicho que ya la llevarás tú...

¡Vaya panorama!

— ... ¡Ah, dice que la Paqui notaba algo raro en ella cuando el tal Feder iba a comprar allí! Que no decía nada porque era muy discreta... ¡La hija de puta! ¡Discreta, dice, y es un telediario...! ¡Anda que no se habrá *encargao* esta de promulgar a los cuatro vientos...!

¡Qué horror! Mi peor pesadilla la estaba viviendo María...

— ... Y nada, nena, que te llegues en cuanto puedas. Que María no está para quedarse sola. Que la lleves al campo. Que dice que tiene mucho que pensar y que ahora mismo –como está el tema – lo único que le sale es liarla parda...

— Pues para estar así, lo mejor es que se vaya — le dije sinceramente — Tenía pensado ir a verla ahora de todas formas...

Terminamos de vaciar el carro de la compra en el maletero.

Pero Antonio – antes de arrancar el coche – tenía que soltar un puyazo de los suyos:

— ... Tal vez debería marcharme con mis padres para que me hagas más caso... — dijo riéndose como un estúpido.

De este modo, mi simpático marido dio sentido a un dicho que contaba a menudo mi querida abuela Lourdes, cuando aseveraba que lo malo no era llevarse una desilusión con alguien querido, no, sino que lo verdaderamente malo era cargar con dicha desilusión toda la puta vida...

15. EL MUNDO DEBE CALLAR

C

uando llamé al timbre de la casa, María se tomó su tiempo para abrir. Incluso tuve que insistir, golpeando la puerta e indicándole que era yo.

Al poco mi hermana la abrió con lentitud; y yo le recriminé su parsimonia.

Seguidamente atravesamos el angosto y pequeño pasillo que conducía hasta el salón, donde María se tumbó en el sofá de tres plazas con actitud derrotada; mientras que yo me senté frente a ella en el sillón de cuero negro.

Tenía los ojos reventados de tanto llorar. Y la oscuridad de sus ojeras me recordaba al viejo pozo del campo. En sus finos brazos continuaban los sencillos vendajes que ocultaban las heridas del accidente. Instantáneamente, me vino a la cabeza la estampa de su destrozado coche y sentí un gran escalofrío, pues la imagen que ella proyectaba, bien podía asemejarse a la de un fantasma, ya que su piel había adoptado un color grisáceo. Tal vez fuera debido a la poca luz que había en la estancia. Pero por unos instantes sentí que mi hermana estaba muy lejos. Demasiado lejos...

Pronto ella dio señales de que estaba bien viva: — ... Que no se te olvide coger el vestido que me has prestado para la boda de Luz. Ya no voy a ir... — ¡Olvídate del vestido! ¡¿Qué *demonios* está pasando, niña?! — pregunté ansiosa por hallar una respuesta.

Ella levantó la mano débilmente, mientras en su rostro se dibujó una expresión que indicaba que no soportaría un nuevo interrogatorio.

No conseguiría que yo me callara:

— ... Pero Mari, ¿a qué viene esto? ¿Cómo se te ocurre venirte del hospital sin terminar de hacerte las pruebas? ¡No lo entiendo...!

Ella mantenía los ojos cerrados y sus brazos cruzados. No había manera. Persistía en adoptar esa postura impenetrable. Por lo que desistí de hacerle más preguntas.

De ese modo me puse en pie y comencé a andar por el salón, mirando los objetos que lo decoraban. Al momento me fijé en una hermosa foto que tenía enmarcada en la pared:

— ... Recuerdo este día. Es de hace cuatro años por lo menos. Iba contigo cuando la hiciste...

La imagen mostraba a la patrona del pueblo en el tradicional acto que se celebra al final de agosto, denominado “La Bajada de la Virgen”

— Es de hace cinco años... — apuntó. Y en ese instante se sacó el colgante de sol que tenía oculto bajo su camiseta lila. Y comenzó a manosearlo.

— ¿Cinco años ya? ¡Cómo pasa el tiempo...! Me gusta esta foto. De manera natural le diste más protagonismo al cielo que a la Virgen. Es decir, la llenaste de humildad... Las grandes fotos son aquellas que enseñan más de lo que muestran. Le ocurre igual a las grandes personas, pues también muestran más de lo que expresan, como tú...

— ¿Qué quieres decir? — me preguntó, incorporándose en el sofá.

Resoplé mientras abría mi bolso. E inmediatamente le mostré el colgante de media luna. Y su cara adoptó la expresión de la pura sorpresa:

— ¡¿Cómo...?! ¡¿Cómo es que lo tienes?!
Me senté a su vera y se lo puse entre las manos:

— Ayer por la tarde fui al depósito judicial donde está el coche. Miguel me pidió que recogiera varias cosas de su interior. El hombre que me acompañaba lo vio tirado en el suelo del copiloto...

María se quitó su colgante de sol y solemnemente encajó las dos piezas que formaban una hermosa cara.

— ... Mari, dime. ¿Quién era Feder...?

Ella me miró fijamente con los ojos humedecidos. Sus labios estaban cerrados. Su boca había guardado un secreto por tan largo tiempo que parecía que la misma había olvidado la forma de articular las palabras adecuadas para poder responder a esa indiscreta pregunta:

— ... Dime, mujer, ¿quién era Feder...?
Ella respiró hondo:

— El amor de mi vida... — afirmó con la voz rota.

Lo sabía. No podía ser de otra manera.

— Te ha costado, cariño... Pero no tienes por qué esconder ese sentimiento...

Nos quedamos calladas. El tiempo suficiente para que María llorara un poco más, antes de estar dispuesta a seguir hablando de él:

— ... Llegó al pueblo hace más de cuatro años. Le destinaron aquí... Él era de Soria. De mi edad. Acudía cada día a la tienda. Era un hombre maravilloso, Laura. Muy guapo, atento e ingenioso. Me hacía reír... Al poco nos hicimos amigos en la red social y cada noche nos tirábamos horas chateando...

— ¿Estaba casado? — pregunté imprudentemente.

Ella negó con la cabeza.

— ¿Desde cuándo estabais juntos, niña? ¿Desde que llegó?

— Poco después de la riada que hubo en el pueblo. La que arrancó el puente de La Barriada... ¿Recuerdas que en la plaza de toros de Los Caballos se hizo una fiesta para recaudar fondos para ayudar a los damnificados? Yo fui con Miguel esa noche. Allí nos encontramos. Mientras Miguel charlaba con sus amigos; Feder vino a saludarme. ¡Aún no teníamos nada, Laura! Pero él — atrevidamente — me dijo que estaba mucho más guapa sin el gorrito que me ponía en la tienda...

— Mari, tú estás guapa con gorrito y sin gorrito... — apunté.

Ella sonrió:

— Él me gustaba... No hace falta que te diga más. Puedes imaginar lo que sucedió los días sucesivos. Solo te diré que una tarde de diciembre — ya oscureciendo — nos besamos por primera vez en la explanada donde están las bombonas de butano, yendo hacia Los Conejitos...

No podía dejar de pensar en la primera vez que Iván y yo nos besamos.

Volvió el silencio. María miraba los colgantes ensimismada.

— Nunca te vi ese colgante de sol...

— Me lo regaló este mismo domingo, un día antes del accidente... El sol y la luna. ¡Añorábamos el día en el que pudiéramos pasear bajo el sol y la luna...!

Sin miedo a que nos reconocieran. Libres. ¡Fui una estúpida...!

— ¿Por qué dices eso, cariño? — pregunté, sabiendo muy bien la respuesta. Se tomó su tiempo para contestar:

— Porque debí ser valiente... ¡Tenía que haberme separado de Miguel! ¡Pero por no formar un escándalo...!

— ¡Pues menuda la que hay liada, niña...! — exclamé, pensando en que me ocurriera algo parecido con Iván.

De pronto, María alzó la cabeza:

— ¡La curva!

— ¡¿Qué curva?! ¡¿La del accidente?! — le pregunté sin saber de qué me hablaba.

Ella negó con la cabeza:

— No, no... ¡Ve a la estantería! ¡Coge el libro de “La chica”! ¡La segunda parte...!

Me levanté y me acerqué al mueble donde mi hermana tenía un millón de libros:

— ¿El libro del mexicano? — pregunté.

— Ese mismo. Coge la segunda parte y busca en la página 79. Hallarás unas palabras subrayadas...

Y así hice. Tomé el libro de la estantería y lo abrí por la página que me había indicado, leyendo lo siguiente:

... En él, me dijo que era sabedor de que la vida daba muchas vueltas. Que me esperaría. Y que lo haría en la curva de siempre. Aguardando en esa curva, a que yo llegara en su busca...

Me quedé pensativa unos segundos, pero seguidamente hablé:

— La curva llegó de otra manera...

— Así es... — dijo secamente.

— Él te esperaba en la curva, a ver si te decidías a dejar a Miguel...

— Feder me regaló ese libro y subrayó esas palabras. Me conocía muy bien. Sabía que jamás daría ese paso por el miedo al qué dirán...

Mi hermana volvía a convertirse en un espejo donde me reflejaba.

— ... Asumí que la felicidad estaba en cualquier lugar donde se encontrara él.

Y comprendí que cuando llegas tarde a la vida de alguien a quien amas, sientes que has perdido el tiempo... ¡Yo quería llegar a esa curva, claro! Pero no quería tomar el sendero que llevaba a ella por vergüenza... Prefería que fuera el destino el que nos uniese ahora o dentro de cuarenta años...

Se quedó mirando al infinito. Yo no sabía qué decir, pues las frases que acababa de pronunciar podía suscribirlas, palabra por palabra.

De repente se abrazó a mí, muy fuerte, apoyando su cabeza en mi pecho como cuando éramos niñas y ella sentía miedo de las tormentas...

— Laura, en el hospital pasó algo que... Me cuesta hablar de ello...

Le pregunté a qué se refería.

— ... Cuando estaba metida en el quirófano. Salí de mi cuerpo y me vi tumbada en la camilla...

¡¿Cómo?!

— ... Los que allí estaban comenzaron a gritar que me moría... Todos estaban muy alterados. Sin embargo, a mí no me importaba. No sentía ningún temor...

— Sigue.

— De pronto, pensé en vosotros y – no me preguntes cómo – me vi en la sala donde estabais esperando. Vi a mamá y a papá. A Miguel. A la tita Rosa y a la prima...

Tragué saliva.

— Recuerdo que la tita se puso a hablar en voz alta – como siempre hace – lamentando lo que había pasado. Tú hablabas por el móvil. Entonces llegó Antonio y te puso la mano en el hombro, preguntándote con quién hablabas. Y fingiste que hablabas con Paqui...

¡Que fingí! — ... Luego te sentaste junto a mamá y le diste un clínex, diciéndole que le estaba empapando la camisa a papá... Y seguidamente empezaste a charlar con la prima Cristina. Antonio Jesús hablaba enfrente de vosotras con Miguel que estaba muy callado...

¡¿Cómo podía saber eso?!

— ... En aquel momento recuerdo que te levantaste cuando Antonio salió de la sala. Entonces te fuiste a sentar junto a Miguel... Pero en ese instante ¡todo se volvió negro, Laura! La oscuridad más negra... ¡No puedo describirla con palabras! ¡Era el color negro en pura esencia! Pero no sentía ningún miedo. Nada... Instantáneamente, vi una luz blanca al fondo. Brillante. Y no puedo describirte si yo me acerqué a la luz; o fue la luz la que se acercó a mí. Pero a medida que la luz y yo estábamos más cerca, me sentía llena de felicidad. Quería formar parte de ella...

Tenía los pelos de punta.

— ... Pero cuando me encontré frente por frente a la luz – como a dos metros – vi que era una neblina. Y detrás de esa neblina veía siluetas que me eran familiares. Sentí que eran los abuelos, niña. El tito Cristóbal y...

Rompió a llorar.

— Sigue contando. ¿Qué ocurrió, Mari?

— Cuando pretendí entrar en la luz. Una figura emergió de aquella neblina... Era Feder...

Resoplé.

— ... Quise abrazarlo, pero yo no tenía cuerpo. Reconocí que era él. ¡Que era Feder! ¡No sé cómo explicarlo! Y entonces – sin más – él me mostró su colgante de luna, diciendo: “No es tu momento, amor mío. Vuelve y haz cumplir mi promesa...”

— ¿Qué promesa? — pregunté con la piel erizada.

— No lo sé... En ese instante desperté en la UCI. Todo parecía haber sido un sueño más. Pero supe que Feder había muerto. ¡Lo sabía...! Luego mamá me contó quienes estabais en esa sala... ¿Ocurrió tal y como yo digo, Laura? — me preguntó con la mirada encendida, ansiosa por saber si había sido así.

— Así fue, niña...

Nos quedamos calladas varios minutos. Era increíble lo que acababa de

contarme. Sin más, todo parecía indicar que mi hermana había tenido una experiencia cercana a la muerte. Igual que las que salen en los programas de misterio.

— ¿No recuerdas qué te prometió? — pregunté de nuevo, curiosa.
Ella negó con la cabeza:

— Llevo preguntándomelo desde el lunes. Y no sé a qué se podía referir...
¡Son tantas cosas las que hemos hablado en este tiempo...!
Consideré que no debía darle más vueltas a ese tema. Estaba segura de que pensar en aquello más que ayudarla, la perjudicaba. Debía pasar página de ese hecho tan trágico. Tenía que seguir viviendo.

Pero fue llegar a esa conclusión y María susurró de nuevo:
— Debí haber muerto. No entiendo qué hago aquí...

Le dije que no debía decir eso. Que comprendía lo que significaba perder a la persona que se ama. Pero que aquí tenía una familia que la adoraba. Ella tenía que pensar en mis padres, los cuales no se merecían la conclusión a la que había llegado. Y ella me miró con resignación.

Al momento me puse en pie:

— Como comprenderás, niña, no te puedes quedar aquí sola. Vamos a coger algo de ropa. En el campo estarás muy bien...

Y cuando pretendía entrar en su dormitorio, María habló desde el sofá:
— ¿Quién era el hombre con el que estabas hablando por el móvil, allá en la sala de espera...?

No supe qué decir. Me quedé bloqueada.

Al fin mi querida hermana sonrió un poco:

— ... ¡No hace falta que me lo digas! ¡No me importa...! Yo era una verdadera estatua viviente sin lengua.

Cuando pasó por delante de mí para entrar en el dormitorio, me guiñó un ojo, diciendo:

— ... Pero sé que me lo dirás más adelante...

De este modo, abrió las puertas de su mueble antiguo de madera y – con

mucho esmero – fue doblando la ropa que sacaba. A los pocos segundos recuperé el habla y le ordené que se tumbara en la cama, pues yo me encargaría de recogerlo todo.

María me hizo caso. Se acostó y vi que a los pocos segundos se quedó dormida profundamente.

No la desperté. Su bello rostro mostraba un semblante de paz. Sin duda contar todo aquello le había servido de desahogo.

Aquella noche dormimos juntas, como cuando éramos pequeñas.

Compartíamos un secreto.

Cuando el corazón habla, el mundo entero debe callar. Y esa noche disfrutamos de su silencio...

16. ¡DE CORAZÓN!

A

la mañana siguiente tan solo me dio tiempo para ir a mi casa y ducharme. No pude llevarla al campo por lo que me puse en contacto con mi padre para que la recogiera. A María – que todavía seguía dormida – le dejé una nota, explicándole todo.

De camino a Pizarra pensaba en aquello que me había confesado mi hermana, la tarde anterior. ¡Era increíble, lo sé! Imagino que te habrás quedado de piedra cuando referí la ECM. La experiencia cercana a la muerte vivida por mi hermana.

No sé qué opinión puedes tener al respecto. Únicamente puedo decirte que – por misterioso y sorprendente que resultaran sus afirmaciones – lo cierto es que acertó en todo lo que sucedió en la sala de espera. ¡En todo! Incluso supo que yo no estaba hablando con Paqui. No lo podía concebir...

Con el tiempo me he informado más sobre estos episodios asombrosos, sorprendiéndome al descubrir que lo experimentado por María no era algo tan fuera de lo común. Es más, las coincidencias con otros casos sucedidos en todo el mundo, me hizo darle credibilidad a estos fenómenos que por ejemplo el investigador Raymond A. Moody, JR explica diligentemente en su best-seller “Vida después de la vida”...

Pero tan sorprendente fue la revelación sobre su extraño encuentro con Feder, como la constatación de que el funcionario soriano llevara – ni más ni menos – que cuatro años con ella. ¡Cuatro años! Irremediablemente comparé su relación con la mía. ¡Cuatro años de silencio! De citas a escondidas. De lágrimas inoportunas. De sueños imposibles. ¡De deseos incumplidos! De fastidiosos arrepentimientos. De un gran amor oculto con ganas de que llegara la oportunidad de hallarse en la curva... Y todo ello seguramente debido a una actitud parecida a la mía, ante lo que suponía dar a conocer la infidelidad con su esposo al mundo entero. Ya sabes bien a lo que me refiero.

Durante el recreo le pedí permiso a Lucrecia para hacer algunas gestiones en Pizarra. Entre ellas tenía que acudir con urgencia a un cajero. No tenía dinero

en metálico para pagar mi parte en el almuerzo especial que celebraríamos horas más tarde y donde – como te conté – despediríamos a mi compañera Natividad. Y por otro lado debía conseguir el dinero suficiente para el regalo de boda de Luz – una buena amiga y vecina de la familia – que se casaba al día siguiente.

El dolor de la cara había vuelto con ganas de dar la lata y constantemente llevaba mi mano a la cabeza, masajeándola, como si así pudiera contener el dolor que sentía. Necesitaba la dichosa medicación...

Rápidamente acudí en primer lugar a la conocida papelería El Rubio. Quería comprar un paquete de pequeños sobres blancos de papel, ya que por esta zona tenemos la costumbre de regalar dinero a los novios. Ciertamente también existe la tradición de regalarles mobiliario o electrodomésticos, pero el regalo más recurrente consiste en introducir en un sobre la cantidad que cada cual estime oportuno para – sobre todo – contribuir a pagar los costosos gastos del convite.

De este modo, allí estaba en la papelería haciendo cola, mientras miraba mi reloj de pulsera. Paco – el dueño del establecimiento – estaba atendiendo a un joven que necesitaba un considerable número de fotocopias. Irremisiblemente aquel muchacho me recordó mis años en la facultad.

De repente, el móvil del joven sonó y – sin discreción alguna – se puso a hablar de tal modo que todos éramos conscientes de lo que conversaba.

Al parecer el muchacho estaba recibiendo un rapapolvo de su novia. El pobre trataba de justificarse de algo que había hecho, pero la interlocutora de aquella llamada apenas le dejaba hablar.

Paco y yo – que nos conocemos desde la época que estudiábamos en un instituto de Álora – nos mirábamos estupefactos, pues el tono de la llamada iba en aumento debido a la poca mesura que el joven utilizaba en aquellas frases que podía intercalar. Vivíamos una bronca en directo. Me río...

Pero de pronto, el muchacho – alto y bien parecido – requirió insistentemente la atención de la chica que le llamaba, diciendo lo siguiente:

— ... ¡Rosi, escúchame, *coño!* ¡¿Me quieres escuchar...?! Mira niña, te voy a decir una cosa que es lo que yo siento de corazón. ¡De corazón! — se golpeó el pecho con la mano izquierda — Mira, Rosi, tú estás tan dentro de mí, que cuando estás triste me pongo a llorar...

Creo que la tienda entera suspiró. ¡Qué cosa más bonita...!

Cuando el joven se marchó, todos nos pusimos a hablar, afirmando que era la frase más hermosa que habíamos escuchado. Y a la vez nos reíamos de su patente indiscreción...

Ya con los sobres comprados, partí ligera en dirección a la plaza del ayuntamiento, pues allí hay un cajero de mi banco. Pero poco antes de llegar recibí una llamada telefónica. Por lo tanto, me detuve bruscamente y – con cierta torpeza – abrí la cremallera del bolso para atenderla.

Era Paqui – la jefa de mi hermana en la tienda de comidas caseras. La saludé y le pregunté qué deseaba. Y al momento ella me explicó que necesitaba un parte médico para poder tramitar la baja de mi hermana, en la Seguridad Social. De este modo, quedé en llamarla cuando supiera algo al respecto y colgué. Pero en ese instante – mientras pretendía guardar el móvil en mi bolso – una mujer embarazada salía de su vehículo, de manera desmañada.

Me quedé hipnotizada contemplando su enorme barrigón. ¡Dios, qué susto! ¡Yo no podía verme así en la vida...! Los nervios se apoderaron de mí por completo. Repentinamente, aquella imagen de la mujer en avanzado estado de gestación, fue una bofetada más dolorosa que el dolor que sentía en la cara. La realidad volvía a llegar de forma súbita, haciendo estragos en lo imaginable. Estaba a unos meses de reflejarme así en los espejos.

Miré mi abdomen sin atisbos de embarazo. Miré mi brillante reloj cuyo segundero avanzaba sin parar. Alcé la mirada al cielo azul, buscando alguna respuesta. Y fue el sonido del claxon de una furgoneta de mensajería el que afortunadamente me hizo salir de mis oscuros pensamientos...

Se hacía tarde pues en apenas cinco minutos tenía que estar de vuelta en la escuela. Y ¡horror! en el cajero había una cola enorme.

Aun así, decidí quedarme. Llamé por teléfono a Loli y le rogué para que me

hiciera el favor de cuidar a mis alumnos mientras tanto. Tan solo el tiempo que tardase en sacar el dichoso dinero.

Pero esperando en la cola – de repente – apareció por la esquina el joven que había estado en la papelería de Paco, nuevamente enganchado al teléfono. Y como hizo mientras esperaba sus numerosas fotocopias, el guapo muchacho hablaba gritando, por lo que todos los que estábamos en la cola le miramos, como no podía ser de otra forma, claro. Parecía que nuevamente estaba discutiendo con su pareja.

Al momento el muchacho gritó:

— ... ¡Maribel, escúchame, *coño!* ¡¿Me quieres escuchar...?!
¡¿Maribel?!

— ... Mira niña, te voy a decir una cosa que es lo que yo siento de corazón.
¡De corazón! — ¡La madre que lo parió! — Mira, Maribel, tú estás tan dentro de mí, que cuando estás triste me pongo a llorar...

¡Y yo me puse a reír a carcajadas! ¡Gigantescas! Los que estaban en la cola me miraban, creyendo que estaba loca. ¡Y es que no podía parar de reír!
¡Imposible...!

Hoy día cada vez que recuerdo aquella anécdota, sonrío. Aquel pícaro sinvergüenza – con un pico de oro – seducía que daba gusto... Y sí, puede que pienses que el joven pizarreño estaba haciendo algo inadecuado a todas luces, por supuesto. Pero siempre le agradeceré que – sin él proponérselo – me ayudara a dos cosas. La primera, a olvidar aquella escena con la preñada que tanto me impactó.

Y en segundo lugar – que desde ese inolvidable momento – el pesado dolor que abatía mi rostro sorprendentemente desapareció hasta el día de hoy.

Sin duda reír es el mejor tratamiento...

17. ¿CÓMO ALEJARNOS DE LA FUENTE?

E

El lugar elegido para la celebración del final del calendario escolar y la apropiada despedida de nuestra vieja compañera, fue la amplia terraza del conocido bar Postigo, en Pizarra. Y fuimos allí precisamente porque era el sitio donde solíamos almorzar cada lunes, pues ese día teníamos que quedarnos en la escuela por la tarde, debido a las fastidiosas tutorías.

El día era espléndido. Estábamos muy felices ante la proximidad de nuestras merecidas vacaciones. Entiendo que generen envidia. No muchos pueden disfrutar de dos meses de asueto cada año, pero te puedo asegurar que la labor desempeñada día a día por los profesores de este país resulta ciertamente agotadora, pues nuestro horario laboral se extiende más allá de las horas lectivas, por numerosos factores que puedes imaginar y que no es necesario que te enumere, uno por uno.

En la terraza del bar se dispusieron las mesas para atender a los comensales. Casualmente yo me senté junto a Natividad – la gran homenajead. Allí comimos y bebimos. Por suerte la excusa de mi neuralgia me sirvió para rehusar el alcohol que me ofrecían constantemente.

Iván también participaba en el almuerzo especial, como es natural. Pero procurábamos mantener las distancias porque no queríamos dar pie a las habladurías. De este modo, prácticamente no hablábamos siquiera. Pero como sospecharás, el cruce de miradas era continuo...

Cuando llegó la hora del café, mi querida Trini – una simpática profesora cartameña – sorprendió a Natividad con una hermosa tarta de merengue. A continuación la misma Trini leyó un sentido escrito donde alabó sus numerosas virtudes, lo que provocó sus emotivas lágrimas. Seguidamente le entregamos una placa de recuerdo, así como un sobre que contenía dos billetes de avión a Roma – con estancia incluida – para que viajara con su marido.

Natividad no cabía en sí de gozo.

Nuevamente se llenaron las copas. Mis compañeros ya empezaban a tener los frecuentes síntomas de la embriaguez y comenzaron los chistes malos y las escandalosas risotadas. Así como afloraron los teléfonos móviles donde se mostraban vídeos de dudoso gusto, mientras se hacían las típicas fotos fraternales...

Todo iba realmente genial, la verdad. Pero aquel buen clima pronto empeoraría. Sin esperarlo, Loli – que había ido a su coche a por algo que no recuerdo – apareció con la cara pálida.

Presto repararían en ella:

— ... ¿Qué pasa, Loli? — preguntó Adelaida, una profesora malagueña.

— No os lo vais a creer. Ya sé por qué no ha venido Esteban a la comida... Todos pusimos mucha atención.

— ... En el coche me acaba de llamar mi hermana – la que trabaja en el ambulatorio. ¡Por lo visto Esteban se ha liado con una de las madres de sus alumnos! ¡Y lo peor! ¡El marido les ha pillado in fraganti! ¡Se ha formado la de Dios es Cristo...!

Iván y yo nos miramos inmediatamente.

— ... Ahora Esteban está en el ambulatorio con el ojo izquierdo hinchado y la boca hecha un desastre...

Reinó el silencio durante unos segundos. Nos quedamos desconcertados. Al instante empezaron los cuchicheos. Yo no era capaz de levantar la mirada del trozo de tarta, jugando con la pequeña cuchara. Iván – en cambio – hablaba preocupado con Pedro, un profesor de Benagalbón.

De pronto, uno de mis compañeros – omitiré su nombre para no dejarle mal – exclamó:

— ¡Eso le pasa por ser un pichabrava...!

Y todos rompieron a reír. Todos, menos yo. Incluso Iván forzó una media sonrisa, obligado por las circunstancias. Imagino que aquella expresión se debió a la necesidad de aliarse con el bando crítico, para no levantar cualquier mínima sospecha.

Pero yo no podía ser tan diplomática: — ¡No digas eso! ¡Conozco a Esteban! ¡Él no es un casanova...!

Recuerdo que Iván me lanzó tal mirada que – más que mirada – parecía una lanza falárlica... ¡Normal! De repente, yo estaba justificando a nuestro compañero, sin saber nada del asunto. Y por otro lado, hacer de valedora de

Esteban, me situaba instantáneamente en una posición difícil de defender.

Traté de explicarme de inmediato:

— ... A ver, yo no conozco a Esteban en profundidad, pero es un buen tipo.

¡Está casado, *leche!*

— ¡Eso no tiene nada que ver! — sentenció otra de mis compañeras.

— ... Ya lo sé, pero... ¿por qué no podéis pensar que Esteban y esa mujer han podido enamorarse...?

¿Enamorarse?

Tan solo dos segundos tardaron mis compañeros en partirse de la risa.

Enseguida Loli confesó haber visto cosas raras entre Esteban y una de las madres, suponiendo que ella sería la amante.

Otra de mis compañeras habló:

— ... Esteban es un *buenorro*, Laura. Esa mujer ha querido echarle un polvo.

O dos. ¡O los que hicieran falta...! Y nuevamente las carcajadas debieron de escucharse allá arriba, donde está El Santo...

Miré a Iván, pidiéndole perdón con los ojos. Sin esperarlo, Loli — que no quería que se metieran más conmigo — señaló:

— Laura es así. Es defensora de las causas imposibles. No le sigáis dando la tralla. Esteban es un buen tipo. A mí siempre me ha echado una mano cuando me ha hecho falta...

— ¿Una mano dónde, Loli...? — preguntó pícaramente otra de mis compañeras.

Volvieron las risotadas. Y como un aluvión se sucedieron los comentarios jocosos e hirientes. Iván y yo nos mirábamos con impotencia.

Pero al momento — sin esperarlo — sentí que la mano de Natividad me apretaba el brazo con fuerza. Por instinto, la miré a los ojos; y ella hizo lo propio. Nati sonreía del mismo modo que lo hacía mi abuela Teresa cuando — con mucha asiduidad — me pillaba haciendo alguna trastada y me decía de manera cómplice que no se lo contaría a mis padres.

Seguidamente ella pidió la atención de todos, haciendo sonar su copa de balón

con la cucharilla del café:

— ... Me gustaría contaros una antigua historia que sucedió hace muchos años...

Natividad era hija de un perote y una pizarreña. — ... Mi padre – que en paz descansa – solía narrarnos un suceso que aconteció en Álora poco después de que yo naciera. Fue durante los primeros años de la década de los cincuenta. Y sucedió en la ermita del convento de Flores...

Todos prestaron atención. Ella continuó con su dulce voz:

— ... Contaba que un conocido hombre de negocios perote entró en la vieja ermita con una escopeta, profiriendo gritos. De tal modo se dirigió raudo al altar y – alzando el arma – le gritó a la Virgen que estaba dispuesto a matar a su esposa y a quien le había puesto los cuernos con ella...

De pronto, posó su mirada en Iván:

— ... El hombre gritaba y gritaba, pidiéndole a la Virgen el suficiente entendimiento para poder comprender por qué su esposa había actuado de tal modo. Pero por supuesto ninguna voz tronó en el templo, explicándole tales motivos...

Nati me miró:

— ... Imagina, Laura, cómo estaba de enfadado...

Me sentí muy niña.

Posteriormente miró a todos y a cada uno de los que conformábamos la mesa festiva:

— ... El negociante señaló a la Virgen con su dedo, diciendo que Ella tendría la culpa de todo lo que hubiera de pasar desde que saliese por la puerta. Y enfurruñado salió del templo, en dirección al pueblo...

Natividad tosió un poco. Luego tomó la copa del licor sin alcohol y bebió un pequeño sorbo:

— ... Pero a la altura de la fuente de La Higuera – que ya sabéis que no está muy lejos – el hombre comenzó a sentir una sed enorme. Y tal fue la sed que

sentía que irrumpió con la escopeta entre aquellos que llenaban sus viejas garrafas, lo que provocó el comprensible miedo...

Nati se puso en pie y comenzó a gesticular:

— ... El hombre de negocios bebió hasta saciar su sed y se marchó. Pero cuando había andado unos pocos de pasos, la sed volvió con mucha más fuerza, lo que le hizo retroceder y acudir nuevamente al caño de agua continua. Y esto sucedió una y otra vez. Lo que sorprendió a los presentes. “¡¿Qué me está pasando?!”, exclamó con los ojos desorbitados...

Todos la miraban embobados.

— ... Como sabedor de lo que le ocurría, pensó que debía de ser cosa de la Virgen. El hombre rogó al dueño de una de las garrafas que le prestara una para poder llegar a la ermita, otra vez. Y así hizo. El negociante le daba tragos a la garrafa – entre lágrimas – mientras se dirigía rápidamente allí...

En ese momento llegó una muchacha vendiendo cupones. Y al instante todos le pidieron que se callara. ¡Lo que contaba era tan interesante...!

— ... El hombre entró en la ermita, arrojando su escopeta a la entrada. Y con la garrafa asida se dirigió corriendo al altar. Y allá – dando buchecitos – le gritó a la Virgen, preguntando por qué le estaba pasando eso. Pero sin esperarlo una viejecita beata le preguntó a su vez qué le ocurría...

Bebió otro sorbo de su copa.

— ... Entre más lágrimas – y muchísimos tragos a la garrafa – el hombre de negocios le contó a la viejecita lo que había sucedido en el altar un rato antes; así como el engaño de su esposa. Le dijo que quería comprender por qué su mujer había actuado de tal modo... Y la anciana sonriendo le confesó que creía conocer esa verdad. De tal modo el hombre se sentó a su lado, agarrando la garrafa con fuerza...

Me encantaba el cariño con que Natividad nos hablaba, interpretando a esa anciana. ¡Era la abuela de todos!

— ... La viejecita dijo: “óigame, buen señor. He escuchado atentamente lo que me ha dicho. Y solo tengo una humilde explicación. La sed que usted siente no la sacia el agua de la fuente. La sed que su piadosa esposa sentía, no podía saciarla el agua que buenamente usted le ofrecía. ¡Piense esto, buen hombre! No culpe a su mujer por tener sed, no. Tampoco a la fuente que halló, donde ella fue a beber. Pues en esa fresca fuente pudo saciarse, al fin. Y quien halla la fuente que colma, ¿quién puede alejarse de ella en su sano juicio...?”

Me dio un escalofrío.

— ... La vieja se puso en pie y le arrebató fácilmente la garrafa, poniéndola sobre el banco de madera, diciendo: “... No culpe a su buena esposa. Ni culpe a aquél que la colmó de atenciones. ¡Culpe pues a la falta de amor verdadero! Usted quiso explicaciones para calmar su propia sed. Recoja esa estruendosa escopeta que arrojó; devuelva la garrafa a su dueño y... ¡perdóneles...!”

Todos nos miramos con el corazón sobrecogido.

Natividad confesó finalmente:

— ... Sé que Esteban ama a esa mujer. Y que ella le adora. Él me lo reveló hace unos meses...

Al instante, nos dijo que se marchaba al ambulatorio para verle, agradeciéndonos nuestra atención con ella.

Pero antes de marcharse me volvió a apretar el brazo fuertemente, susurrándome al oído:

— ... Laura, cariño, tened mucho cuidado...

Me quedé de piedra. De alguna manera, Nati supo lo que Iván y yo teníamos. No me preguntes cómo, ni por qué. ¿Aquellas miradas nos delataron? ¿Tan fácil era saber nuestra verdad...?

Natividad se despidió de cada uno de nosotros. Y al poco abandonó la terraza con otros compañeros – buscando el ambulatorio – para ver si el pobre Esteban se encontraba bien.

Estaba impactada. E Iván prácticamente igual que yo. Pero en el fondo nos sentíamos encantados con la bonita historia que nos había narrado con tanta ternura. Nos sentimos comprendidos, al fin.

¿Cómo podemos alejarnos de la fuente que calma nuestra sed...?

18. MI AMIGA LOLE

I

ván y yo nos despedimos con dos castos besos en la cara. Natividad nos había puesto en alerta. Nos hizo preguntarnos si nuestro lenguaje corporal podía traicionarnos de alguna forma. Todo ello lo hablamos justo cuando llegué a mi casa, pues Iván estaba bastante preocupado por mí.

Él me conocía muy bien, claro. Sabía perfectamente que lo sucedido a Esteban podía influirme a la hora de tomar ciertas decisiones drásticas. El muy tonto parecía que no se creía lo mucho que le quería... Naturalmente me imaginé qué ocurriría si Antonio nos descubría una noche – sentados en mi vehículo – allá en el polígono industrial de Pizarra. ¡Menuda situación embarazosa! Sí, ya sé, sobre todo “embarazosa”. Me río por no llorar...

Pero nosotros lo estábamos haciendo bien. Nadie conocía nuestros sentimientos de nuestra boca. No como lo ocurrido a Esteban, pues con el tiempo supimos que la mujer con la que tenía aquella relación, cometió el terrible error de confiar el secreto a alguna de sus amigas – madres también del colegio.

Y no seré tan osada como para decir que más de una debía de sentir celos de esa difícil unión... ¡Anda! ¡Va a ser que lo he dicho! No pasa nada, no. Como solía decir mi adorado abuelo José: al que le pique, que se rasque... Y yo añadiría que no tenga miedo de rascarse con mucho ahínco. Con suerte hacerlo le provocará merecidas heridas en la piel. Y por qué no decirlo: quizás algún merecido rasguño en el alma...

Como te he dicho, nadie sabía de nuestros sentimientos debido a alguna indiscreción por nuestra parte. Y no era porque no necesitáramos compartir lo que sentíamos, no. ¡Poder descargar tan tremendo peso que teníamos en el alma...! Como miembros de la sociedad sabíamos que aquello iba en contra de la moral, a la que me referí anteriormente. Pero éramos muy conscientes de que – como señala el famoso dicho – debíamos ser dueños de nuestros

silencios y no esclavos de nuestras palabras.

Antonio Jesús llegó muy tarde a casa. Tanto, que afortunadamente yo ya estaba dormida.

A la mañana siguiente tenía muchas cosas que hacer. Entre ellas acudir a la peluquería de mi amiga Lole porque mi pelo necesitaba un nuevo tinte, así como un bonito peinado para la boda que tenía esa misma tarde.

Lole había estudiado conmigo en el colegio. Aunque decir que estudió, es ser demasiado benevolente. ¡La puñetera no dio un palo al agua...! Pero desde aquella época nos hicimos muy buenas amigas. Me encanta su genio y poderío. Y esa manera de ser la más maruja de las marujas.

Como digo, fui a su coqueta peluquería aquella mañana de sábado. Pronto – mientras hojeaba una revista del corazón junto a otras mujeres – Lole nos exponía su visión al respecto del sagrado vínculo del matrimonio:

Antonio F. Ortiz

— ... ¡*Enseguida* me voy a casar yo, hoy día! ¡Vaya, me tienen que llevar a rastras...! ¡Hay que ser boba *der tó!* ¡*Aguantá* a un tío...! ¡Con lo *jarta* que estoy *der saborío* de mi Manolo...!

Nos tenía muertas de risa.

— ... ¡Anoche mismo! ¡Llegué *reventaita perdía*, niña! ¡Los dedos de los pies los tenía que parecían pelotas de esas de los que juegan con el palito ese...! ¡¿Cómo es, reina?! ¡De golf...! ¡Eso, de golf! ¡*Mu duros*...! ¡*Hinchaítos*, los pobres!

¡Me estaba meando!

— ... Me di una ducha *mu* calentita. Y me estiré en el sofá, *to relajá*... Necesitaba un masaje de estos... ¡ya sabes! ¡Pero un masaje de un tío cachas! ¡Y no del *mielda* de mi *marío*...!

— ¿Y qué pasó, Lole? — preguntó nuestra amiga Pepi con ganas de saber.

— ¡¿Que qué pasó?! ¡Que de pronto aparece Manolito por la puerta, diciendo el señor que venía *mu cansao de trabajá!* ¡Claro, aquí como *na má* trabaja él...! ¡Y va y me dice el saborío este que qué había de cenar...!

Entonces – descojonada de la risa – le pregunté qué había preparado de cena.

— ¡¿De cena?! ¡Si no me había *dao* tiempo de hacer *na*, mujer!

— ¡Y qué le dijiste, Lole? — preguntó otra con mucha guasa.

— ¡*Buah!* ¡Le dije que se hiciera un bocadillo! ¡Y no veas la que me lío el prenda...! ¡Que si no podía ser eso! ¡Que venía muerto de hambre! ¡*Cansao...*! ¡Bueno, un dramón que ni la *Guarne Broder...*!

¡Qué arte tenía la puñetera!

— ... ¡*Totá!* ¡Que me tocó el coño! ¡Así que fui *pa* la cocina y le hice un bocadillo “especial”! Lo puse en una bandeja *mu prepará*. Se lo llevé al salón y le dije: “¡*ea*, el bocadillo del señor!”. ¡Y me pregunta *er* saborío que de qué es! Y le digo: “¡de *Güiscas!*”. Y me contesta: “¿de *Güiscas?* ¿Y eso está bueno?”. Y le digo: “¡pues no sé, pero al gato le encanta...!”

Te puedes imaginar la que se lio en la peluquería.

Supongo que los señores de la Real Academia de la Lengua pondrán el grito en el cielo al leer ciertas expresiones de mi amiga – de manera fonética – pero era necesario transmitir su duende.

El dialecto andaluz ofrece múltiples posibilidades de expresar lo que se siente. Lole es maravillosa. ¡Todo un terremoto! Y sé perfectamente que me perdonará que narre sus intimidades.

Aquella mañana mi amiga no solo me puso un tinte en el pelo. Aquel sábado que tanto prometía, Lole me puso una amplia sonrisa en la cara...

19. EL HOMBRE ESCONDIDO BAJO EL ÁRBOL

L

a mañana se me echaba encima y trataba de sepultarme.

Seguidamente me dirigí a la tienda de mi amiga Lidia – El Atelier de Nicolás – para recoger el traje de Antonio Jesús, pues este bonito establecimiento cuenta con un servicio de lavandería. Antonio, en lo que respecta a pedir favores en el hotel, es muy reacio. Hubiera sido muy fácil para él usar la lavandería del recinto para lavarlo y plancharlo, pero como digo, aquello – según él – hubiese sido una incorrección que no merecía la pena.

A continuación decidí ir a La Vega para ver a María. No hablaba con ella desde la noche del jueves; y durante el viernes tan atareado no reparé en llamarla.

Cuando llegué a la casa del campo, mi padre me recibió con el gesto contrariado. Mi madre no estaba allí porque había salido a comprar un rato antes. Le pregunté por qué tenía esa cara; y pesadamente él se sentó en su vieja mecedora.

De inmediato comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás, como tenía costumbre, claro. Pero desde pequeñas, dependiendo de la velocidad que alcanzaba en la mecedora, sabíamos si estaba muy tranquilo; o en su caso si se encontraba nervioso y preocupado, balanceando la silla a velocidades de vértigo. Y según se mecía esa mañana sabática, todo parecía indicar que mi padre quería lograr el impulso suficiente para llegar el primero a Marte...

— ... Niña, tu hermana nos tiene muy preocupados. Asómate a la ventana. Allí está en la hamaca sin dejar de mirar a Pepe...

Al momento miré y comprobé que así era. Pepe es nuestro vecino de toda la vida.

— ... De repente, arranca a llorar, sin más... Tu madre no sabe qué hacer. Cuando se acerca para preguntarle cómo está; solo le contesta que bien. ¡Está mustia! ¡Si es que esta niña es tonta! ¡¿Cómo se le ocurre venirse del hospital?!

— Ella dice que se sentía bien, papá... — dije inocentemente.

Mi padre callado comenzó a negar con la cabeza al ritmo de la mecedora.

— ... María siempre ha odiado a los médicos. ¿O no recuerdas cuando tuvo la piedra en el riñón? — añadí, tratando de que comprendiera el proceder de

María.

— Tu hermana — no sé por qué — se ha quedado tan tocada como el viejo Pepe...

Volví a mirarla a través de la ventana. Y al instante comencé a mirar a nuestro vecino.

Todo el mundo le conocía. Porque desde hacía muchos años tenía un comportamiento — digamos que extravagante — que ahora detallaré. Sé que su familia — a la que queremos mucho — me perdonará que hable sobre él. Nos conocemos de siempre. De niñas, Pepe, junto a su simpática hija Mariné, nos llevaba de paseo por La Vega muy a menudo. A finales de los setenta eran pocos los que disponían de una piscina tal y como las conocemos hoy día. Lo más parecido que existía eran las rudimentarias albercas de riego, con sus rasposas paredes de cemento. Como te digo, Pepe nos paseaba por aquella zona, donde nos bañábamos en las acequias mientras nos contaba — alegre — cómo jugaba cuando era tan pequeño como nosotras.

Pepe era un hombre hablador y dicharachero. Todos le tenían un gran aprecio en La Vega. Se ofrecía a ayudar a quien le necesitara; y era un gran activista a la hora de exigir a las autoridades el arreglo de los numerosos carriles; así como la modernización de las instalaciones de agua y de luz que atravesaban el campo, a ambos lados del río Guadalhorce.

Pero un día todo eso cambió repentinamente. Al parecer aquello sucedió una mañana de finales de verano, a principios de la década de los noventa. Y lo recuerdo bien porque yo estaba estudiando en la facultad. Mi padre fue quien lo vio todo porque se encontraba en el bar donde entró Pepe en un estado muy alterado.

Sujeta bien el libro porque te vas a sorprender...

Pepe gritó que — mientras se encontraba recogiendo aceitunas para partirlas y aliñarlas al estilo de aquí — se había topado, cara a cara, con un hombrecillo que salía del hueco del tronco del olivo centenario que posee en su huerta. Precisamente el mismo que linda con nuestro terreno... Y simplemente dijo que aquel ser se había asustado, metiéndose nuevamente por aquel agujero. Ni que decir tiene que aquella declaración fue tomada a pitorreo de inmediato.

Aquel suceso increíble fue el detonante del cambio tan enorme que sufrió el pobre Pepe. De pronto se convirtió en un hombre triste y rencoroso. Nadie le creía, por supuesto. Y la incredulidad de sus vecinos le convirtió en una persona huraña – insociable – que se encerró en sí mismo, adoptando un curioso proceder.

Cada mañana Pepe se sentaba en una silla de enea que colocaba junto al olivo donde ocurrió todo, y con los brazos apoyados en el respaldo de la silla, miraba fijamente el boquete del árbol tratando de descubrir a ese ser diminuto que – según él – habitaba bajo aquel viejo árbol. ¡Un caso...! Y nadie conseguía que Pepe depusiera esa actitud claramente disparatada...

Cuando fui al encuentro de María, ella seguía tumbada en la deteriorada hamaca de plástico que teníamos en el porche, donde una fina colchoneta de gomaespuma le otorgaba cierta comodidad.

Desde allá no solo se contemplaba el huerto de nuestro vecino Pepe, sino que también se disfrutaba del paisaje que ofrecían los hermosos montes que rodean nuestro blanco pueblo, destacando el monte Hacho con su enorme cruz coronándolo...

En el momento que María me vio se incorporó un poco. Y enseguida le expliqué que había recibido una llamada de su jefa, por el tema de la baja médica necesaria para tramitar el papeleo de la Seguridad Social. Pero María apenas me hacía caso, limitándose a mirar a Pepe con cierto aire de desprecio, lo que me llamó la atención, pues no entendía qué era lo que ocasionaba su malestar con nuestro vecino:

— ... ¿Qué te pasa, Mari?

— No me apetece hablar sobre ese asunto. Y menos ir al médico...

— Pero niña, Paqui necesita la baja para poder gestionarte la paga. ¿Por qué tienes el móvil apagado? Te está llamando. ¿Acaso tienes pensado volver a trabajar pronto...?

Ella no me hablaba. Solo contemplaba a nuestro viejo vecino.

De repente, me dijo que estaba muy guapa con el peinado. Y añadió que deseaba que felicitará a Luz de su parte a la tarde.

— ... Me tienes preocupada, niña. Tienes que seguir viviendo, vida. Es una desgracia enorme lo que ha ocurrido, pero...

— Lo que le daba sentido a mi vida, se ha ido. Aquí no pinto nada, Laura... — me confesó mientras manoseaba los colgantes de sol y de luna de forma compulsiva.

Aquello me enfadó:

— ¡Sí, pintas! ¡Nosotros te queremos! ¡Estamos pendientes de ti! ¡Y tú nos lo pagas, deseando morir! ¡Recuerda lo que te dijo Feder! ¡No era tu momento! ¡Y tienes una promesa que cumplir! ¡Su promesa!

— ¡¿Qué promesa, Laura?! ¡Me estoy volviendo loca tratando de averiguar a qué podía referirse...!

Nos callamos mirando a Pepe. Imagino que ella volvía a sumergirse entre sus recuerdos, intentando saber qué era lo que le había prometido su amante.

Pero no podía permitir que ella malgastara su vida de esa forma. Tenía que hacerla emerger de nuevo:

— ... Mari, ¿por qué miras a Pepe con tanta atención? Lleva así toda la vida.
— Precisamente por eso. Odio lo que hace...

El verbo “odiar” me pareció inadecuado por completo. Una cosa era que no comprendiéramos a Pepe. Y otra distinta era odiarle por su extraño modo de obrar.

— ¿Le odias? ¿Por qué? Es su locura, ¡déjale! No le hace mal a nadie...
¡Ojalá lo dejara, claro, y se fuese a jugar al dominó al bar de La Molina, pero...!

— Me cabrea su actitud cansina. Esa manera obsesiva de saber nuestra verdad...

¿Nuestra verdad? Estaba totalmente perdida. No sabía a qué se estaba refiriendo. De esta forma – reventada de estar de pie – fui a buscar una de las numerosas sillas de plástico que tenemos en el campo. Y acto seguido me

senté a su lado, contemplando callada al viejo Pepe.

Pero pasados unos minutos le pregunté en voz alta:

— ... ¿Qué pretende? ¿Atraparle?

María – con la voz más grave que le había escuchado nunca – contestó:

— Quiere algo muchísimo peor...

La miré con la expresión de aquel que se muere por conocer la verdad.

— ... Lo que quiere es tener razón. Solo eso. Poco le importa ese hombrecillo...

Y seguí mirando a Pepe, pensando en lo que acababa de decirme. A los pocos segundos supe a qué se refería. No era difícil de entender al hombre escondido bajo el árbol.

Desde ese momento, comencé a odiar a nuestro viejo vecino. Sencillamente porque Pepe – con su obsesiva manera de obrar – se hacía odiar...

20. SI LLORAS MIENTRAS LLUEVE

Á

lora puede presumir de tener uno de los templos más hermosos de la provincia de Málaga. La conocida y enorme iglesia de La Encarnación, construida durante todo el siglo XVII. En ella un mal día contraí matrimonio con Antonio Jesús, hacía ya diecisiete años, como sabes.

La iglesia se llenó – como cada fin de semana – para la celebración de la boda entre nuestra amiga y vecina Mari Luz y su apuesto novio, Francisco. Allá fuimos mi madre, Antonio y yo. Mi padre no tenía ganas de bodorrio y se quedó al cuidado de María.

Como buena novia que se preciara, Luz iba hermosísima, por supuesto. De por sí ella es muy guapa. No en vano Luz trabaja como modelo de publicidad y como azafata de eventos en Málaga y en Sevilla. Francisco iba hecho un pincel. Su sevillano no podía ir más guapo.

La verdad es que yo contemplaba la escena sin atisbo de romanticismo.

Únicamente pensaba en aquel día que ocupé su lugar con otro bonito vestido blanco – en ese mismo altar – con el recordado cura don Manuel, ejerciendo como oficiante.

Quien diga que asiste a una boda y no recuerda cómo experimentó aquel enlace, miente. Todos rememoramos nuestras anécdotas. Los nervios y las lágrimas de incontenida emoción. Y yo me preguntaba cómo había sido tan tonta de casarme con Antonio. Casi me entraban ganas de preguntarle a la novia si estaba segura de dar ese gran paso. Y lo denomino como grande por la importante connotación que tiene para la sociedad el hecho de que dos personas – públicamente y por escrito – manifiesten su decisión de ser el uno para el otro, en lo bueno y en lo malo. Porque sí. Esa firma que echan los novios es un contrato civil, como sabes. Ese “sí, quiero” ante Dios, ejerce como tal para toda la eternidad. ¡Tarea, ¿no?! ¿De verdad que alguien con veintitantos años – o treinta y pocos – puede tomar esa decisión sin titubear?

Considero que el mayor número de los matrimonios que se celebran se toman esta idea muy a la ligera. En numerosas ocasiones presionados por diversos factores que bien conoces. Hace poco leí que dos de cada tres matrimonios que se celebran en España se rompen al cabo del tiempo. Me pregunto entonces dónde queda el romanticismo. ¡Ay, casi estoy por responder que queda allá en el altar, con sus ritos y con sus gestos cariñosos de complicidad...!

Seguro que ahora te preguntas que cómo puedo decir esto. Que dónde queda Iván en esta ecuación de la vida. Pues bien. Él y yo nos amamos, como ya puedes imaginar bien. Y deseamos compartir nuestros mejores y peores momentos. Ser el uno para el otro y sonreírle a la vida. Dicho esto, seguro que piensas que Luz y Francisco desean lo mismo, claro. Naturalmente te doy la razón. Pero hay una salvedad muy importante. Yo quiero a Iván sin papeles. ¡Sin firmas! Sin ataduras morales...

Cuando ellos rubricaron esos documentos civiles y eclesiásticos, le dieron carta blanca a la sociedad para que juzgara todo lo que hiciesen, considerando la infidelidad – y una futura ruptura del contrato por ese motivo – como una indudable traición a la propia sociedad.

Pregúntate lo siguiente: si sabemos que dos de cada tres matrimonios se terminan rompiendo, damos por hecho que uno se salva, ¿verdad? Pero qué me

dices de aquellas personas que viven esos matrimonios “felices” de cara a los demás y que no dan el paso de romper por el qué dirán; o por la economía familiar; o por los pobres niños; o por cualquier otra excusa que te valga. Efectivamente podemos pensar que dentro de esos matrimonios “que se salvan”, hay mucha hipocresía. Muchos engaños. Y demasiada insatisfacción. Como el mío...

¿Matrimonios felices? Los hay, pero no tantos...
Antonio no podía más:

— ... Nena, esto me empalaga más que un bocadillo de miel con Nocilla. Yo me voy al Mocho a tomarme un cafelito, ¿vale, cari? — me susurró, loco por quitarse de en medio.

— No te vayas a tomar un whisky que luego te pones muy pesado. Queda mucha noche...

Esta es la ácida realidad. En una boda en la iglesia de La Encarnación hay más hombres en El Mocho, o en el antiguo bar Pládenas, que dentro. Unos opinarán que se debe al poco apego religioso de ciertas personas, claro. Otros pensarán que es la misma película aburrida con otros protagonistas. Pero también los hay a quienes aquella escenificada representación, les recuerda lo gilipollas que fueron en otra época...

En Europa se produce un divorcio cada treinta y un segundos. 2761 divorcios al día. Pero existe una gran mayoría que no sale en las estadísticas.

La sinceridad debe ser el primer apellido del amor. Pero, ¿cómo ser sincero con aquel que no se ama?

Ya sé. Pensarás que soy una cobarde. Que pongo mi felicidad en manos de los demás, evidentemente por mi actitud pusilánime. Y me entristece que opines eso, aun sabiendo que tienes muchísima razón. Pero por entonces ser cobarde era mi única opción. No contemplaba otras. Sentía pánico. Un miedo atroz a ser señalada. Cuestionada. Y – por qué no decirlo – insultada...

La sociedad – aparte de ser hipócrita – es muy cruel. No estaba lista para hacerle frente. Hasta que llegara ese momento haría caso a las sabias palabras

de mi abuela Lourdes:

— ... Si lloras mientras llueve, levanta tu cara al cielo. Así, cariño, nadie lo sabrá...

21. LENGUAS INQUIETAS

E

El convite se celebró en la venta de Los Caballos. Nuestra mesa estaba desangelada sin la presencia de mis padres, ni tampoco de María, ni de Miguel. Mi madre no quiso ir. Solo acudió a la ceremonia religiosa y la llevamos al campo, en cuanto salimos de la iglesia.

De esta forma, únicamente nos acompañaba mi prima Cristina, junto a su esposo Mario y sus dos guapísimas mellizas, Pili y Virginia, ya adolescentes.

Antonio no paraba de beber, charlando animosamente con Mario. Y fueron muchas las ocasiones en las que tuve que llamarle la atención, puesto que no dudaba en expresarse de manera soez; ni en contar chistes picantes, nada apropiados para las hijas de mi prima.

— ... ¡Anda, nena! ¡A estas chavalas no las voy a escandalizar! ¡Te digo yo que estas saben latín, griego y arameo...! — me susurró al oído mientras llenaba de nuevo su copa con la torpeza de aquél que se ha bebido media bodega.

No había nada que hacer. El pesado no paraba de insistirme, preguntando por qué no bebía. ¡No se enteraba de nada! Tuve que repetirle cuatrocientas veces que estaba tomando la medicación para la neuralgia. Ya sé que no la tomaba — ni sentía ya el dolor — pero como había sucedido en la comida de fin de curso, esa excusa me sirvió otra vez.

Cristina y yo fuimos al baño juntas. Ella insistió en que la acompañara. Yo pensaba que me lo había pedido como solemos hacerlo las mujeres, no queriendo ir solas, ya sabes. Pero mientras nos dirigíamos allí — entre las quejas de mi prima por el dolor que sentía al usar sus zapatos con tacones,

agarrando mi brazo – me dijo:

— ... Niña, no te he querido decir nada delante de estos dos...

En ese momento nos encontramos frente por frente con Martín Hidalgo – amigo de la familia y organizador del convite – que nos preguntaba cómo lo estábamos pasando. El hombre estaba muy atareado, pero supo ser lo suficientemente diligente como para hacernos sentir cómodas, participando de la fiesta.

Una vez seguimos en dirección a los baños, mi prima – adoptando la postura de un espía ruso – me siguió contando:

— ... Te llamé el viernes por la noche, pero tenías el móvil apagado. Luego recordé que habías estado de comilona e imaginé que te habrías acostado del tirón...

Era cierto. Cuando desperté el sábado y encendí el móvil, tenía una llamada perdida de ella. Me excusé por no llamarla, ya que al no insistir más supuse que solo quería saber cómo se encontraba mi hermana, pues María solía tener la manía de mantener su teléfono desconectado.

— ... El viernes por la tarde me encontré a Isidora. Ya sabes, la cuñada de Bartolo, el que trabaja con tu cuñado Miguel. Tiene a la hija dando baile con Mónica en el colegio del Hacho. Por lo visto cuando dejan a las niñas – y mientras duran las clases – se van a tomar un cafelito...

Intuía por dónde venían los tiros.

— ... Pues nada, prima. Resulta que el jueves fueron a tomar café por la Fuente de Arriba, todas cuchicheando con el tema de María y el funcionario de Hacienda. ¡Ya sabes cómo es la Isidora! ¡Tiene más rollo que *ná*...! Pero me ha dicho que tu hermana y él han roto, ¿eso es verdad...?

¡Qué coraje! Le contesté que sí. Que era por ello por lo que María se encontraba en casa de mis padres.

— ... ¡Ah, pues yo suponía que era para estar más encima de ella! ¡La gente

dice que a María se le ha ido la cabeza tras la muerte del tipo ese! ¡Y la Paqui no veas lo que larga, niña...! ¡Claro, como está *mosqueá* porque no sabe qué hacer en la tienda sin tu hermana...!

¿Ves? Es inevitable. De un modo u otro todo se termina sabiendo. Y eso me ponía de los nervios. Porque intuía que lo de Iván y yo también acabaría en boca de todo el pueblo. Fuera por un maldito desliz; o por un bebé que se empeñaba en expandir mi barriga...

Cuando tienes algo que ocultar, todo a tu alrededor se vuelven ojos. Oídos. Así como lenguas inquietas con deseos de criticar. Como dice mi madre a menudo, gente con ganas de agarrar la barandilla del balcón y señalar con el dedo. Es decir, tristes personas que van de *enteraos* por la vida...

Gente capaz de amargar el sabor de una tarta nupcial...

22. FRANKENSTEIN

C

uando regresábamos al Cerro de las Viñas, Antonio Jesús iba en el coche – como dice mi padre – *morao* y oro... Había bebido como si no hubiera un mañana. Por supuesto que siguió con sus chistes verdes y sus risotadas.

Cuando llegó la hora del baile de los novios, él se puso sentimental, recordando la canción que sonó en nuestra boda: “You Are The First, My Last, My Everything”, de Barry White.

Ese tema me encanta. Me hace creer en lo maravilloso que resulta estar viva. No existen los problemas cuando suena esa melodía tan bonita y pegadiza... No soy muy hábil con el inglés. Ciertamente tan solo hace un par de años que me intereso por hablarlo pues como profesora debemos dominar este idioma. Ya sabes que quieren que los niños sean bilingües. Y nosotros tenemos que poner todo nuestro empeño para que eso sea posible.

Pues bien, ¿te cuento una curiosidad? Antes de escribir lo que lees ahora,

escuché nuevamente la canción llevándome una gran sorpresa, pues en la primera estrofa se dice:

Eres la primera, la última, la única, Tú eres la respuesta a todos mis sueños, Eres mi sol, mi luna, la estrella que me guía, Mi maravilla, eso es lo que eres, Sé muy bien que solo hay una como tú...

Eres mi sol, mi luna... Me sorprendí.

Te preguntarás qué sentía el día de mi boda. Y te mentiría si te dijera que no sentía ilusión. Al revés, era muy ilusa. Tanto, que pensé que el matrimonio con Antonio serviría para acrecentar la relación. Al fin íbamos a vivir juntos. A tener esa niña de la que te hablé que nunca llegó. Creí que el cariño que sentía por Antonio, era lo más parecido al amor. Pero, ¿cómo buscarle parecido a algo que no sabía lo que era?

Porque no. Yo no sabía lo que era el amor por entonces. Realmente había estado jugando a las parejas. Mientras fuimos novios, cada cual estaba en su casa. Y solo nos veíamos para salir, fuese a tomar un café a una terraza; de jugar los fines de semana; o a meternos mano en cualquier rincón... La cuestión era tener novio. Y punto. Como mis amigas... Fui una inmadura.

Al llegar a casa Antonio tropezaba dos veces con la misma silla. Hablaba del viaje que quería hacer en agosto. Decía que yo era una siesa. Que no quería viajar con él. Y ya pasó a palabras mayores, cuando manifestó que no le quería. Que nuestro matrimonio era una mierda. Tan solo un paripé...

Ciertamente no se equivocaba. Pero no. No creas que me afectaban esas duras palabras. Ya las había oído antes en otras borracheras. Pero por fortuna Antonio solía decirlas en casa y no montando un escándalo. Sabía que al día siguiente no se acordaría de nada. Porque sí. Tiene muy mal beber...

Mientras me reprochaba mi mal carácter con él, Antonio se quitaba la ropa, arrojándola por toda la casa. Finalmente entró en el baño y se puso a vomitar. Otro clásico. Desde ese instante no dijo nada más. Salió del baño, se tiró en la cama y se quedó dormido en menos de nada.

Miré mi reloj. Eran más de las cinco de la mañana. Sin más, decidí darme una

ducha antes de acostarme.

Cuando terminé Antonio roncaba tanto, que parecía que tenía una hormigonera en la garganta. Era insoportable. No podía dormir allí. Por lo que decidí hacerlo en el cuarto contiguo donde tenemos una habitación para las visitas. Antes era mi despacho, pero lo trasladé a otra pequeña habitación situada en la planta baja.

Allá me tumbé cansada sobre la pequeña cama, pero no conseguía quedarme dormida. Daba vueltas y más vueltas. Pensaba en todo. Mi hermana. Iván y el bebé. El coñazo de la fiesta de fin de curso... En todo. Incluso en mi blog, donde llevaba sin escribir un artículo desde hacía un par de semanas.

Resignada a que no podría quedarme dormida tan fácilmente, me levanté a recoger toda la ropa que Antonio había arrojado por la casa. Pero cuando recogí su chaqueta gris marengo del suelo, el móvil se cayó bruscamente del bolsillo. Por suerte no le pasó nada. Para comprobarlo encendí la pantalla, pero en ese momento vi que tenía un mensaje de la red social, recibido sobre las once de la noche. ¡Ni por asomo pudo Antonio contestarlo! Por entonces creo que estaba calentándole la cabeza a un concejal del ayuntamiento con la copa de vino en la mano...

Sé que no tenía que haber mirado, pero mi curiosidad me puede. De esta forma, comprobé que se trataba de un mensaje de Esther, una compañera de Antonio en el hotel.

El mensaje decía: “Antonio, ¿estás? TEDM”
¡¿Te echo de menos?!

Me río. Ahora tu cabeza debe estar a doscientos por hora. ¿Un mensaje de una compañera de Marbella – bastante guapa por cierto – un sábado por la noche...? ¡Era lo que yo más quería, claro! ¡Que Antonio tuviera un rollo! ¡Si fuese así, moralmente estaba autorizada a mantener mi relación extramatrimonial con Iván...! Sí. Eso hubiera sido maravilloso. De esta manera, yo no me hubiera sentido tan culpable por mi forma de obrar...

Pero no. Aquellas iniciales no querían decir eso, no. A Esther la conozco muy bien. Es una mujer encantadora, brillante y muy enamorada de su esposo. Ella

también es jefa de sección dentro del hotel. TEDM significa: “Telefonar Emilio De Mantenimiento”. Te preguntarás por qué sé que es eso y no otra cosa. Pues sencillamente porque – muchísimas veces – le llegan mensajes similares. TGDS: “Telefonar Germán De Suministros”. Y más ejemplos semejantes...

¿Una amante para Antonio? ¡Ojalá...!

Cuando lo recogí todo, volví a echarme en la cama para intentar dormir. Eran casi las seis de la mañana. Pero aun así, no había forma de que me durmiera esa noche. ¿Qué hacer entonces? Pues nada, opté por lo que solía hacer cuando me invadía el insomnio. Directamente busqué los auriculares del móvil y comencé a escuchar la radio. Cualquier programa que me resultase interesante. Y con suerte poder quedarme dormida, escuchando al locutor...

Al poco una emisora hablaba sobre Frankenstein. Me pareció interesante y comencé a escucharlo.

De este modo, el locutor – un tanto desanimado – presentaba al monstruo como un ser nacido contra natura por el capricho de un joven estudiante de Medicina que renegó de él... La mujer que hablaba en la radio con voz dulce era una experta en literatura y había escrito un libro sobre el mito de Frankenstein.

Durante los siguientes minutos la escritora narró la trama de la novela de Mary Shelley. Me pareció maravilloso. Pero irremediamente comencé a llorar cuando relató el pasaje en el cual los habitantes de Ingolstadt rechazan al monstruo. ¿Por qué? ¡Ay, porque aquel entrañable ser representaba la relación entre Iván y yo! La extraña criatura simboliza a todas aquellas uniones, fruto del anhelo de dos personas que se unían – como los distintos trozos de los que estaba hecho el monstruo – para conformar el verdadero amor. Un amor distinto a lo usual, claro. Como el nuestro.

Sin embargo, este amor – siendo sentimiento puro en esencia – era cruelmente rechazado. De esta manera, lo concebido por el joven doctor como una nueva manera de otorgar vida a un ser, no era entendido por la sociedad donde habitaba.

Me dio mucha pena el pobre monstruo que solo añoraba ser aceptado por los demás. Solo eso...

Creo que me entiendes perfectamente, ¿verdad? Aún me emociono cuando recuerdo aquella noche de radio.

Entre lágrimas de impotencia, no tardé demasiado en quedarme profundamente dormida...

23. CUANDO OCUPÉ EL SEGUNDO LUGAR

C

uando desperté me di cuenta de que inconscientemente me había quitado los auriculares. Cuando miré el reloj del teléfono, ya eran casi las cinco de la tarde. ¡Había dormido muchas horas!

El móvil reflejaba avisos de mensajes en la red social. Era Iván, muy preocupado porque no le contestaba. Normal. A saber lo que había pensado el pobre... Rápidamente le respondí, indicando que me encontraba bien. Que me había costado mucho conciliar el sueño, pese al cansancio que traía del sábado tan intenso. Me preguntó qué era lo que tenía previsto hacer durante el resto del domingo.

Quería verme, pero se encontraba en Olvera, visitando a sus padres. Le contesté que probablemente bajaría un rato al campo para estar con mi hermana. Pero él se enfadó conmigo. Deseaba que descansara el resto de la tarde. Me rogaba para que bajase el ritmo, pues consideraba que el trajín de un lado a otro no me beneficiaba ni a mí, ni a nuestro bebé. Aquello me tocó el corazón. Instintivamente puse mi mano en el vientre.

Desde el salón provenía la voz de Antonio Jesús hablando por teléfono con alguien del hotel. Me despedí de Iván con otro mensaje y directamente me metí en el baño para darme una nueva ducha. Junio estaba siendo un mes muy caluroso. Estaba empapada en sudor...

Tras ducharme lo tuve claro. No me quedaría una tarde entera junto a Antonio viendo la tele. Así que procedí a ponerme unos vaqueros y una blusa finita dispuesta a ir a La Vega.

Cuando bajé por la escalera, despacio, reparé en las palabras que le había dicho a Iván el último día que vino a casa. Todavía seguíamos sentados en los duros y fríos peldaños. No habíamos tomado ninguna decisión con respecto a qué hacer. Bueno, no la había tomado yo. Todo parecía indicar que mi amante quería tener ese niño. No estábamos lejos de subir esos malditos escalones...

Antonio Jesús dormitaba en el sofá con la tele encendida. Estaba hecho polvo. Lógico. Él solo había acabado con varias cosechas de viñedos...

— ... Nena... ¿Cómo puedes tener cuerpo para salir? ¿Dónde vas?

— A casa de mis padres. Voy a echar un rato. Descansa.

— ¿Me puse muy tonto anoche? — preguntó inocentemente.

¡Si hubiera tenido un látigo a mano...!

— Tonto, no. ¡Lo siguiente...! ¡Anda, apaga la tele y duerme otro poco!

Mañana tienes que currar... — le señalé mientras apagaba la televisión con el mando a distancia. — Perdóname, nena...

No dije nada. Tragué saliva y salí a la calle tras coger las llaves del coche.

Ya en el vehículo — y mientras bajaba por las curvas de Trabanca — pensé en los reproches que me había hecho Antonio. Sé que te he dicho que no me afectaban. Lo cierto es que era así. No me perturbaban demasiado, pero quizás el saber que — en breve — tenía que tomar una decisión que podría conllevar la ruptura de nuestro matrimonio — así como la constatación ante el mundo de que estaba embarazada de otro — me hizo sentir como una mierda. No sé. Tal vez pienses que merecía sentirme como tal...

En breve llegué a la rotonda de La Barriada del Puente. No quise darle más vueltas. No deseaba ejercer de tiovivo de mis problemas. Y a continuación tomé dirección a la casa de mis padres.

Cuando llegué me llevé una inesperada sorpresa. La Partner de mi cuñado Miguel estaba aparcada en la entrada. De este modo, situé mi coche junto al suyo y acto seguido entré en la casa con la intriga dibujada en la cara.

Allá me encontré a mi padre que nuevamente quería coger impulso con la mecedora para llegar a algún inhóspito planeta en la galaxia de Centauro:

— ¿Qué pasa? ¿Dónde está Miguel? ¿Y mamá?

— Miguel está con tu hermana en su cuarto. Por lo menos no hay gritos. Es de agradecer... Tu madre no se ha enterado de que está aquí. Está en la casa de Paquita, liada con un vestido. No sé. Se fue hace un par de horas...

Sin más, me senté en el sofá. Mi padre no tenía ni la tele encendida.

— ¿Llevan mucho tiempo hablando? — pregunté curiosa.

Me dijo que no llevaba ni veinte minutos en el dormitorio de María.

— ... Laura, ¿qué te dijo tu hermana? A nosotros no nos cuenta nada. ¿Estaba liada con ese funcionario del que hablan...?

Respiré hondo y resoplé. No sabía qué contestarle. Por un lado deseaba confesarle la verdad, pero mi hermana no les había dicho nada. Yo no tenía por qué revelar su secreto.

— Sigue diciendo que no se acuerda de nada...

Mi padre puso cara de circunstancias, resignado a no saber más del asunto.

Estuvimos callados, intentando captar algo de la conversación que se estaba dando arriba. Pero era imposible. Solo escuchábamos el rumor...

— ... Papá, ¿puedo hacerte una pregunta...?

Mi padre no esperaba aquel requerimiento para hablarle. Imagino que porque jamás habíamos guardado tanto recato a la hora de dirigirnos a él.

Sencillamente afirmó con la cabeza, intrigado por lo que tuviera que preguntarle.

— ... ¿Te importaría demasiado que fuera verdad?

Pero sin esperarlo mi padre contestó a aquella pregunta con otra:

— ¿Te importaría a ti que así fuese, niña?

Me quedé pasmada. Pero presta le respondí que no me importaba en absoluto. Le confesé que — por encima de Miguel — lo que deseaba era la felicidad de María. Y que poco me importaba quién fuera la persona con la que ella se hubiese sentido feliz. Fuera ese funcionario soriano o quien fuese.

Mi padre mostró una media sonrisa:
— Pues a mí me pasa igual, niña...

Volvió el silencio como incómodo compañero de tertulia. Mi padre acababa de manifestarse a favor de la felicidad de mi hermana, no importándole con quién lo fuese. ¿Acaso esa declaración no era suficiente acicate para mí como para tomar la gran decisión de romper con Antonio, tener ese bebé y empezar una relación abierta con Iván?

Me río. Lo era y no lo era, por supuesto. No era tan sencillo. Existían otros factores. Antonio Jesús; Alicia, la esposa de Iván; la opinión de la gente... Y ni que decir tiene que solo le había planteado la pregunta en referencia a mi hermana. Pero, ¿qué le parecería a él que fuéramos las dos quienes manifestáramos nuestras infidelidades a la vez?

Puede que consideres que a mi padre tampoco le importaría eso. Quizá opines que — como nuestro padre que es — querría lo mejor para nosotras. Pero no. La solución a mi dilema no la encontraría a través del beneplácito de mis padres ante la infidelidad hacia Antonio. Sencillamente porque por ahí no ardía la mecha...

De repente se escuchó una frase más alta que la otra.

— ... ¡Ya están discutiendo! ¡No saben mantener una conversación! — exclamó mi padre, disgustado.

— ¿Quieres que suba? — le pregunté mientras me incorporaba dispuesta a subir.

— ¡No, siéntate! ¡Que hablen lo que tengan que hablar! Si tienen que acabar definitivamente, que sea ahora...

Tenía razón.

Mi padre no tenía estudios. Pero poseía mucho sentido común. Sin duda lo mejor era que ellos hablaran. Aunque sabía perfectamente que Miguel no tenía nada que hacer. Cuando se da ese paso, volver atrás es imposible. Mi hermana no lo permitiría. Simplemente porque Miguel se había marchado y esa decisión por parte de mi cuñado acercaba a María a su curva, aunque ya fuera demasiado tarde...

Me levanté del sofá y miré por la ventana. Allá estaba el viejo Pepe, mirando su olivo centenario — como siempre — de forma obsesiva.

— ... Papá, ¿cómo supiste que estabas enamorado de mamá?

Mi padre se sorprendió ante la pregunta que acababa de plantearle. Pero la verdad es que nunca lo habíamos hablado. No sé si tú alguna vez has preguntado eso a tus padres. Puedo asegurarte que ni María, ni yo, lo habíamos hecho en el pasado. Sabía que la pregunta era muy complicada para él. No es un hombre dado a la plática. Más bien es parco en palabras. Un tipo de sentencias breves, pero directas...

Sin embargo, aquella vez me sorprendería. Y mirando al techo me contestó:

— Tu madre no me quería cuando me conoció, Laura. Lo sé bien. Estaba enamorada de otro. De un tal Sebastián que vivía en El Chorro. Pero ese hombre era un bebedor sinvergüenza. Tu abuelo no lo podía ver e hizo todo lo posible por quitarle a ese hombre de su cabeza...

Me volví a sentar en el sofá.

— ... Yo adoraba a tu madre. La conocí — eso sí lo sabes — cuando ella trabajaba cosiendo en la casa de las hermanas Chillerón. Ella era muy guapa. Muy simpática. Yo sabía que estaba colada por ese hombre. Pero no me importó...

— ¿Por qué no te importó? — le pregunté, intrigada.

Mi padre sonrió más abiertamente. En ese momento lo que sucedía en el cuarto de mi hermana no nos importaba en absoluto.

— ¡Ay, Laura...! Cuando se está enamorado te importa todo un bledo. Incluso saber que la persona que amas quiere a otro...

— Pero eso es muy triste... — apunté sorprendida por su respuesta.

— ¡Más triste es estar separado de la persona que amas! — exclamó con una sonrisa resignada.

Me puse en pie:

— ¡Es muy triste! — volví a exclamar. Casi me entraron ganas de decirle: “papá, ¡yo no quiero estar separada de Iván un segundo más!”. Pero me

contuve por fortuna.

— Tal vez sea triste, Laura... Antes me has preguntado cómo supe que estaba enamorado de tu madre. Pues bien, te lo voy a contar. Tu tía abuela Luisa solía decir que se sabe que estás enamorado de alguien, cuando te importa más la otra persona que tú mismo. Exactamente decía que se está así, cuando uno pasa a un segundo lugar. Yo supe que amaba a tu madre cuando ocupé el segundo lugar en mi vida...

Era hermosísimo. Yo sentía igual. Iván era más importante en mi vida que yo misma.

Mi padre se emocionó al decir aquello. Y enseguida me incorporé, besándole en la cara repetidamente.

A continuación le cogí su mano con fuerza y permanecimos así un buen rato, sin decir nada más.

Lo mejor fue que el silencio entre nosotros dejaría de ser incómodo para siempre...

24. IGNORAR LA VERDAD

A

l rato sentimos cómo Miguel bajaba los escalones pesadamente. Mi padre y yo nos miramos a los ojos, expectantes ante lo que nos tuviera que decir.

En mi caso yo tenía muy claro que aquella visita sería infructuosa. Hacía mucho tiempo que María había dejado de querer a Miguel. Yo estaba convencida de que no fue a raíz de conocer a este funcionario soriano. Como había señalado Natividad – en aquella leyenda que nos narró en su almuerzo de homenaje – mi hermana tenía mucha sed. Tanta que el agua que Miguel le ofrecía no podía saciarla. De este modo, aquella insatisfacción podía haber durado toda la vida y mi cuñado no haberse enterado jamás, claro.

Pero la irrupción de Feder lo desencadenó todo. María calmó su sed. Y como apuntó mi vieja compañera, ella no pudo alejarse de aquella nueva fuente...

Cuando Miguel me vio junto a mi padre, noté que le incomodaba mi presencia. Directamente avanzó hacia nosotros, mientras mi padre le preguntaba cómo

había ido todo.

— ... Muy mal, Juan. Esto acaba aquí. Ella no es sincera...

Cuando traté de hablar; él levantó su mano: — ... No hace falta que me digas nada, Laura. Aparte de eso, María no está bien. El accidente la ha dejado muy tocada. No hay que ser muy listo para comprender que amaba a ese hombre. Sube. No es conveniente que la dejéis sola ni un instante. Es capaz de hacer cualquier locura. Dice que va a morir...

Mi padre palideció al escuchar esas palabras.

— ... Me ha dicho que no tengo por qué irme a Málaga. Ella no desea vivir en el piso. Quiere quedarse aquí. Pero yo no tengo fuerzas para enfrentarme a las habladurías...

— Pero Miguel, si María te ha dicho que no recuerda nada, ¿por qué no la crees? Ese hombre era cliente de la tienda, es verdad. Lo sabe mucha gente. Entre ellas la chismosa de Paqui. Pero el hecho de que se conocieran – e incluso viajasen juntos en el coche – no implica nada. La gente se puede montar la película que quiera, claro. Sin embargo, ese hombre ha muerto. ¡Y María no reconoce nada! Si volvéis a vivir juntos, las habladurías cesarán... — dije, mirando tanto a mi padre como a mi cuñado, intentando que me dieran la razón.

— Escucha a Laura, hombre. Lo que ella dice es verdad — apuntó mi padre con la mecedora muy quieta.

Miguel mostró una sonrisa de resignación:

— No... Estoy convencido de que me ha engañado. Y eso nunca se me va a borrar de la cabeza...

— Entonces, ¿para qué has venido si lo tenías tan claro? — pregunté severamente.

Miguel señaló al techo con el dedo índice:

— ¡Porque quería que me dijera la verdad! Si amaba a ese hombre, ¿¿por qué *coño* no me lo dijo?! ¡Hubiese sido sencillo, *cojones*! ¡Cada cual por su lado y punto!

Aquella respuesta se me clavó en el corazón como un antiguo arpón ballenero. Inocentemente le dije lo siguiente, metiendo la pata:

— Tal vez no tuvo tiempo de hacerlo. Quizá no tuviera claro sus...

— ¡Lo sabía! ¡Tú sabes mucho! ¡Y no me lo quieres decir!

— ¡No, no! ¡Trato de darle sentido a su manera de proceder, Miguel!

— ¡Me voy...! — gritó para finiquitar aquel diálogo.

Se acercó a mi padre para darle la mano. Y él – tímidamente – le correspondió el gesto.

— ¡Adiós, Laura...!

Seguidamente se dirigió a la puerta y cerró con bastante fuerza.

Tenía la boca seca. Miré a mi padre, tratando de encontrar una respuesta. ¡No sabía lo que hacer! De repente, me pareció cruel que se marchara así, después de tantos años en la familia. Me levanté rápidamente y salí a buscarle.

Mi cuñado tenía la puerta de su coche abierta dispuesto a arrancar el motor.

— ¡Espera, Miguel...!

Pronto me situé a su lado.

— ¿Qué quieres? — me preguntó, disgustado.

— ¡Sal del coche un momento...!

Miguel agarró con fuerza el volante; tomó aire, espiró y finalmente me hizo caso, sacando un paquete de tabaco de su riñonera.

— ... No sé si tengo que decirte esto. Pero no quiero que te vayas así...

Prendió su cigarro y al momento me ofreció uno. Y era tal la tensión que sentía en ese instante que lo tomé. Me lo llevé a la boca. Le pedí el mechero. Prendí el cigarrillo y le di una calada tan profunda que mi alma y aquel humo debieron de fundirse en uno:

— ... Sí... Ellos estuvieron juntos, sí... Mi hermana estaba loca por él...

¡Pero no te equivoques, *cuñao*! ¡Yo no supe nada de esto hasta el jueves por la tarde cuando fui a recogerla al piso...!

Miguel exhaló el humo con la mirada perdida, preguntando:

— ¿Cuánto tiempo llevaban?

— Unos cuatro años...

Miguel se tapó sus ojos con la mano. No quería que le viera llorar. Y yo observaba aquella imagen como en estado de trance. Pues casi podía asegurarte que le confesaba a Miguel todo aquello – no solo para que el pobre pudiera asimilar aquel drama y pudiese así afrontarlo con la verdad – sino también para ver su reacción. En cierto modo quería ver Antonio Jesús en él. Creo que me entiendes.

— Cuatro años, Laura... ¿Por qué no me lo dijo? Hubiera sido tan fácil, *leche*...

— Por miedo...

— ¡¿Por miedo a mí?! — exclamó, alzando la voz.

— Por miedo a ti, sí. Claro. Por tu reacción... Pero no solo eso, Miguel. También por miedo al qué dirían los demás. Por mis padres. La familia, ya sabes... María se equivocó. Estoy segura de que está muy arrepentida. Pero mira. ¡Ya ves! Aun así, prefiere callar para no darte un disgusto. Ella es dueña de su verdad. Yo no pienso decir nada a nadie. Mis padres tampoco lo saben. Por eso no te preocupes... Si ella calla – y el hombre que amaba se ha muerto – nadie puede llegar a saber la verdad. Imposible. Y el hecho de que se conocieran no implica nada, lo sabes. María quiere – aunque no te lo haya dicho – que seas feliz. Comprende que estás enfadado, naturalmente. Pero desea que empieces de nuevo... Ignorar la verdad debería haberte servido. Pero ya veo que no...

Miguel arrojó la colilla al suelo:

— Pues no...

Seguidamente se dio la vuelta y se subió a la Partner, cerrando la puerta del mismo. Abrió la ventanilla y miró hacia la ventana de la habitación de María, pidiéndome que cuidara de ella.

A continuación encendió el motor y extendió su brazo, cogiéndome con fuerza de la mano:

— Gracias.

Y sin más, Miguel se marchó para siempre de nuestras vidas.

Al momento – muy nerviosa – volví a darle otra profunda calada a aquel maldito cigarrillo. Todavía me quedaba algo más que hacer. Estaba dispuesta a

tener una seria charla con María...

25. LA VIDA ES UN SENCILLO VIAJE

P

uede que pienses que acababa de traicionar a María. Tal vez tengas razón, claro. Pero deseo que comprendas lo siguiente. El silencio de mi hermana – por muy buena intención que ella tuviera – le estaba haciendo más mal que bien a Miguel. Ten en cuenta que la relación entre Feder y ella ya no existía. No había nada que esconder.

Para su desgracia, el soriano había muerto en ese horrible accidente. Así cuando mi cuñado abandonó la casa de mis padres de ese modo tan gris – después de tantos años – decidí contarle la verdad para que pudiera afrontarla y superarla...

A medida que me acercaba a su habitación escuchaba una melodía apesadumbrada proveniente de la misma. Al momento golpeé la puerta, pidiéndole permiso para entrar. Y ella accedió.

Cuando la abrí su cuarto estaba muy oscuro. Apenas podía verla tumbada en la cama. Me dio un profundo escalofrío. Directamente me dirigí a la ventana y subí la persiana, manifestándole mi desagrado por encontrar la habitación tan lúgubre.

Seguidamente me senté en la cama: — ¿Qué escuchas? Es muy triste...

Ella tomó su móvil y quitó la música:

— Pink Floyd. “Nobody Home”... — contestó, susurrando.

— Pues es jodidamente triste, niña.

Ella esbozo una sonrisa, asintiendo con la cabeza.

No sabía por dónde empezar.

Lo primero que le indiqué fue que no me gustaba que estuviera apartada de mis padres. Que no le convenía estar tan sola. Aquella habitación no podía convertirse en una tumba en vida. Le dije que prefería mil veces que estuviese tumbada en la vieja hamaca – mirando a nuestro vecino Pepe – antes que

estuviera allí metida. Lo normal...

A continuación – y armándome de valor – fui al grano:

— Mari, le he contado toda la verdad a Miguel...

— ¡Pero, *joder*, ¿por qué se lo has dicho?! ¡No había necesidad!

— ¡Sí que la había, niña! ¡Le estabas volviendo loco! ¡No es justo para él y lo sabes!

De este modo, le expliqué las mismas conclusiones que te he contado al principio de este capítulo. Si ella no quería seguir con él, debía dejarle marchar sabiendo toda la verdad. Llevaba tanto tiempo mintiéndole que no sabía parar. A mi parecer aquello también le servía a María. Era un peso que se quitaba del alma, ¿no crees?

— ... ¿Y qué es eso que dice Miguel de que vas a morirte? ¡Quítate esa idea de la cabeza, ¿eh?! ¡Que antes te mato yo! ¡Ni se te ocurra decirle eso a mamá o a papá! ¡Tienes que ver la cara que se le ha puesto al pobre cuando nos lo ha dicho Miguel! ¡Menos mal que mamá no estaba...!

María no habló, limitándose a manosear aquellos dos colgantes que tenía enganchados en la misma cadenilla. Ese gesto me ponía nerviosa.

— ... ¿Estás enfadada conmigo? — le pregunté, temiendo que me dijera que sí.

— No... Tal vez lo mejor es que lo sepa.

Me puse en pie y le pedí que se viniera conmigo abajo. Allí hacía mucho calor. Pero ella – en ese instante – me sorprendió:

— ... Laura, ¿quién era el hombre con el que hablabas por teléfono...?

Mi cara debió de adoptar el color de un gazpachuelo cortado. Me senté nuevamente:

— Todavía no me creo que puedas saber eso... — le confesé con media sonrisa.

Ella se incorporó con el interés retratado en su rostro, lo que me animó a seguir hablando:

— ... No le vayas a decir nada a ellos — le advertí, señalando hacia el salón

— Se llama Iván y es un compañero del colegio...

Aquella respuesta la podría haber dado en el instituto con quince años. Me río.

A continuación le conté hasta el mínimo detalle de lo que tú ya sabes, después de haber leído hasta aquí, claro. Únicamente me callé lo del embarazo, como es natural. Ese marrón me lo iba seguir comiendo yo hasta que decidiera qué hacer.

— ... Iván... ¡Ay, Laura! ¡No seas tan gilipollas como yo, niña! ¡Si le amas, ve a por él con todas tus fuerzas! ¡Para mí es demasiado tarde! ¡Pero tú todavía puedes ser feliz...! — exclamó con tanta pasión que le tuve que decir que bajara la voz, no fuese que mi padre la escuchara.

— En tu situación es fácil decirlo... Pero fíjate. Tienes a medio pueblo hablando de ti. Si se supiera lo mío con Iván, iban a hacer una serie de televisión con nosotras, chiquilla. ¡Menudo culebrón...!

— ¿Te importa más lo que diga la gente que tu propia felicidad?

— Pero, niña, ¿te estás escuchando? Te recuerdo que has estado callando esto durante cuatro largos años. Yo llevo unos siete meses. ¿Por qué no lo hiciste tú cuando podías?

— ¡Te lo acabo de decir, mujer! ¡Por gilipollas! ¡Por pensar más en los demás que en mí misma! ¡Y no es malo ser egoísta! ¡Tuvimos muy mala suerte! ¡Encontramos el amor muy tarde! ¡Pero lo encontramos, Laura! ¡Yo lo viví, pero no con la intensidad que yo quería...!

Se puso en pie y se dirigió a la ventana con torpeza:

— ... ¡Siempre a escondidas! ¡Con lo bonito que hubiera sido pasear por la avenida Cervantes cogidos de la mano! ¡O ver los tronos de Semana Santa en la Plaza Baja! ¡La feria! ¡Sentarnos en cualquier terraza! ¡Ver el cielo, juntos! ¡El sol...! ¡La luna...!

Y rompió a llorar.

Presto me puse a su vera y la acompañé nuevamente a la cama. Ella siguió hablándome:

— ... Laura, cariño... No permitas que el mundo os sepulte con su intolerancia. Otros se separan sin ningún problema. Rehacen sus vidas, tragando sapos, claro. ¡Pero la rehacen! ¡Son valientes! ¡Valientes, Laura! ¡Ay, niña, ser valiente debería ser la única opción...!

Agarró la almohada con fuerza:

— ... ¿Recuerdas cuando teníamos menos de veinte años y nos bañábamos ahí abajo con la manguera? ¿Te imaginas que por entonces pensáramos que con más de cuarenta, íbamos a estar así? ¿Viviendo a escondidas...?

— No es fácil, niña — le dije finalmente.

Ella volvió a callar unos instantes mirando al infinito, hasta que volvió a susurrar:

— No tienes razón. Es tan sencillo... La vida es un sencillo viaje que nos empeñamos en complicar, Laura. ¡Ser feliz tan solo está a un paso, niña! Se halla junto a una decisión valiente. Si sabes que vas a ser feliz con Iván, ¿por qué no das ese paso...?

Yo no podía decir nada. Ella me miraba, compadeciéndome:

— ... Eres tan cobarde como yo. Debemos llevarlo en los genes...

De nuevo se levantó de la cama y volvió a mirar a través de la ventana.

— ... ¡Tengo calor! — exclamó, finalmente.

Yo le dije que también lo sentía.

Entonces, sin esperarlo, María corrió hacia mí. Me cogió del brazo e insistía en que la acompañara:

— ¡¿Pero qué quieres?! —

— ¡Vamos al porche! — gritó.

Súbitamente, irrumpimos bajando la escalera, como cuando éramos niñas. Mi padre nos miraba estupefacto. Al momento atravesamos el salón y salimos al porche.

— ¡¿Qué pasa, niña?! — le grité.

— ¡Mira hacia El Hacho! — me ordenó. Y naturalmente me giré, preguntando qué ocurría.

Y al instante sentí el chorro de agua fría en mi espalda. ¡La muy bicho me estaba mojando con la manguera, riendo sin parar! Enseguida ella se echó el agua por la cabeza.

— ¡Ya no pasaremos más calor! — gritó, riendo.

Y las dos – muertas de risa – nos quitamos la ropa mojada y nos bañamos en bragas.

Sin embargo, ni siquiera el viejo Pepe fue capaz de volver la cabeza para mirarnos de aquella guisa.

Da igual. Él se lo perdió...

26. EL DRAMA Y LA COMEDIA

A

quella tarde de domingo fue maravillosa. Nos evocó la época dorada de nuestra niñez donde los sueños se hacían realidad sin mucho esfuerzo; donde aún creíamos en los Reyes Magos; y donde intuíamos que el verdadero amor era eso que pasaba en las películas de dos rombos... Por cierto mi madre también se unió a nosotras en cuanto nos vio liadas con la manguera. ¡Qué momento más bueno...!

Quizás te preguntes todavía por qué no le hablé a María sobre mi embarazo. Como te dije en el capítulo anterior, aquello lo guardaba para mí. Si le hubiera dicho algo, seguro que no hubiese reparado en chivárselo a mis padres. La conocía muy bien. Si yo era impulsiva – como señalaba Iván – mi hermana era un torbellino impetuoso en el tema relativo a las creencias. Era como mi madre, muy de iglesias y de cofradías de Semana Santa. Ni por asomo iba a pasar por alto la posibilidad de abortar que yo barajaba por entonces.

A la noche le conté todo a Iván – como siempre – a través de la mensajería de la red social. Casi nunca podíamos hablar por teléfono como deseábamos, ya que cuando estaba sola en casa o en la calle, Iván tenía cerca a Alicia o a su hijo David. O por el contrario yo era la que estaba acompañada, fuera por Antonio Jesús u otra persona. De este modo, él se alegró de que María aparentemente estuviese bien, pese a lo que estaba sufriendo.

Pero no era todo como parecía, no. Según mi madre – que me llamó cerca de las doce de la noche tras marcharme del campo – ella tardó muy poco en volver a encerrarse en sí misma, preocupándose nuevamente. Yo le dije que era normal que se comportara así. Acababa de salvar la vida y su matrimonio había terminado por romperse tan solo unas horas antes. Y aunque yo sabía la verdad con respecto al funcionario soriano, le señalé la posibilidad muy cierta de que María no nos estuviese siendo sincera con respecto a la amnesia como ellos sospechaban.

Y es más. Miguel tenía mucha razón cuando nos aconsejó que no debíamos dejarla sola. De esta forma, convencí a mi madre sobre la conveniencia de que durmiera con ella durante unos días, estando pendiente de María a todas horas...

A la mañana siguiente fui a la escuela. Y como temía, la noticia de la horrible agresión que sufrió Esteban – tras haber sido sorprendido junto a la madre de uno de sus alumnos – había corrido como la pólvora. En un pueblo donde casi todo el mundo se conoce, un hecho así no podía pasar desapercibido, claro.

Ese lunes por la tarde teníamos la última tutoría del año escolar, así que fuimos a almorzar juntos – como siempre – al bar Postigo. Allí cada cual volcaba la información que había recabado al respecto. Y nos sorprendieron la cantidad de rumores distintos que llegaron a darse a conocer. Imagino que muchos de ellos inciertos, fruto de las mentes calenturientas de más de uno y una...

Pero lejos del dramático ataque a nuestro compañero, si recuerdo aquella última tutoría del año se debió a la inesperada visita que me hizo una de las madres aquella misma tarde. Aunque es una mujer conocida en el pueblo, omitiré su nombre por si acaso ella o algún familiar pudiera sentirse incómodo. A pesar de que la anécdota es graciosísima, dudo mucho que les haga ninguna gracia, como advertirás al final...

Como te digo, esta madre llegó muy malhumorada:

— ... Vamos a ver Laura. Me he enterado de que los niños no van a ir disfrazados de deportistas, como dijiste hace unas semanas. ¿Eso cómo es...?

De inmediato le expliqué lo que ya sabes. Que Paca – la presidenta de la Asociación de Padres – se había ofrecido para comprar los disfraces de runners para los niños, incluso pagándolos de su bolsillo. Pero que por una confusión fonética, ella se había equivocado. De este modo, procedí a contarle la historia, convencida de que se reiría conmigo. Pero ¡oh, sorpresa! la mujer frunció el ceño todavía más. Se puso en pie y gritó:

— ... ¡Pues que sepas que mi niña no se va a disfrazar de rana...!
Y, sin más, se fue dando un portazo. Me quedé fría. No sabía qué bicho le había picado.

En ese momento miré mi móvil, llevándome la grata sorpresa de recibir – en ese preciso instante – la llamada de mi amiga Ruth. Ella es titulada media de actividades específicas socio-culturales y trabaja como tal en el conocido centro penitenciario de Alhaurín de la Torre, desde hace muchos años.

Hacía un tiempo nos conocimos realizando un curso para jóvenes en riesgo de exclusión social. Un ciclo organizado por la Junta de Andalucía. Ruth se encontraba en el pueblo de Ardales, pues había tenido una reunión con los miembros de aquel ayuntamiento, para organizar una excursión de presos. Deseaba tomarse un café conmigo a su regreso, parando en Pizarra. Por supuesto acepté de inmediato, citándonos en una cafetería pizarreña que ella conocía debido a una visita anterior.

Al poco de colgar, otra de las madres abrió la puerta muy despacio. Volveré a omitir el nombre de esta mujer, a raíz de lo que voy a contarte a continuación. Dicho esto, la madre de mi alumno se sentó para que habláramos sobre el año que terminaba, así como las asignaturas que debía repasar su pequeño durante el verano.

Cuando terminamos la charla, la mujer se puso en pie. Pero antes de salir le pregunté si conocía a la madre que había entrado antes. Y ella me dijo que sí.

— ... Es que no entiendo la reacción que ha tenido...
— ¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

— Le he contado el problema que hemos tenido con los disfraces... Y nada. Que dice que ella no va a disfrazar a su niña de rana. ¡Fíjate qué problema!

¡Es una fiesta para divertirnos, no sé...! ¿Sabes a qué puede deberse eso?

La mujer me miraba fijamente como si estuviera contándole un cuento de Las Mil y una Noches. Pero de repente, aquel semblante inexpresivo comenzó a mover las mejillas, poco a poco. Su boca empezó a abrirse, mostrando su bonita dentadura y finalmente prorrumpió en unas carcajadas tan grandes que creo que pudieron haberse escuchado en Álora.

Yo trataba de serenarla, pero la mujer si no se meó encima, poco le faltó. Y era tal su risa que me la contagió. Y eso que no sabía por qué se reía:

— ... Pero mujer, ¿qué es lo que pasa? ¡¿De qué te ríes...?!

— ¡Ay, que me meo toda...!

Por fin parecía recuperar la compostura:

— ... Esta mujer es la hija de tal y cual... Mira. Por lo visto cuando se quedó embarazada de su niña, pues fue un drama para ella. Nadie lo sabía excepto el novio. Realmente lo que ocurrió fue que tuvo una falta y – como no estaban casados – ella sintió mucha vergüenza. Pero como es normal, antes de querer decírselo a nadie, pues quiso asegurarse de que estaba embarazada...

Lo que me contaba me sonaba demasiado.

— ... Pero a la muchacha lo de entrar en una farmacia para pedir un test de esos, pues le daba una vergüenza enorme. Y al novio igual. Porque él era – y es – un olivo que si le sacudes, caen las aceitunas...

La madre que la parió.

— ... Total que entre la muchacha avergonzada y el novio con menos luces que una silla, no iban ni para adelante, ni para atrás. Y claro, allá por el 2007 no es como ahora, que miras en el móvil, te metes en Internet y te enteras de todo...

Pero cuando la mujer quiso continuar, la risa se apoderó de ella de nuevo.

— ... Sigue, mujer. Que ya me tienes intrigada.

— A ella se le ocurrió que podía hacerse la prueba del embarazo, como se hacía antiguamente con las ranas...

¡Ay, Dios mío!

— ... Pero claro, si el otro tiene pocas luces, esta tiene menos y no tenía ni idea de en qué consistía eso. De esta forma, va y le pide al novio que se entere de cómo es. Y en vez de pedirle a alguno de sus amigos que fueran a comprarle un test de embarazo, va el *chalo* y le pregunta a uno de ellos si sabía en qué consistía la prueba de la rana. Y el amigo que es un guasón – y se olió la *tostá* – va y le dice que...

Arrancó otra vez a reír sin parar. ¡Me esperaba lo peor!

— ... Va y le dice que es muy fácil... ¡Que vaya al Arroyo de Las Cañas a coger una rana pequeñita! ¡Y además que era mejor que fuese pequeñita porque eran más fiables! ¡Y que se la metiera unos minutos en el chocho a la novia...! ¡Me meo! ¡Le dijo que si a la rana se le ponía la piel rosa, es que estaba preñada, sí o sí...!

No podía creerlo. ¡Qué pechá de reír...! — ... Total que no nos hubiéramos enterado de nada, si no es porque llegaron los dos al ambulatorio – con los padres de ella – diciendo que no eran capaces de sacar a la ranita...

La leche...

— ...Y a los ocho meses ¡zas! ¡La rana! ¡Digo la niña! ¡Y a esta familia le llaman como puedes imaginar...! ¡*Enseguía* va a disfrazarla de rana! ¡Antes se muere! ¡Qué gracia, Laura! Esto se lo tengo que contar a mi *cuñá*...

Ni el mejor guionista sería capaz de hilar una historia tan increíble. Por supuesto que no iba a disfrazar a la niña. ¡Qué risa! Fue curioso descubrir cómo una simple equivocación podía desembocar en algo así...

Uno de los grandes descubrimientos de la vida consiste en darse cuenta de que el drama y la comedia son hermanas mellizas. La escuela es fiel reflejo de la sociedad. Allá sucede de todo, como ves. La incalificable agresión al pobre Esteban formaba parte de ello, por desgracia. Pero las vueltas que estaban dando los disfraces de rana, también...

Un buen día quise ser maestra para enseñar. Con los años me di cuenta que

quise serlo para aprender...

27. LA SONRISA DE ALICIA

E

n la terraza de la cafetería Tropic, Ruth y yo degustábamos dos helados, charlando animadamente. Ella es una mujer encantadora, con mucha conversación. De este modo, me narraba sus anécdotas carcelarias con los presos que tiene a su cargo.

Siempre me llamó la atención su trabajo. Yo sería incapaz de entrar en una cárcel, la verdad. ¡Antes me muero! Pero cuando le comento esto, ella siempre se ríe, confesándome que no es tan malo como parece. Aun así, no ha sido capaz de convencerme todavía sobre este menester.

Recuerdo que me hablaba sobre los sueños que tenemos cuando somos jóvenes y cómo estos se van esfumando con el pasar de los años. De esta manera, Ruth me contaba un pensamiento que una vez le contó un amigo al respecto:

— ... Mira, Laura. Él me dijo que los sueños debemos tratarlos con mucho cuidado porque son demasiado frágiles. Podemos ilusionarnos con algo. Con aprobar una oposición; con desarrollar el trabajo que deseamos; ser reconocidos por nuestro esfuerzo; incluso que nos toque la lotería... ¡Cualquier cosa! Pero luego la cruda realidad tiende a ponernos palos en las ruedas. Porque lograr un sueño está al alcance de todos. Desgraciadamente que no se cumpla también...
La escuchaba atenta.

— ... Conocí a una amiga cuyo sueño era ser bombera. Se preparó a fondo, te lo aseguro. Tanto la teoría, como la práctica. Jamás lo logró. Siempre la suspendían en los ejercicios físicos... Pues bien. Al tiempo una amiga de ella le propuso entregar un currículum en un centro comercial. Sin esperarlo, la citaron. Al poco de estar trabajando allí, conoció a un chico. Y terminaron casándose. Hoy es madre de una niña preciosa. ¡Es muy feliz...!

— ¿Y su sueño de ser bombera dónde queda? — le pregunté.

— Debes pensar una cosa, Laura. Cuando queremos lograr un sueño, es lógico pensar que lo hacemos porque creemos que con ello seremos felices, ¿no es cierto...?

Asentí, mordiéndome la cucharilla de plástico.

— ... Ella no logró ser bombera, no. Pero la vida le condujo por la senda de la felicidad. El destino es caprichoso...

Yo conocía muy bien los caprichos del destino.

— ... Ya sabes ese dicho que dice que hay que tener cuidado con lo que se desea, no vaya a ser que se cumpla. ¡Quién sabe lo que le hubiera podido ocurrir, siendo bombera...!

— Pero ella quería serlo...

— No, Laura. No te equivoques. Ella no quería ser bombera, aunque sí lo quisiera — se rio — Ella lo que realmente deseaba era ser feliz. Y hoy en día lo es... Por ello no hay que apenarse cuando algo nos sale mal. Los sueños son frágiles, como te he dicho. Y cuidarlos es una obligación. Pero cuando los sueños mueren, es preferible dejarlos marchar. Si los tienes siempre a tu lado, terminan pudriéndose. Y afectan en el día a día...

— ¿No hay mal que por bien no venga, Ruth? — pregunté con una media sonrisa en la boca.

Ella se quedó pensativa. Miró al cielo y contestó:

— Tal vez. Pero prefiero creer sencillamente que no hay mal...

Sonreí. Y pensé en el bebé que crecía más y más en mi barriga. Por supuesto que no podía identificar aquello como algo malo. ¿Cómo podía ser malo estar embarazada? ¡No lo era! Pero comprenderlo en aquel preciso momento era una misión casi imposible para mí.

De pronto, sucedió.

A lo lejos vi cómo Iván, su esposa Alicia y su hijo David, venían paseando por la acera. Probablemente vendrían a tomar algo tras haber comprado en un

conocido comercio de la zona. La culpa fue mía. No le indiqué a Iván dónde me encontraba. Solo que iba a tomar algo con Ruth. Me imagino que pensaría que estábamos en Álora y no en Pizarra.

Los tres avanzaban dichosos. Alicia sonreía... Y su hijo David también.

Me quise morir. Apenas había visto a Alicia un par de veces desde que Iván y yo estábamos juntos. Pero verla andando hacia mí despreocupada – siendo ajena a la tormenta que se cernía sobre ella – hizo que me diera un vuelco el corazón.

Ruth lo notó y girando su cabeza hacia donde yo miraba, dijo:
— ... ¿Qué te pasa? Te has puesto pálida...

Instintivamente me llevé la mano a la cara, intentando taparla. Se iban acercando. No quería que me viesen. Tenía que huir de allí.

De forma súbita, me levanté, diciéndole que tenía que ir al baño con urgencia.

Rápidamente entré en el establecimiento. Alcancé los servicios y cerré la puerta con el pestillo. ¡No estaba preparada para aquello! ¡La sonrisa de Alicia ejercía como un terremoto de escala 8 en mi desgastada estabilidad emocional! La ansiedad me podía.

Sin más, abrí el grifo y me lavé la cara. Permanecí allí unos minutos. Quieta. Mirándome en el espejo. Bloqueada...

Y solo unos golpes me hicieron salir de mi ensoñación:

— ... ¡Un momento! ¡Está ocupado...!

Con mi propia camiseta me sequé el rostro torpemente. Respiré hondo y abrí la puerta.

Y tropecé cara a cara con la realidad. La que estaba esperando para entrar... ¡era Alicia!

Ella me miró un instante, pero no me reconoció. De esta forma, cerró la puerta. Y yo salí presta a la terraza.

Cuando Iván me vio, su rostro reflejó un semblante horrorizado; y yo le iba a matar con la mirada, aunque sabía que no tenía ninguna culpa.

Me senté de nuevo con Ruth:

— ... ¿Estás bien?

— No me ha sentado bien el helado. Lo he vomitado. ¡Y creo que tengo hasta fiebre!

Iván sí que estaba descompuesto. David miraba su móvil y afortunadamente no se estaba dando cuenta.

Pero aquellas miradas que lanzaba a la mesa de ellos, terminaron llamando la atención de mi acompañante. Y como sabedora de que deseaba huir de allí, Ruth dijo:

— ... Será mejor que nos vayamos. Espera aquí, no vayas a marearte...

Y se dirigió a la barra para abonar la consumición. Casualmente se cruzó con Alicia en la puerta del bar, quien al poco tomaba asiento con ellos. Me di cuenta de que Iván forzaba una sonrisa, preguntándole qué quería tomar. A aquella escena solo le faltaba sangre para ser digna de una película gore. ¡Qué violenta!

Ruth salió del local y volvió a sentarse conmigo, preguntándome si yo quería ir al centro de salud. Le dije que no. Que probablemente en el almuerzo había comido demasiado.

Pero Ruth – notando cómo miraba a la mesa de Iván – dijo irónicamente:

— A ti te ha sentado mal otra cosa...

¡Tela marinera! Natividad tenía razón. Nuestro lenguaje corporal nos estaba traicionando. Naturalmente me hice la tonta diciéndole que no. Que seguro que mi indisposición se debía al exceso de comida.

Nos levantamos. Y ella me acompañó hasta mi coche. Procuré no mirar atrás. ¡Pobre Iván!

Ruth y yo nos despedimos. Pero justo cuando se alejaba unos metros en dirección a su vehículo, ella se giró exclamando:

— ... ¡Hay gente que confiesa llevar un gran peso en el alma, Laura! ¡Pero, ¿quién dijo que el alma debía usarse para llevar peso?! ¡Sé feliz, amiga...!

Sonreí. Aunque fue una sonrisa amarga. Ruth tenía mucha razón. No sé si ella

se dio cuenta o no de la relación que yo tenía con el hombre que estaba sentado en aquella mesa. Lo cierto es que sus últimas palabras me sirvieron un poco.

Pero no lo suficiente como para olvidar la cándida sonrisa de Alicia...

28. LA JAULA ABIERTA

M

e intriga lo que pensarás aunque puedo imaginármelo. Sabes muy bien que querría ver en ti a alguien en quien confiar. Que me entienda tan bien como yo misma, por supuesto. Pero intuyo que sientes pena por Alicia y quién sabe si incluso puedes ver en ella tu propio reflejo al haber vivido – o estar viviendo – una experiencia similar.

De este modo, tal vez ha podido llegar alguien para inmiscuirse en tu relación y que de un modo semejante la haya hecho añicos. Si este es tu caso, debo parecerte una zorra de cuidado...

Pero, ¡cómo hacerte comprender el punto de vista tan complicado que yo manejaba por entonces...!

Ver a Iván con su esposa y su hijo me dejó muy tocada, como has leído en el capítulo anterior. Hasta ese momento los imaginaba como simples víctimas colaterales de nuestro amor. Como podía sucederme con Antonio Jesús, claro. Sin embargo, tuvo que producirse ese desagradable encuentro en la cafetería, para darme cuenta del daño que estaba haciendo.

Con el tiempo he superado esto, sí. Ya lo veo desde otra perspectiva. Pero por entonces – sintiendo aquella enorme presión que imaginas – contemplar el rostro despreocupado de Alicia, me hundió un poco.

Amar no es malo, no. Pienso que nunca puede serlo. No obstante, me sentía muy mal conmigo misma por amar a Iván y, de esta forma, hacerle daño a su pobre esposa. Pero quiero que comprendas mi posición. Tú y también Alicia...

Tuve mala suerte en el amor al decidir formar pareja – en toda regla – con Antonio Jesús. Eso ya lo sabes porque te lo he explicado. Pero tú, Alicia, también corriste la misma mala fortuna al pretender que Iván te amara del mismo modo que tú le amabas a él...

La leyenda perota que nos narró Natividad en su almuerzo de homenaje, lo explicaba muy bien cuando indicaba que no debías culparme a mí o culpar a Iván por lo que había pasado, sino que debías culpar al sentimiento equivocado que había entre vosotros.

Porque tú, Alicia, debes comprender que Iván no te amó hasta que yo irrumpí en su vida para fastidiarte, no. Él pudo sentir cariño por ti, claro. Pero como quien ama ansía reciprocidad, anhelas que el sentimiento fuera mutuo; es decir, necesitabas creer que Iván te amaba de igual manera. E incluso te lo creíste.

Y puedo asegurarte que eso – salvo excepciones – es muy difícil de lograr a la primera. Y suele ser el tiempo el que otorga esa bonita casualidad... Porque el tiempo ayuda a dos cosas. La primera, a comprender que no podemos pretender que nos amen como nosotros amamos. Y la segunda, que el propio

Antonio F. Ortiz

tiempo ayuda a descubrir a quién se ama verdaderamente con su transcurrir...

Por eso Iván y yo pudimos encontrarnos, aunque fuera algo tarde. ¡Pero lo hicimos! Y cuando eso sucedió – ¡cuando el amor impactó de lleno en nuestros corazones! – ya no había marcha atrás para tu desgracia... Y lo siento. ¡Claro que lo siento, Alicia! Tengo la suficiente empatía como para entender lo que se sufre cuando te arrebatan lo que más amas... Pero también sé que cuando no te aman lo mejor es dejar marchar al ser amado, aunque te cueste sangre y ríos de lágrimas...

Puedes sentirte cautivada por el cantar de un pájaro. Y que quieras disfrutar de él, metiéndolo en una jaula. ¡Y cantará, claro...! Pero ten la seguridad de que lo más hermoso es escuchar el trino del pájaro cuando la puerta de la jaula está abierta y el mismo permanece en ella...

Sabiendo esto – lector o lectora – pregúntate si aún serás tan egoísta como

para desear tener a tu lado a alguien que no te ama, con la manida y triste excusa de que – si se da esta circunstancia – serás capaz de amar por los dos... Personalmente esta solución me parece patética. Lamentable...

De esta forma, tú que lees estas palabras debes comprender que si se te presenta este amargo trago, deberías dejar de engañarte y abrir la puerta de tu corazón... Si lo piensas bien, que esto suceda es lo mejor que puede pasarte pues – al menos – descubrirás lo que ocurre en tu relación y si no es demasiado tarde, tal vez puedas encontrar a tu media naranja...

Si lo es para ti, lo siento de veras. Sé que solo se vive una vez. Y lo sé muy bien, claro, ¡por eso no quería seguir con Antonio Jesús! ¡Por eso me subía por las paredes al darme cuenta de lo estúpida que había sido al contraer matrimonio con él! Y precisamente por eso di las gracias por haber encontrado a Iván y que él hubiera sentido algo parecido por mí.

Sé que según la creencia católica, amar a Iván era un pecado, pero te aseguro que amarle será un pecado del que jamás podré arrepentirme...

Cuando llegué al Cerro de las Viñas no pensaba en nada de lo que te acabo de contar. Únicamente en lo mal que me sentía tras haberles visto en la cafetería.

En el móvil tenía numerosas llamadas perdidas y correos de Iván. Ni siquiera abrí los mensajes. Me limité a apagar el móvil para poder pensar con claridad en la noche que ya me envolvía.

Y allá me quedé en el coche unos minutos, cavilando demasiado, sí, e imaginando horrorizada cómo yo avanzaba irremediabilmente hacia Alicia, dispuesta a romper su jaula...

29. UNA LLAMADA INESPERADA, EN MEDIO DE LA TORMENTA

N

ecesitaba una ducha que me ayudara a despejarme de mis continuas cábalas. Y necesitaba otra más para librarme de la persistente tralla que me estaba dando

Antonio Jesús con el dichoso viaje que quería hacer en agosto. ¡Para viajesitos estaba yo...!

El agua corría por mi cabeza, buscando el modo de limpiar lo que se empeñaba en nublar mis razonamientos; mientras que Antonio Jesús – sentado en el váter – me narraba las peripecias que había tenido en la agencia de viajes:

— ... ¡Nena, te digo que es un sitio ideal! ¡Todo incluido por ese precio! ¡El Algarve es precioso! ¡Pedazo de piscina! ¡Parece el mar de lo grande que es...!

Lo de la piscina era la decimoquinta vez que me lo decía. Y yo solo me acordaba de las acequias y de la manguera del porche...

— ... ¡Además siempre me has dicho que querías visitar Portugal!
— Lisboa, Oporto... — señalé resignada. Se cabreó.

— ¡Pero este es un viaje distinto, nena! ¡No me jodas! ¡Ese es en plan mirar cosas! ¡Ya sabes! ¡Que termine el día y que tengamos los pies *reventaos*! ¡Yo lo que quiero es tumbona, *piscineo* y que aquí me las den todas! ¡¿Pero qué estás pensando...?!

Si supiera lo que estaba pensando...

— ... ¡A ver, nena, ¿me vas a decir algo?! ¡Termina de ducharte de una vez, que parece que no te enteras! Quedan pocas plazas en el hotel...

— Eso es lo que dicen siempre para achuchar. Que quien no te enteras, eres tú...

Al fin se puso en pie:

— ¡Te digo que no, nena! ¡En serio! ¡Le tengo que decir algo ya...! ¡Si vamos a través de agencia, tenemos muchas ventajas!

Cerré el grifo de la ducha. Tenía ganas de llevar la contraria:

— Pero, ¿cómo puede apetecerte ir a un hotel para hacer exactamente lo mismo que se puede hacer en el tuyo? Sol y piscina... ¡Menuda tontería!

— ¡Entonces, ¿qué quieres?! ¡¿Ir a Lisboa a mirar iglesias, nena, con *la* calor que tiene que hacer allí en agosto?! ¡Tú estás *chala perdía*...!

Por fortuna se fue refunfuñando para la cama. ¡Al fin me dejó en paz! Aunque esa tranquilidad no duraría mucho.

Antonio F. Ortiz

Me sentía cada vez peor. Sabía que Iván tenía que estar muy preocupado por mi silencio. Me ponía en su lugar y me imaginaba tratando de contactar con él, sin que me respondiera. ¡Me hubiese vuelto loca, sin duda! Así que mientras me secaba la cabeza – con muy poca destreza – encendí nuevamente el móvil dispuesta a responder sus mensajes.

¡Pobrecillo! Poco a poco comencé a darme cuenta de que Iván tenía que decir mucho al respecto sobre nuestro encuentro “no planificado”. Comprendía que yo había sacado aquello de quicio.

Dicen que las embarazadas – debido al revuelo hormonal – están más susceptibles a todo. Apostaría a que sí. Cierto que la imagen de anuncio que ellos me proyectaron en aquella terraza, me tocó el alma, claro. Pero debí reparar más en la cara de horror que puso Iván cuando me vio salir de la cafetería, tras cruzarme con Alicia en el baño.

Pretendía marcar los números del código PIN, cuando Antonio Jesús irrumpió de nuevo:

— ... ¡Es que no te entiendo, nena! ¡¿Qué es lo que quieres?! ¡Desde que te dije lo del viaje, estás en plan defensivo! ¡Si lo llego a saber...! ¡Ojalá las putas vacaciones le hubieran tocado a otro gilipollas!

— Bueno, Antonio, vamos donde te dé la gana. ¡Ya te dije que me daba igual...!

— ¡Pero es que no es eso, *coño*...! — exclamó impotente, volviendo de nuevo a la cama.

Me esperaba la tercera guerra mundial. ¡Qué cruz...!

Sin más, marqué los números para que mi móvil terminara de encenderse. E instantáneamente, entraron numerosos mensajes de mi hermana; así como

llamadas perdidas de mis padres. ¡Muchísimas...!

Volvió Antonio con su teléfono móvil:

— ... Nena, tus padres me están llamando. ¿Respondo...?

Le dije que sí.

Y de pronto la cara de Antonio se puso del color del lavabo:

— ... ¡Nena, que te pongas! ¡Es tu padre! ¡Está gritando no sé qué de María...!

Presta atendí la llamada:

— ¡¿Qué pasa, papá?!

— ¡Niña, ven para acá ahora mismo! ¡Tu hermana se ha puesto a gritar como una loca! ¡Quiere verte! ¡Tu madre está tratando de tranquilizarla, pero no hay manera! ¡Vuela con el coche! ¡Pero ya...!

Resoplé. Antonio me preguntó intranquilo qué era lo que ocurría. Y le expliqué lo que me había dicho mi padre. Así que procedí a vestirme dispuesta a acudir allí lo más pronto que pudiera...

30. TORNILLOS SUELTOS

A

Antonio Jesús quiso acompañarme, preocupado por lo que acontecía en casa de mis padres. De este modo se preguntaba qué era lo que podía pasarle a María, sospechando que ella no había superado el drama del accidente. Además él creía que debíamos llevarla al Clínico sin dilación, para que terminaran de hacerles las dichas pruebas y así descartar cualquier posible secuela.

Antonio tenía mucha razón. María – de manera incomprensible – había huido del hospital, sin más. Esa absurda decisión podía estar acarreándole consecuencias que le podían afectar a su buen juicio. Aquel mismo lunes 20 de junio se cumplía justo una semana del terrible siniestro.

Cuando llegamos al campo mi pobre padre estaba en la puerta con la cara desencajada. Afortunadamente nos indicó que ella estaba más calmada tras saber que yo venía de camino. De esta forma, les pedí que esperasen abajo y de inmediato subí la escalera para ir a su encuentro.

Al llegar a la habitación, María – que se encontraba tumbada en la cama, apoyando su cabeza en el pecho de mi madre – se levantó rápidamente y me abrazó tan fuerte que me iba a romper:

— ... ¡Qué bien que estés aquí! ¡Por favor, mamá, déjanos a solas...!

Mi madre puso cara de circunstancias sin comprender nada. Me miró unos segundos y yo – con un gesto con la cabeza – le indiqué que saliera.

Cuando ella abandonó el dormitorio; María me tomó del brazo izquierdo y me condujo a la cama:

— ... ¡Ya sé cuál era la promesa, Laura! ¡Estoy tonta! ¡Lo tenía delante de mis narices y no me daba cuenta! ¡Tenemos que hacerlo! ¡Y tú me ayudarás...!

Estaba aturullada:

— ¡Para, para! ¡Espera que no me entero de nada! ¡Ve paso a paso, niña!

Sonrió de oreja a oreja. Ella sabía que yo tenía razón. Así que respiró profundamente; espiró de igual modo y a continuación me explicó lo que había pasado:

— Andrés...

Un viejo vecino que también linda con nuestro terreno.

— ... Andrés se puso a quemar algunos rastrojos. Papá se quejó porque no era la hora para hacerlo. Ya sabes, le parecía una gran imprudencia... Así que salió de la casa y yo fui con él para acompañarle...

Seguía manoseando los colgantes de sol y de luna. — ... Y nada, niña, allá estaba Andrés liado con la candela, cuando papá comenzó a regañarle por lo que hacía. Pero – mientras tanto – yo observaba el fuego, encandilada con los chasquidos... ¡Y, de repente, recordé la promesa...!

Le pregunté de qué se trataba.

— ... ¿Recuerdas lo que siempre he dicho que no hay un lugar en el que me sienta más feliz que aquí, en el campo? Pues Feder lo sabía también, Laura. Lo hablamos en un par de ocasiones y...

— ¿Qué hablaste con él? — le pregunté, queriendo que fuera al grano.

No es que no me interesara lo que ella me estaba contando, sino que miraba mi reloj de pulsera, viendo que se hacía muy tarde y tenía sueño. A la mañana siguiente Antonio y yo teníamos que madrugar. Por otro lado debía escribirle a Iván con urgencia. No me había dado tiempo a hacerlo.

— ¿Qué es lo que siempre he dicho que me gustaría que ocurriera cuando muriese, Laura?

Me quedé pensativa. No lo recordaba bien:

— ¿Querías que te incineraran, no? — le pregunté sin saber si era a lo que se refería.

— ¡Exacto! ¡Eso es! ¡Cuando vi la candela de Andrés, me acordé, Laura!
¡¿Dónde he dicho siempre que quería que arrojasen mis cenizas?! ¡Pues aquí en el campo! ¡Donde siempre he sido feliz...!

— Pero, ¿y qué pasa con Feder? ¿Cuál es la dichosa promesa, Mari?

Mi hermana se quedó callada unos instantes; y me fijé que apretaba y aflojaba la almohada de manera compulsiva, con ambas manos:

— Él me dijo que quería que sus cenizas estuvieran conmigo aquí, en el campo...

¡¿Cómo?!

— ¡Espera, espera...! ¡¿Te dijo que quería eso?! ¡¿Y eso qué quiere decir?! — le pregunté totalmente fuera de juego.

— Pues lo que has oído, niña. ¡Sus cenizas tienen que estar conmigo! ¡Y tú me vas a ayudar a conseguirlas y traerlas aquí! ¡Ya lo tengo todo pensado y...!

De inmediato, comencé a reír a carcajadas:

— ¡La madre que te parió! ¡Te estás quedando conmigo, ¿no...?!

Su semblante se puso serio. Le molestó que me tomara a broma lo que acababa de decirme.

— ... ¡¿No me jodas que lo dices en serio?! ¡Tú estás *chalá*, niña! ¡¿Cómo vamos a hacerlo?!

Visiblemente molesta – con una voz casi de ultratumba – sentenció lo

siguiente:

— Me vas a llevar a Soria. Iremos a casa de sus padres y de alguna manera — que ahora no sé — les robaremos las cenizas y las traeremos aquí...

¡Toma castaña!

Comencé a reírme, buscando la cámara que estuviera grabando aquella inocentada.

— ... ¡Te lo digo en serio, Laura! ¡No seas tonta! ¡Escúchame! Iremos en busca de la casa de sus padres. No sé exactamente la dirección, pero ellos regentan una tienda de souvenirs muy cerca de la iglesia de...

Me puse en pie, nerviosa. Lo que me contaba era una locura.

— ¡¿Ir allí a robarles las cenizas y traerlas al campo?! ¡Pero niña, ¿te estás escuchando...?!

Ella trató de explicarse, pero no la dejé:

— ... ¡No, no! ¡Olvídate de eso, Mari! ¡Ya es tarde! ¡Me voy! ¡Mañana vamos al Clínico, eh! ¡Tú no te has quedado bien, niña...!

— ¡*Joder*, escúchame tú ahora! ¡Iré a la casa de sus padres! ¡Cómo sea, Laura! ¡Antes de que sea tarde y...!

No pudo terminar la frase. Comenzó a llorar.

Rápidamente me senté a su lado y nos quedamos un buen rato en silencio. Pero un silencio que deseaba romperse.

Imagino que ella pensaba — como yo — en esa insensatez que acababa de proponerme. Pero sus lágrimas consiguieron que pudiera entenderla un poco:

— ... Escúchame, cariño. En primer lugar, ¿cómo sabes que le han incinerado? ¡No sabes nada de lo que han hecho con su cuerpo, mujer! Tal vez sus padres lo han metido en un nicho y...

— Lo han incinerado. Lo sé, Laura... — dijo con la voz llorosa.

Estaba anonadada. ¡Aquello me superaba!

— ... ¡Ayúdame a hacerlo! ¡Sé que esa es la promesa que no ha podido cumplir...!

— Pero, ¿por qué sabes que es eso? Puede ser otra cosa... ¡Mierda, me estás liando! ¡Eso extraño que viste mientras estabas en el quirófano fue solo producto de tu imaginación y...!

— ¡¿Y cómo pude saber lo que ocurría en la sala de espera, eh?! ¡Es todo verdad, Laura! ¡Feder quiere que yo le haga cumplir su promesa! ¡Y yo quiero que sus cenizas estén aquí, conmigo! ¡Era su deseo! ¡Y el mío! ¡Ayúdame, por favor...!

La miré a sus ojos llorosos y suplicantes. No podía creer lo que me estaba pidiendo.

Quizá te preguntes qué hubieras hecho en mi lugar. Casi seguro que hubieses estado de acuerdo con Antonio Jesús para llevarla al hospital en un cohete autopropulsado. Y de allí a la unidad psiquiátrica, ipso facto... ¡¿Ir nada menos que a Soria a robar unas cenizas y traerlas al campo?! ¡De locos...!

— ... ¿Qué harías si se tratara de Iván? — me preguntó, finalmente. Resoplé. Que qué haría si fuese Iván... Sin más, me levanté lentamente y me dirigí a la ventana.

La noche era dueña y señora de la hermosa vega del Guadalhorce. Desde allí aún se podían observar los rescoldos de lo quemado por nuestro vecino. Las pequeñas brasas resguardadas por las cenizas... Y, de repente, pensé que ese absurdo viaje podía tener otro sentido más lúgubre.

La piel se me erizó al instante:

— Está bien, niña. Iremos...

María saltó de la cama y corrió hacia mí para abrazarme. Y así, estuvimos un buen rato sin decir nada.

Finalmente María me miró, diciendo:

— ... Pensarás que me falta un tornillo, ¿verdad?

Y yo sonreí:

— No, mujer. No te falta ninguno... Solo que después del zambombazo tienes que apretártelos todos...

Ambas sonreímos con resignación. Y muy abrazadas, observamos las ascuas humeantes de nuestro vecino “pirómano”, pensando en cómo explicar el

inesperado viaje a quienes aguardaban en el salón con ansias de saber lo que nos ocurría...

31. FABRICANDO EXCUSAS Y PLANEANDO EL CRIMEN

Todavía permanecimos en el dormitorio un buen rato.

Le indiqué a María que me dijera qué tenía pensado y que me contase todo lo que sabía al respecto, para poder acometer aquella loca empresa con cierto éxito.

De este modo, sentadas sobre la cama – cara a cara como cuando éramos pequeñas – María comenzaba a explicármelo todo.

En primer lugar, para poder argumentar el motivo de nuestra partida, mi hermana me sugirió que debíamos contar que viajaríamos a Zaragoza, y no a Soria, con la excusa de ver a la Virgen del Pilar. ¿Por qué? Porque indicarles que íbamos a Soria no tenía sentido, si no se debía a algo que pudiera concernir a Feder. Mis padres y Antonio sabían que él era de allí. Hubiese sido muy evidente la relación y, de esta forma, María se hubiera delatado...

Ir a Zaragoza tenía su sentido porque curiosamente desde siempre sabíamos que mi hermana tenía una gran devoción por esta virgen maña, debido a que nuestro abuelo materno, José, había sido guardia civil. De pequeña, ella le adoraba. Y como patrona de La Benemérita, cada 12 de octubre, él nos llevaba a la fiesta que se organizaba en el cuartel del pueblo. María siempre había manifestado su intención de visitarla, pero nunca lo había hecho:

— ... Cuando bajas les dices que – como me has visto tan mal – se te ha ocurrido llevarme allá en un viaje relámpago que según tú me servirá para que olvide el accidente y me despeje...

Tenía sentido lo que proponía. Pero me parecía terrible la justificación. Juzgué que aquella inocente excusa actuaba como un cuchillo afilado, cortando la ingenuidad, no solo de mis padres, o de Antonio, sino la mía propia. No

obstante se trataba de una buena excusa que hubiese dado yo misma sin dudar.

Como supones le indiqué que pensaba que era un buen pretexto, claro. Pero añadí que el viaje no podríamos hacerlo antes del lunes 27, por dos motivos. Uno de ellos era que tenía que asistir a la fiesta de fin de curso, el viernes 24. Era ineludible, aparte de que era mi trabajo, naturalmente.

Y el otro motivo que retrasaba la partida consistía en otra cita inevitable que fue fruto del azar, ya que – por desgracia – me había tocado formar parte de una mesa electoral el 26 de junio, cuando se celebraban las segundas elecciones generales para formar un gobierno en España, debido al fracaso de los primeros comicios que se habían producido seis meses antes.

María puso mala cara, pero lo entendió. No podíamos escaparnos antes. Le expliqué que mis vacaciones comenzaban el viernes 1 de julio, pero que cogería cuatro días de asuntos particulares que por fortuna no había gastado. Aun así, Lucrecia tenía que decir mucho al respecto porque era ella la que debía concederme esos días de asueto en horas no lectivas.

A continuación le pedí que me explicara de forma detallada todo lo que sabía sobre los padres de Feder.

Como me había dicho, ellos tenían una conocida tienda de regalos. Según me aclaró la misma estaba ubicada muy cerca de la famosa iglesia de Santo Domingo, en Soria capital. De este modo, me señaló que ellos vivían precisamente en un piso, justo encima del establecimiento familiar.

Aquella información era alentadora. Si era así, no debíamos tener ningún problema para hallarles.

Seguidamente mi hermana prosiguió con aquello que tenía pensado:

— ... Iremos a la tienda de souvenirs y nos presentaremos como si fuéramos dos compañeras de Feder en la oficina de Hacienda. ¡Será fácil, niña! Les diremos que estamos de viaje a Zaragoza y que decidimos desviarnos para conocerles y darles nuestro pésame...

Volvía a acertar. Desde luego era un magnífico pretexto.

— ... De un modo inocente le preguntaremos qué hicieron con las cenizas de Feder...

— En el caso de que le incineraran, Mari. ¡Ya te digo que no pienso exhumar ningún cadáver! ¡Que te veo capaz de ir con un pico y una pala...!

Se rio, pero al momento volvió a asegurarme – sin ninguna duda – que Feder estaba incinerado.

— ... Pero, ¿cómo lo sabes, niña?

— Lo sé...

De aquella manera tan infantil zanjó aquel problema que resultaba crucial para el buen éxito de nuestro viaje.

Pero había otro tema a plantear:

— ... Y quieres robar las cenizas... ¡¿Cómo *demonios* lo vamos a hacer?!

Con sus ojos muy abiertos, gesticuló con sus manos:

— ¡Les daremos el cambiazo! Una maniobra de distracción ¡y zas! ¡Las volcaré en algún recipiente que llevemos y...!

— ¡Habrá que llevar dos recipientes, niña! — apunté interrumpiéndola —
¡Uno vacío para meter las cenizas de Feder; y otro lleno con las que volcaremos en su urna! ¡¿Comprendes...?!

Aquella idea le encantó. Y yo me sorprendí por llegar a esa conclusión tan rápidamente. Solo tenía una duda:

— ... No se me ocurre qué llevar como recipientes...

María me señaló que no debía preocuparme pues ella se encargaría de encontrarlos, así como de llenar uno de ellos con las cenizas que hallara...

No podía creer lo que estábamos planeando. ¡Qué chifladura tan grande, Dios mío...!

Cuando miré mi reloj, ya eran cerca de las dos de la mañana. ¡Tardísimo!

Le dije a María que ya hablaríamos más sobre este asunto y que me informara de cualquier detalle que pudiese ayudarnos.

Seguidamente le di dos besos y bajé las escaleras despacio. No escuchaba ninguna voz.

Al llegar al salón me encontré a mi padre y a Antonio, profundamente

dormidos. Solo mi madre permanecía despierta. De este modo, ella se levantó del sofá y vino hacia mí:

— ... ¿Qué ha pasado, niña? — me preguntó con sus manos entrelazadas.

Enseguida le conté lo del viaje a Zaragoza y la conveniencia de sacarla del pueblo. Asimismo le señalé que ir a ver a la Virgen del Pilar serviría, no solo para distraerla, sino para agradecer que ella siguiera entre nosotros. A mi madre – tan beata como María – le encantó aquella idea. Pero tenía una duda:

— ... ¿Y ella está conforme?

— Está loca de contenta, mamá. No te preocupes...

Pero rompió a llorar.

— ... ¿Qué te pasa? Ella está bien...

— ¡No, no! ¡Qué va a estar bien, niña...! ¡Tú no le has visto la cara que tenía cuando estaba fuera de sí! ¡Jamás la vi así, Laura! ¡Nos gritaba pidiendo que vinieras! ¡Hasta le ha roto las gafas de leer a tu padre...!

Mi cara debió de ponerse blanca como la espuma.

— ... ¡Y volvió a decir que se iba a morir pronto! ¡¿Tú te puedes creer?! ¡Estoy más que segura que María tuvo algo muy grande con ese hombre que murió! ¡Nadie reacciona así, si no ha perdido lo que más quería...! ¡Dime, Laura, ¿es verdad?! ¡¿Estaban juntos...?! — me preguntó, susurrando, para no despertarles.

¡Estoy más que segura que María tuvo algo muy grande con ese hombre que murió! ¡Nadie reacciona así, si no ha perdido lo que más quería...! ¡Dime, Laura, ¿es verdad?! ¡¿Estaban juntos...?! — me preguntó, susurrando, para no despertarles.

No sabía qué decirle. No quería traicionar a María, pero mi madre necesitaba una respuesta coherente que pudiera entender y darle sentido a todo lo que sucedía:

— El tal Feder y ella han estado juntos desde hace cuatro años...

Se llevó las manos a la cabeza.

— ... Miguel tenía razón, mamá. Ella estaba liada con ese funcionario soriano. María estaba muy enamorada – eso sí – pero no fue capaz de dar el paso para separarse. Ahora le llevan los demonios por no haber sido más valiente...

— ¿Y por qué se ha puesto así? ¿Por qué quería verte? — preguntó con muchas ganas de saber la verdad.

No sabía qué contestarle. Si le hablaba de la promesa, tendría que confesarle el verdadero motivo de nuestro viaje. Y consideré que la información que le había dado ya era suficiente para ella:

— Se ha desahogado conmigo. ¡Es lo que quería! Me ha contado cómo lo conoció. ¡Todo! Por eso está ahora más tranquila. Y precisamente por eso ha accedido a hacer este viaje, mamá. Así que no te preocupes más. Ella necesitaba confesármelo todo... No le digas que te he contado esto, ¿vale?

Mi madre asintió con la cabeza, pero no estaba conforme. Me dio la impresión de que sabía que le ocultaba algo más. Pero yo no se lo diría.

A continuación desperté a Antonio, quien en un principio no recordó dónde se encontraba. Y al poco regresamos al Cerro de las Viñas.

Poco antes de acostarme le mandé un mensaje a Iván, diciéndole que al día siguiente hablaríamos en el polígono sobre lo que había pasado. Y sin más, me dormí. Estaba muy agotada.

Había tenido el día más intenso de mi vida...

32. NADIE ES PERFECTO

C

uando sonó la alarma del móvil de Antonio Jesús – justo a las seis y media de la mañana – él no le hizo el más mínimo caso. Tuve que insistirle en un par de ocasiones para que finalmente se levantara. De este modo, moviéndose parsimoniosamente por el dormitorio, Antonio bien podía haber superado el casting para hacer de zombi en la famosa serie norteamericana, *The Walking Dead*...

Yo permanecí en la cama hasta las siete y media. Pero no pude volver a quedarme dormida. De esta manera, pensé en todo lo que había sucedido en el campo, tan solo unas horas antes. Y no podía creer lo que había aceptado. Esa

locura de viaje que dejaba las aventuras de Indiana Jones a la altura de las babuchas...

Me sorprendió que mi madre me dijera que María se había alterado tanto, antes de mi llegada.

Mi hermana siempre fue una mujer callada. Ninguna voz más alta que la otra, como decimos por aquí. Serena... Sabíamos que Miguel y ella se faltaban al respeto, pero como digo ella lo hacía de manera templada, controlando la situación. Cuando María y yo discutíamos, ella tendía a escuchar – asintiendo o negando – para al final sentenciar lo que opinaba sin aspavientos. Reaccionar de forma violenta no era la manera que ella tenía de resolver aquello que le preocupara. Pero naturalmente había habido un cambio brusco en su comportamiento. Lo noté aquella misma tarde que charlamos en su dormitorio cuando me señaló que yo no debía ser gilipollas, argumentando que si amaba a Iván, debía ser valiente. Sinceramente yo no estaba acostumbrada a aquella forma de hablarme tan vehemente.

Como te he dicho, estuve en la cama hasta las siete y media. Seguidamente procedí a darme una ducha reparadora. Me vestí y decidí acudir a la venta de Los Caballos para desayunar una buena rebanada de pan casero con zurrapa de lomo en manteca *colorá*, con un poquito de azúcar por encima...

Me río. Pensarás que desayunando así, lo más parecido que hacía para guardar la línea era dibujar una raya en una hoja de papel y metérmela dentro de mi bolso de escay marrón... Pero aquella mañana me apeteció eso más que otra cosa en el mundo. ¿Un antojo? ¡Te aseguro que el antojo me supo a gloria bendita...!

Pero si recuerdo aquel desayuno inundado de calorías, no fue por la enorme tostada que me puso mi buen amigo Juan Rojano, sino por la conversación – muy elevada de tono – que tenían dos hombres que estaban sentados detrás de mí.

Al parecer uno de ellos había discutido con su pareja la noche anterior. El olor a anís dulce de sus copas perfumaba aquel rincón donde estábamos ubicados. Y de este modo, uno de los hombres – sensiblemente afectado por el alcohol – se confesaba con su amigo:

— ... Te digo que mi mujer tiene un maromo que le riega la maceta, ¡estoy seguro, *cojones!* ¡Que es *mu* trabajosa! ¡No quiere ni que la toque, niño!

— Ya, pero no tenías que haberle dicho nada, hombre. Tu Isa tiene su aquel, claro, pero decirle esa barbaridad... — le contestó su acompañante, tratando de que él comprendiera su erróneo proceder.

— Si ya lo sé... ¡Pero si no le digo *na*, reviento! ¡Sé que la he liado, pero manda huevos que no me responda ni por *guasap*...!

— ¿Y qué le has puesto en el *guasap*, Paco?

— Toma, lee... — le dijo el amigo.

No me hubiese enterado de nada, si no llega a ser porque el amigo leyó el mensaje en voz alta:

— ... *No soy nadie y lo sabes. Perdóname de corazón. Sé que la culpa es mía, como siempre. He aprendido de mis errores. Nadie es perfecto, Isabel. Lo único que sé es que te quiero. A veces tengo que meterme la lengua en el culo, o callarme y no seguir dale que te pego, diciendo cosas que te duelen. Me he dado cuenta de que me equivoco en casi todo. Te pido perdón mil veces...*

— ¿Qué opinas? ¡He sido sincero, *leche!* Pero esta hija de su madre no me responde. Le abro mi corazón de par en par; y ella como quien escucha llover...

— Pero Paco, este mensaje... — Dime.

— Paco, este *guasap* es *mu parecido* al que le mandaste la última vez, capullo... ¡Es capaz que sea el mismo!

— ¡El mismo! — admitió el tal Paco, sin más.

El amigo comenzó a reírse con unas carcajadas tan fuertes que todos los que estaban sentados junto a la barra, giraron las cabezas hacia su mesa.

— ¡Pero qué ceporro eres, Paco! ¡Cómo se te ocurre...!

— ¡*Cojones*, la última vez me sirvió!

— ¡Claro, pero esto de que “nadie es perfecto”, me sonaba, Paco!

— ¡Pues anda que no es verdad! — exclamó, dándole un sorbo a su copita —

¡Nadie es perfecto...!

El amigo se quedó callado. Y el tal Paco le recriminó por no seguir conversando, preguntándole si acaso presumía que él se equivocaba al concluir que nadie era perfecto; a lo que el amigo – con mucha ironía – contestó:

— ... No, hombre, si yo estoy de acuerdo contigo en que nadie es perfecto, Paco. Pero en tu caso, algunas personas son menos perfectas que otras...

¡Vaya pulla le dio!

El amigo tenía razón. Algunas personas se comportan de manera irracional en cuestiones de pareja. Tal vez pretenden que quienes se encuentran a su lado obren de la manera que desean. De repente, todo lo que se sale de lo que ellos acostumbran, tienden a imaginarlo como una traición. Pudiera ser, por supuesto. Pero la manera en la que pretenden resolver tales asuntos, resulta primitiva y visceral.

El tal Paco aseguraba que su pareja le era infiel sencillamente porque no accedía a acostarse con él. Y quizás acertaba en su suposición, claro. Pero afirmar eso sin pruebas era tirar piedras contra su propio tejado.

Y lo malo es que posteriormente – cuando este hombre veía que aquello podía concluir en una separación – ridículamente reculaba pidiendo perdón con la vana excusa de que si se había equivocado diciendo tal cosa u otra, simplemente se debía a que como ser humano que era – y no un ángel celestial – podía errar comportándose de esa manera...

Por lo tanto, aquella sentencia del amigo me pareció magnífica cuando no quiso disculpar la conducta de Paco al decirle sin tapujos que unas personas eran menos perfectas que otras. De este modo se entiende que nadie posee la autoridad moral de humillar a otra persona constantemente, recurriendo a la imperfección de los seres humanos para justificar su proceder, como un error que se repite cada vez que este tipo de personas hieren con sus palabras ofensivas.

Para maltratar es bien sabido que no hace falta tocar a la víctima, pues existe

otro tipo de maltrato que corroe. Que se clava como un puñal. Que humilla y que destroza...

Nadie es perfecto, claro. Pero sencillamente este Paco lo era menos...

33. EL DÍA QUE QUISO SER DISTINTO

M

ientras conducía hacia Pizarra me sentía pletórica, pese a haber dormido muy pocas horas. Sin duda el copioso desayuno que había ingerido, me había puesto las pilas. Aquel martes 22 de junio había amanecido como los demás. El sol comenzaba a reinar en el valle del Guadalhorce.

A mi derecha se extendían las famosas huertas de La Vega, llenas de olivos, naranjos, limoneros y otros árboles frutales que nos aportaban ese verdor tan nuestro. El aire ya venía templado, adelantando el no menos característico viento de terral tan malagueño, el cual nos azotaría durante el resto de la jornada, en aquel segundo día oficial del verano...

Cuando llegué a Pizarra aparqué en la calle de siempre. Como eran las 8:35, decidí quedarme un ratito más dentro del vehículo, escuchando el noticiero. En el mismo se hablaba sobre la expectación que suscitaba el referéndum que se iba a celebrar en el Reino Unido al día siguiente en relación al denominado *Brexit*, una votación donde se dilucidaría la permanencia de Gran Bretaña dentro de la Unión Europea.

No es que le prestara mucha atención, la verdad. A mí la política no me interesa demasiado. Es más, estaba saturada de ella. En España se vivía un clima apesadumbrado al respecto. Las elecciones que se celebrarían aquel último domingo de junio, eran prueba de ello.

Los españoles estábamos citados a las urnas por segunda vez en seis meses. Nos sentíamos hartos de políticos avisados, de estrategias electorales y de una prensa que estaba aprovechándose de todo ello para llenar las hojas de sus periódicos y las páginas de Internet, así como para saturar la parrilla televisiva con múltiples programas especiales que incidían en lo mismo, una y

otra vez... Encima yo tenía que estar “por real decreto” en una de las mesas como vocal todo un largo domingo. La mejor manera de empezar mis vacaciones...

Bien pensado, aquellos minutos de relax dentro del coche buscaban retrasar mi entrada al colegio. Sabía que Iván iba a estar esperándome molesto por lo sucedido la tarde anterior. Y no es que no quisiera verle, sino que tenía tal lío en la cabeza, que no estaba segura de mí misma con respecto a las explicaciones que él iba a requerirme, evidentemente.

Al poco no tuve más remedio que salir del coche. Y de este modo, me dirigí paseando hacia la escuela, pensando en ello. Como siempre los primeros padres ya llegaban con sus pequeños. Era la misma estampa de cada día. Les conocía. Conocía sus ritos y manías. Sus frases hechas de despedida, como “pórtate bien”, “haz caso a la maestra”, y el clásico “cómete el bocadillo”...

Al entrar en la sala de profesores, noté que había mucho silencio y al instante reparé que Loli y otros estaban llorando. Asimismo miré a Iván, preguntándole con la mirada qué era lo que ocurría.

Antonio F. Ortiz

Nunca lo olvidaré. Él avanzó hacia mí y me dijo entre susurros:

— ... Ha llamado la hija de Natividad. Anoche sufrió un ictus...

— ¿Y? — le pregunté casi sin voz, temiendo su respuesta.

— Y no lo ha superado, Laura...

¡Dios mío, no podía ser verdad!

— ... Ahora se está decidiendo qué vamos a hacer. Muchos no quieren dar clase...

No lo podía creer. ¡Natividad había muerto...! Comencé a llorar. Y de inmediato me abracé a él.

El maldito ictus – que estaba haciendo estragos en la sociedad – se acababa de llevar de manera cruel a nuestra querida amiga y compañera. La pobre no pudo disfrutar ni siquiera de un día de su merecida jubilación. Aquello era demasiada ironía por parte de un destino caprichoso. No podía soportarlo...

Iván dio un paso atrás.

Mirándole a los ojos, comprendí su gesto y al momento me uní al duelo con Loli y los demás, haciéndonos las típicas preguntas, fruto de la incompreensión.

Aquella mañana los niños jugaron en el recreo, felizmente ajenos a lo que sucedía. La seño Nati no les daría más los buenos días, ni les hablaría con el cariño de una abuela. Se llevaría su sonrisa a un nuevo colegio en el cielo donde otros niños la recibirían dichosos...

Aquel día se empeñó en no ser como los demás. Me cuesta seguir. Lo siento...

34. LA LOCURA DEL AMOR

A

quella misma tarde todos los profesores y personal de la escuela acudimos al Tanatorio Municipal de Pizarra para dar nuestro sentido pésame a Enrique y a Belén, el marido y la única hija de nuestra añorada Natividad.

Puedes imaginar la tristeza que se respiraba en aquella instalación, la cual me ponía los vellos de punta. Por desgracia – y desde la inauguración del tanatorio el uno de octubre del 2007 – había tenido que acudir en numerosas ocasiones.

Te preguntarás cómo recuerdo el año de la inauguración del edificio. Fácil. Son tres los motivos por los que me acuerdo. El primero porque fue el año en el que llegué destinada a Pizarra. El segundo porque conocía al primer muerto que fue velado allá. Y el tercer motivo era que aquella defunción ocurrió tres días después de la inauguración, precisamente el día de mi cumpleaños, el cuatro de octubre...

El murmullo de la gente era insoportable. Así que para despejarnos un rato decidimos ir a tomar un café al cercano bar El Tropezón. Allá nos sentamos en la terraza Iván, Loli, Trini, Mateo y yo. Los demás se quedaron en el tanatorio, tomando algo en la cafetería de la propia instalación.

Allá en la terraza, Iván y yo apenas intercambiábamos algunas frases que siempre giraban en torno a nuestra difunta compañera. El pobre se moría de ganas de hablar conmigo a solas, pero aquel sitio no era el momento, ni el

lugar. Apartarnos para charlar con intimidad podría descubrirnos, claro.

Mateo – nuestro joven compañero de Canillas de Aceituno – estaba muy afectado. Aquel curso que terminaba era el primero que ejercía. Natividad estaba siempre pendiente de él, ayudándole. Así era de cariñosa y de servicial. Tras tantos meses viéndola en el colegio, la relación que tenían era casi de madre e hijo. Gracias a él, supimos que ella le invitaba a almorzar asiduamente.

El pobre Mateo, tan lejos de su casa – casi cien kilómetros – malvivía de alquiler. Y digo que malvivía porque en muchas ocasiones nos confesó que no sabía ni freírse un huevo. Y las tareas de la casa se le volvían muy cuesta arriba. Tanto, que supimos que sus padres venían a verle con frecuencia, para realizar tales menesteres.

Todos tratábamos de darle consuelo y nos sorprendió cuando nos confesó que jamás – en sus casi 30 años – había visto un cadáver in situ. Ni siquiera el de sus abuelos, ya fallecidos. Aquello nos resultó muy curioso, no porque no pudiera pasar eso – claro que podía ser – sino porque a ninguno de los que estábamos allí sentados nos había ocurrido.

La muerte repentina de nuestra amiga me hizo reflexionar sobre Iván y yo. Sencillamente porque ella estaba muy cerca de poder disfrutar la vida como quería. Muchísimas veces nos confesaba que estaba loca porque llegara su ansiada jubilación y poder así viajar con Enrique, sin obligaciones. ¡Viajar le encantaba! Por ello le regalamos el bonito viaje a Roma, entre todos.

Tal vez – y como decía el libro del mexicano – la anhelada curva donde Nati situaba su felicidad era precisamente esa jubilación que casi rozaba con sus dedos. De repente, tuve miedo de que a Iván – o a mí – nos pasase algo parecido. Ansiar que llegara ese día en el cual poder compartir la vida sin miedo al qué dirán y que alguno de los dos se marchase así. Bruscamente. Sin ni siquiera poder decir adiós. Es pensar en eso y echarme a llorar. Comprendía más que nunca a María...

Iván me indicó con sus ojos que debía mirar mi móvil. De este modo, abrí mi bolso de escay y saqué mi celular – como dicen en América. Y allá estaba un mensaje de él donde me indicaba que a las diez de la noche me esperaba en

nuestra calle del Porvenir, como siempre.

Seguidamente nos indicó a todos que se tenía que marchar con urgencia, pues tenía que llevar a su hijo David a Álora donde recibía clases de canto. Trini y Loli también dijeron que se tenían que ir a hacer sendos recados. Y así, Mateo y yo volvimos solos al tanatorio. Y allá pronto nos unimos a un corrillo.

Una media hora más tarde estaba muy cansada de estar de pie y la gente no paraba de llegar. Me mareaba aquel runrún continuo. Comencé a sentir náuseas. Por lo que decidí marcharme también. Pero al mirar mi reloj eran las ocho y media. Quedaba aún hora y media para la cita con Iván. ¿Qué hacer? Pues nada, decidí volver a Álora para darme una ducha y ponerme una ropa más cómoda.

Pero cuando acababa de salir, mi móvil comenzó a sonar. Seguido puse el Manos Libres, preguntando quién era.

— ... Laura, soy yo, María. ¡Escúchame, niña! Me he estado informando por Internet. Por lo visto las cenizas de un muerto pesan unos dos kilos... Pensaba llevar dos botes de Colacao, pero es que me parece que no van a caber...

La madre que la parió.

— ... Además se me ha ocurrido que no hace falta que llevemos dos recipientes, niña. Podemos llevar un bolso grande viejo que tengo con las falsas cenizas. Y dentro de una bolsa grande, el bote que sea... ¡Pero es que no se me ocurre qué podemos usar...!

— ¡Flipo contigo! ¡Hay que ver para lo que me llamas!

— ¡Te aguantas...! ¡A ver, ¿qué podemos llevar, niña?! ¡¿Una lata de pintura muy lavadita...?!

Aquello era kafkiano... ¡hasta para el propio Franz Kafka...!

Mi hermana volvía loca a cualquiera:

— ¿Y los botes de cristal que compra mamá? ¿Los de los melocotones en almíbar...?

Para matarme, lo sé, lo sé...

— ¡Esos no, mujer! ¡Son transparentes! ¡Y no me apetece ver las cenizas de Feder todo el viaje de vuelta...!

— Ni a mí tampoco — le confesé entre risas.

— A ver, niña, ¡échale imaginación...!

Estaríamos diez segundos pensando, cuando María exclamó:

— ¡Ya está! ¡El viejo tambor del detergente Colón! ¡Donde metíamos las muñecas, niña! ¡Lo he visto en el garaje, *arrumbao!*

Me partí de la risa.

— ¡¿Pero cómo vamos a llevar el bote de Colón, del año “La pera”?!

— ¡Que sí! ¡Eso le pongo yo una bolsa por dentro con mucho cuidado y ya está! ¡Además es muy importante que sea un recipiente donde poder volcar las cenizas del tirón! ¡No sabemos del tiempo del que podremos disponer para dar el cambiazo...!

Tenía razón...

Ya, ya. Casi sé lo que estás pensando...

¡Ya sé que esto era digno de un guion cinematográfico para los hermanos Marx, por lo menos! Mi hermana pretendiendo robar las cenizas de un muerto, metiéndolas en un tambor de detergente en polvo, Colón, de mediados de los ochenta... Si no conseguíamos nuestro propósito al ser atrapadas en plena faena, al menos conseguiríamos hacer reír a los pobres padres del soriano. Y con suerte estos no llamarían a la policía, ¡ni a los loqueros...!

Ya en serio, esto era la gota que colmaba el vaso de cualquiera, ya lo sé. Pero, ¿qué podía hacer yo? Ahí estaba mi hermana — totalmente ida — pretendiendo lo que ya sabes, suplicando para que yo le ayudara a perpetrar aquel disparate... No tenía más remedio que seguirle el juego con la esperanza de que camino a Soria, ella recapacitase.

¿O crees que yo iba a seguirle el rollo hasta el final?

Una cosa era sacarla del pueblo y de su bucle con Feder; y otra muy distinta participar en aquel despropósito. Trataría por todos los medios de que depusiera aquella actitud, claro. Y rogaba para que el viaje sirviese para que María regresara al país de la cordura...

Pero ya suponía que aquello me iba a costar más que escalar el Everest con un traje de gitana:

— ... ¡Lo del bote de Colón es genial, María! ¡Tú lo preparas muy bien, hija! ¡No vaya a perderse nada que no es plan...!

— ¡Verás lo bien que va a quedar! ¡Si lo piensas, es lo mejor, Laura...!
¡Bueno, te dejo! ¡Voy a buscarlo ahorita mismo! ¡Ya hablamos! ¡Qué ganas tengo de que llegue el lunes...!

Y colgó, sin más. Y yo no tuve más remedio que echarme a reír. ¿Cómo no reírse con ella, verdad? ¡Qué desastre...!

Y de ese modo continué conduciendo los siete kilómetros que separan el bonito pueblo de Pizarra de mi querida Álora, pensando solo en una cosa: cómo mi hermana – sin pretenderlo – había conseguido sacarme una sonrisa necesaria en un día tan aciago.

Suele pasar cuando te juntas con personas afectadas por la locura del amor...

35. EN LA CALLE DEL DESTINO

C

uando llegué al Cerro de las Viñas, Antonio ya sabía lo que le había ocurrido a la pobre Natividad pues horas antes le había enviado un mensaje explicándole que debido a ello, iba a llegar más tarde. Asimismo le revelé que había ido a la casa para ducharme, cambiarme de ropa y volver a Pizarra a echar otro rato más junto a su familia. La excusa perfecta para volver allá y ver a Iván.

Mientras me duchaba, Antonio se interesó por Nati. Pero sobre todo me preguntó acerca de lo que había sucedido con María la noche anterior, pues cuando nos vinimos del campo apenas hablamos del asunto, ya que él iba medio dormido en el coche.

Asimismo se sorprendió cuando le confesé que pretendía llevar a mi hermana a Zaragoza el lunes siguiente, para sacarla del pueblo y con suerte lograr que

recuperara el ánimo tras la separación, lejos de los maliciosos rumores.

De inmediato Antonio quiso saciar su curiosidad, preguntándome si yo sabía que María había tenido algo con ese funcionario. Naturalmente le contesté que no sabía nada de eso, indicándole que creía que Miguel se equivocaba y que pensando de esa forma, mi cuñado le estaba haciendo aún más daño.

Ya sé, ya sé... Me faltaba poco para conseguir el doctorado en Mentiras Arriesgadas y Cuentos Variados, pero ni por asomo iba a revelarle todo lo que sabía.

Seguidamente él volvió a adoptar su pose irónica, acusándome de no importarme realizar un viaje a la otra punta de España y ponerle tantas trabas para ir junto a él al Algarve. Instantáneamente, zanjé aquella posible discusión que pretendía sepultarme como un tsunami, diciéndole que cada vez estaba más convencida de que me gustaría conocer el sur de Portugal. De esta manera, le señalé que debía confirmar nuestras plazas a la agencia de viajes.

Así – usando el símil futbolístico – me limité a golpear la pelota hacia adelante y que fuese lo que Dios quisiera...

Ni que decir tiene que Antonio se puso muy contento y eso me otorgó más tranquilidad.

Seguido me vestí y me comí un pequeño bocadillo que él me preparó y al poco – tras sentarme unos minutos en el sofá – me monté de nuevo en el coche y bajé por las pronunciadas curvas de Trabanca, en dirección a Pizarra.

Cuando aparqué en nuestra calle favorita, Iván ya estaba esperándome. Sin más, se subió al coche.

Sin querer hablar de lo sucedido el día anterior, me confesó el estupor que sentía por la repentina muerte de Natividad, recordando que tan solo cuatro días antes nos narraba aquella preciosa historia acontecida en la pequeña iglesia del convento de Flores, en la terraza donde – felices – celebrábamos su jubilación ajenos a lo que el destino le tenía preparado. Fue terrorífico. Y si lo piensas bien, también fue aleccionador...

Pero el incómodo silencio terminó imponiéndose. Y resultaba tan pegajoso

que no había manera de desprenderse de él.

Finalmente Iván me preguntó cómo me sentía tras el encontronazo en la cafetería; y yo le contesté sinceramente confesándole que aquello no había sido un plato de buen gusto.

De este modo, le expliqué que me sentía culpable. Que ni Alicia, ni David se merecían lo que le estábamos haciendo. Que estaba enamorada de él, por supuesto. Pero que la sonrisa despreocupada de su esposa, me hizo sentir muy mal. Que por ello había reaccionado de aquel modo. Y que si no hubiera sido por mi amiga Ruth – que había notado mi malestar – habría permanecido allá, totalmente bloqueada por la situación.

Iván se enfadó. La verdad es que lo esperaba. De este modo, me explicó que cuando me vio se llevó una ingrata sorpresa. Me recriminó que no le indicara antes que estaba allá, tomando café. Que si lo hubiese sabido – conociéndome – ellos hubieran ido a otro lugar.

También me dijo que me entendía. Que tampoco era fácil para él. Pero no lo era desde el primer momento en el que se sintió atraído por mí:

— ... Me pareciste una mujer estupenda, ¡y muy atractiva, claro! Y no veía el momento de encontrarnos a solas para intimar. ¡Fue irremediable! Sentía lo que no había sentido desde que era un adolescente, Laura. Sentí el amor en su máximo exponente. Y supe una cosa terrible: que jamás había sentido algo parecido por Alicia. ¡Ni remotamente! Porque el cariño y el amor, aunque parecidos, juegan en ligas distintas...

De esta forma, siguió contándome que se había enamorado de mí y que también se sentía culpable por engañar a Alicia, pero que no permitiría que eso frenara sus sentimientos hacia mí. Me explicó que cuando notó que yo le correspondía, supo que no había marcha atrás. Y lo mejor de todo, que sabía que no quería obrar de tal modo.

Le señalé que le entendía a la perfección. Pero volví a insistirle en que aquello estaba mal. Y que por mucho que me contara no me iba a sentir bien. De esta manera, le señalé que lo mejor que podíamos hacer era olvidar lo sucedido el día anterior y seguir como siempre...

Pero hasta ese momento – aunque no lo creas – no había reparado en mi embarazo. Y supe que no podríamos seguir “como siempre” porque ese bebé que se empeñaba en crecer en mi barriga, no lo permitiría.

Pensando así, le conté lo que había sucedido en el campo de mis padres. Cómo María la había liado, pretendiendo hablar conmigo sobre la promesa que Feder le había hecho y que ella tenía que ayudarle a cumplir.

Iván se llevó las manos a la cabeza e incluso se rio cuando le expliqué la locura que María pretendía que lleváramos a cabo viajando a Soria el siguiente lunes.

— ... Sé que es de chiste, pero es lo que ella pretende. Y como te digo, quiere que le ayude. Pero he aceptado porque pienso que el viaje le puede venir muy bien para olvidar lo sucedido y comenzar de nuevo, aunque llore lágrimas de sangre... Pero si te cuento esto no es solo para que lo sepas, Iván. Pretendo usar ese viaje para otra cosa...

— ¿Para qué? — preguntó con el ceño fruncido, temiendo mi respuesta.

— Para abortar lejos de aquí...

Iván se llevó las manos a la cara y se quedó mirando al infinito.

— ... Piénsalo, vida. Es lo mejor... No podemos engañarnos. Este bebé no viene querido. No me veo con fuerzas de llevar adelante un embarazo así. Y en un mes mi existencia se dará la vuelta como un calcetín... Además no quiero que Alicia, ni David sufran. Si aborto, podremos seguir igual. Como si nada hubiese pasado y...

Iván me interrumpió:

— Si abortas, todo será diferente, Laura... Jamás podremos olvidar lo ocurrido. Lloraremos a cada instante. Y si ahora nos sentimos culpables, como abortos también nos sentiremos unos miserables...

Tenía mucha razón. Demasiada...

— No me veo embarazada, Iván. Todo esto me supera. No sé cómo voy a hacerlo. Tengo que informarme de los trámites... ¡Entiéndelo, *leche!* ¡¿Serás

capaz de asumir todo lo que implica tenerlo?! ¡Es fácil decir que lo tenga!
¡Pero vuelvo a decirte que seré yo la primera que estará en el ojo del huracán!
¡Ya has visto lo que le ha pasado a Esteban! ¡No imagino la reacción que
pueda tener Antonio cuando lo sepa! ¡No quiero que te señalen! ¡Ni que te
pase nada malo...!

— Pero...

— ¡Espera! ¡No quiero joderle la vida a Alicia! ¡Bastante lo he hecho ya
estando contigo! ¡Lo único que me hacía soportar esta situación era su
ignorancia al respecto! ¡Amarnos en la sombra sin que el mundo lo supiese!
¡Amarnos en la luna! Ya lo sabes, Iván... En esa luna donde nadie nos ve,
vida. Donde se nos permite amar sin hacer daño. Así como se nos deja soñar
con un futuro juntos...

— ¡Futuro que podemos vivir desde ya, Laura! — exclamó con la cara
enrojecida por la presión de sus manos.

— ¡Eso no va a ser! ¡Sabes que no! ¡Reconócelo! ¡Tienes tantas ganas de que
siga con el embarazo, como la de arrancarte un ojo! ¡No sueñes con la idea de
que el niño “ha venido para precipitarlo todo”! No quieras encontrar esa
justificación para dar un paso que te cuesta la vida hacer, Iván...

De nuevo llegó el silencio fangoso. Ese silencio nauseabundo. Viciado y lleno
de lágrimas de culpabilidad...

Finalmente Iván habló:

— Yo te quiero. Solo sé eso...

Yo le confesé lo mismo, cogiéndole la mano. En ese instante un tren de
Cercanías que hacia su entrada en la estación de Pizarra pasó a nuestra vera,
haciendo mucho ruido.

Él prosiguió:

— ... Mi felicidad no es la felicidad de Alicia. Yo no puedo renunciar a mi
felicidad, para que la tenga la mujer con la que me casé hace años,
equivocadamente. No puedo sacrificar nuestra felicidad a cambio de la de
Alicia...

Quise hablar, pero no me dejó:

— ... ¡Escúchame! No puedo seguir con ella por el miedo a hacerle daño. Creo que aquellos que permanecen junto a sus parejas por temor al escándalo – o al miedo a dañarlas – deberían preguntarse hasta qué punto se hacen daño a sí mismos... ¡Esta situación nos está destrozando, sí, pero...!

— Soy un error en tu vida... — le dije entre lágrimas.
— Tal vez, Laura. Pero eres el mejor error de mi vida...
Al momento se acercó y me besó en la mejilla.

— ... Nunca sentí que necesitara tanto a una mujer como a ti, vida. El destino no se equivocó con nosotros. Únicamente llegó tarde...

Nos besamos. Volvía a tener razón. El destino quiso unirnos – y lo hizo, claro – pero había tardado demasiado... Ahora teníamos las vidas encarriladas en trenes cargados de amarguras y de deseos incumplidos, como aquellos que pasaban junto a la calle del Porvenir donde nos encontrábamos. Casualmente la calle del destino...

Miré a Iván y le dije que abortaría en Madrid. Y él no supo qué decir...

36. UNA SOGA APRETADA

L

a decisión estaba tomada. Aquella pesadilla no podía seguir martirizándonos. El bebé no debía nacer, primero porque yo no estaba preparada para asumir una posición en la cual me expondría cruelmente a la opinión de los demás.

Esa circunstancia me daba verdadero pánico. Sé que probablemente lo juzgas como una cobardía a todas luces, pero ¿acaso aquella dramática decisión se alejaba de la manera de actuar temerosa que teníamos Iván y yo? Pues no mucho, la verdad.

Luego estaba el propio Iván, pues consideré lo que me parecía obvio. Él no quería romper su familia. Alicia le daba mucha pena. Y aparte sé que Iván era muy feliz viviendo en Pizarra. Había hecho muchas amistades y participaba en todos los eventos que se organizaban allá. Como ves, nuestros puntos de vista – en gran medida egocéntricos – me condujeron a adoptar la más dura de las decisiones que puede tomar una mujer en su vida: abortar...

Aquella misma noche empecé a informarme de cómo llevar a cabo la tarea con éxito. De este modo, aquello que ya sabía: la posibilidad de abortar sin preguntas dentro de las catorce primeras semanas de gestación, era un hecho.

Encontré numerosas clínicas abortivas en Madrid, así como un mismo problema. ¿Cuál? Pues la contrariedad residía en la inmediatez de la operación. Y no me refiero a la hora de ser operada. La intervención en sí misma era relativamente fácil, así como el postoperatorio, pero existía un protocolo por ley en el cual una embarazada que acudía a la clínica con la firme intención de abortar recibía un código identificativo, así como un sobre con la información asociada al Periodo de Reflexión Obligatorio de tres días.

Por lo tanto, la operación no podría realizarse hasta tres días después, lo que alargaría el viaje, cosa que yo no quería. Yo deseaba llegar a la clínica, ser anestesiada de manera general y salir de allí sin mirar atrás – por no decir “zumbando”...

Ello me llevó a meterme en foros de Internet para averiguar la manera de sortear ese requisito. Y una página me condujo a otra. Y una opinión a la siguiente. El caso es que, ya de madrugada y reventada de sueño, di con una clínica – que no puedo nombrar – que burlaba ese molesto requisito.

Pero no fue fácil llegar a un acuerdo con ellos. La tarde siguiente la pasé mandando emails a aquel centro de Intervención Voluntaria del Embarazo. Y no puedes imaginar la de pruebas que me pidieron, sospecho que para demostrar que no pertenecía a la policía; o que no era una periodista de un programa de investigación criminal...

El tema es que finalmente tuve una conversación telefónica con una chica muy fina – que duraría una media hora – donde tuve que explicarle con mucho detenimiento por qué había tomado la decisión de abortar.

Antonio F. Ortiz

Reconozco que la hija de su madre me hizo llorar un par de veces cuando insistía en que no debía tomar la decisión a la ligera. Me repetía que se trataba de una clínica seria, sensibilizada con el drama del aborto, así como con aquellas personas que deseaban librarse del bebé cuanto antes.

Y creo que les convencí cuando – cabreada – le grité que estaba hasta el mismísimo de que me tratara como a una chavala de dieciséis años, teniendo cuarenta y cuatro... ¡Salió la Lole que llevaba dentro! ¡Fueron muchas horas de tinte en su peluquería! Me río...

El martes 28 de junio, a las diez y media de la mañana, me dieron la cita para realizarme la ecografía que demostraría el número de semanas del bebé, rogándome que llevara el dinero en metálico, pues en estos casos no admitían cheques, ni transferencias bancarias, ni pagos con tarjeta de crédito...

Llegó la fiesta de fin de curso aquel viernes 24 de junio. Mis niños subieron al escenario y lo hicieron de maravilla, la verdad. Todos con sus graciosos disfraces de rana, bailando “Resistiré”.

Me dio una pena enorme que la alumna que había compartido “su primera vivienda” con una de verdad, ni siquiera acudiese a la celebración. ¡Qué

lástima de hija! La madre debería comprender que no hay mejor manera para superar algo así, que tomárselo con mucho humor.

Luego llegó la hora del adiós. Afortunadamente no tuve problemas para que me diesen los cuatro días de asuntos particulares y así poder marcharnos de viaje. De este modo, me despedí de los compañeros que vivían lejos, hasta el inicio del nuevo curso. Entre ellos el pobre Mateo, quien muy emocionado todavía no había superado la repentina muerte de Natividad.

Iván me preguntó si íbamos a vernos antes de la partida; y le contesté que probablemente no surgiría la ocasión. Asimismo le dije que le tendría al tanto de todo durante el viaje. No le di muchas explicaciones de la clínica elegida. Solo que ya tenía la cita en Madrid. Tuve que rogarle para que no se emocionara delante de todos. Le dije que todo saldría bien. Que conduciría con mucho cuidado. Así como que la operación apenas duraba diez minutos, pese a que me durmiesen con una sedación general.

Lo más duro fue que no hubo ocasión de darnos un último beso. Ni siquiera un último abrazo que buscara ese consuelo mutuo. Mirando hacia los lados, únicamente le confesé que pasase lo que me pasase, aquellos casi siete meses de amor me habían hecho la mujer más feliz del mundo y le di las gracias por ello...

Ahora mismo tengo un nudo en la garganta al recordarlo. Una soga muy apretada en mi corazón...

37. UN ACTO DE AMOR

M

ientras escribía lo que lees, tuve conocimiento de una curiosa noticia acontecida al otro lado del charco. Concretamente en el Metropolitan Opera House de Nueva York.

Al parecer todo sucedió durante una representación matinal de la famosa obra “Guillermo Tell”. De manera inesperada el público asistente fue desalojado del teatro, tras saberse que un intruso merodeaba en el interior del foso,

durante el segundo intermedio de la actuación operística. De esta forma, algunos músicos creyeron ser el objetivo de un maniático terrorista.

Como sabes, vivimos con el miedo constante a ser atacados por alguna célula o lobo solitario, perteneciente al ámbito del terrorismo islamista. El mundo entero se horroriza debido a los terribles atentados sucedidos en distintas ciudades del mundo. Los telediarios e Internet muestran todo tipo de torturas y actos deleznable que rebajan la condición de los seres humanos a la categoría de malvadas bestias. Naturalmente ello lleva a la psicosis. Y esta lleva al odio y a la intolerancia.

Horrorizados ante la posibilidad de sufrir un acto terrorista, la policía desplazó unidades especiales al Metropolitan para averiguar lo que había podido suceder, pues algunos miembros de la orquesta creyeron ver a un hombre arrojando unos polvos en el foso. De inmediato creyeron que se trataba de Antrax u otra arma biológica.

Reinó la angustia entre los espectadores y los músicos, como es lógico. Ello debió de acongojar a uno de los asistentes de esa obra, en concreto a un tipo de Dallas – llamado Roger – el cual días después del suceso envió una carta de disculpa al director del Metropolitan, explicando lo sucedido, mortificado por haber generado tal revuelo. Él era el inoportuno que había arrojado tales polvos, los cuales las unidades policiales enviadas identificaron como cenizas humanas...

Así es. ¡Eran cenizas! El bueno de Roger explicó en la misiva que efectivamente las había arrojado en el foso del teatro.
¿Por qué?, te preguntarás.

En la carta confesó que el extraño polvo se trataba de las cenizas de un amigo fallecido en 2012 – también apasionado de este tipo de representaciones – a quien había prometido esparcirlas por varios teatros de ópera para que literalmente pudiera disfrutar eternamente de la belleza de la música... De este modo, pesaroso, consideró que aquella acción nomás se trataba de un dulce gesto hacia su amigo, enfermo terminal de cáncer. Un acto de amistad. Y por qué no decirlo, de amor.

De amor...

Durante ese tiempo mi hermana no paraba de llamarme para contarme cosas relativas al viaje. Por ejemplo que había preparado el antiguo tambor de detergente con mucho esmero, forrando su interior con una bolsa de basura. O que ya había conseguido las cenizas necesarias para el intercambio, precisamente de la hoguera de nuestro vecino Andrés.

Mientras ella me contaba todo eso, yo me sorprendía de su disposición. Me sobrecogía la ilusión con la que hablaba de todo aquello. Pero a su vez me apenaba al considerar que María se había vuelto loca. Traumatizada por perder al ser que más quería. Con quien había hallado la felicidad de camino a su curva. ¡Era tan triste...!

Poco antes de conocer la noticia del Metropolitan de Nueva York, la iglesia católica sorprendía al mundo con una nueva noticia donde la antiquísima institución religiosa condenaba el acto de esparcir las cenizas de los difuntos, así como la determinación de tenerlas en casa.

De esta manera, la Congregación para la Doctrina de la Fe explicaba que los buenos cristianos debían depositar las cenizas de sus seres allegados en un lugar sagrado, para evitar cualquier malentendido panteísta, naturalista o nihilista. De este modo, quedaba prohibido la dispersión de las mismas en el aire, en la tierra o en el agua; así como la conversión de las cenizas en joyas, recuerdos u otros curiosos artículos...

No lo entiendo, la verdad.

En mi familia somos cristianos. Mi madre y María acudían a la misa, puntualmente. No como yo, debo reconocerlo. Creo en Dios, pero no soy una creyente practicante. Aunque entiendo qué significa Dios en mi vida. Así como en la de todos. Puede que no estés de acuerdo conmigo – sintiéndote ateo o agnóstico – pero creo que podrás entenderme si te explico qué significado tiene para mí.

Desde pequeña acudía con mi madre a la iglesia. De este modo, asistía a todos los actos que se programaban. Desde el altar, el sacerdote de Álora – el recordado cura don Francisco – repetía apasionadamente que Dios era amor. Pura bondad y amor. Un mensaje bonito e inequívoco que llegaba a las mentes más sencillas, de

manera fácil y directa.

Aunque no creas – o creas fervientemente en la avenida de los cigarrones, me da igual – respetarás que lo vea así. Y de esta manera, viéndolo de tal forma – siendo Dios puro amor para mí – la cúpula de la iglesia católica me tendría que explicar qué tiene de malo que un amigo quisiera cumplir su promesa en aquel teatro neoyorquino; o qué hay de horrible en querer estar cerca de esa persona que significó tanto en la vida de mi hermana, o de cualquiera...

Vuelvo a repetir que amar no es malo. ¡Nunca puede serlo! Tampoco los actos que se hacen por amor.

Tal vez amar a Iván puede ser un pecado para la iglesia, pero será un pecado del que jamás podré arrepentirme. Lo mismo le sucederá al bueno de Roger, quien quiso arrojar las cenizas de su amigo en el foso por amistad. O a mi hermana, dispuesta a hacer todo lo que fuese para traer consigo a su amado y depositar sus restos en un pequeño terreno junto al río Guadalhorce...

No entraré en disputas con la iglesia católica, no. Ellos pueden considerar lo que estimen conveniente, claro. Tú si crees en Dios puedes obrar en consecuencia, haciéndoles caso, por supuesto. ¡Faltaría más!

En mi caso me siento decepcionada, sí. Pues sigo pensando que Dios es amor en esencia. Y también que el bueno de don Francisco – que en paz descansa – tenía razón al manifestarlo con vehemencia.

De esta manera, solo puedo pensar que la iglesia católica de hoy desconoce el amor.

Y si lo desconoce – siendo Dios puro amor – ya puedes sacar tus propias conclusiones...

38. LO INADECUADO

L

a tarde del sábado 25 de junio, la dediqué a preparar la maleta para el viaje, pues el domingo me sería imposible, ya que como te dije antes, el ordenador

electoral tuvo la gracia de elegirme como miembro de la mesa de votaciones y por tanto, todo ese día estaría ocupada en ese pesado menester...

Mientras arreglaba mi equipaje pensaba en el modo de contarle a mi hermana todo lo referente a la intervención. Ella no sabía nada del aborto, naturalmente. Y no se me pasaba por la cabeza confesárselo antes de la partida. Sin duda se hubiera liado la marimorena. María no hubiese callado. O tal vez sí, pues estaba tan obsesionada con obtener las cenizas de Feder...

Pero no me arriesgaría, no. Únicamente le dije que haríamos noche en Madrid, el lunes 27. El hotel que elegí se encontraba muy cerca de la clínica; y por fortuna la misma estaba ubicada a las afueras de esa inmensa capital. Y ya vería la ocasión para hacerle entender lo que estaba dispuesta a hacer...

Aquel domingo de segundas elecciones nacionales, me tocó formar parte de la dichosa mesa votante, en el colegio Cervantes. Y puedo asegurarte que la experiencia fue lamentable. ¿Por qué? Pues simplemente porque muchos de los vecinos y vecinas que acudían a votar me conocían, así como trataban a María casi a diario, pues la tienda donde ella trabajaba estaba ubicada en las inmediaciones, como muchos perotes saben.

De este modo, constantemente tenía que responder las preguntas en torno al accidente y a su estado de salud.

A ver, no quiero darte la impresión de que yo soy una persona borde. No lo soy, créeme. Solamente ocurrió que se me metió en la cabeza la idea de que todos aquellos que me preguntaban, lo hacían con retintín. Con maldad e ironía. Con ese tonillo que toca el lugar más sensible de las mujeres y que mi querida amiga Lole refiere tan a menudo en su peluquería...

Seguramente era cosa mía. No lo sé. Pero despachaba aquellas preguntas con monosílabos – afirmando o negando – mientras tachaba el nombre del votante de aquella infinita lista electoral. Si eran imaginaciones mías, pido perdón a todos aquellos que se sintieron mal por mi manera de obrar, pero si están leyendo este libro comprenderán cómo me encontraba de susceptible por entonces.

Pero mientras todo aquello sucedía, sabía que tarde o temprano alguien tendría

que pagar el pato, como se suele decir. Y la desafortunada fue Paqui – la jefa de mi hermana en la tienda de comidas caseras.

Como digo, Paqui llegó al colegio con sus mellizos y en cuanto me vio, me preguntó si tenía cinco minutos para hablar conmigo. De esta forma, pedí permiso para fumar un cigarrillo – que no pensaba fumar – y juntas salimos al gran patio de la escuela:

— ... Oye, Laura, tu hermana siempre tiene el teléfono desconectado. Me he fijado que lee mis mensajes, pero no me contesta. ¡Estoy atada de pies y de manos! ¿Ha ido al médico a por la baja? ¿Piensa seguir trabajando conmigo? Ahora me está ayudando mi sobrina Censi, pero no la tengo asegurada y...

— ¡Estarás atada de pies y de manos, pero la boca no hay quien te la cierre, guapa! — le dije susurrando, al no querer llamar la atención de aquellos que entraban y salían del colegio.

— ¿Y eso a qué viene, niña?

— Viene a que ya me he enterado de que largas por esa boquita lo que no hay escrito. ¿A qué viene darle argumentos a la gente, para que pongan fina a mi hermana?

— Eso es mentira.

— ¡Eso es verdad! ¡Que ya te conocemos, Paqui! ¡Tendrías que besar el suelo por donde pisa María! ¡Le pagas una miseria! ¡Ni siquiera la dejas sentarse veinte segundos durante toda la mañana! ¡Y sabiendo cómo es la gente, comienzas a tirarla, dándotelas de *enterá*...!

No tenía que haber reaccionado así. Y menos con sus niños delante. Pero Paqui iba a pagar todos los platos rotos. ¡Incluida mi vajilla...!

¡El tono iba subiendo!

— ¡La gente me pregunta y yo opino! ¡Y si tu María *roneaba* con el tío ese...!

— ¡¿No decías que era mentira?! ¡Sabía que no callarías ni debajo del agua! ¡Eso no va en tu ADN! ¡Qué gilipollas eres...!

Pronto llamamos la atención de quienes pasaban por allí. Incluso el guardia civil que velaba por el buen orden en el colegio electoral.

— ¡A mí no me vayas a insultar delante de mis niños...! ¡Si tu hermana es una golfa, yo no tengo la culpa...!

Me la iba a comer. Pero intervino el agente, pidiendo que nos tranquilizáramos.

— ¡Mi hermana no tenía nada con ese hombre! — exclamé, sabiendo que mentía, ya lo sé.

La hija de su madre comenzó a reír socarronamente; y el guardia tuvo que sujetarme.

Paqui se dio media vuelta con los niños, bramando no sé qué sobre María. Y al poco atravesó todo el patio, saliendo del recinto finalmente.

El guardia civil me preguntó si estaba más tranquila; y yo le contesté que sí, aunque estaba muy encendida. En ese momento me di cuenta de que teníamos un corrillo que acababa de ver la desagradable escena. ¡Qué apuro! Y sin más, me di media vuelta y volví a sentarme en la mesa, bastante alterada, la verdad...

¡Qué vergüenza! Lo sé. Pero Paqui fue muy cruel con mi hermana, después de llevar con ella más de siete años... De esta forma, es muy triste comprobar cómo las personas en las que crees que puedes confiar, te traicionan así.

Ella no tenía por qué haber obrado de tal modo, pero su lengua viperina era incontrolable. Y por desgracia existen personas así – con incontinencia verbal – que no piensan en el daño tan terrible que pueden hacer soltando insinuaciones, aun siendo verdaderas. Porque el hecho de que fuera cierto que María tenía una relación extramatrimonial con Feder, no justificaba que pudiese sufrir el escarnio de aquellos que se creen superiores en moralidad.

¡Porque sabes que el deporte nacional consiste en compararse con los demás! ¡Creerse superior! ¡Dárselas de listos! ¡Y despellejar al prójimo a base de rumores y más rumores...! La televisión e Internet – siendo espejos de la sociedad – son reflejos de ello...

No tardó en saberse lo que había sucedido allí. Y mis padres tardaron muy

poco en llamarme por teléfono para preguntarme qué había ocurrido. De este modo se lo conté a mi madre, temiendo que me fuera a abroncar por no haber tenido el suficiente talento como para no haber reaccionado así:

— ... Mamá, ya sé que lo que he hecho es totalmente inadecuado, pero...
Ella me interrumpió.

— Espera, Laura...

Me quedé callada. Y ella permaneció igual tantos segundos, que creí que la llamada se había cortado:

— ... Laura... Hace mucho tiempo me contaste una historia sobre una chica que discutió con su padre porque este no quería que ella fuera cantante...

Le expliqué que era cierto, pero no sabía por qué ella me hablaba sobre eso.

— ... Recuerdo que el padre le señaló que aquella decisión era inadecuada. Como has dicho ahora mismo, ¿verdad? ¿Y qué fue lo que le dijo la chica a su padre?

Intenté recordarlo:

— Le dijo que aquello que su padre juzgaba como inadecuado, era lo más adecuado que había hecho en su vida...

Mi madre se rio:

— Vida mía, ¡aplícate el cuento! ¡Que le den a esa lengüetona...!

No vi la cara que puso mi madre, pero me la puedo imaginar. Y tú también, por supuesto. Me río...

La adoro. Es una mujer muy fuerte. Segura de sí misma. Y con un amor increíble hacia nosotras. Ciertamente ella tampoco iba a tolerar que el nombre de mi hermana estuviera en boca de la gente.

Como ves, a veces hay que vivir situaciones visiblemente inadecuadas que terminan siendo una de las cosas más acertadas que podrías haber hecho...

Hoy, Paqui y mi familia no nos hablamos. Eso que hemos salido ganando...

39. EL QUE NO ACIERTA, FRACASA EN TODO

C

uando llegué a casa no le conté nada de lo sucedido a Antonio Jesús. En cambio sí se lo dije a Iván a través de la mensajería. Mi actitud le pareció muy mal, como imaginaba. Me indicó que no debía haberle dicho nada, pese a lo que yo pudiera saber al respecto.

Asimismo – y aunque no estaba de acuerdo con él – me explicó que la gente puede considerar lo que le parezca sobre nosotros, mientras no entren en conflicto directo, poniendo como ejemplo a la propia Paqui, pues Iván, aun creyendo que ella era la reina del marujeo, no pensaba decírselo nunca a la cara, a pesar de que algún día pudiese ponernos en el centro de su diana.

De cualquier forma él se rio mientras le contaba cómo había sido la discusión, sorprendiéndose de que la llamara “gilipollas”...

Ya era tarde. Al día siguiente partíamos. Me pidió que le escribiese cada vez que paráramos para indicarle por dónde íbamos; y yo le prometí que así lo haría.

Antes de dormirnos, Antonio quiso despedirse de mí, pues él se despertaba mucho antes, ya que le tocaba trabajar en Marbella. De esta manera, también me pidió que tuviera mucho cuidado.

Seguidamente me besó levemente en los labios y me deseó un buen viaje, suspirando para que llegase pronto el mes de agosto y así poder realizar su ansiado viaje al sur de Portugal. Me hizo sentir un poco mal, como puedes suponer...

A la mañana siguiente, sobre las ocho, llegué al campo para recoger a María. Sin más, allá estaba con su pequeña maleta azul metálico; el viejo bolso lleno con las cenizas de la hoguera del vecino; y una enorme bolsa blanca que contenía el antiguo tambor de detergente, al cual le había quitado todo indicativo que pudiera distinguirlo como tal.

Instintivamente me llevé la mano izquierda a la cara; mientras la puñetera – guiñando – me preguntaba si me dolía el rostro. ¡Para matarla...!

Mi madre nos pidió encarecidamente que le trajésemos un recuerdo de Zaragoza. En concreto ella quería una pequeña figurita de la Virgen del Pilar, para poder colocarla en su mesita de noche con el resto de estampitas y de santos.

María y yo nos miramos pensando cómo conseguirla... ¡en Soria! Un nuevo problema para sumar a la lista... ¡Algo nos inventaríamos sobre la marcha!

Ella nos preguntó por qué no desayunábamos allí antes de partir; y yo le contesté que quería hacerlo en Los Caballos, pues tenía un nuevo antojo de zurrapa de lomo en manteca... ¡Ya sé que engorda una barbaridad, pero yo estoy flaquita! ¡Lo quemo enseguida por fortuna! Y yo no quería que nos fuéramos del pueblo sin darnos ese capricho. Me río...

A los pocos minutos aparcamos en la famosa venta perota. Pero pasó algo que no esperaba. María se bajó del coche y se quedó mirando hacia uno de los vehículos que estaban estacionados cerca del nuestro:

— ... ¿Qué te pasa? ¿Qué miras, niña...?

— Ese es el coche de Feder. El gris oscuro. Aún sigue aparcado donde lo dejó...

¡Sorpresa!

¡Cómo podía imaginar eso! De este modo, me explicó que fue allí donde le recogió con su viejo vehículo, antes de partir hacia Coín.

— ¿Y por qué no fuisteis en el suyo, María?

Ella sonrió con amargura, contestando:

— El mío lo conoce todo el mundo... El suyo, no. Si hubiera dejado el mío aquí, cualquiera podría haberlo reconocido; incluido Miguel, quien podría haberme preguntado dónde estaba...

Tenía razón. No debía haberle preguntado eso, pues debí haberlo supuesto. Hay que agudizar el ingenio cuando se tiene algo que ocultar...

Rápidamente cambié de conversación, confesándole que me moría de hambre y de esta forma, le cogí del brazo y subimos los pocos peldaños que conducían

a la terraza del bar.

Ya sentadas en una de las mesas, comencé a reírme, mientras esperaba mi rebanada de manteca *colorá*. María – que había pedido un triste pitufo con aceite – me preguntó por qué me reía:

— ... Cuando he visto la bolsa con el bote de Colón... ¡Ay, de verdad, niña, espero que de aquí a Soria te lo pienses mejor y se te quite de la cabeza lo de las cenizas...! Entiendo que quieras conocer a sus padres, pero robarles las cenizas de su hijo me parece un poco fuerte, ¿no...? ¿Y si se las pedimos? ¡Tal vez nos las den, Mari...!

— Claro, niña, pero si no nos las quieren dar, ¿qué hacemos...?
Me quedé bloqueada.

— ... Estate tranquila, mujer. Todo saldrá bien, ya verás...
Me tapé la cara con ambas manos, justo en el momento que Pepe – el camarero – llegó alegremente con nuestros pedidos.

De este modo, comenzamos a desayunar, mirando de reojo las noticias del telediario de la mañana, donde comentaban los resultados de las elecciones.

Pero al poco nos llamó la atención cómo Pepe exclamaba una de sus ingeniosas reflexiones a unos operarios de telefonía, los cuales estaban sentados junto a la barra, tomando café:

— ... ¡El que acierta al casarse, acierta en todo! ¡Pero el que no acierta al casarse, fracasa en todo...!
María y yo nos miramos a los ojos.

— ... ¡Claro, hombre! ¡El que acierta no tiene problemas! ¡Es feliz! ¡La vida es maravillosa! ¡Pero el que no acierta, la lleva clara...!

Nos reímos. Tenía tanta razón. Allá estábamos las dos, conscientes de ser unas fracasadas al contraer matrimonio erróneamente. Quien no acierta se lamenta. No solo nosotras al no estar con aquellas personas que llegaron después a nuestras vidas. Tampoco Antonio Jesús, ni Miguel, ¡ni Alicia! tuvieron la fortuna de casarse con quienes les amaran como merecían.

Y eso nos hizo pensar que el peso de la culpabilidad estaba compartida con ellos. Pues en su caso también debieron sopesar el paso que daban al pretender estar con nosotras o con Iván, el resto de sus vidas.

Piensa: ¡cuántas personas se preguntan por qué no acertaron al casarse! ¡Cuántas esperan esa respuesta convincente...! En definitiva, ¡cuánto fracasado hay en el amor, ¿verdad...?!

40. EL BENEFICIOSO OLVIDO

Nos aproximábamos a Campillos y las dos íbamos muy calladas, escuchando la radio.

En mi cabeza le daba vueltas al encontronazo que había tenido con su jefa. Me empecé a sentir mal. Evidentemente mi actitud recriminatoria hacia Paqui, a todas luces perjudicaba laboralmente a mi hermana. Imagino que se te habrá pasado esa idea por la cabeza, claro. Pero era tal el coraje que sentía por todo aquello que cuando la vi en el colegio electoral, no pude contenerme.

Sin más – muy apurada – le narré a María todo lo que me había pasado. Ella se sorprendió al escuchar mis reproches hacia Paqui. Incluso la hice reír. Por fortuna mi hermana me dijo que no debía apurarme, pues no pensaba volver a trabajar con ella.

De inmediato me callé, sopesando lo que acababa de decirme, pero al instante le aconsejé que debía gestionar la baja, para poder cobrar la paga que le correspondía a través de la Seguridad Social. Pero ante mi sugerencia, ella se limitó a volver su mirada hacia el paisaje, viendo los extensos embalses con una media sonrisa...

Me preocupaban sus silencios. Y esa manera de darle todo igual.

Pasado el desvío de Campillos, tomamos la carretera que conducía a Antequera. La idea era coger la autovía que nos conduciría hacia Córdoba. Y desde allí dirigirnos hacia el este, para tomar la N-4, sentido Madrid.

Sin esperarlo, María rompió su silencio:

— ... Espero que tengamos suerte y que todo salga como queremos...

Yo comencé a reírme. Y ella me preguntó por qué lo hacía.

— Nos limitaremos a seguir el camión que nos precede. Si lo hacemos, lo lograremos...

— ¿Qué camión? — preguntó despistada.

— ¡Vaya pregunta! ¡Pues ese de ahí delante...!

Ella emitió un sonido ininteligible. Pero me di cuenta de que no captaba la broma.

— ... Niña, ¿qué pone en la publicidad del camión?

Ella no decía nada.

— ... ¿No ves que pone “Donde va, triunfa”? ¡Pues hala! ¡Si seguimos el camión cervecero, triunfaremos...!

Y comencé a reírme a carcajadas, claro. Pero ella se limitó a sonreír levemente. Y tan efímera fue aquella pequeña sonrisa que inmediatamente volvió a adoptar esa expresión que mezclaba la pena y la desilusión...

Yo no quería ahondar en la herida preguntándole por Feder, sino todo lo contrario. Deseaba que se distrajera. Que se riese. Que viera ese hermoso cielo azul que nos protegía y sintiese el viento en su cara. Y aunque este parezca un deseo repetido hasta la saciedad, no por ello debe ser tomado a chufra, no. Pues el cielo, el viento, ¡ese sol y esa luna que añoraba contemplar junto a su amado! debían darle las fuerzas necesarias para seguir viviendo. Tenía una familia que la adoraba. ¡No podía dejarse marchitar...!

Tenía que impedirlo:

— ... ¿Sabes lo que me pasó hace poco menos de un mes, en una de las tutorías? — le pregunté de improviso, queriendo que saliera de aquel pozo aciago.

— ¿Qué te pasó?

— ... Pues nada, que vino una madre mosqueada porque decía que su niña no atinaba con unas multiplicaciones. Entonces le dije: “mira, Pepita, yo sé que con esas multiplicaciones, ella va a tardar una eternidad, pero...”. Y va la mujer y me corta, diciendo en plan maruja total: “¡eternidad?! ¡Más tardan

diez minutos cuando mi *marío* se pone tonto por las noches...!”

Y comenzamos a reírnos sin parar. Te aseguro que lo necesitábamos. ¡Qué risa, madre mía! ¡Cuántas veces tuvimos que aguantar los envites de Antonio y de Miguel porque querían mojar de vez en cuando! ¡Aquella mujer lo bordó!

Pero aquello siguió:

— ... ¡Ay, Mari, y llegó otra madre, a primeros del curso...! ¡Qué pechá de reír, niña! Le digo: “Fulanita, tu niño es muy aplicado. Además tiene una letra muy bonita...”. Y va la mujer y me corta, diciendo: “¡Ya se le afeará...!”. Claro, yo me quedé cortada, pero al momento proseguí con lo que quería explicarle: “... bueno, no sé... Lo que te quiero decir es que tu niño pone mucha atención en clase. Se interesa por todo...”. Y ella, grita: “¡Normal! ¡Principio de curso! ¡Libreta nueva! ¡Suele pasar...!”

Aún recuerdo la amplia sonrisa de María, mirándome:

— ... Y le digo: “vamos a ver... ¡Me estás recordando mi noviazgo, mujer! ¡Tú te has peleado, fijo, con tu marido...!”. ¡Bueno, la pechá de reír que nos pegamos! Y dice la mujer entre risas: “¡¿cómo lo has sabido, puñetera?!”. Y le digo que lo que me contaba me recordaba a eso mismo: a una relación o un matrimonio que comienza. Y que pasaba igual que con los cursos escolares, que se empiezan con muchas ganas, pero que cuando se acerca el final de las clases, ya les cuesta a los pequeños. Ya les pesan los libros y hasta se aburren en el recreo... ¿Y sabes lo que me dijo esa madre...?”

— ¿Qué te dijo?

— Me dijo que si era así, como yo le decía, ¡ella llevaba trece años repitiendo curso con el pelmazo de su marido...! ¡Y más risas! ¡Ay, Dios! ¡Me meo al recordarlo! ¡Las dos llorando...!

De este modo – por suerte – María salió de aquel estado depresivo y me empezó a contar cosas sobre su relación con Miguel. Y yo a su vez le narraba otras anécdotas vividas junto a Antonio.

Y cada dos por tres volvía esa risa sanadora. La que te hace llorar de otra manera. La risa que libera todas las tensiones. Y por qué no decirlo: la que

nos hizo olvidar las cenizas y el sufrimiento...

Pero por desgracia aquel beneficioso olvido fue pasajero...

41. LA PÉRDIDA

T

enía mis dudas sobre la capacidad que tenía María para soportar tantos kilómetros de distancia. Tan solo dos semanas antes había tenido el maldito accidente. Pero para mi sorpresa, mi hermana no se quejaba en absoluto.

Es más, tras aquella primera hora de cierta amargura, de repente, ya estaba encantada con el viaje. Imagino que empezó a encontrarse así, debido a la ilusión que sentía ante la posibilidad más cercana de conseguir las cenizas de su amante.

¡Era para llorar! De pronto – usando toda mi empatía – traté de ponerme en su lugar, concibiendo que era yo la que quería encontrar las cenizas, pero no las de Feder, sino las de Iván. Me dio un gran escalofrío. Tuve que respirar muy hondo para que ella no notara el profundo dolor que sentía en mi pecho. Y aguanté ese aire dentro de mis pulmones, para expulsarlo muy poco a poco, tratando de controlar ese ataque de ansiedad que me había dado en cuestión de unos segundos...

Por otro lado estaba el importantísimo asunto del aborto, claro. ¿Cuándo decírselo...?

Agarraba el volante con fuerza, pendiente de la carretera y del GPS; mientras María se quejaba porque ninguna de las emisoras que encontraba en la radio, le gustaba. Finalmente pensé que se lo diría cuando paráramos a almorzar. Nuevamente patada al balón hasta volver a encontrármelo en el restaurante de la estación de servicio. ¡Vaya plan!

Serían las once de la mañana, cuando decidimos parar para estirar un poco las piernas. Nos aproximábamos a Córdoba. De este modo, me detuve en una gasolinera, algo apartada.

En los aparcamientos de la misma había numerosos vehículos, incluidos varios camiones militares. Fuera del coche paseamos un poco, cogidas del brazo. Y volvimos a reírnos otro tanto cuando María se percató del nombre del bar que estaba junto a la gasolinera: El Aguilucho Cenizo. ¡Menudo nombre para un bar!

Al poco volvimos a subirnos en el coche. Y se me ocurrió que podía repostar. Tenía el tanque por la mitad, la verdad, pero pensé que podía ser una buena idea hacerlo en ese momento y no más adelante.

De esta forma, situé mi vehículo junto al surtidor y le dije al operario que quería llenarlo. Repentinamente, me di cuenta de que no le había dicho a Iván que habíamos parado, así que a través de mi ventanilla le dije a María que buscara el móvil dentro de mi bolso, pues lo había puesto detrás de su asiento, tras coger el monedero para pagar.

Estaba dispuesta a teclear el mensaje, cuando, bruscamente, escuché la atronadora voz de aquel hombre que se proponía dar de beber a mi coche:

— ¡¿Pero es que no ha visto el cartel?! ¡Dios mío, ¿qué cartel?!

Con el corazón en la boca por el susto, aquel tipo desgarbado me señalaba el mismo con su largo dedo índice. Un letrero que ponía que no debía usar el teléfono cerca de los surtidores.

De ese modo tan sutil los habitantes de la próxima ciudad de Córdoba y yo supimos de la advertencia que indicaba el dichoso cartelito:

— ...¡No se puede usar ese chisme aquí!

Le pedí perdón por el descuido y sin más, iba a guardarlo en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero, cuando mi hermana me gritó:

— ¡Laura, Laura! ¡Ven pronto...!

De nuevo mi corazón a punto de salir por la boca. Rápidamente le di la vuelta al vehículo, pasando por delante del sieso del operario, y al instante estaba junto a la ventanilla de mi hermana, preguntándole qué le pasaba, mientras

depositaba el móvil sobre el techo:

— ¡¿Qué te pasa?!

— ¡Esta música! ¡Escúchala! ¡Muchas veces la oí en la casa de Feder, pero nunca le pregunté el nombre del autor, ni cómo se llamaba...!

La iba a matar. Seguidamente puse atención. Era música clásica, pero no me sonaba:

— ... No sé, niña. Estate atenta cuando termine por si dicen cómo se llama. ¡Eso sí! ¡La melodía no puede ser más triste! ¡Menuda pareja! ¡Los dos igual de divertidos...!

Era una melodía melancólica que se repetía. Unas notas de piano que mostraban aflicción y que confrontaban con el espléndido día que hacía. Era una pieza que recordaba a las tardes otoñales de cielos nublados y manos en los bolsillos...

Y entonces, sucedió de nuevo. Por delante del coche pasó una pareja joven. Ella con un embarazo muy avanzado. No pude dejar de mirarla, pendiente de cada uno de sus gestos y movimientos.

Sin duda la mezcla de aquella cadencia musical, sumada a la inoportuna visión de aquella joven embarazada, me hizo entrar en trance de tal manera que no sabía ni dónde me encontraba.

Pronto el antipático empleado de la gasolinera se encargaría de recordármelo:

— ... ¡Señora, esto ya está...!

Al instante me volví y caminé hacia él lentamente, abriendo mi monedero.

— ... ¡No, mujer, se paga dentro...! — volvió a exclamar con esa voz robada al vigía de un barco pirata.

Media vuelta otra vez. De ese modo – despistada – me dirigí hacia la tienda de la estación de servicio. Y ya dentro me situé en la cola para abonar el combustible.

Cuando me tocó pagar, la chica que atendía me preguntó en qué surtidor estaba

nuestro coche. Y claro, yo no sabía ni dónde estaba puesta de pie, como para saber dónde estaba el vehículo... Así que miré por el escaparate para señalárselo cuando – en ese preciso instante – la embarazada cruzó por delante, quedándome sin habla.

— ... ¿Qué coche es, señora? — me preguntó la joven cajera ante el disgusto de aquellos que esperaban detrás de mí.

— El blanco. Es el blanco...

¡Qué empanada llevaba encima, Dios...! Me disculpé de nuevo.

La chica me señaló cuánto valía el repostaje; y yo me limité a sacar la tarjeta de crédito y a teclear el número secreto.

Pero justo cuando salía por la puerta, entretenida con el monedero; mi hermana me gritaba desde su ventanilla que ya sabía el título de aquella pieza clásica:

— ... ¡Es de un compositor llamado Erik Satie! ¡Y la melodía se llama *Nosien Uno*! ¡Algo así! ¡Es preciosa, Laura...!

Ella lo pronunció de ese modo. Más tarde supe que la melodía pertenecía a la obra “Gnosienne”, de ese artista francés.

Abrí la puerta del coche y me senté diciéndole que era demasiado triste y que no le convenía escucharla porque sin duda la iba a sumergir en el recuerdo. Cosa que no era bueno para ella.

Continuamos la ruta, pendientes del GPS porque nos aproximábamos a Córdoba.

Aquella embarazada se me metió en la cabeza. De inmediato, juzgué que lo que pretendía hacer en Madrid, era lo más adecuado. La chica era joven. No tendría más de veinticinco años. Yo en cambio – con mis cuarenta y cuatro – podía ser perfectamente la abuela de la criatura que esperaba. Aquel bebé venía a destiempo. Mi sino era no ser madre como había sabido desde hacía años. En esta vida todo tiene su momento y su lugar. Y si alguna vez se me había pasado por la mente el tenerlo, aquella visión borró esa idea de un plumazo...

De cualquier forma mi silencio debió de delatarme porque María no tardaría en sacarme de mis oscuros pensamientos:

— ... ¿Qué te pasa, niña? Te has quedado muda...

— Esa embarazada. La de la gasolinera...

— ¿Qué embarazada? — me preguntó sin saber de quién le estaba hablando. Normal, ella había estado muy entretenida, tratando de averiguar el nombre y el autor de la melodía.

Me quedé callada. Los segundos suficientes para sopesar si ese era el momento oportuno para confesarle por qué íbamos a hacer la parada en Madrid y no en otro lugar más idóneo. Sin más, se lo dije:

— Mari, me he quedado embarazada...

Abrió tanto los ojos, que un búho a su lado parecía un chino mandarín.

— ¡¿Que estás embarazada?! ¡No me digas! ¡Eso es maravilloso, Laura...! — exclamó alegremente.

Asentí despacio sin dejar de mirar la carretera a través del parabrisas.

Pero sucedió algo muy curioso. Se quedó muy callada. Imagino que en aquel momento de felicidad, no se acordó de Iván. E intuí que justo cuándo iba a preguntarme si Antonio Jesús ya lo sabía, debió de recordarlo:

— ... Y efectivamente no es de Antonio, Mari. Es de Iván...

Se llevó las manos a la cabeza, muda por completo.

— ... ¿No dices nada? — le pregunté.

— No sé... Me has dejado sin palabras, niña... Pero, pero eso es... ¡Laura, eso es maravilloso! — exclamó, poniendo su mano derecha en mi hombro.

— ¡Qué va a ser maravilloso, mujer! ¡Esto es un infierno...!

— ¿Desde cuándo lo sabes? — Desde el día de tu accidente... Fui a Málaga a ver a la ginecóloga. Estaba de ocho semanas. Ahora estoy de diez...

De repente se calló. Imagino que asimilaba toda la información. Aquello duró solo unos segundos:

— ¿Lo sabe el padre? ¿Se lo has dicho?

— Sí... Mira, Mari, no te he contado por qué vamos a...

— ¡¿Y qué te dijo cuando se lo dijiste?! ¿Se puso contento?

— ¡¿Pero cómo se va a poner contento, niña?! ¡¿Sabes el lío en el que esto nos

mete?! ¡¿Ahora que le digo yo a Antonio?! ¡Él sabe que no puede ser el padre...! ¡¿Y a papá y a mamá qué les cuento?! ¡¿Les confieso que también me lie con otro tío?! ¡¿Y la gente en el pueblo qué?! ¡Van a decir que somos más putas que Rita...!

— Entonces, ¿qué piensas hacer? — preguntó, malhumorada.

— ¡Es lo que quiero decirte! ¡Vamos a Madrid porque mañana tengo una cita en una clínica de abortos!

Solté la bomba termonuclear.

— ¿Pero qué dices? ¡Cómo que vas a abortar! ¡¿Tú estás *chala*?!

— ¡No pensarás que voy a tener este niño! — le contesté con media sonrisa.

— ¡¿E Iván qué dice?! ¡¿Lo sabe?!

— ¡Claro que lo sabe! ¡Y está de acuerdo!

— ¡Pero no puedes permitirlo, niña! ¡Os vais a arrepentir! ¡No puedes hacerlo...!

Le expliqué el panorama. Tenía que comprenderlo. De este modo, le confesé todas las cábala que había tenido durante esas dos semanas. Las conversaciones con Iván. Lo que él opinaba al respecto; y cómo la vida nos había arrinconado para tomar esa drástica solución.

Pero mi hermana no podía asumir aquella decisión:

— ... ¡Te repito que os entiendo! ¡Pero abortar no es la solución, Laura! ¡Eso acabará con todo! ¡Con tu relación con Iván!

— Eso dice él...

— ¿Ves? ¡Pues tiene razón, niña! ¡No puedes abortar! ¡Te conozco, Laura! ¡Vas a llorar lágrimas de sangre! ¡Tenéis que ser valientes! Hablarlo con Antonio y con la esposa de Iván... ¡Este niño es lo mejor que os ha podido pasar! ¡Es el empujón que os hacía falta! ¡Este niño ha venido para precipitarlo todo...!

¡Otra vez ese dichoso verbo...!

— ¡No hay más que hablar, Mari! ¡Ya está decidido! ¡Yo no puedo ser madre con cuarenta y cuatro años...!

— ¡Eso lo dices tú! ¡Muchas lo son! ¡No quiero que abortes!

— ¡Voy a hacerlo! ¡Con tu apoyo o sin él! ¡¿O quieres que nos volvamos al pueblo?! ¡Nos volvemos al pueblo y a tomar por culo todo...!

Fui cruel, lo sé. Me había sacado de mis casillas. Pero me di cuenta de inmediato y traté de justificarme:

— ... Entiendo lo que quieres, Mari. Pero sabes muy bien que no puedo tenerlo. ¡Compréndelo, mujer! ¡Sería un escándalo! ¡La gente...!

— A la gente le pueden dar por ahí, Laura. No debes vivir para ellos, sino para ti. ¡Para vosotros tres...!
Cuando pronunció la palabra “tres”, el corazón me dio un vuelco.

— ... Como no tengas ese niño, será vuestra perdición. En todos los aspectos. Iván debe de estar muy preocupado. Pero sé que cuando se te mete algo en la cabeza eres muy impulsiva. El pobre habrá tenido que resignarse, seguro...

Y de repente, me di cuenta:

— ¡Mierda! — grité, sobresaltándola.

— ¡¿Qué pasa?! —

— ¡Rápido! ¡Abre la ventanilla! ¡El móvil lo dejé en el techo! ¡Mete la mano a ver si está...!

¡Qué desastre! ¡No me había acordado de cogerlo de allí!

María se quitó el cinturón de seguridad y sacó el brazo, tratando de hallarlo.

— ¡No está, Mari...! — exclamó, impotente.

En el siguiente cambio de sentido, retrocedimos con la esperanza de que el móvil se hubiera caído en la propia estación de servicios y que, de este modo, alguien lo hubiese encontrado – y con suerte – lo hubiera entregado en la tienda.

Pero no hubo fortuna:

— ... Dime que te has traído tu móvil... — le dije.

Y su respuesta fue negativa. Quedaba todo el viaje e íbamos incomunicadas. De pronto, pensé que no podría ponerme en contacto con Iván y que por tanto se preocuparía sin saber lo que estaba pasando. Afortunadamente los datos de la clínica – así como la dirección del hotel – los tenía apuntados en una

pequeña libreta que llevo siempre en el bolso. Pero no tenía ningún número de teléfono. Ni siquiera el de mis padres, el cual, al quitar ellos el fijo y contratar uno móvil, no nos sabíamos.

— ... Bueno, no pasa nada. Seguiremos así. ¡A la antigua usanza...!

Y de inmediato, comencé a reírme por pura impotencia.

María, extrañada, me preguntó por qué me reía. — ... ¡Joder, voy a perder todo, menos este maldito bebé...!

Pero aquel agudo comentario no le hizo ni chispa de gracia.

Y de esta forma, con su silencio “parlanchín”, proseguimos el viaje hacia Madrid...

42. ENDULZANDO EL CAFÉ

M

aría mantuvo aquella actitud callada donde pretendía expresar su malestar ante mi decisión de abortar.

No quise volver a sacar ese tema. En un momento dado la miré y vi que se había quedado dormida. En la radio sonaba la conocida emisora Radio Clásica de RNE. Desde que escuchó aquella melodía de Erik Satie, imagino que ella sintió un nexo de unión con Feder a través de las piezas clásicas que se sucedían.

A mí no me disgustaba esa música y seguí conduciendo con aquella banda sonora, acercándonos a Bailén...

No teníamos ningún móvil y eso me preocupaba. No solo porque no podía contactar con Iván — como le había prometido — sino porque como comprenderás, tenía miedo de que nos sobreviniera alguna inoportuna avería en medio de la carretera. En estos casos el móvil se ha convertido en una gran ayuda. Realmente — y pese a lo que digan muchos — este aparato ha llegado a nuestras vidas para no dejarnos jamás. Es muy útil.

Y me río al pensar que si no hubiera sido por él, mis noches junto a Antonio hubiesen sido un tremendo aburrimiento. Estoy segura de que me entiendes...

Poco antes de llegar a la estación de servicio donde íbamos a almorzar, María despertó, preguntándome dónde estábamos. Pero fue hacer esa pregunta, poner atención a mi respuesta y volver a adoptar esa actitud silenciosa con sus brazos cruzados...

A los pocos minutos aparqué el coche en la gran explanada del área de servicio que hay pasado el pueblo de Puerto Lápice, en dirección a Madridejos. Serían las tres de la tarde.

Un gran bullicio llenaba el enorme restaurante a esa hora. Por suerte una competente camarera vino a la mesa de inmediato, preguntándonos qué íbamos a comer. María pidió un refresco y un bocadillo de tortilla de patatas con mahonesa. Y a mí me gustó su elección, aunque el bebé quiso cambiar la receta:

— ... Yo quiero lo mismo, pero... ¿podría ser el bocadillo de tortilla con mermelada de fresa, en vez de con mahonesa? — pregunté dubitativa ante las sorprendidas caras de la camarera y de María que se miraron un instante, comunicándose telepáticamente. En concreto mi hermana debió de decirle que no me conocía de nada. Me río...

María miraba atenta la pantalla de la televisión donde veía cómo el candidato del partido político que había ganado las elecciones, mostraba prudencia ante los resultados.

En ese instante llegaron nuestros cafés.

Mientras le echaba el azúcar, de reojo miraba una vitrina llena de dulces, encaprichándome de una tarta de manzana: — ... Mari, ¿quieres tarta de manzana? Me voy a levantar a pedir un trocito. ¿Quieres...? Ella negó con la cabeza.

— ... Pero vamos a ver, niña. ¿No me vas a hablar más en todo el viaje? ¿Qué te pasa? ¡No es fácil para mí! ¡A ver si te crees que me apetece hacer esto...!

— No es eso... ¡Joder, Laura! ¡Me has hecho sentir mal! ¡Tengo la sensación de que para ir a Soria, tengo que estar de acuerdo con lo que vas a hacer! ¡Y no...!

La comprendía.

— ... Sabes lo importante que es para mí el traerme las cenizas de Feder al campo. Pero ahora este viaje se ha vuelto muy amargo. Pagar este peaje, me hace sentir culpable...

— ¿Culpable? No eres culpable de nada, Mari.

— Sí lo soy. Sé que al proponerte lo de ir a Soria, hizo que te plantearas el abortar lejos de Málaga. Para que nadie te viese, te conozco, Laura...

Pasó la camarera y le pedí que nos trajese dos trozos de aquella tarta.

— ... ¡Quítate esa idea de la cabeza, niña! Aquí si hay una culpable, soy yo. Cierto es que no se me había ocurrido abortar lejos, pero sí te digo que lo hubiera hecho fuera de Málaga de tomar finalmente esta decisión sin que mediase tu propuesta. Ahí tienes razón... La decisión es mía, María. Siento lo que voy a hacer. Lo que voy a hacerte por tener que acompañarme en este trago tan amargo...

Llegaron nuestras porciones de tarta.

— ... Pero bueno, intentemos endulzarlo, ¿no...? — le dije, señalando aquellos pequeños platos.

Ella asintió, torciendo su boca con cierta resignación.

Cuando terminé de comerme aquel dulce, María apenas había empezado a degustarlo. Entonces le señalé que quería ir al baño. Y sin más, me dirigí a él. De esta forma, me senté en uno de los váteres, tras cerrar el pestillo.

Pero al instante, mientras hacía uso del mismo, entraron dos mujeres, dándose esta curiosa conversación:

— ... Pues nada. Se despierta el niño a las tantas y le pregunto que a qué hora había llegado.

— ¿Y qué te dijo?

— Pues va y me dice que había llegado a la una de la madrugada. Y le digo: “¿cómo que la una?! ¡Si te escuché entrar, justo cuando las campanas del ayuntamiento sonaron cuatro veces!”. Y, ¿sabes lo que me dijo...?

La acompañante quiso saberlo. ¡Y yo también...!

— ... Va y me dice: “¡Es que en este pueblo son *mu repetíos*...!”

Y empezaron a reírse de aquella ocurrencia. Yo tuve que taparme la boca, para que no me escucharan. También me hizo mucha gracia. ¡Qué me gustan las personas ocurrentes! Aportan colores a la vida...

Pero curiosamente, cuando ya estaba acabando, entró una muchacha en los servicios, hablando por teléfono.

De esta forma, mi curiosidad hizo que le escuchara para tratar de averiguar a qué se estaba refiriendo:

— ... Mi padre me decía que cuando una situación se nos va de las manos, no debemos preocuparnos porque del suelo no va a pasar...

Aún pienso en aquellas palabras. Pero la joven prosiguió:

— ... Sé que ha sido culpa mía. Tendría que haber usado el puto condón... Pero él me dio tanta pena. ¡Soy imbécil! ¡Lo hice para que él no se disgustara conmigo...!

Puse mucha atención.

— ... ¡Ya lo sé! ¡Pero escúchame y me entenderás! ¡Él llegó a mi vida cuando la soledad me hacía demasiada compañía...! No podía arriesgarme a perderle. Y tampoco lo haré ahora. Así que abortaré, ¿qué voy a hacer si no...?

Se me puso la piel de gallina.

La chica se metió en otro de los compartimentos del baño, justo cuando yo salía del mismo. De este modo, la joven proseguía hablando por el móvil, mientras que me lavaba las manos frente al gigantesco espejo. Me volví a sentir fatal. Aunque seguidamente me lavé la cara, intentando que el frescor del agua acabara con aquella sensación. Y en parte lo conseguí...

Pero en el momento en el que iba a salir de los servicios, escuché un enorme estruendo. Sin más, me dirigí hacia nuestra mesa, cuando ¡horror! vi a mi hermana y a la camarera sentadas en el suelo, doloridas, con la bandeja y los

pedidos desparramados por el mismo.

Corrí hacia ellas.

— ... ¡¿Qué ha pasado, Mari?! ¡¿Estás bien?!

Ella – con el gesto de dolor en la cara – me contestó:

— Es que vi que tardabas y me levanté a buscarte. Pero me he levantado tan deprisa que me he mareado... Y qué lástima que he tropezado con esta pobre chica. ¡Lo siento, mujer...! — exclamó, dirigiéndose a la desgraciada que recogía todo lo que se había caído.

Me preocupó aquello:

— ¡*Joder*, Mari, ¿pero estás bien?!

— ¡No me pasa nada, de verdad! ¡Déjame que vaya al baño y me refresque un poquito! ¡Hace mucha calor y el café me ha puesto *encendía*...!

Entonces habló la camarera: — Es que, de repente, se ha parado, mientras yo miraba para otro lado – y pum – tropecé con ella...

— Vamos a ir a un ambulatorio — le dije finalmente.

— ¡No seas tonta! ¡No me pasa nada, *leche*...!

Y sin más, se fue sola para el baño, levantando las manos y negando con la cabeza.

Y justo en ese momento se cruzó en la puerta del mismo con la chica que había estado hablando por teléfono. Seguramente debía de tratarse de ella. Una niña de unos quince o dieciséis años – con bastante sobrepeso – que había estado hablando sobre soledades que hacían demasiada compañía...

¡Maldita sociedad que lleva a los jóvenes a crecer demasiado deprisa...!

43. SI QUIEN TE AMA, TE BUSCA, ¡DÉJATE ENCONTRAR!

M

aría se durmió otro poco. Y a mí tantas horas de conducción ya me estaban

afectando. Nos aproximábamos a Madrid y comencé a ponerme muy nerviosa. ¡Vaya lío de carreteras! ¡Y La Patri mandándome de un carril a otro, constantemente! Así llamo a mi GPS...

No me he vuelto loca escuchando voces raras. Me río. Sencillamente ese era el nombre que le había puesto desde que lo usaba.

Como te digo, La Patri repetía indicaciones sin parar; y eso hizo que María se despertara:

— ... ¿Ya estamos llegando...? — preguntó medio dormida, mirando a todos los lados.

Le contesté que sí. Y que necesitaba sus ojos porque la afluencia de vehículos aumentaba a medida que nos aproximábamos a la capital de España.

— ... He soñado con el accidente... Aquella frase me sobresaltó. No la esperaba. Permanecimos unos segundos calladas, mientras La Patri seguía mareándome.

Sin más, le hablé:

— Oye, Mari, no te pregunté más sobre el maldito accidente, ya que manifestabas que no te acordabas de lo que había pasado... ¿Pero es cierto? ¿No te acuerdas nada de nada? ¿O sí?

En un principio noté que no le apetecía a hablar de ello:

— ... No me digas nada, si no quieres. Te lo preguntaba por pura curiosidad y también por hablar de algo...

— Claro que me acuerdo, niña, perfectamente... — confesó al fin.

A continuación me narró cómo había surgido la idea de ir juntos a Coín. Al parecer el propio Feder le insistió en acompañarla porque anhelaba pasear junto a ella durante el día...

— ... Pero no entiendo. ¿Cómo se te ocurrió aceptar eso? A ti te conoce mucha gente, Mari. No estabas yendo a cambiar los zapatos a Cuenca. ¡Ibas a Coín...!

— Él solo quería acompañarme durante el trayecto, Laura. La idea era que él

permaneciera en el coche, mientras yo cambiaba los zapatos de Miguel. De esta manera, disfrutaríamos hablando por el camino...

— ¿Y qué pasó en aquella curva, Mari? Papá tiene razón. No es una curva complicada, lo sabes...

Ella se calló unos instantes, mientras La Patri terminaba de dar sus indicaciones y yo me cambiaba al carril adecuado.

— Recuerdo que venía un camión enorme detrás de nosotros. No te puedo decir qué tipo de camión era. Tal vez se trataba de un tráiler, no sé... Pero lo tenía tan pegado al maletero del coche que parecía que lo llevaba colgado en el cristal trasero, como la ELE blanca de los novatos...

— Sigue... — le indiqué, escuchándola atentamente.

Pero ella se calló otro poco. Y yo supuse que no quería seguir hablando del tema.

— ... Bueno, déjalo. Te trae malos recuerdos. ¡Hablemos de otra cosa...!

— No, no pasa nada, Laura. Sencillamente un perro se puso delante; y yo — instintivamente — frené. El camión no pudo detenerse a tiempo. Nos golpeó. Noté que el coche giró sobre sí mismo... Y luego sentí otro golpetazo en el lado donde estaba Feder. Ya no recuerdo nada más...

Me acordé de mi visita al depósito de vehículos accidentados:

— Vi el coche, Mari. Fue ese día que fui a por las pertenencias que quedaban, hallando el colgante de luna de Feder... Efectivamente el lado donde él estaba sentado estaba reventado. Probablemente tu coche debió de desplazarse al carril del sentido contrario, quedándose atravesado. Feder quedó más expuesto a un coche que iba hacia vosotros y que tampoco pudo detenerse a tiempo... ¡Hay muchos perros sueltos en esa maldita carretera...!

Y sin esperarlo, empezó a llorar, manoseando los colgantes.

— ... ¡Lo sabía! ¡No debía haberte preguntado! ¡Soy idiota!

— No pasa nada. Las cosas hay que hablarlas...

Pretendí añadir algo al respecto, pero ella prosiguió:

— ... Lo peor de cada día que acababa era no poder acabarlo con él. Era un

hombre maravilloso, Laura. Muy atento. Muy guapo e ingenioso... Cada día que iba a la tienda – a la hora de pagarme y de forma sigilosa – me ponía el billete en la mano, y pegado al mismo un trocito de papel con una frase. Por ejemplo venía escrito: “si quien te ama, te busca, ¡déjate encontrar!”; o: “si no existieras, te imaginaría”; o también: “si te vieras con mis ojos, amarías los espejos”. ¡Todas así, Laura! ¡Siempre dibujaba una sonrisa en mi cara...! Pero yo rápidamente – y sin que me viese Paqui – lo guardaba en el bolsillo trasero del vaquero. ¡Más de una clienta debió de pensar que me guardaba el dinero...! — exclamó, sonriendo amargamente.

— Era un hombre muy romántico — apunté.

— Así era él. Igual de tierno, tanto con esos trocitos de papel, como a través de la red social. ¡Era tan divertido...! Cuando le conocí supe que existían más colores... Supe que Miguel había sido un error en mi vida. No supe lo que era estar enamorada de verdad hasta que estuve con él. Sacudió mi existencia y – por entonces – ya sabía que nada podría ser lo mismo. De hecho ya nada podrá serlo sin él... Feder era la eterna sonrisa en mi cara, Laura. Y te juro que deseaba besarle mucho más que ver el amanecer... Ahora mis ojos se sienten inútiles cuando no le ven...

— Es muy bonito lo que estás diciendo, Mari.
Ella sonrió mientras se secaba las lágrimas con sus dedos.

— Pude haber vivido media vida sin él, Laura. Pero no te imaginas cuánto me duele no poder estar unos segundos junto a Feder...

— Sí lo imagino, cariño. Lo mismo me pasaría si me faltara Iván...

— Lo mejor de mi vida era saber que él estaba en ella, Laura. Por eso ya no quiero vivir más...

Aquello me molestó:

— No seas egoísta, Mari. Entiendo cómo te sientes, pero vuelvo a repetirte que nosotros estamos aquí, contigo. Y que te necesitamos...

Pero en ese momento La Patri comenzó a indicar algo que no entendía. Y por sorpresa, se apagó. ¡Entramos en pánico! Y eso provocó que ambas pusiéramos toda nuestra atención en la carretera.

De este modo, sonó una orquesta de cláxones a nuestro alrededor, criticando multitud de maniobras arriesgadas por mi parte. Finalmente entramos en Madrid, pendientes de cualquier cartel que pudiera señalarnos el lugar donde se encontraba nuestro hotel.

Por fortuna María supo reiniciar el GPS y nuevamente escuchamos su dulce voz.

Estábamos entrando en Madrid, sin una gallina en una cesta de mimbre y sin el cuadro de nuestra bisabuela, ¡pero pueblerinas a más no poder...! Nos reímos muchísimo. Y por fortuna aquella anécdota hizo que no volviésemos a sacar más ese tema que le apenaba tanto.

Aún quedaba llegar al hotel. Y La Patri nos condujo por mil y una calles hasta encontrarlo.

Definitivamente aquella inmensa ciudad no era para nosotras...

44. DESTROZADOS COMO UN PUZZLE

T

ras darnos una ducha para aliviarnos de tantos kilómetros de carretera, bajamos al restaurante del hotel para cenar algo. En mi cabeza le daba vueltas a lo que había de acontecer al día siguiente en la clínica. Como es lógico estaba bastante preocupada.

Mi hermana lo notó y – como entendiendo que era bueno hablar sobre ello – me preguntó en qué consistía el proceso:

— ... No puedo comer ni beber nada desde ocho horas antes de la cita. Tengo que llevar unas bragas normales que permitan el uso de compresas...

— ¡Con la ilusión que tenías de ponerte un tanga...! — exclamó con ironía.

— Sí, claro. Para irme de fiesta luego... Pues eso, niña. Después te sugieren que vengas acompañada de un adulto y que no conduzcas durante las horas siguientes a la intervención...

El camarero nos trajo los dos sándwiches mixtos que habíamos pedido.

— ... Pero, Laura. ¿Cómo es eso? ¿En qué consiste?

— Te lo aspiran. Vacían la cavidad uterina. Yo he elegido que me lo hagan con anestesia general. Pero vaya, que solo estaré dormida unos veinte minutos, creo. No sé. ¡Lo que sí sé es que no quiero enterarme de nada...!

— Pero, ¿cuánto tiempo tenemos que estar en la clínica?

— Luego me pasarán a una zona de recuperación y a esperar el alta. Me han dicho que estaremos en total unas tres horas. No mucho...

Sin más, comencé a comerme el sándwich, pero al momento me di cuenta de que María no probaba bocado, mirando su plato fijamente:

— ... ¿Qué te pasa? ¿No tienes ganas...?

Ella negó con la cabeza, pero cogió su sándwich y lo mordió desanimada.

— ... Si no quieres, déjalo ahí. No vaya a sentarte mal.

María lo depositó en el plato y puso sus codos sobre la mesa, dejando caer su peso, mientras volvía a mirarme con atención:

— ¿Seguro que es lo mejor que se puede hacer, Laura? Lo que vas a hacer es...

— Está más que pensado, Mari. ¡Es lo mejor para todos! Sé que es muy duro, claro. Pero tenerlo es una locura y hará que sufra mucha gente...

— ¿No tienes miedo? — preguntó mientras abría su sándwich, viendo lo que había dentro.

— Un poco... Pero es una intervención sencilla, Mari. No me enteraré de nada. Eso es lo mejor...

Ella volvió a callarse. Pero me di cuenta de que se puso a mirar a una niña pequeña – de unos cinco años – que jugaba en el suelo, haciendo un sencillo rompecabezas...

— ... No la mires — le dije, masticando — No quieras ver en ella a tu sobrina...

— No es eso. Miro el puzzle...

— ¿Y eso?

— A Feder le gustaban los puzzles...

Yo debí de arquear las cejas:

— Son entretenidos. Algún día me compraré uno. Dicen que sirven para desestresarse...

Ella siguió mirando cómo la pequeña intentaba encajar una de las enormes piezas.

— Feder decía que él se parecía a un puzzle. Precisamente porque él – al igual que ese juego – estaba destrozado... — ¿Y por qué decía eso? — le pregunté con curiosidad.

Ella sonrió, mostrándome aquellos colgantes:

— Este es un puzzle de dos piezas, Laura. Dos piezas que buscaban encajarse algún día...

Giró su cabeza para observar de nuevo a esa pequeña.

— ... Feder quería tener una niña. Era su ilusión. Pero por supuesto yo le decía que era imposible. Tomaba la píldora, previniendo cualquier accidente. Y como tú, yo no tenía relaciones con Miguel. Quedarme embarazada me daba verdadero pánico. Por eso sé lo que sientes. Y muchas veces pensé en qué ocurriría si las pastillas fallaran por cualquier motivo...

— Pues fíjate el dilema que tendrías. Y en el daño que les harías a papá y a mamá, si lo hubiesen sabido. Ellos no se merecen sufrir por nuestras locuras...

— Amar no es ninguna locura, niña. Feder se sentía destrozado porque me conocía. Sabía que jamás podríamos disfrutar juntos. Yo siempre pendiente de quien pudiera descubrirnos. Borrando las fotos que nos hacíamos. Las conversaciones de la red social. Y rompiendo en mil pedazos aquellos trocitos de papel donde me decía esas cosas tan bonitas... ¡Ojalá pudiese recuperarlos! ¡No solo esas frases hermosas! ¡Sino todas las conversaciones de mensajería que tuvimos en estos cuatro años, para volver a sentirle de algún modo! ¡Ojalá tuviera una foto, juntos...!

— Te comprendo. — ¡No, escúchame bien, Laura! ¡Ojalá tuviera una pequeña que me recordase a él! ¡Una niña que me hiciera luchar por la vida! Y no sentirme como me siento. Así, con ganas de que me lleve la corriente...

Cogí mi refresco y miré a la pequeña mientras bebía:

— ... No puede ser, Mari...

— Sí puede serlo, si eres valiente... Hermanita, te conozco como si te hubiera parido. Te pones en plan dura, pero sé que eres un pedazo de pan *migao* en leche. ¡Te vas a arrepentir...!

— No quiero que nuestras vidas terminen como ese rompecabezas.

Destrozadas, como dijo Feder...

María se puso en pie y tomó su colgante de sol y de luna, separándolos:

— Lo que vas a hacer mañana, las destrozará...

Seguidamente también me levanté y juntas fuimos a abonar lo que habíamos consumido. Me esperaba una noche dura por delante, como puedes imaginar.

Lo que no esperaba era lo que iba a suceder, mientras intentábamos dormir en nuestra habitación...

45. LA VISITA INESPERADA

¡

Cómo podíamos suponer que íbamos a tener una despedida de soltera justo en la habitación de al lado! ¡Un lunes por la noche! ¡Qué escandalera, madre mía...!

María se reía en su cama, mientras yo no sabía qué hacer para conciliar el sueño. Incluso llegué a ponerme unos trocitos de compresas dentro de los oídos. Pero ni eso...

Miré mi reloj. Eran casi la una de la madrugada y aquellas mujeres no callaban ni debajo del agua. De repente, mi hermana encendió la lámpara:

— ... Te noto cómo te mueves en tu cama. No hay manera de quedarnos dormidas con este jaleo — dijo mientras bebía un poco de agua.

— Pero, ¿estás mujeres no tienen nada que hacer mañana...? ¡Mañana es martes! ¡¿Qué hacen un lunes por la noche de cachondeo?!

— Ya, pero los niños ya no tienen colegio. Según estoy escuchando, no parecen muy jovencitas... ¡Leche, estamos en Madrid, niña!

— ¿Y qué ocurre? ¿En Madrid no hay educación? ¿Es la una de la mañana, ya les vale...!

— Están de fiesta, déjalas. Ya se callarán... — dijo mientras volvía a apagar la luz.

Pero nuestras vecinas no se callaban. Y a María le dio por reírse de nuevo. Y sin más, volvió a encender la lamparilla.

— ¿Qué pasa? — le pregunté.

— Nada, niña. Voy a decirles algo...

— ¡No, no! ¡Déjalas! ¡Cualquiera sabe por dónde te pueden salir! ¡Están hasta arriba de todo! ¡¿No las escuchas?!

Pero ella se puso las zapatillas y seguidamente abrió la puerta de nuestra habitación.

Presté toda la atención que pude. Escuché cómo ella pegaba en la puerta y cómo nuestras vecinas se callaban de inmediato. Parecía que aquel toque les había hecho efecto...

¡Mis ganas!

— ... ¡Pasad, pasad! ¡Ahí está mi hermana, que le daba corte decirnos nada!

Y, de pronto, todas aquellas mujeres vestidas de negro – con un pene de goma en la cabeza – entraron en nuestra habitación con un gran jolgorio, dando toda clase de gritos y cantando “No Estamos Locos”, de Ketama.

La cara que debí de poner debió de ser antológica. ¡Me comía a mi hermana!

— ... ¡Laura, si no podemos con una situación, hay que unirse a ella, mujer! — exclamó, sonriendo.

Debían de ser unas ocho o nueve, no recuerdo bien el número. De inmediato se sentaron por todos los lados, incluso en el suelo. De este modo, una de ellas se me acercó, colocándome una de esas diademas con el pene de goma sobre mi cabeza:

— ¡Ya tenemos nueva reina! — gritó. Y todas empezaron a aplaudir.

Al momento me vi con un chupito de ron miel en la mano, mientras nos preguntaban de dónde veníamos. Cuando les contestamos que éramos malagueñas, de forma automática nos preguntaron por qué estábamos tan lejos de la playa, envidiándonos por tener costa.

Según nos contaron, ellas eran de un pueblo de la sierra madrileña – que no recuerdo, la verdad. Y no estaban de despedida de soltera. ¡Era una despedida de casada! Una de ellas – Leonor creo que se llamaba – acababa de firmar los papeles del divorcio y estaba loca de contenta. De esta forma, nos narraron las locuras que habían hecho durante todo el día, bien empapadas en alcohol, como puedes imaginar.

Le quise dar el chupito a una de ellas, pero insistieron en que me lo bebiera. Miré a María. Ella sabía que no podía beber ningún líquido, ocho horas antes de la intervención. Pero le daba igual:
— ... Es la una, niña. La cita es a las diez y media... ¡Todavía puedes! —
exclamó mientras me guiñaba un ojo.

La hubiera matado lentamente... Sin más, me bebí aquel chupito que me supo a gloria bendita. ¡La verdad es que estaba muy rico! No tardaron en llenármelo otra vez...

Allá siguieron contándonos cosas de su pueblo; y nosotras hicimos lo propio, narrándoles anécdotas de Álora, como es lógico. Lo cierto es que echamos un rato muy divertido. Tanto, que recuerdo que una de ellas propuso un juego que consistía en que cada una dijera lo que detestaba de su pareja. Aquella que no dijese tres reproches en quince segundos, tendría que beberse tres chupitos seguidos.

De inmediato miré a mi hermana, pensando en la operación del día siguiente. Y ella – afectada por el alcohol que ya había consumido – me susurró al oído:

— Tranquila, ¡a ti te van a sobrar reproches, niña!
La madre que la parió...

Cada una fue contando sus quejas y lamentos. Aunque algunas tuvieron que beberse los tres chupitos, supongo que por falta de imaginación. Me río...

Pero a mí curiosamente me dejaron para el final.

— ... Bueno, Laura, cariño, has tenido tiempo para pensarlo. ¡No te quejarás!
¿Qué es lo que más detestas de tu marido?

De inmediato sentí las miradas de aquellas mujeres ansiosas por conocer mis reproches. Pero aquella situación me parecía tan cómica, que me resultaba raro tener que contarles mis penas a unas extrañas.

— ¡Preparad tres chupitos que esta es otra enamorada...!

Mi hermana intervino:

— ¡No, no! ¡Dejadla que sé que va a pasar la prueba! ¡Venga, Laura, arranca!
Me reí. Cogí mi diadema con el pene de goma y mientras lo miraba, dije:

— Odio que me llame “nena”...

Se creó un silencio sepulcral.

— ... Odio que toda su vida gire en torno al fútbol. Odio sus chistes malos. Sus carcajadas a destiempo... Odio que me toque. Odio que apenas preste atención a lo que le digo... Odio que me deje de lado cuando hay hombres delante. Odio tenerlo en la cama cada noche... Odio sus ronquidos. Los ruidos que hace comiendo... Odio que cuando beba, pierda los papeles... Odio...

— ¡Para, para! ¡Prueba superada...! — gritó una de ellas.

Sonreí.

— ... Suficiente, Laura... Pero dinos, mujer, imagino que ya estarás separada, ¿no?

Iba a contestarle, cuando se adelantó María, exclamando secamente:

— ¡No!

Entonces se miraron las unas a las otras. De golpe, comenzaron a reír, a zarandear la cama y a gritar de todo. Y sin más, aquella mujer que nos preguntaba me cogió la cara con ambas manos:

— ... ¡Ay, Laurita, Laurita...! ¡A ti no te hace falta una despedida de casada, no...! ¡A ti lo que te hace falta es una despedida de...! ¡¿De qué, chicas?!

Y al unísono gritaron:

— ... ¡DE GI-LI-PO-LLAS...!

Creo que lo escucharon desde la recepción. ¡Hijas de su madre! ¡Qué risa...!

Pasamos un rato buenísimo. Afortunadamente no tardaron en marcharse y les rogamos que no hicieran mucho ruido, pues le contamos que teníamos una cita muy temprano para hablar sobre el vino tinto de Álora. ¡Se me ocurrió sobre la marcha!

No les iba a contar el verdadero motivo de nuestra visita a Madrid, como comprenderás... Quizás si llegan a leer este libro algún día, nos recordarán y descubrirán el verdadero motivo que nos había traído a la capital de España...

María tuvo la ocurrencia de invitar a aquellas mujeres. E imagino que lo hizo porque creyó que me ayudaría a olvidar lo que iba a pasar al día siguiente. Y sí. Admito que lo consiguió. Agradezco aquel buen rato. Aquellas risas desenfadadas. Porque aquella noche de víspera me faltaba mucho humor...

En ese instante recordé a aquel pícaro pizarreño quien – sin proponérselo – me hizo reír tanto, que el dolor de la cara, desapareció. ¿Te acuerdas?

Pues bien, la inesperada visita de aquel simpático grupo de madrileñas hizo desaparecer el miedo que sentía.

Al menos me sirvió hasta que llegó el amanecer...

46. AMARGURA

Afortunadamente aquellas horas oscuras pude solventarlas, durmiendo.

Cuando me desperté, miré hacia la cama de María. De esta forma, pude distinguir que tenía sus ojos abiertos, mirando hacia la ventana. No quise decirle nada. Debía de ser temprano todavía. El cielo se hacía el remolón para vestirse con su acostumbrado traje celeste de los veranos. De inmediato pensé en Iván.

El pobre no sabía nada de mí desde poco antes de partir de Álora. Me hubiera encantado poder charlar un poco con él. Descargar el peso que tenía en mi alma. Porque como entenderás, si ya de por sí me sentía mal por haber tomado aquella durísima decisión, la cercanía de la intervención me estaba paseando por la senda de la amargura.

Abortar es sencillo, claro. Y hoy día lo es mucho más. Pero hacerlo con cuarenta y cuatro años, sin haber tenido niños cuando era más joven – sabiendo que aquella podía ser una de mis últimas oportunidades para que esa circunstancia se produjese – complicaba muchísimo mi estabilidad emocional. Por no decir que era simplemente una putada...

Pero no te explicaré de nuevo el por qué había tomado esa amarga solución. Ya la conoces de sobra. Por tanto, únicamente deseaba pasar ese mal trago cuanto antes. Salir de la clínica y juzgar que todo lo que había vivido en las últimas dos semanas se trataba de una pesadilla o una broma muy pesada...

Durante el desayuno, naturalmente no comí, ni bebí nada. Tampoco tenía ganas de hacerlo. Me limité a ver cómo lo hacía María, la cual me escuchaba muy atenta, ya que le explicaba por qué íbamos a acudir a aquella clínica y no a otra.

Asimismo le conté el problema que tuve que esquivar para poder agilizar cuanto antes ese duro trámite. Es decir, poder saltarme el periodo de tres días de reflexión que marca la ley.

Ella se sorprendió cuando le confesé que la clínica iba a falsear de algún modo esa gestión. De inmediato – con el semblante preocupado – puso en duda la profesionalidad de aquel grupo médico que iba a intervenirme. Y yo le indiqué que debía borrar de su cabeza la idea de un local de mala muerte con un instrumental oxidado. Me río. Deberías haberle visto la cara. La pobrecilla estaba más asustada que yo...

Cuando María terminó de desayunar, subió de nuevo a la habitación para lavarse los dientes. Mientras tanto, yo me quedé esperándola sentada en un enorme sofá del hall del hotel. Sin más, tomé uno de los periódicos del día para leer las noticias y poder distraer mi mente de pensamientos indeseados.

Me sorprendió ver algunos titulares que manifestaban la posibilidad de que los comicios que se habían celebrado el domingo, no nos llevarían a ningún lado, abocándonos a unas terceras elecciones, en menos de un año. De inmediato, me enfadé muchísimo al considerar que mi primera experiencia como vocal en una mesa electoral no iba a servir de nada. Y, sobre todo, que podía haberme ahorrado ese encontronazo con Paqui...

María se tomó su tiempo para bajar, pero al final apareció en el hall con la cara seria. Le pregunté si le había pasado algo; y ella me contestó que estaba preocupada por mí, prometiéndome no dejarme sola ni un instante.

Seguidamente nos dirigimos andando hacia la clínica, pues estaba tan solo a quinientos metros.

Cuando llegamos nos recibieron amablemente. Y a continuación pasamos a una consulta donde un médico completaba mi historial, preguntándome si era alérgica a algún medicamento, así como si había sido operada con anterioridad.

Hecho este trámite, el propio médico – asistido por una joven enfermera – se dispuso a hacer la datación ecográfica para averiguar de cuántas semanas estaba. Y todo salió como esperaba, ya que estaba de diez semanas para once.

Posteriormente me hicieron una analítica de sangre. Y poco después firmé numerosos papeles para dar mi consentimiento a ser intervenida, alegando que había sido previamente informada tres días antes, como estipulaba la ley. En ese instante miré a María, pero ella sin decir ninguna palabra – ni expresar sentimiento alguno – se limitaba a observar atenta cómo firmaba cada uno de esos folios.

María preguntó si podía estar presente durante la intervención. Y el médico le contestó que no habría ningún problema, siempre y cuando se preparara igual que yo para entrar en el quirófano.

Enseguida nos pasaron a una pequeña sala de espera. Por suerte no había nadie que pudiera juzgarme. Eso me hubiese hecho sentir muy incómoda. Supongo que es la manera de obrar de este tipo de clínicas. Ya es suficiente mal rato pasar por este trago, como para tener espectadores...

Al cuarto de hora otra enfermera nos llamó y juntas fuimos a una pequeña habitación. Allá nos explicó que debíamos quitarnos toda la ropa, así como cualquier accesorio como pendientes, pulseras, anillos y... colgantes.

¡A María le costó muchísimo quitarse su colgante de sol y de luna! Tanto, que incluso protestó diciendo que ella no iba a ser intervenida. Pero no tenía nada

que hacer. Si quería entrar conmigo, debía obedecer las instrucciones. Y con mucho dolor depositó el colgante dentro de su pequeño bolso marrón.

Cuando ambas estábamos vestidas con la bata verde, así como con el gorro y los pequeños calcetines de quirófano, nos miramos y comenzamos a llorar. Pero rápidamente María empezó a borrarle las lágrimas con sus dedos y a besarme de manera repetida, diciendo que todo saldría bien y que pronto acabaría aquella pesadilla.

De esta manera, pasamos al quirófano. María se sentó en una pequeña silla, dispuesta de tal modo para que no molestara su presencia. De inmediato un joven me saludó, diciéndome que era el anestesista. Sonriendo, le confesé que tenía miedo. Nunca me gustó la idea de perder el conocimiento de otra forma que no fuese durmiendo.

Él me explicó que no debía preocuparme y seguido me buscó la vena adecuada del brazo izquierdo, mientras otra enfermera me indicaba que debía poner las piernas sobre los soportes. En ese momento miré a María con los ojos humedecidos; y ella me lanzó un beso. Y ya no recuerdo más...

De pronto, la misma enfermera que nos había conducido al lugar donde nos cambiamos de ropa, me despertó en otra habitación. La que llamaban la Zona de Recuperación. Pero María no estaba a mi lado. Pregunté por ella; sin embargo, la joven sanitaria no me contestó, saliendo de la sala.

A los pocos minutos, María entró con una amplia sonrisa. Y comenzó a besarme la cara, diciendo que todo había salido bien.

La enfermera volvió, indicándome que debía estar sin moverme un rato más y que poco a poco debía ir incorporándome. Le confesé que tenía la boca muy seca; y ella me ofreció un pequeño vaso con agua.

Pero notaba que aquella muchacha me miraba de forma mal encarada. Se lo susurré a María; y ella me dijo que no debía entrarme la paranoia, pensando que todos iban a juzgarme por mi proceder.

A continuación, la miré, rogándole que me perdonara por haber hecho aquello y por haberla arrastrado hasta allí. María, sonriendo, me señaló que era un

tonta por pensar así, y que – sin duda – estaba todavía bajo los efectos de la sedación.

Poco a poco me fui incorporando sobre la camilla. La enfermera apareció preguntándome si estaba bien y al momento me preguntó si me apetecía una manzanilla. Le dije que sí. Y la muchacha me la trajo a los pocos minutos.

María me indicó que la joven estaba siendo amable con nosotras. Y yo le insistía en que no mostraba la sonrisa que había tenido antes, cuando nos había llevado a la habitación para que nos cambiásemos de ropa. De este modo, mi hermana volvió a juzgar que yo alucinaba, reprochándome mi eterno sentimiento de culpa...

Una media hora más tarde, la joven sanitaria nos condujo a la misma habitación donde teníamos nuestras ropas y enseres para que nos cambiáramos de nuevo. Y una vez lo hicimos, nos acompañó a otra sala de espera, pero distinta a la primera. Allí esperamos unos minutos. Lo que tardó la joven en aparecer con un pequeño sobre.

Seguidamente nos dijo que en el mismo estaban las recomendaciones a seguir cuando saliéramos de allí, como por ejemplo no mantener relaciones sexuales hasta una semana después; evitar el ejercicio físico y la carga de peso; así como que no debía usar tampones, sino compresas...

Le pregunté si iba a sangrar mucho. Pero la muchacha – algo molesta por aquella pregunta – me dijo:
— ... Apenas sangrará...

Sin más, nos acompañó a la salida, deseándonos buen viaje a Málaga, pero con esa expresión de reprobación que tanto daño me estaba haciendo. ¡Estaba loca por salir de allí!

Una vez fuera de la clínica, María me preguntó si me sentía bien como para ir andando al hotel. Y que si era necesario coger un taxi para hacer esos quinientos metros, lo tomaríamos de inmediato.

Sonreí amargamente mientras miraba hacia el cartel de la clínica de intervención voluntaria del embarazo; y seguido, le contesté:

— ... No quiero un taxi, cariño. Ahora me vendría genial una breva de chocolate...
Pero ella no me entendió...

47. NO TODO ES LO QUE APARENTA

T
ras almorzar, ambas fuimos a la habitación y dormimos una larga siesta.

Cuando desperté, María estaba sentada en la cama abrazada a sus piernas. Parecía que no hubiera pasado el tiempo desde la mañana. Es más, hasta pensé que aquella visita a la clínica podría haberse tratado de un sueño más, teniendo que pasar por lo mismo otra vez.

Me fijé en ella. Observé cómo miraba al infinito, dentro de la oscuridad que nos envolvía. Así estuve contemplándola varios minutos, sin que se diese cuenta. Estaba tan bella... Quieta, como la modelo de un pintor imaginario. Etérea, como la musa de un poeta enamorado. Ensimismada, como quien escucha la más hermosa melodía...

— ... Dime que no son las nueve de la mañana; ni que tengo que volver a beber ese trago...

— Son casi las siete de la tarde — afirmó, susurrando — ¿Te ves con fuerzas de dar un paseo? ¿O prefieres quedarte aquí?
Pensé unos segundos:

— Creo que la tarde es muy larga, Mari. Y necesito despejarme...

Sin más, mi hermana se levantó de la cama rápidamente. Y tan rápido lo hizo, que se quedó parada en medio de la habitación:

— ... ¡¿Qué te pasa, niña?! ¡¿Estás bien?! — le pregunté sobresaltada.

— Sí, sí... Me he vuelto a marear. Ya estoy bien...

— ¡¿Qué *coño* vas a estar bien?! ¡Aún tienes las secuelas del accidente, Mari!

— No es eso. Siempre me pasa cuando no como lo suficiente. Eso es todo. ¡No dramatices! ¡Aquí la que está mal, eres tú...!

— Yo estoy bien, niña. Eres tú la que me preocupa.

Sin esperarlo, me cogió el pantalón por la entrepierna, tirando hacia abajo, como me hacía cuando éramos unas quinceañeras:

— ¡¿Cómo vas a estar bien, si se te cae el *toto*...?! — me preguntó, riéndose a carcajadas.

Yo me mordí el labio inferior e intenté bajarle el pantalón corto de su pijama. Pero se me escapó, gritando que ella sería la primera en darse la ansiada ducha. Siempre estábamos así, de adolescentes, compitiendo por ver quién llegaba antes a cualquier sitio.

De esta manera, ella se desnudó y entró en la bañera. Al poco se peleaba con el monomando, tratando de templar el agua que salía de la alcachofa.

Desde allá me preguntaba dónde podíamos ir; y yo le sugerí tomar el metro para ir al Parque del Retiro. Necesitaba contemplar los árboles y respirar. Y a ella le pareció una gran idea.

Media hora más tarde salimos del hotel. Y una media hora después, nos encontrábamos paseando por el pulmón de Madrid, saboreando unas pipas saladas de girasol.

No se nos ocurrió hablar sobre lo que había pasado por la mañana. Sabía que María intuía que no me era grato hablar sobre ese tema y, pensando de esta forma, ella quiso recordarme un antiguo viaje a Madrid que – a mediados de los ochenta – hacíamos cada año con nuestros padres.

Se trataba de una bonita excursión que aprovechaba el puente de octubre para realizar una escapada a la capital de España y donde era costumbre acudir a los distintos teatros para ver las obras de moda. Recuerdo que íbamos a La Latina, para ver el show de la difunta Lina Morgan.

Al rato nos sentamos en uno de los bancos que daba al famoso estanque del parque. La punta de la lengua me picaba por la sal, recordando esa curiosa sensación. ¡Hacía siglos que no degustaba un paquete de pipas...!

Charlando con mi hermana de temas triviales, María reparó en una joven

pareja que jugaba con su hijo. De esta manera, ambas nos quedamos observándoles como dos espías melancólicas. La estampa era envidiable:

— ... Cuando estaba con Feder, soñaba con vivir escenas así. Forman parte de una vida que nunca íbamos a tener... Me imagino que te habrá pasado lo mismo con Iván, ¿verdad...?

Yo asentía con la cabeza, mirando cómo el hombre se revolcaba con su pequeño junto al estanque.

— ... ¿Qué sentirá ella, Laura?

La veíamos de espalda, tumbada, apoyando sus codos en el césped, observando a su pareja cómo jugaba con el niño.

— Supongo que se sentirá muy feliz. Lo tiene todo. Parece guapa y tiene buen tipo. ¡Hasta el tío está buenorro! — me reí — Y encima ¡seguro que el puñetero tiene dinero...!

— Viste con primeras marcas. Lo veo desde aquí... — añadió, escupiendo las pipas.

De repente, una joven se tumbó junto a la madre, observando también cómo aquel hombre tan guapo le hacía carantoñas al niño.

Y sin más, ¡sorpresa! Aprovechando que el tipo no se enteraba de nada, ambas se comieron la boca... ¡Mi hermana casi se atraganta con las cáscaras de las pipas! ¡Qué risa! ¡Nuestras carcajadas fueron tan grandes que las pobres mujeres miraron hacia nosotras, alertadas por el escándalo que estábamos liando!

Mi hermana se tapaba la cara de la vergüenza, no fueran a descubrir que nos reíamos de la situación:

— ... ¡Es que somos imbéciles! — exclamó con la cara enrojecida.

— ¡No, Mari! ¡Somos unas ilusas! ¡Que a nosotras nos hayan metido este gol...! ¡A nosotras, niña!

Era cierto. Aquella imagen sencillamente nos demostraba que el mundo está lleno de equívocos. Lleno de prejuicios. De verdades que no lo son tanto. Naturalmente no nos sorprendía la atracción entre dos mujeres. No te

equivocos. Entiendo y defiendo el amor o la simple atracción sexual entre dos personas del mismo sexo, claro. Pero haber prejuzgado que lo que veíamos era lo ideal, comprobando que no lo era, nos hizo sentir tan ridículas...

Así lo recitaba un aprendiz de poeta:

No todo es lo que parece ser, ¡No todo es lo que aparenta! Todavía te has de sorprender, Aun cumpliendo los noventa...

48. SOLA

C

así una hora tardamos en llegar a la Plaza de España. Allá nos comimos dos bocadillos de calamares con mahonesa, filosofando sobre lo acontecido en el parque con aquellas dos mujeres.

De este modo, llegamos a la conclusión que te expuse antes, pensando sin ninguna duda que las personas tendemos a ofrecer una imagen hacia los demás, fruto de la comodidad que nos supone no enfrentarnos directamente a la sociedad, siendo como somos. Actuando como ciertamente deseamos.

De esta manera, solo dos tipos de individuos: aquellos que obran como quieren; así como quienes han tenido la suerte de ser felices – sin salirse de la línea marcada por la moral de la comunidad – se escapan de esta sensación amarga de sentirse coartados en su libertad de obrar...

Al poco – bastante cansadas – nos dirigimos a la estación de metro de la famosísima Puerta del Sol, pues deseábamos llegar a nuestro hotel, cuanto antes.

Durante el trayecto le repetía a mi hermana la desazón que sentía por no poder ponerme en contacto con Iván. Necesitaba desahogarme con él. Contarle que todo había salido bien. O quizás se trataba de sentir que aún le tenía ahí...

Cuando entramos en el hall del hotel, teníamos los pies destrozados. Pero sin esperarlo – mientras nos dirigíamos hacia el ascensor – María se detuvo y dio

dos pasos atrás. Le pregunté qué le ocurría. Y sin más, ella me señaló un ordenador de sobremesa que estaba en el mismo hall, preguntándome si me sabía la contraseña para entrar en la red social y, de esta forma, poder contactar con Iván.

¡La besé repetidamente! ¡Claro que conocía mi contraseña!

Posteriormente María me dijo que me esperaba arriba, rogándome que no tardara en ir allá porque estaba cansada y tenía sueño.

Nerviosa, me senté frente al ordenador, mirando mi reloj de pulsera. Eran poco más de las once. Iván debía de estar despierto y ansioso por saber de mí. Al momento le escribí un mensaje. Y a los pocos segundos obtuve su respuesta en forma de pregunta recriminatoria:

— ... ¡¿Pero dónde demonios te has metido?!

Le conté todo lo que nos había pasado. El descuido del móvil y cómo me había quedado sin la manera de contactar con él, por no haber tenido la precaución de escribir su número de teléfono en la pequeña libreta que siempre llevo en mi bolso.

Sin más, le dije que necesitaba escuchar su voz, pero me confesó que era imposible, pues estaba sentado en el sofá con Alicia y con David, viendo una película de la tele. Seguidamente me preguntó cómo había ido todo. De esta forma – tecleando a velocidad de vértigo – le expliqué lo que tú ya sabes.

Antonio F. Ortiz

Tras leerlo Iván me escribió que se sentía muy mal por no haber estado conmigo en aquella cita tan desagradable para mí. Y seguido me preguntó cómo estaba; y yo le contesté que físicamente estaba agotada, pero bien. Psicológicamente le confesé que trataba de no pensar en ello y que gracias a María, lo estaba consiguiendo.

Dejó de escribir unos segundos. Supuse que algo le pasaba. Cualquier cosa que le podía haber distraído. Quizás Alicia o David.

Diez minutos más tarde, cuando ya estaba a punto de dejar el ordenador, él

escribió:

— ... Esto es muy duro, vida...

Y mis ojos rompieron a llorar, formando dos caudalosos ríos. Mi ánimo se quebró por completo. Solo recuerdo que atiné a escribir la palabra “mucho”.

Como si hubiera intuido mi profundo malestar, Iván quiso cambiar de tema, preguntándome si aún seguía en pie la idea de María de robar las cenizas de su amante. Y yo, recuperando la compostura – borrando mis lágrimas con los dedos – le contesté que nada había cambiado, aunque le expliqué que tenía que hablarlo con ella, pues la notaba más centrada.

Asimismo le confesé que tal vez el viaje estaba haciéndole entrar en razón, aunque no las tenía todas conmigo...

Enseguida Iván me escribió explicándome que la película acababa de terminar y que Alicia le insistía en que dejara su móvil, para que fuese a la cama. Eran más de las doce. Lo entendí y, sin más, le escribí: “TA”; y él hizo lo propio, añadiendo que tuviera cuidado en la carretera, tanto si íbamos finalmente a Soria, como si decidíamos regresar a Málaga al día siguiente. Y yo le contesté que lo tendría, claro.

A continuación escribió: “SHHH”. Esa era la manera en la cual indicábamos que no podíamos seguir escribiendo por algún motivo.

De forma resignada me levanté de la silla y me dirigí hacia el ascensor.

Ya arriba, toqué levemente la puerta de la habitación; y a los pocos segundos María la abrió, medio dormida. No dijo ni media palabra. Se volvió a tumbar rápidamente en su cama.

A los pocos minutos – tras cambiarme de ropa e ir al baño – también me eché sobre la mía.

Y tuve la necesidad de adoptar la posición fetal, pues en esa hora intempestiva me sentí terriblemente sola...

49. ¡DIVIRTÁMONOS RODANDO!

T

ras desayunar en la cafetería del hotel, mi hermana y yo salimos con nuestras maletas en dirección al parking donde teníamos estacionado mi coche. Nos esperaban casi doscientos cincuenta kilómetros de viaje hasta Soria capital.

María no había cambiado ni un ápice de parecer. De nada me sirvieron mis dotes persuasivas para conseguir que ella entrara en razón. Casi me arroja su tostada cuando le insinué que debíamos regresar a Málaga. Y es que no había nada que hacer. María no pensaba en otra cosa que en lograr su loco propósito...

Cuando abrí el maletero y vi la enorme bolsa de plástico que contenía aquel viejo tambor de detergente – convenientemente preparado para receptar las cenizas – así como vi junto al mismo el viejo bolso de mi hermana con las cenizas de la hoguera de nuestro vecino Andrés, no tuve otra cosa que hacer que pasarme la mano por la cara, mostrando un mohín del puro disgusto.

Pero aquel gesto contrariado más que amilanarla, la animó aún más y cogiéndome la cara con ambas manos, exclamó: — ... ¡Venga, hermanita! ¡Que se te cae el toto...!

Me entraban ganas de arrojarla por el camino, en plena marcha. Algo rápido, sin testigos...

Ya sentadas dentro del coche, saqué a La Patri de su presidio en la guantera e introduje los datos para que nos llevara a nuestro destino. Sin más, le dije a María que teníamos que tener mil ojos para salir de Madrid – una auténtica pesadilla para mí – y que solo faltaba que nuestra amiga del GPS se quedase callada, como había sucedido a nuestra llegada.

Aquel miércoles 29 de junio no iba a ser distinto a todos los que le habían precedido. El cielo estaba cerúleo. Y el día invitaba a coger el coche y hacer muchos kilómetros. Me sentí como las protagonistas de la película “Thelma & Louise”. Estábamos viviendo nuestra propia Road Movie... Eso sí, con mucho menos presupuesto. Me río...

No sin alguna que otra complicación – silencio inesperado de La Patri incluido – conseguimos salir del enredo de carreteras que supone el querer

abandonar la capital de España. A la media hora ya nos encontrábamos en dirección a Guadalajara, por la A-2.

De esta manera – mucho más tranquila al dejar atrás aquella complicada maraña – la miré unos instantes, preguntándole seriamente cómo quería llevar a cabo aquel alocado plan.

— ... Es sencillo, niña. Nada más consiste en dar el cambiazco sin que se den cuenta. Así nadie sufre. Ellos siempre creerán que tienen las cenizas de su hijo; y Feder se vendrá con nosotras...

— ¡Ea, así de sencillo, ¿no?! ¿No se te pasa por la cabeza que sus padres pudieron decidir meterle en un nicho...?

— Estoy casi segura de que lo han incinerado — señaló de un modo un tanto infantil.

— Y si no es así, ¿qué?

Ella se quedó en silencio, pero a los pocos segundos contestó:

— Pues tendremos que volvernos con las manos vacías... ¡Tranquila, hija, no profanaremos su tumba...! — señaló con media sonrisa.

— No me preocupa eso, vida. Lo que me preocupa es cómo te lo vas a tomar. ¡Estás demasiado obsesionada con esto...!

— No pienses en eso, te repito que estoy casi segura de que le han incinerado. Él me confesó hace mucho que siempre les habló de esa posibilidad a sus padres...

Quise saber si Feder tenía hermanos. Y ella me respondió que no... Pero lo hizo con la pena dibujada en su rostro. De esta manera, le pregunté por qué se había puesto así:

— ... ¿Cómo es posible que no me entiendas, Laura? Sabes lo importante que es esto para mí... ¡Muchísimo!

— Si ya lo sé, mujer. Únicamente trato de que lo veas de manera diferente. Espero que cuando veas a sus padres se te borre esa idea de la cabeza...

Tras unos incómodos segundos, ella me habló en un tono realmente bajo:
— Te necesito para llevarlo a cabo. No me puedes fallar...

— Y no pienso hacerlo, pero... *joder*, niña, imagina que no tenemos la oportunidad de subir al piso! ¡Si ellos están en la tienda, no deberíamos presentarnos allí! ¡Habría que esperar a que suban a su vivienda...!

— Tendríamos que aguardar para saber a ciencia cierta que ellos están dentro del piso. Sería entonces cuando nos presentaríamos en su puerta. Naturalmente nos dejarán pasar, digo yo...

— Está bien. Y una vez que estemos dentro, supongo que nos llevarán a un salón o a una salita. Vale. Pero imagina ahora que la urna está allí delante de todos, ¿qué hacemos? — le pregunté, apretando con fuerza el volante.

— Tendremos que hacer una maniobra de distracción... He pensado que les dirás que quieres ir al baño. Y cuando estés dentro, te tumbará en el suelo y tras unos segundos gritarás pidiéndonos ayuda. Iremos a verte corriendo, como es natural. Entonces nos dirás que te has mareado y que te cuesta mucho ponerte en pie. En el lío yo volveré al salón y volcaré las cenizas de la urna en el bote de Colón. En eso tardaré dos segundos... Luego cogeré mi bolso viejo y — con cuidado — verteré las cenizas dentro de la urna. Ahí tardaré un poco más porque me imagino que el cuello del recipiente será mucho más estrecho. Ya lo veremos...

No lo veía nada claro: — Pero vamos a ver, niña. Piensa. Imagina lo contrario. ¿Y si en vez de estar a la vista de todos, lo tienen en otra habitación?

— Si es así, probablemente sea mucho más sencillo. Si no vemos la urna en la habitación donde estemos, le preguntaremos dónde le enterraron. Si tienen las cenizas en la casa, nos lo dirán. Y nosotras le pediremos que nos las enseñen. Cuando tengamos localizada la urna, volveremos al salón. Entonces seré yo la que pedirá ir al baño...

— ¿Y vas a ir al baño con el bote de detergente? ¿Raro no...?
Ella me reconoció que así era, pero no había otra.

— ... Por no decirte que el baño puede estar junto al salón, lejos de la habitación donde esté la urna... ¡Todo puede pasar, niña! ¡Incluso que la urna esté sellada! ¡Nunca he visto ninguna! ¡No tengo ni idea de si se pueden abrir...!

— ¡Claro que se abren, mujer! ¡La gente las vierte por ahí! ¡Como haré yo...!

— ¡Qué locura!

— No es ninguna locura. ¡Lo intentaremos...!

Pasaron unos segundos de asimilación. Pensaba en todas las posibilidades. ¡Y eran tantas...!

— ¡¿Y si las cenizas las tienen en otro lugar?! ¡Pueden estar en alguna iglesia, como pasa en el convento de Flores...! — Si es así, pues ya veríamos lo que hacemos. No te adelantes. ¡Seamos optimistas...!

— Pero piensa lo siguiente. ¡Imagina que te pillan en plena faena de intercambio de cenizas! ¡Me muero de la vergüenza, eh! ¡Me quedo muerta, te lo digo!

Se quedó pensativa:

— Si ocurre eso, solo nos quedaría contarles la verdad y rogar para que nos entiendan...

Respiré hondo:

— Entonces no se lo quieres decir de primeras, para no escuchar una negativa, ¿no...?

— Exacto...

Recuerdo que vi un cartel de desvío a Azuqueca de Henares.

— ¡Dios mío de mi alma! ¡Esto a quien se lo contemos, no nos cree! ¡Ya verás el lío en el que nos vamos a meter...!

Y comenzó a reírse a carcajadas. Esa risa contagiosa que hizo que la mía brotara de inmediato. La puñetera me estaba pegando su locura:

— ... ¡Nos vamos al carajo, Mari! — exclamé entre risas. — Si es así, niña, tenemos que hacer caso a lo que decía la abuela, pues tenía mucha razón: “si nuestras vidas van cuesta abajo, al menos, divirtámonos rodando...”

Y tanto que tenía mucha razón...

50. LAS DOS ATRACADORAS

L

legamos a Soria sobre las doce y media del mediodía. No teníamos claro lo que hacer entre la idea de hospedarnos previamente en un hotel o esperar lo que había de acontecer para tomar esa decisión.

De esta manera, optamos por elegir la segunda opción y esperar cómo se sucederían los acontecimientos. Así, tras aparcar en un parking, preguntamos dónde se encontraba la iglesia de Santo Domingo, pues muy cerca de allí – según sabía María

– se encontraba la tienda de souvenirs de los padres de Feder.

Anduvimos unos diez minutos y, de repente, nos encontramos frente a frente con la iglesia, sorprendiéndonos la hermosa fachada románica y su imponente rosetón central. De esta forma, María miró los locales de alrededor, tratando de encontrar el comercio que buscábamos, pero de pronto se quedó de piedra.

— ... ¡¿Qué pasa, niña?!

Sin más, levantó su brazo, señalando con el dedo. Pero, ¿señalando el qué? ¿La tienda? ¡No, no...! Al momento, empecé a reír. ¡No te lo podrás creer! O sí, ¡claro que puedes! Sencillamente porque has tenido que ver alguno... ¡María me señalaba un cartel azul, justo en medio de un jardín, con unas letras enormes de color amarillo que decían: “FEDER”! ¡El Fondo Europeo de Desarrollo Regional...!

María se llevaba las manos a la cabeza, sonriendo. Y yo no podía parar de reír. Imagino que se trataba de una risa nerviosa, fruto del momento tan hilarante que estábamos viviendo:

— ... ¡Desde luego que este es el lugar, niña...!

Pero en aquella plaza había dos tiendas de regalos. Una enfrente de la otra.

— ... ¿Cuál de ellas será, Mari?

Mi hermana miró hacia ambas.

— Debe de ser aquella. Porque está situada en la calle principal. Y el portal del edificio de viviendas está a la derecha...

La tienda se llamaba El Rincón de Soria. Era muy hermosa por fuera. Tenía dos enormes escaparates tan grandes como la propia entrada, donde un maniquí femenino de medio torso mostraba una camiseta con el logo del establecimiento.

A cuatro metros de la puerta había un banco de madera y forja. De esta forma, le indiqué a María que debíamos sentarnos allá discretamente para observar lo que se veía desde allí.

¡Qué situación! Portando las gafas de sol, parecíamos dos atracadoras a punto de perpetrar un crimen...

En cuestión de segundos, atravesamos la calle principal y nos sentamos en aquel banco con miedo de girar nuestras cabezas para ver lo que sucedía en el interior de la tienda.

— ... Distingo a una chica que está sentada mirando un portátil, tras un mostrador verde pistacho. ¿Sabes de quién se puede tratar...? — le pregunté mientras miraba de forma atrevida.

María negó con la cabeza.

— ... Yo no veo a ninguna persona mayor, Mari. ¿Seguro que es esta tienda...?

Ella asintió, pero no decía nada. Solo agarraba el bolso lleno de cenizas y aquella bolsa enorme con el tambor de detergente, como si fueran a escaparse.

— ... ¡Me estás poniendo nerviosa! ¡Di algo!

— ¡Es que estoy *atacá*, niña...! ¡No sé quién puede ser...! — exclamó, finalmente.

— ¡*Joder*, de aquí a la cárcel con mi amiga Ruth! — le dije, juntando mis manos como si estuvieran esposadas — Pues aquí no nos podemos quedar, Mari. Hay que dar el paso y que sea lo que Dios quiera...

De inmediato, ella se puso en pie:

— ¡Vamos! ¡Pero hablas tú, eh! ¡Que tienes más palique que yo...! ¡Ya sabes lo que tienes que decir! ¡Que somos dos compañeras de Feder, ¿vale?! ¡Con

suerte puede que sus padres estén arriba y podamos terminar esto de una vez...!

Resoplé mientras me levantaba pesadamente. Y seguido entramos en el local, quitándonos las gafas.

Era muy espacioso. Las paredes estaban pintadas de naranja. Y había multitud de estanterías, llenísimas de recuerdos de la ciudad.

Echándole mucho valor, nos dirigimos a la joven dependienta:

— ... Eh, buenos días. No estamos seguras de estar en el lugar adecuado — dije apurada — Venimos preguntando por los padres de Feder. ¿Tal vez son los dueños de esta tienda...?

— Sí, Montse y Mariano. ¿Conocían a Feder? — preguntó con una sonrisa.

— ¡Ah, qué bien! ¡Claro que le conocíamos! ¡Éramos sus compañeras en la oficina de Hacienda donde trabajaba, allá en Málaga...!

Mi hermana asentía a todo lo que yo decía.

— ... Ella es María y yo me llamo Laura. Vamos de viaje a Zaragoza y de paso queríamos conocer a sus padres para poder darles nuestro pésame y charlar un poco sobre él. Imaginamos que les hará mucha ilusión hablar con nosotras. ¿Dónde están? ¿En su piso de arriba...?

— No, no. Ellos se mudaron al pueblo a principios de año, cuando mi tío se jubiló. Yo soy su sobrina. Me llamo Yolanda...

— ¿Ya no viven aquí? — preguntó mi hermana con la voz rota.

— No, no... Mis tíos vendieron el piso para pagar algunas deudas de la tienda. Ahora la gestiono yo. Ellos viven en su casa, en Almazán...

— ¿Almazán? Me suena... — le confesé.

— Claro. Si habéis venido por la A-15, os lo habéis dejado atrás, a la izquierda. Pero no os preocupéis. Está a media hora de camino. Si no tenéis

prisa, podéis ir después de almorzar...

Nos miramos, impotentes. No había otra.

— ... Si queréis les llamo ahora mismo y les digo que vais a ir a verles. Ya si eso os tomáis un café con ellos. Mis tíos son muy agradables. ¿Os parece bien sobre las cinco?

Su sugerencia nos pareció genial.

— ... Estarán encantados de veros. Han sufrido mucho estos días. ¡Qué pena la carretera! ¡Mi primo era un tío estupendo! Esperad que os confirme si están allá.

De momento la simpática prima de Feder cogió su Smartphone y les llamó. Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de una cosa y se lo susurré a María:

— Estuve chateando con Iván y – al final – no le pedí su número de teléfono. Es que soy imbécil...

La chica logró contactar. Y por suerte los padres de Feder estaban en su casa de Almazán, sin tener ningún compromiso que pudiera trabar nuestros planes. Cuando colgó, la muchacha tomó un pedazo de papel, escribiendo en el mismo:

— ... Esta es la dirección. Su casa está detrás de una iglesia. No tiene pérdida. El sitio es precioso. Ya veréis las vistas que se ven desde un mirador que hay justo al lado. Yo soy de Almazán...

Sin más, le agradecemos su amabilidad y nos despedimos de ella, dándole el pésame, así como dos besos.

Cuando estábamos en la puerta, nos miramos.

— ... Podía haber sido peor, Mari. Podrían haberse trasladado a La Coruña...

— dije con cierta ironía.

Pero ella – de repente – volvió a entrar en la tienda rápidamente. De esta forma, vi que volvía a charlar con aquella agradable chica, la cual salió del

pequeño mostrador verde. Al parecer mi hermana le estaba comprando algo.

A los pocos minutos ella salió de la tienda con una pequeña bolsita. Mi curiosidad me pudo:

— ... ¿Qué has comprado?

— No lo he comprado. Me lo ha regalado. ¡Esta chica es un sol de niña...!

— ¿Y qué es, Mari?

Ella se rio:

— ... ¡Ya tenemos nuestra virgen del Pilar para mamá! ¡Tiene vírgenes de todos los lados...!

Seguidamente comenzó a andar, preguntándome dónde íbamos a comer. Y yo negaba levemente con la cabeza, mordiéndome el labio inferior.

Pese a todo, ella estaba más feliz que unas pascuas. ¡Bendita locura...!

51. LA CARTA DE UN AMIGO

M

uchísimas veces – a lo largo de todo el tiempo que llevo escribiendo este libro que lees – he pensado en la manera de abordar los capítulos que siguen a partir de este momento.

De esta forma, te diré que la persona que me está ayudando a hacerlo realidad, todavía se pregunta si le he sido sincera en todo. Cuando le respondo que sí, se sigue sorprendiendo, repitiéndome que cuando llegasen estos últimos compases de la obra, debería obrar el milagro de separar mi cerebro y mi corazón...

De este modo, me pidió que escribiera este capítulo en concreto que debería servir para que tú respires muy hondo, tomando conciencia de que todo lo que vas a leer a continuación es rigurosamente cierto. ¡Claro que lo es...!

Y no me río esta vez, no. Pues ruego a Dios – o a la vida en sí misma – para que me ofrezca el talento suficiente y poder transmitírtelo de la mejor forma posible.

Agarra bien el libro. Necesitarás de toda tu atención.

Mi amigo me mandó una carta por correo. Me sorprendió. De esta manera, en una llamada telefónica, me rogó que

El hombre escondido bajo el árbol

no la abriese hasta este preciso momento, cuando escribo este capítulo.

Estoy emocionada. Es justo para ti transcribirla para que sepas lo que me decía en ella:

“Querida, Laura:

Siempre te daré las gracias por confiar en mí. Me siento un verdadero privilegiado al haber conocido tu historia, antes que los lectores. Cuando me pediste ayuda, no fuiste consciente de que a su vez me ayudabas... Hoy me siento útil gracias a ti.

Sé que el camino hasta aquí no te ha sido fácil, Laura. He podido leer cada uno de los capítulos que preceden a este momento. He sabido el potencial de la trama y cómo has volcado tu corazón en cada frase. En cada palabra. Has ido abordando fielmente – paso a paso – todo lo que te pedí. De esta forma, el lector que ha llegado hasta aquí, ya forma parte de ti, sin duda. No tendrás que convencerle para que se entregue a la lectura y eso debería proporcionarte mucho alivio, así como la fuerza necesaria.

No decaigas, amiga. No presupongas, tampoco. Sé tan honesta, como lo has sido hasta ahora...

Ya sabes que creo en otros dioses. En esos que son más humanos. ¡Dioses que pecan...! Divinidades que siempre ayudan al débil para que puedan triunfar en las batallas más importantes.

Yo creo en ti, Laura. Mi nueva diosa pecadora...

Somos dueños de nuestras verdades. Procura que nadie cuestione tu verdad.

Antonio F. Ortiz

¡Adelante pues, escribe! ¡Llévanos al final...!”

Haré caso al maestro, a quien estaré eternamente agradecida.

Ven conmigo...

52. ALGO ES ALGO

S

i estábamos nerviosas antes, ahora lo estábamos mucho más, pues teníamos la invitación de los padres de Feder para ir a verlos a su pueblo. Hasta entonces yo había tenido la esperanza de que – de alguna forma – aquello nunca llegara a suceder. De que mi hermana se rindiese a la evidencia de que lo que pretendía no era viable, admitiendo que era una auténtica chifladura, por no decir que aquello nos podía meter en un buen lío...

Durante el almuerzo analizamos una y otra vez las distintas posibilidades que podían darse en aquella casa. De esta manera, pulimos hasta el último detalle para hacer creíble nuestra pantomima. Tendrías que haber visto a María, gesticulando cada una de las escenas. Me partía de la risa. Parecía una directora de cine que tuviera muy claro cómo llevar a cabo el rodaje.

Tras tomar el café – más una tarrina de vainilla y fresa de la que me encapriché – nos dirigimos hacia el parking dispuestas a recoger nuestro coche y partir pronto hacia Almazán.

Conduciendo hacia allí tuve la grata sensación de saber que ya estábamos de vuelta, pese a tener que pasar el trago de robar aquellas cenizas.

Mientras tanto, María seguía dándole vueltas al asunto: — ... Recuerda, en cuanto entremos, tú les hablas, soltándole todo el rollo de que éramos compañeras, *etc.* Y yo – mientras les entretienes – buscaré con la mirada dónde pueden tener la urna. Si la veo en la salita donde nos encontremos, daré dos golpes a tu pie con el mío. Eso quiere decir que tienes que indicarles que quieres ir al baño. Si veo que está en otro lugar, te golpearé tres veces, preguntaré dónde está el cuarto de baño y mientras tanto, tendrás que enrollarte como una persiana para distraerles...

Yo miraba la carretera, asintiendo callada. ¡La madre que la parió! ¡En qué lío iba a meternos...!

Llegamos a Almazán en menos de media hora. Apenas había tráfico. El pueblo nos pareció precioso. Sin más, nos bajamos del vehículo y le preguntamos a un policía municipal dónde se encontraba aquella casa, mostrándole la dirección que la prima de Feder nos había escrito en el papel que nos entregó.

El hombre nos indicó que aquella dirección estaba dentro del casco antiguo del pueblo. Y que debíamos dirigirnos hacia la Plaza Mayor.

Seguidamente el policía nos señaló un campanario:

— ... Tenéis que pasar por la Puerta de la Villa. Ese arco que veis al fondo. Allí está la plaza. La atravesáis, buscando la calle del Palacio. Y luego la de Las Monjas, que está seguida. Allí está la iglesia de San Vicente...

Le agradecemos la ayuda y nos encaminamos hacia nuestro destino.

— Anda que si nos pregunta por lo que llevas en el bolso... — le dije, resoplando.

— ¡Pues nada...! ¡Las cenizas de la hoguera de mi vecino! ¡Ni que fuera cocaína...! — exclamó, agarrando el asa con fuerza.

— Claro. ¡Lo más normal del mundo...!

Todavía me preguntaba por qué no la había tirado con el coche en marcha. Me río...

Al entrar en la plaza nos maravillamos con los edificios antiguos. La iglesia de San Miguel – una joya del románico. Así como el Palacio de los Altamira... ¡Qué preciosidades! Aquello hacía que el viaje mereciera la pena.

Avanzando por la calle del Palacio, pronto divisamos a lo lejos la que debía de ser la iglesia románica de San Vicente.

Una vez llegadas allí, miramos hacia la derecha, contemplando una pequeña placita donde en medio se erigía un fino ciprés no muy alto. Y de fondo la gran arboleda.

Miramos hacia la izquierda. En aquel lugar estaba la vivienda que buscábamos. No podía ser otra. De este modo, me encaminé hacia allí. Pero repentinamente vi cómo María se dirigía hacia el mirador:

— ... ¿Qué pasa, niña? ¡Vamos! Son más de las cinco...

— Espera... Y sin más, empezó a mirar el bello paisaje, con el río Duero pasando a nuestros pies...

Me puse a su lado:

— ... Es un lugar muy hermoso. Allá abajo no tenemos un río tan caudaloso...
— apunté mientras la agarraba por la cintura.

Pero de repente, me di cuenta de que tenía sus ojos cerrados.

— ... ¿Estás bien, Mari? ¿Qué te pasa? ¿Quieres que nos vayamos? Si no estás segura, nos marcharemos. Sé que es duro y...

— No. No es eso, Laura. Ya te contaré... Estoy bien, vamos...

No caería la breva de librarme de aquello:

— ... ¡Vamos! — me insistió — Recuerda todo lo que te he dicho...

Nos situamos frente a la puerta de aquella vieja casa. Y a continuación respiré hondo y llamé al timbre.

Al momento el padre de Feder abrió la puerta con una gran sonrisa:

— ¿Sois las compañeras de Feder? Adelante, pasad...

De inmediato apareció la esposa, a la que saludamos. María miraba hacia todos los lados, dibujando una sonrisa tan forzada como la mía. ¡Aquello era de chiste...! ¡Estaba atacada de los nervios!

Sin más, nos ofrecieron sentarnos en un sofá biplaza. María sujetaba la enorme bolsa blanca y sus dos bolsos.

El padre los cogió:

— ... Dadme vuestros bolsos y esa bolsa tan grande, los pondré en la entrada. Poneos cómodas...

Mi hermana no reaccionaba. Estaba en estado de shock. Y seguidamente el hombre se alejó con todas nuestras pertenencias.

— Entonces me ha dicho mi sobrina que erais compañeras de mi hijo en Álora. ¿Sois de allí? — nos preguntó la mujer.

El hombre se sentó enfrente de nosotras, junto a su esposa.

— Sí, de Álora. Dos perotas, como nos llaman a los de allí... — dije, forzando aún más la sonrisa — Ella es María y yo me llamo Laura...

Automáticamente los ojos de aquella pareja se posaron en la figura de mi hermana, la cual no paraba de mirar la habitación con cierta ansiedad.

— ... Estamos de viaje. Vamos en dirección a Zaragoza. Por una promesa que quiere hacerle María a la virgen del Pilar. Ella es muy devota y claro... Tenía que venir sí o sí. Ya saben cómo son las promesas. Si se hacen, hay que cumplirlas, ¿no...?

Buscaba la complicidad de mi hermana, pero ella se había quedado absorta, mirando a un punto de la habitación. Intenté averiguar si se trataba de la urna, pero tampoco quería parecer tan descarada.

En cualquier instante esperaba los golpes de su pie:

— ... Cuando supimos que había la posibilidad de pasar por Soria, no lo dudamos. Quisimos venir a verles. ¡Qué desgracia más grande...! ¡Feder era tan especial, ¿verdad, Mari...?!

Intenté darle un pisotón. Los padres no dejaban de mirarla. María estaba absorta, pero no sabía lo que miraba con tanta atención.

Súbitamente, la madre se puso en pie. Y como siguiendo la mirada de mi hermana, tomó un portarretratos de una vieja estantería. Y pausadamente se lo dio a María, quien comenzó a llorar. Era una foto de su amante...

— ¿Eres la María de Feder...? — preguntó la madre, de forma piadosa. ¡Espera! ¿Cómo ella sabía eso?!

— ... ¡Ay, mi niña...! ¡Pero cómo que estáis aquí?! — añadió, arrimando la cabeza de mi hermana contra su cuerpo.

Yo miré a los ojos del padre: — ¿Cómo saben esto? ¿Se lo dijo él...? — le pregunté avergonzada por haber intentado engañarles.

— Nos lo dijo, Manuel... — me contestó, dejándome desconcertada.

¿Manuel?! ¿Quién era ese tal Manuel?! ¿Qué estaba pasando?!

— ... No sabíamos nada sobre ella... Antes de ayer – justo el lunes por la mañana – llegó Manuel a visitarnos. No sé si sabéis quién es. Se trata de un amigo de la infancia de Feder. Él nos contó la relación que tuvo nuestro hijo con ella...

A continuación el padre y la madre nos explicaron que sabían todo de boca de ese Manuel. Sabían que ellos llevaban cuatro años juntos y que mi hermana estaba casada. Ese hombre les contó el amor tan grande que se profesaban desde entonces y cómo aquello nunca pudo saberse, ya que María no daba el paso de separarse de mi cuñado...

Agarré el brazo de mi hermana:

— ¡Mari! ¡¿Sabes algo de ese hombre?! ¡Habla, *leche*...! — le insistí. Su actitud petrificada me estaba sacando de quicio.

Finalmente habló:

— Hace mucho tiempo me habló de él..., pero no sabía que Feder le hubiera contado nada de lo nuestro a nadie. No sé. Lo siento...

La mujer acariciaba la cabeza de mi hermana. El hombre se tapaba la cara con sus manos. Mientras yo les revelaba que María y yo éramos hermanas.

Pero en ese momento el padre habló:

— Pero lo que no entiendo es lo que hacéis aquí...

Y cuando traté de justificar nuestra visita, el hombre prosiguió, dejándonos pasmadas.

— ... Manuel va hacia Álora, con las cenizas de Feder...

¡¿Cómo?!

María y yo nos miramos con las cejas arqueadas.

— ... Nos contó que hace mucho, Feder le pidió que si por algún motivo, él moría antes que tu hermana, Manuel debía venir aquí a pedirnos sus cenizas, ya que su deseo era que fueran esparcidas en el campo de vuestros padres...

¡El tal Manuel iba con nuestras cenizas hacia Álora!

— ... Nos dijo que te buscaría, María. Pero que lo haría con mucha prudencia. Solo te entregaría las cenizas a ti. ¡Pero estás aquí...!

— ¿Ese hombre iba directo a Álora? ¿Salió el mismo lunes hacia allá? — le pregunté al padre mientras le apretaba el brazo a mi hermana.

— Nos dijo que iba a Córdoba porque tenía que hacer unas gestiones de una

compraventa de un inmueble, ayer martes. Y que hoy miércoles, iba a viajar a Álorá desde allí, claro. Nos indicó que trataría de encontrar a tu hermana. Y creo que nos dijo que pretendía pasar la noche en algún hotel u hostel, ¿verdad, Montse...? Sabemos que tiene que volver a Soria en breve. Es un permiso que le han dado en su trabajo para hacer todo ese papeleo. Por eso ha aprovechado para hacer esto...

Pensé unos segundos:

— Entonces entiendo que si no la encuentra, volverá aquí con las cenizas, ¿no? El padre y la madre se miraron antes de contestar. Finalmente habló la madre, negando con la cabeza:

— No, hija... Nos dijo que si no era capaz de encontrar a María, Feder le indicó lo que tenía que hacer con las cenizas. Pero no nos lo contó. Sencillamente creyó que encontraría a tu hermana de una manera u otra... Pero claro, ¡esto no nos lo esperábamos! Y hay algo peor... No tenemos el teléfono de Manuel, ¿verdad, Mariano?

Mi hermana despertó de su trance:

— ¡Tenemos que volver cuanto antes al pueblo! ¡Tenemos que encontrarle antes de que sea tarde! ¡Sus cenizas tienen que estar conmigo en el campo!

— Tranquilízate, Mari. Tenemos que pensar bien las cosas... Puedo llamar a Iván y pedirle que le encuentre.

— ¡¿Con qué móvil?! ¡¿Y a qué número?! ¡No lo sabes! — me gritó, histérica
— ¡No sabemos ningún número de teléfono...!

Pensé otros segundos:

— Puedo meterme en Internet. Ya sabes, en algún ordenador que encontremos...

María se puso en pie:

— ¡No! ¡Tenemos que irnos ya! ¡No podemos arriesgarnos a perder las cenizas! ¡Ya has oído! ¡Manuel me busca, pero lo hace con prudencia! ¡No va a llegar al campo a entregarles las cenizas a papá y a mamá! ¡¿Cómo va a hacer eso?! ¡Me descubriría y él no pretende hacerme daño! ¡Intentará pasar

desapercibido! ¡¿Qué harías tú en su lugar...?!

Resoplé. Tenía razón.

María se abrazó a la madre de Feder:

— He amado a su hijo con toda mi alma... Pero fui una cobarde. Tenía que haber dado el paso. Haberme separado de mi marido para estar con él... Era un hombre maravilloso. Perdónenme...

— No hay nada que perdonarte, hija. Al revés, tenemos que darte las gracias por haberle amado. Por estar pendiente de él. Le llenaste de ilusión, cariño... Y sabiendo eso, la pérdida duele un poquito menos. Murió a tu lado. Murió feliz...

Apenas tenía saliva que tragar. También me puse en pie: — Vámonos, Mari. Tenemos un largo viaje por delante... — dije, resignadamente.

Sin más, nos despedimos de ellos. Una pena. Se notaba que los padres de Feder deseaban saber más cosas sobre aquella relación que habían tenido. Pero no había tiempo para eso. La madre le pidió el número de teléfono a María para poder charlar sobre ello. Curiosamente, a medida que la mujer lo apuntaba en una libreta, supe que no le estaba dando su verdadero número. Lo intuí. Mi hermana no estaba para eso. Ella solo quería salir de allí lo más rápidamente que pudiéramos.

Cuando llegó la hora de recoger nuestras cosas, miré la bolsa con el antiguo tambor de detergente donde metíamos nuestras muñecas, así como el viejo bolso con las cenizas de la hoguera de nuestro vecino. Directamente cogí su pequeño bolso marrón y también el mío de escay, mirando a María:

— ... Por favor, todo esto podéis tirarlo a la basura. Ni siquiera miréis lo que hay dentro de ese bolso gris... ¡Tiradlo todo!

Los padres se miraron extrañados y al poco asintieron con la cabeza.

María volvió a abrazarse a ellos. Y lo hizo como si estuviera abrazando al amor de su vida, sabiendo que no les volvería a ver nunca más. Ciertamente la imagen fue descorazonadora.

De esta forma, los padres de Feder nos desearon que tuviéramos un buen viaje, rogando para que tuviésemos mucho cuidado. Y justo cuando nos encontrábamos junto al ciprés, la madre salió corriendo de la casa:

— ¡María...!

Nos volvimos. La mujer llevaba el portarretratos en la mano:

— ... Toma, hija... Yo tengo muchas fotos de Feder. E intuyo que tú no tienes ninguna...

Mi hermana sonrió levemente, mostrando su gratitud.

— ... Buen viaje, mi niña. Eres una preciosidad. Hasta siempre...

Tomé a María del brazo, despidiéndome también de ella. Y al poco avanzábamos por la calle del Palacio, cabizbajas. Pero yo no podía permitir que el desasosiego nos invadiera:

— ... Niña, antes buscábamos las cenizas. Y ahora son las cenizas las que te buscan a ti... Feder lo planeó de esta manera. Y tiene sentido, vida... No puedes venirte abajo...

Y fue decir esta última frase y acordarme de la visita al oftalmólogo de mi madre. Ya sabes. Aquel que le tiró los tejos descaradamente... De esta forma – tratando de distraerla – le narré lo que ese oculista nos contó cuando su mujer le decía que únicamente le permitía venirse abajo, si ella le esperaba en el portal. De este modo, pude arrancarle una pequeña y breve sonrisa...

¿Qué quieres que te diga? Después de lo vivido, algo es algo...

53. RELOJES QUE ATRASAN CINCO MINUTOS

Q

ue yo te escriba ahora, contándote que la historia está llena de casualidades, no es nuevo para ti.

¿Quién nos iba a decir que iba a suceder esto, verdad? Nuestro viaje – cuyo fin era hacer una locura en definitiva – se daba la vuelta como un calcetín de lana de la mano de un nuevo personaje en esta historia: este misterioso Manuel.

Un amigo de Feder, el cual conocía su historia de amor prohibido junto a mi hermana. Un hombre y su locura: convencer a los padres de su amigo para que ellos le entregaran las cenizas de su hijo y posteriormente tratar de encontrar a la amante del muerto para cumplir la última voluntad del mismo que consistía en llevarle dichas cenizas para que ella pudiese esparcirlas en el campo de sus padres, como mi hermana y Feder lo habían hablado en el pasado.

Recuerdo que nos encontrábamos en la Plaza Mayor de Almazán, decidiendo qué hacer. Eran poco más de las seis de la tarde y estábamos a casi ochocientos kilómetros de Álora.

Teníamos que decidirnos pronto. Calculaba que si salíamos a esa hora – descansando un poco por el camino – tardaríamos no menos de diez horas en completar la ruta. Eso quería decir que llegaríamos al pueblo alrededor de las cuatro de la mañana. Pero aquello me parecía una locura para las dos. Íbamos a llegar molidas. Y no íbamos a adelantar nada, llegando tan temprano.

Le sugerí entonces la posibilidad de hospedarnos tan solo unas horas en Almazán. Descansar un poco y ducharnos. Y partir hacia Málaga a las once de la noche, para llegar sobre las nueve de la mañana.

Pero yo le hablaba de todo esto y María estaba literalmente en babia. Se veía que no asimilaba el cambio de planes. Las circunstancias la estaban desbordando. Sin más, me puse seria con ella, reclamando toda su atención.

Le repetí que pese a la prisa que tuviera por hallar a ese hombre antes de que fuese demasiado tarde, mi sugerencia se volvía la opción más sensata. Llegaríamos a una hora adecuada para hacer algún tipo de gestión, como podía ser el visitar las hospederías para encontrarle.

Ella no decía nada. Estaba decepcionada. Casi podía entenderla. Tal vez se sentía un poco engañada por Feder, ya que el hecho de que no supiera que él le había confesado todo a un amigo, era un fastidio, claro. Me ponía en su piel, pensando que por entonces existiese un desconocido para mí que supiera mi relación con Iván, por boca de este.

— ... ¿Qué hacemos, Mari? Antes vi un hostel junto a esa torre alta del reloj que nos indicó el policía. Podemos entrar y quedarnos unas horas. De nada

sirve llegar a las cuatro o las cinco de la mañana...

— Seguro que ahora mismo estará buscándome... ¿Por qué Feder me pidió que cumpliera su promesa, si este hombre iba a cumplirla por él? ¿Qué pinto yo en todo esto...?

— Mari, no te vuelvas loca. Céntrate, vida. Las cenizas jamás se verterán en la casa del campo, si tú no lo permites...

— ¡No es eso! ¡Ahora lo acabo de comprender! ¡Es mi disposición a encontrarlas lo que él quería de mí! ¡Tenemos que salir ahora mismo! ¡Sin tardanza...! ¡Si no vamos ahora, perderemos las cenizas! ¡Estoy segura...!

Yo no estaba de acuerdo y negaba con la cabeza todo lo que me estaba diciendo.

— ... Pero, ¿por qué eres tan cabezona, Laura?

— Porque a mí no me vas a volver loca, niña. Te repito que – en el mundo donde vivimos y no en los mundos de Yupi – si salimos a esta hora, llegamos a las cuatro de la mañana como muy pronto. Y a esa hora, en el caso de que el tal Manuel no se haya ido ya – que esa es otra – el tipo debe estar durmiendo, fijo. Y las cuatro y pico no es hora para ir preguntando nada a ningún lugar. Así que ¡hala! ¡Déjate de gilipollices y hazme caso por una vez!

— Pero Lauri...

— ¡Es mi coche, así que te jodes! ¡Nos quedamos unas horas! ¡A las once salimos y no quiero escuchar ni una palabra más! ¡Me vas a volver tarumba! ¡Y ya estoy harta...!

Sin más, eché a andar hacia el hostel que había visto. — ... ¿Vienes o no vienes? — le pregunté finalmente.

María se situó a mi lado y me dijo que haríamos lo que yo quisiera. Y yo le puse mis manos sobre sus hombros, dispuesta a que me escuchase:

— ... Mira, Mari. Hace unos años, un viejo compañero del colegio decía que a veces, cuando llega la hora de la verdad, nuestros relojes atrasan cinco

minutos. Es decir, que no tenemos que martirizarnos porque las cosas no salgan como queremos...

Ella miraba la foto de Feder que tenía entre sus manos.

— ... Nosotras podemos esperar cosas de la vida, cariño... ¡Pero la vida va a su bola, Mari! ¡La vida no espera nada de nadie! ¡Y esa es la lección más importante que nos da! ¡No debemos esperar nada! ¡Debemos vivir! ¡Y por mucho que pongamos toda nuestra intención para conseguir algo, la vida nos enseña que de nada sirve eso! ¡De nada sirve si llegamos cinco minutos antes, o cinco minutos más tarde a la hora de la verdad...! Las cosas suceden cuando han de suceder, niña... Nosotras planeamos, pero la vida ya tiene un plan para nosotras... Si hemos de conseguir finalmente esas cenizas, lo mismo será que salgamos ahora o dentro de cinco horas. Pero si no hemos de conseguirlas, por mucho que hagamos, no las conseguiremos...

Mi hermana negaba con la cabeza:

— No estoy de acuerdo, niña... Existe la manera de retorcer el destino. Y cuando vi a Feder en el hospital y me pidió que cumpliera su promesa, me lo dijo porque tenía que involucrarme para lograrlo... Los seres humanos también decidimos, Laura. Y tu postura – aunque la entiendo – es derrotista y resignada... Culpas al destino porque Iván llegó tarde a tu vida. ¡Es absurdo...! Tendrías que estar agradecida porque aun habiendo llegado tarde, podéis estar juntos el resto de vuestra vida. Y ahí decides tú, Laura. Que lo que te quede de vida, lo pases junto a Iván – bajo el sol y la luna – depende de ti. De una decisión tuya y no del destino. No le echés esa carga a Dios... No lo hagas. ¡No es justo! No somos simples personajes de una novela...

Pasó su brazo por mi cintura y apoyó su cabeza sobre mi hombro.

— ... Te haré caso. Estoy cansada de pensar. Vamos a ese hostel...

Aún le daba vueltas a lo que acababa de decirme. Iván pensaba de manera parecida. No se quejaba del destino. Él únicamente juzgaba que había llegado tarde, pero que no se había equivocado con nosotros...

Lo que no podía imaginar es aquello que el destino me tenía reservado para el viaje de vuelta a casa.

54. LA CONFESIÓN

E

n el hostel Puerta de la Villa descansamos esas horas previas antes de partir de vuelta a casa. En mi caso hasta pude dormir más de una hora. Pero según me confesó María, ella lo único que hizo fue dar vueltas y más vueltas sobre el estrecho colchón.

La entendía, por supuesto. Mi hermana solo pensaba en encontrar a aquel hombre antes de que fuera demasiado tarde. Pero al menos una vez estuvimos hospedadas en el hostel, me reconoció que habíamos hecho bien en esperar y descansar lo suficiente para emprender el largo viaje, admitiendo que de nada nos servía llegar a Álora en medio de la madrugada...

Sin más, bajamos las escaleras para abonar nuestra pequeña estancia. Pero aquello casi se pudo convertir en un drama, pues cuando María bajaba el último peldaño, no lo pisó bien y se cayó.

Por fortuna no se dobló el tobillo. Y aquello solo quedó en un susto. La dueña del hostel y un cliente que se encontraba en la barra, rápidamente fueron a nuestro encuentro para auxiliarnos, pero como digo no le pasó nada. Únicamente María estaba un poco dolorida. Y fue cojeando ligeramente hacia el lugar donde teníamos estacionado nuestro coche.

El reloj del vehículo marcaba que eran poco más de las once. Le repetí a mi hermana que si no había complicaciones, debíamos de llegar sobre las nueve de la mañana, explicándole que podíamos anticipar nuestra llegada – por supuesto – pero que haciendo las paradas necesarias para descansar, aquel viaje duraría unas nueve o diez horas.

Ella me miró de manera resignada, asumiendo que no había otra, mientras sacaba a La Patri de la guantera y la colocaba convenientemente en el parabrisas.

A continuación arranqué el coche, rogando para que nuestro paso por la maraña de carreteras de Madrid fuese lo menos accidentada posible. Y por suerte, así fue, a pesar de que La Patri nos desviaba de un carril a otro, como

si fuéramos una pelota de tenis...

A la una y media de la madrugada, al fin nos situamos en la autovía de Andalucía, con casi quinientos kilómetros por delante.

Recuerdo que en la radio escuchábamos un programa de misterio, cuando mi hermana me pidió que paráramos.

— ... Sí, Mari. Ahora pararemos. Pero quiero hacer media horita más. A las dos...

— No, niña. Para en cuanto puedas...

— ¿Te estás meando...? — le pregunté con una sonrisa.

Pero ella estaba seria e insistió en que parara el vehículo porque se sentía mal. Me fijé que no dejaba de manosear aquel colgante de sol y de luna.

— ... ¿Pero qué te pasa, niña? ¡No me asustes...!

— Para y te lo explico...

Me puse muy nerviosa, preguntándole una y otra vez si se encontraba bien, pendiente a su vez de que apareciera una maldita señal que indicase la proximidad de una estación de servicio.

Afortunadamente el indicativo no tardó en aparecer. Y al cabo de unos cinco minutos pudimos parar:

— ... ¡Bueno, niña, ¿qué te pasa?!

Sus ojos estaban humedecidos.

— Algo va mal, Laura... He estado un par de minutos que no veía nada de nada...

Me dio un pinchazo en el corazón.

— ¡¿Qué dices, cariño?!

— Lo que oyes. Estaba ciega... Nunca me había pasado esto. Tanto tiempo sin ver... Normalmente siempre han sido unos segundos. Pero esta tarde — cuando estábamos junto al ciprés, ¿recuerdas? — Allí mi vista fue nublándose hasta oscurecerse. Pero duró más tiempo de la cuenta y me asusté...

— ¡Mierda! ¡Hiciste una gilipollez cuando te escapaste del hospital! ¡A quién se le ocurre...! ¡Vamos directas al Clínico!

Ella levantó su mano, pidiéndome que la dejara hablar:

— No, Laura... Esto no tiene nada que ver con el accidente. Viene de antes... Me quedé de piedra.

— ... Hace un par de meses fui al médico de cabecera. Me dolía mucho la cabeza y tenía náuseas. Cuando estaba en la tienda, la claridad me molestaba. Yo lo achacaba al trajín de preparar las comidas y luego venderlas durante toda la mañana, de pie...

La escuchaba muy atenta. Cada palabra era un azote para mí.

— ... No le hacía mucho caso. Ya sabes que no me quejo cuando me duele algo. Pero uno de esos días me quedé ciega durante varios segundos. La Paqui se asustó cuando me vio que no reaccionaba. Incluso alguna clienta *enterailla* dijo que podía estar preñada. Ya sabes cómo es la gente...

— ¿Qué hiciste?

— Lo que te digo. Pedí cita en el ambulatorio y se lo conté todo al médico de cabecera. Y este me concertó una cita con un neurólogo...

— ¿Y fuiste? — le pregunté, aguardando que su respuesta fuera afirmativa. Ella asintió con la cabeza. — ... ¿Y qué te dijo, niña?

— Le expliqué mis síntomas y me mandó una resonancia magnética...

— ¿Y te la hiciste?

Ella negó con la cabeza.

— ¡Pero, niña...!

— ¡Escúchame! ¡Me dieron la cita para muy tarde! ¡Y yo achacaba todo aquello a los madrugones y al curro en la tienda...!

— ¿Entonces? ¿Feder lo sabía? ¿Se lo contaste...?

María tomó su colgante y empezó a mirarlo fijamente.

— No... No le dije nada. Pensé que era por lo que te he dicho. Quizá por no comer lo suficiente, ya sabes cómo soy de mala para comer bien. Laura, escúchame, cariño...

Yo tenía mi mano derecha en la boca, intentando asimilar lo que me iba a decir.

— ... El día del accidente no se nos cruzó ningún perro en la carretera...
Simplemente me quedé ciega unos instantes. Frené instintivamente. Y el camión que venía pegado a nosotros, nos embistió. Y ya sabes todo lo demás...

Resoplé. No me esperaba aquello. Le cogí su mano izquierda: — ¿Por qué no te quedaste en el hospital? Te iban a hacer las pruebas, Mari...
Ella se quedó en silencio. Y únicamente escuchábamos los coches que circulaban por la autovía.

— Yo me estaba haciendo la dormida, cuando llegó la enfermera a la habitación y le dijo a papá que me iban a hacer la resonancia...

— ¿Y por qué huiste, niña?

María suspiró y sus ojos se arrugaron, intentando que las lágrimas no corrieran por su cara.

No lo logró:

— Laura... Yo quería morirme...

Me enfadé:

— ¡Esa no es respuesta! ¡¿No pensaste en nosotros?! ¡No hacerte las pruebas es prácticamente admitir el suicidio, Mari! ¡Estás loca...!

— No importa...

— ¡¿Cómo que no importa?! ¡Claro que importa, niña! ¡Te vas a morir! ¡Y nos vas a matar! ¡Tenemos que ir al hospital! ¡Quizás estemos todavía a tiempo! ¡Si es un tumor, quizás lo puedan extirpar...!

Ella mostró una sonrisa resignada: — No voy a ir al hospital, Laura... Según lo que hablamos en la plaza de Almazán – haga lo que haga – las cosas sucederán como está escrito, ¿no? Eso dijiste... Por mucho que hagamos, nada podrá impedir lo que tenga que ser...

— ¡No es justo! ¡No hablaba de algo así! ¡Si pones de tu parte, tienes una

oportunidad...!

— En el caso de querer vivir. Pero no quiero, cariño... Tenía que haber muerto en aquel accidente. ¡Feder murió por mi culpa! Tenía que habérselo dicho. Pero por mi tozudez ocurrió todo aquello...

— ¡Tienes que esperar más de la vida...! ¡Si estás viva es por algo!
Ella asintió:

— ¿Cómo esperar de la vida si mi esperanza está hecha cenizas, Laura? Feder me espera. Pero antes tengo que traerle al campo. ¡Solo eso me motiva! La vida, niña, ya me da igual. ¡Me da igual...!

El silencio nos envolvió de igual manera que lo hacía la noche. Me abracé a ella entre lágrimas, poniendo mi cabeza sobre su pecho, donde escuché los latidos de su corazón, mientras María me acariciaba el pelo.

— ... Ayúdame a recuperar las cenizas, niña. Y déjame marchar... De adolescentes, siempre peleábamos por ver quién era la primera en hacer cualquier cosa o ir a cualquier parte. ¡Y casi siempre me ganabas, Lauri...! Esta vez seré yo quien llegue la primera allá arriba...
No sé lo que habrías hecho tú en mi lugar. Tal vez hubieras hecho caso omiso a lo que ella decía y la hubieses llevado al hospital sin dilación. Era lo más sensato, claro. Pero si la hubieras mirado a los ojos – como lo hice cuando pronunció aquellas últimas palabras – quizá comprendas por qué me resigné a acatar lo que ella deseaba. No sé... ¡Incluso aquello podría tratarse de una falsa alarma! ¡Tal vez no estuviera tan enferma y estuviésemos dramatizando demasiado...! El caso es que permanecemos abrazadas dentro del coche e incluso dormimos un poco.

No sé si estábamos llegando cinco minutos tarde o cinco minutos después a la dichosa hora de la verdad, cuando suceden las cosas que verdaderamente nos importan. Pero quise pensar que obrábamos ciertamente como queríamos y no como se espera que deberíamos obrar.

María tenía una certeza y una necesidad. Ciertamente necesitaba tener en su poder las cenizas de su amante... ¡Y por Dios que lo conseguiríamos a toda costa...!

55. FINGIR

A

las seis y media de la mañana llegamos cerca de Antequera, justo en el desvío donde teníamos que coger la carretera hacia Campillos. Ese fue el lugar donde decidimos parar para desayunar.

Hasta entonces no volvimos a hablar sobre su enfermedad, ya que gran parte del trayecto, María lo pasó dormida por fortuna para ella. Tenía la sensación de que se había quitado un gran peso de encima, contándome todo aquello. Y que precisamente su confesión hizo que pudiera conciliar ese sueño que tanto se le había negado durante todo el viaje.

Ahora comprendía muchas cosas. Sobre todo aquella imagen de mi hermana sobre la cama abrazada a sus piernas – mirando al infinito – pensando en quién sabe qué...

La sensación de que María pudiese perder la conciencia en cualquier momento, me tenía aterrorizada. Ya lo había confesado ella. Nunca había estado tanto tiempo sin poder ver. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Acaso aquella situación tan estresante le perjudicaba?

¡Era horrible! ¿Y mis pobres padres? ¿Qué dolor tan enorme sentirían al conocer la noticia! Desconocía la postura que tenía que adoptar sobre aquello. Contarles la verdad, ¿para qué? ¿Para hacerles sufrir también? Pero, ¿qué pensarían al ver cómo su hija se consumía poco a poco como una vela...?

María había tomado una decisión estúpida, fruto del sentimiento de culpa por haber provocado la muerte del amor de su vida, mezclado con la propia pérdida del ser que más había amado.

Cuando el camarero nos trajo nuestros desayunos – en aquella hora tan temprana – yo no pude callar el reproche que tenía atravesado en mi garganta:

— ... Has fingido muy bien...

María se sorprendió de aquella afirmación:

— Fingir se me da bien, Laura. Pero no solo a mí. A ti también. Hemos fingido tanto ser felices, que nos hemos acostumbrado a ello... Y ya no podemos dejar de hacerlo, niña. Incluso haciendo sacrificios dolorosos...

Pero fue decir aquello y querer rectificar de inmediato:

— ... ¡Perdóname! ¡No quería referirme al tema del aborto! ¡Por favor, no quería referirme a eso! ¡Es más...!

— No quieras arreglarlo ahora — la interrumpí — Tienes razón, niña. Hemos fingido muy bien, justamente porque nos hemos convertido en unas verdaderas expertas de cara a nuestras parejas. De cara a todos los que nos conocen y que hoy día no tienen ni idea de lo que nos ha estado sucediendo en todo este tiempo...

Ella asintió mientras le daba vueltas a la cucharilla del café lentamente.

— ... ¿Cuántas personas conoceremos que estarán fingiendo, Mari? ¿Cuántas que nos sonrían tratando de que no descubramos sus verdades? ¡Ya te digo que habrá más de dos! Es que esto es de risa, niña... ¡Vivir para los demás tiene tarea! ¡Como si a los demás les importara la vida de cada cual! ¿Quién inventó todo esto? ¿La religión que tanto profesas, niña? ¿O fue la vieja comunidad, inventando estas normas ancestrales para que sus miembros estuvieran bien avenidos? De risa, niña...

Mi hermana miró hacia la ventana:

— Ya amanece, Laura...

Yo giré la cabeza para verlo:

— No amanece para todos — apunté, imagino que mostrando una media sonrisa — Para las personas como nosotras — que vivimos en las sombras — nunca amanece...

Mi hermana me apretó la mano derecha con mucha fuerza:

— Yo no puedo, Laura. Pero tú estás aún a tiempo de ver ese amanecer.

¡Divórciate de Antonio!

— ¿Y qué pasa con Iván? Él no lo hará. Teme hacerle daño a su familia... — dije resignadamente.

— Da igual, niña. Al menos no tendrás que fingir más junto a tu marido.

— Esta cobardía no me permite tales excentricidades, cariño — volví a sonreír — lo sabes muy bien. No les daré ese disgusto a mamá y a papá.

Dejó de marear el café:

— ¿Pero de verdad crees que a ellos les va afectar mucho el que te divorcies de Antonio? Siempre he pensado que no tienen ni un pelo de gilipollas. ¡También han sido jóvenes! ¡Y eso se nos olvida, niña! Te aseguro que lo último que quieren es vernos infelices. ¡Y ellos saben que no somos felices...! ¿Dónde están nuestros niños, Laura? ¿Dónde está esa felicidad que debería rodear nuestras vidas ideales...?

— El hecho de tener hijos, o no tenerlos, da lo mismo para ser unas infelices — apunté, mirando mi taza.

— Ya sabes a lo que me refiero. Te he puesto el ejemplo de los niños para que puedas entenderme de algún modo. ¡Ellos intuyen que no hemos sido felices con las parejas que elegimos! ¿Cuántas veces te han visto malcarada con Antonio? ¿O a mí, callando los reproches que me hacía Miguel, delante de ellos...?

El silencio quiso sentarse con nosotras. Y únicamente se escuchaba el sonido que provocaba el camarero, tirando los posos del café dentro del cajón.

Pero cuando pretendí ahuyentar ese silencio, las puertas de la cocina se abrieron de par en par, asomando por las mismas una joven cocinera con una barriga enorme.

Sin más, la muchacha embarazada se aproximó a la barra para pedir un zumo de piña. Y yo observé cada uno de sus gestos, al igual que una cobra sigue el movimiento de la flauta Tumarit...

María se percató de ello:

— Sabía que te arrepentirías...

— Tendré que vivir con ello, Mari... Ha sido una mala solución. Pero una solución, al fin y al cabo. ¡Mejor no hablemos de eso...!

Mi hermana asintió con la cabeza repetidamente, mientras mostraba una mueca en su rostro que dibujaba una pronunciada media sonrisa.

Seguidamente me levanté para pagar: — ... ¡Quiero llegar al pueblo de una puñetera vez...!

56. UNA TRISTE RECOMPENSA

P

asamos por el desvío que conducía al pueblo de Pizarra y el reloj del coche marcaba que eran poco más de las ocho de la mañana. Le pregunté a María qué quería hacer al llegar al pueblo, exponiéndole mi opinión al respecto. De este modo, le señalé que aún era temprano, así como que podíamos acercarnos al campo de nuestros padres para dejar las maletas y así poder asearnos un poco.

Pero ella no quería ir allí. Deseaba encontrar a aquel hombre cuanto antes. Le insistí en que era un poco temprano para ir preguntando por Manuel. Y que lo conveniente era esperar – al menos – hasta las nueve para realizar dicha tarea, ya que total, una hora más tampoco iba a suponernos nada...

María se lo pensó unos instantes y me dio la razón. Pero no quiso ir a la casa de La Vega. Sugirió que fuésemos a su piso con nuestras maletas. Y de esta manera, darnos una ducha y cambiarnos de ropa. Aquello me pareció una buena idea y seguidamente nos dirigimos hacia allí con el coche.

Recuerdo que mi hermana se estaba duchando, mientras yo volvía a observar aquella preciosa foto que ella había realizado durante el tradicional acto de La Bajada de la Virgen.

Se me encogió el corazón. ¿Por qué?, te preguntarás. Pues porque pensé en todo lo que ella podía ofrecernos todavía. En la forma que tenía de ver la realidad. Es por ello que era tan buena fotógrafa. Poseía lo que se suele definir como un gran ojo clínico para la disciplina fotográfica. Esa manera de ver más allá de lo que otros ven. Los artistas mediocres imitan los detalles, pero los grandes captan el espíritu. De este modo, aunque María no tenía una

formación artística – ni conocía de las técnicas fotográficas – poseía lo más importante que debe tener un artista que se precie: talento innato. Y eso es imposible de aprender en una academia, ni haciendo mil cursos o masters...

Desde el baño María me preguntó qué hora era; y yo le contesté que lo suficientemente temprano como para que aquel hombre estuviera durmiendo a pierna suelta. A continuación me duché. Y al poco salimos en dirección a los aparcamientos de la entrada del pueblo.

Recuerdo que me costó aparcar un poco. El reloj marcaba las nueve en punto. Nos bajamos del coche y subimos las escaleras que conducían a la calle Carmona. Y mientras nos aproximábamos caminando al centro del pueblo, le pregunté dónde quería ir primero. Ella me indicó que deseaba ir al hotel don Pero.

De esta forma, nos encaminamos hacia allá, cogidas del brazo. Cuando llegamos a aquel establecimiento, preguntamos si tenían hospedado a algún cliente soriano, llamado Manuel. Pero el encargado nos indicó que no. Y el rostro de mi hermana mostró un poema al desaliento.

En la puerta del hotel nos miramos cariacontecidas: — ... ¿Qué hacemos, niña? — le pregunté entre el ruido de los coches que pasaban buscando el callejón de la Veracruz.

María tenía los brazos en jarra:

— Vamos al hostel Durán... Si él no está allí, la única hospedería que queda es la que está junto a Los Caballos. Macías, se llama, ¿no...?

Sin pensárnoslo dos veces, volvimos atrás en dirección a la céntrica calle donde está situado ese establecimiento de toda la vida. Pero no recordaba que íbamos a pasar por delante de la oficina de la Agencia Tributaria donde había trabajado Feder.

Mi hermana se detuvo unos instantes, mirando a las personas que entraban y salían de la misma:

— ... *Joder*, niña. Jamás creí que vería a nadie mirar una oficina de Hacienda de una forma tan entrañable...

María sonrió, se mordió el labio inferior e intentó darme un pellizco en el

brazo. ¡Qué guapa estaba cuando sonreía...!

A los pocos metros – en la misma acera – estaba ubicado aquel hostel que buscábamos. Sin perder un segundo, entramos y nos dirigimos al recepcionista:

— ... Buenos días. Venimos preguntando por un tal Manuel. Es soriano. Resulta que nos hemos enterado de que está buscando a mi hermana. Acabamos de regresar de un viaje y...

Pero el hombre me interrumpió: — Sí, mujer. Claro. Ha estado aquí. Pero precisamente se acaba de marchar hace cinco minutos...

¡¿Cómo?!

Mi hermana y yo entramos en pánico:

— ¡¿Y dónde ha ido?! — pregunté nerviosa.

— Lo acaba de recoger Fernando con su taxi...

Mi hermana se llevó las manos a la cabeza y comenzó a dar pequeñas vueltas, incontrolable.

— ¡¿Pero dónde ha ido, hombre?! ¡¿Lo sabes?!

— Claro, mujer. Va al Hacho. No sabía cómo llegar allá arriba y ha pedido un taxi para que le lleven...

María me cogió de la camiseta, gritando:

— ¡*Mierda*, va a tirar las cenizas desde allí!

Yo la miraba sin creer lo que me estaba diciendo.

— Eso es. Llevaba una urna azul consigo... — apuntó el recepcionista.

Mi hermana salió corriendo, gritando que fuéramos hacia el coche.

Atacada de los nervios, le di las gracias a aquel hombre y salí detrás de ella.

— ¡Corre, niña! ¡Las va a tirar...! ¡Por cinco minutos, *joder*! ¡Qué mala suerte...!

— ¡Espera, Mari! ¡No corras! ¡Deja que vaya yo sola a por el coche!

¡Espérame frente al bar del Chismo...!

Como alma que llevaba al diablo, atravesé la Fuente de Arriba ante los ojos curiosos que contemplaban aquella escena. María corría detrás de mí y tuve que gritarle que no corriera. No quería que le pasase nada.

— ... ¡Espera aquí!

— ¡Corre, Laura! ¡Estamos a tiempo! — me gritó, deteniéndose junto al bar.

¡Maldita sea! ¡Qué mala suerte! Si en vez de haber ido a preguntar primero al hotel don Pero, hubiéramos ido al hostel Durán, le hubiésemos encontrado a tiempo. La vieja teoría de mi antiguo compañero – que afirmaba que cuando llegaba la hora de la verdad, nuestros relojes atrasaban cinco minutos – se cumplía a la perfección. ¡La madre que lo trajo...!

Arranqué el vehículo y casi me choco en el aparcamiento con una muchacha que conocía – hija de una vieja vecina – que se marchaba hacia la universidad.

No llegó a un minuto cuando María se montaba en el coche:
— ... ¡Vamos, Laura! ¡Písale! — ¡¿Pero cómo le voy a pisar?! ¡¿Quieres que me lleve a medio pueblo por delante?!

La situación era frenética. María se lamentaba una y otra vez. Decía que habíamos sido unas estúpidas por tomarnos todo aquello con tanta calma. Mientras yo miraba la calle, pendiente de no atropellar a nadie.

A los pocos minutos llegamos a la rotonda de la fuente de La Manía y seguido tomamos la antigua carretera que conduce a Carratraca.

Cuando pasamos por delante del Convento de Flores, María le gritó a la Virgen pidiéndole su ayuda. El corazón se me iba a salir por la boca para no volver jamás. ¡Dios mío, qué tensión! ¡Parecía que no llegaba nunca el desvío para tomar la vieja carretera que llevaba a lo más alto del monte Hacho!

La intención del tal Manuel estaba clara. Pretendía llegar a la enorme cruz que se divisa desde cualquier parte del valle del Guadalhorce.

María – muy afectada – me confesaba por el camino que ellos iban allí a menudo en una moto que tenía Feder. Porque estando allí nadie les veía. Desde aquel lugar tenían el pueblo a sus pies y podían contemplar ese sol y esa luna que tanto añoraban...

La carretera estaba fatal. Aparte de estrecharse, la misma tenía unos boquetes que hicieron que prácticamente usara a menudo la primera marcha del coche por miedo a romper los amortiguadores.

María se desesperaba; y yo solo le decía que íbamos a llegar a tiempo...
Por fin vimos el taxi.

Y en cuestión de unos segundos aparqué el coche junto al mismo. María abrió la puerta cuando ni siquiera me había detenido del todo. No había nadie dentro de aquel vehículo.

A mi hermana no le salía ni un suspiro de su boca. Estaba como desorientada, pese a haber estado allí.

Como saben los que viven por aquí, desde aquel lugar donde nos encontrábamos hasta la cruz, no se puede ir en ningún vehículo, por tanto, nos separaban más de cien metros de terreno abrupto, lleno de matorrales. Yo no subía a allí desde que era una chavala:

— ... ¡Vamos a la cruz! — le grité.

Pero en ese momento Fernando — el taxista — apareció con el ceño fruncido. De inmediato se sorprendió de vernos allí.

— ... ¡Fernando, ¿dónde está el hombre que has traído?!

— Va andando hacia la cruz. Le he acompañado hasta la mitad del camino.

Pero me ha dicho que le espere aquí... ¿Habéis visto cómo está la carretera?
¡La próxima vez va a venir aquí su p...!

Mi hermana pasó tan rápido por su vera, que casi le tira. — ... ¡¿Pero qué pasa?! — preguntó sin entender nada.

María comenzó a gritar, mientras se dirigía corriendo hacia allá, esquivando los arbustos y los cardos borriqueros:

— ¡No lo hagas!

— ¡¿Qué no haga el qué?! — preguntó Fernando con la cara descompuesta —
¡No me jodas que se va a tirar...!

Yo salí corriendo detrás de mi hermana.

— ... ¡La madre que parió al *desgraciao* este! ¡¿Se va a tirar con las cenizas...?! — me preguntó justo al pasar por su lado.

Pero yo levanté los brazos, gritándole a María que tuviera cuidado. Y Fernando corrió detrás de mí, lamentando su mala suerte:

— ¡No te tires, mamón...! — gritaba a cada instante.

Yo veía a mi hermana fuera de sí, sin saber bien qué senda tomar para llegar antes a la cruz. Y repito que ella había acudido a aquel lugar muchas veces:

— ¡No sigas por ahí! ¡Sigue por la derecha que es más sencillo! — le indicó Fernando, viendo titubear a María a lo lejos.

Ella continuaba gritando, pidiéndole a Manuel que no hiciera lo que estaba dispuesto a hacer. Pero Fernando entendía que aquel hombre pretendía suicidarse, lanzándose por el precipicio con las cenizas. Visto desde ahora, aquella delirante escena rozaba el esperpento, si no era ridícula de por sí...

Pero de repente, vimos cómo mi hermana se caía al suelo, sin poder levantarse:

— ¡María...! — grité con un gran escalofrío.

Tardé varios segundos en llegar hasta ella.

— ... ¡Mari, cariño, ¿estás bien?!

— ¡No veo nada, Laura...! ¡Corre! ¡Las va a tirar! — me gritó con impotencia.

Yo me volví hacia Fernando:

— ¡Por favor, ayúdala!

Sin más, me giré y comencé a correr con todas mis fuerzas.

Al poco vi la cruz. Y a Manuel que se encontraba de rodillas bajo la misma.

— ... ¡Manuel! ¡Espera, por Dios!

El hombre me miró y se puso en pie.

— ... ¡Espera, hombre, espera...!

Me faltaba el aire. Vi que a un metro tenía la urna azul y que en sus manos sostenía lo que me pareció un trozo de papel, en un principio.

— ... ¡Soy Laura, la hermana de María! ¡¿Las has tirado...?! —

Manuel tenía los ojos enrojecidos y sin más, me entregó lo que tenía en su mano. Era una fotografía plastificada. Y había algo escrito detrás de la misma:

— Estaba aquí escondida. Justo en la base. Lee... — me confesó casi susurrando.

Le di la vuelta a la foto y leí:

El amor llega siempre a su hora. Y nosotros, pese a todo, fuimos puntuales. Nunca es tarde desde que nos conocimos...

Por todas aquellas frases que rompías en mil pedazos. Y por todas aquellas fotos juntos que siempre borrabas...

Te amo, María.

Te espero para contemplar el sol y la luna durante toda la eternidad...

Resoplé. La imagen mostraba una foto que ellos se habían hecho precisamente sentados en la base de la enorme cruz.

Pero al instante apareció mi hermana – dolorida – cogida del brazo de Fernando, el cual mostraba el alivio en su rostro al ver que Manuel estaba de una pieza.

María habló:

— ¡¿Las tiraste?! — le preguntó con una voz cargada de lamento.

— ¡¿Puedes ver?! — le pregunté a su vez muy preocupada. Ella me dijo que sí. Y a continuación se puso cara a cara con Manuel:

— ... ¡¿Las tiraste?! — volvió a preguntarle con la ansiedad dibujada en la cara.

El hombre se secó las lágrimas con la mano. Y acto seguido se giró para agacharse a recoger la urna con sumo cuidado. Seguidamente se la dio a mi hermana con el rostro muy serio.

Me temía lo peor:

— No, cariño, no las tiré...

María nos mostró la sonrisa más bonita que le recuerdo. Y como quien se sumerge en el descanso, dejó caer su cabeza sobre el hombro del soriano, muy emocionada, mientras este la abrazaba delicadamente.

El pobre Fernando nos miraba sin comprender nada. Y yo le besé en la cara, agradeciéndole su ayuda.

Gracias a Dios, las cenizas estaban en nuestro poder. Sí, lo sé. Aun así, era una triste recompensa...

57. MANUEL

A

El rato Manuel montó en nuestro coche y juntos nos dirigimos a la cercana venta de Los Conejitos. Aún tenía que respondernos muchas dudas que estaban en el aire.

Tenías que haber visto la cara de María mientras leía y releía aquellas frases que estaban en el dorso de la fotografía que Manuel había sacado de la base de la cruz. Estaba tan emocionada... ¡No se lo podía creer! De aquella sorprendente forma, Feder se había vuelto a poner en contacto con ella. ¡Quién lo podía imaginar, ¿verdad?!

Cuando el camarero nos trajo lo que le habíamos pedido, Manuel empezó a relatarnos todo:

— ... Sí, María. Sabía lo vuestro desde hacía mucho tiempo. Casi desde que empezasteis vuestra relación. Feder y yo nos conocemos desde que estábamos en la escuela. Era un hombre estupendo... Y tan estupendo era, que un mal día – en una noche de borrachera – yo le confesé que le amaba; y él supo entender mi sentimiento, aunque no lo compartiera...

Mi hermana y yo nos miramos un instante, tratando de no mostrar demasiada sorpresa por aquella confesión.

Él se reía: — ... Tranquila, María. Eso pasó hace muchísimos años. Me confundí. Feder nunca había tenido novia, como yo. Pensé que también podía ser gay. Ya sabes que lo tenía todo para tener pareja. Era muy guapo. Sumamente inteligente y también, muy sensible. Sin embargo, era muy exigente en el amor. Por ello debes estar muy feliz. Ninguna de las mujeres que le pretendieron – como yo – consiguieron su atención...

Le escuchábamos muy atentas. María acariciaba la urna azul con las yemas de sus dedos, como si la misma pudiera sentirlos.

— ... Llevaba un tiempo sin hablar con él. Se acaba de trasladar aquí y perdimos un poco el contacto, la verdad. Pero al tiempo me llamó por teléfono muy angustiado. Me confesó lo que le ocurría. Que se había enamorado de una mujer casada, para su desgracia. Y que tú no terminabas de dar el paso de separarte de tu esposo...

El hombre le dio un sorbo a su café, mientras mi hermana miraba un punto en el infinito.

— ... Me decía que se ahogaba al no poder vivir vuestro amor en plenitud. Y que siempre intentabais tener vuestra intimidad. En numerosas ocasiones en su casa, claro. Pero anhelaba poder pasear contigo por las calles del pueblo. Como cualquier otra pareja, naturalmente. Mirar al cielo y disfrutar... Los años pasaban y Feder poco a poco se desesperaba por no lograr ese sueño... Un día me sorprendió. Me dijo que tenía que decirme algo muy importante...

— ¿Qué era? — le pregunté. — Me indicó que yo era el único que podía ayudarle. Me dijo que quería que sus cenizas descansaran junto a las tuyas, en el campo de tus padres. Yo me tomé aquella llamada a cachondeo, claro. Pero él se alteró. Me gritó que tenía que ayudarle. Entonces sentí que me lo estaba pidiendo en serio. De este modo, me indicó cómo tenía que obrar, según lo que pudiera suceder. Asimismo me comentó que si él moría antes que tú, yo tenía que encontrarte de manera prudente y entregarte sus cenizas...

— ¿Y si ella moría antes que él? — le pregunté muy interesada.

— Entonces fue cuando me habló de la cruz del Hacho. En concreto me dijo que si por algún motivo no podía encontrar a tu hermana – cosa que era difícil que ocurriera, aunque haya estado a punto de suceder – tenía que subir aquí. ¡No daba con ella! Traté de ponerme en contacto contigo, María, a través de la red social, pero no respondías a mis mensajes...

— Dejé el móvil aquí...

— Todavía no me creo que hayáis vivido esta odisea para conseguir las cenizas. ¡Es muy fuerte...! — reconoció, sonriendo.

— Pero no me has respondido — le dije — ¿Qué pasaba si mi hermana moría antes que Feder?

— Eso mismo. En el caso de que él muriera también – y yo estuviese vivo, naturalmente – no quería que cualquiera esparciera sus cenizas en el campo. En un principio quería que yo me asegurase de que terminaban allí. Yo le dije que no podía prometerle eso. No podía meterme en una propiedad privada, así

como así. Y menos para esparcir eso... Entonces pensó en El Hacho para que las arrojara desde allí. Me contó que acudíais a menudo para poder estar bajo el cielo. Respirar aire puro...

— ¿Cómo supiste que la foto estaba escondida en la base de la cruz? — le preguntó María.

— Una noche me llamó, sollozando... Me dijo que estaba llevando muy mal vuestra relación. Me contó que le dijiste que si le pasaba algo a él, no tenías ningún recuerdo. Le confesaste que habías roto todos los papelitos que te entregaba en la tienda. Y que habías borrado todas las fotos por miedo a que tu marido o alguien las descubriera...

Ella asintió con la cabeza, llorando. Tuve que darle un clínex para que pudiese sonarse la nariz.

— Entonces me dijo: “Manolo, por favor, si me muero – cuando le lleves las cenizas – debes decirle a María que vaya a la cruz. Allí debe mirar en la base de la misma. Dentro he metido una fotografía plastificada...”. Cuando estaba allí – antes de tirar las cenizas – quise comprobar si era cierto. Y aquí la tienes, cariño...

Aquel hombre tomó las manos de mi hermana, requiriendo su atención:

— Has sido una mujer afortunada, María. Créeme que yo le amaba tanto, como le has amado tú... Cuando le confesé mi amor, ¿sabes lo que me dijo por entonces...?

María le miró, fijamente.

— ... Me dijo: “amigo mío, lo mejor de mi vida es saber que alguien como tú está en ella, apreciándome de tal modo. Hoy mi corazón late a medias y para ser completo necesita latir junto a la persona que yo ame. Por desgracia, Manolo, no eres tú... Sé que el amor pide cita allá donde no es invitado. Lo siento...”

Mi hermana esbozó una sonrisa y le acarició la mejilla con su mano, diciéndole:

— Gracias por amarle tanto. Desde que le conocí, supe lo que significa el verbo “amar”. Sé lo que me digo, Manuel. Gracias de verdad...

El soriano se levantó y le dio un fuerte abrazo a mi hermana. Al poco nos dirigimos de nuevo al pueblo. Posteriormente le acompañamos a recoger su equipaje al hostel. Y seguido fuimos a los aparcamientos, donde él tenía estacionado su coche.

— ... Este lugar es maravilloso. Entiendo por qué Feder me hablaba tan bien de estos pueblos andaluces. Hasta siempre, María. Adiós, Laura...

Y se fue. Allá acababa el periplo de la búsqueda de aquellas cenizas. Por desgracia, ahora quedaba lo peor...

58. IRSE A PIQUE

R

Recordar este episodio que nos tocó vivir a mis padres y a mí, es un trago muy amargo. Cuando me quedo pensando en él, trato de recordarlo como una sucesión de imágenes mudas. Lo que sucedió en el campo horas después de despedirnos de Manuel – aunque lo esperaba de algún modo – jamás pude llegar a imaginarlo.

Mi hermana se rompió.

Aquella mañana, María consiguió lo inimaginable. Que una jornada de verano, llena de luz y de calor, poco a poco se transformara en un día gris, lleno de escalofríos.

Sus gritos de lamento se escucharon por toda la vega del río. Unas veces esparcía los restos incinerados de forma ceremoniosa; otras le daba por meter su mano bruscamente en aquella urna de fibra de vidrio, lanzando las cenizas al aire a puñados...

Nunca olvidaré la expresión de su cara. Parecía otra María. El dolor deformaba su rostro. Por segundos se quedaba como ida, pendiente de quien sabe qué. Pero al momento soltaba por su boca un alarido angustioso y largo.

Muy largo... Sacudía el alma de cualquiera.

Incluso mi vecino Pepe – que jamás había dejado de mirar aquel oscuro boquete de su olivo centenario – giró su cabeza para ver lo que le sucedía a mi hermana. Por fuerza tenía que conmoverle lo que veía. Se trataba de la misma niña que en el pasado había agarrado de la mano y llevado de paseo para que pudiera bañarse en las antiguas acequias.

Entre mi padre y yo tuvimos que sujetar a mi madre con fuerza. Quería ir en auxilio de su pequeña, naturalmente. Pero le repetíamos una y otra vez que ella tenía que vivir aquel duelo.

Jamás me preguntaron de quién eran aquellas cenizas. Lo sabían de sobra, claro. ¡Todos lo supieron de sobra! María se encargó de que nuestros vecinos supiesen de quién se trataba, aunque ella no pronunciara el nombre de su amado...

Finalmente se cayó de rodillas al suelo con la cara enrojecida por el llanto, abrazando a aquella urna azul *navy*, donde se adivinaban las siluetas de tres pequeñas mariposas blancas.

Así acabaron aquellos largos y angustiosos minutos donde mi hermana zozobró como un viejo barco en una implacable tormenta.

Fue una experiencia inolvidable, a nuestro pesar...

59. NO LO ESPERABA

F

inalmente entre mi madre y yo llevamos a María a su habitación. No olvidaré la expresión abatida de mi padre, sentándose en su mecedora, mientras nosotras subíamos la escalera lentamente.

María se tumbó en la cama sin dejar de abrazar aquel recipiente azul. Mi madre ni siquiera hizo un intento por arrebatárselo. Intuía que mi hermana se hubiera dejado arrancar un brazo antes que desprenderse de esa urna, la cual estrechaba contra su pecho como si fuese el mismísimo cuerpo de Feder.

En la puerta de la habitación le aconsejé a mi madre que no debía separarse un segundo de ella:

— ... ¿De dónde habéis sacado esas cenizas, niña? ¿Dónde habéis estado? — me preguntó con una mezcla de intriga y desazón.

Besé a mi madre en la cara:

— ¿Para qué preguntas, mamá, si ya lo sabes...? No la dejes sola.

Seguidamente le indiqué que al día siguiente volvería para verla. Le expliqué lo que me había pasado con el móvil, así como mi intención de ir antes a la tienda de mi amiga Mariló para ver qué podíamos hacer al respecto. Tenía ganas de volver a mi casa y así poder descansar de aquella jornada tan intensa.

Cuando bajé las escaleras, mi padre me observaba muy serio. Sin más, me acerqué para despedirme de él, cuando manifestó lo siguiente sin esperarlo:

— ... Ya me lo contó tu madre, niña. Si quería tanto a ese hombre, ¿por qué no se separó de Miguel y se fue con él...?

¡Dios! Aquello no me lo esperaba, te lo aseguro. Fue como si hubiera metido su mano dentro de mi pecho para estrujarme el corazón. Me quedé bloqueada. No supe qué contestarle y me limité a besarle en la mejilla. Aquella pregunta me perseguiría hasta el Cerro de las Viñas...

Al fin llegué a mi casa. Allí se encontraba Antonio, quien con una mezcla de desdén y fingido enfado, me preguntó por qué no le había llamado por teléfono en todo ese tiempo. De este modo – aún con el sinsabor de lo sucedido en la casa del campo – le expliqué que no pude ponerme en contacto con nadie, por culpa de aquel despiste en la gasolinera.

A continuación le pregunté si tenía que trabajar por la tarde. Para mi disgusto me contestó que tenía el día libre. ¡Un fastidio! Necesitaba hablar tranquilamente con Iván para poder desahogarme. Visto lo visto, pensé que solo podría hacerlo a través del portátil.

El reloj marcaba casi la una de la tarde. Aquel era el último día para él en el

colegio. Por lo que decidí esperar unas horas para que pudiéramos chatear juntos. Únicamente entré en la red social para enviarle un primer mensaje y que, de esta manera, pudiera saber que ya estábamos aquí.

Hasta entonces no paraba de darle vueltas a todo lo que había sucedido durante el viaje. ¡Qué locura! Y qué final tan lamentable, ¿verdad?

Al fin – y con el incordio de tener a Antonio en casa – pude chatear con Iván. En un primer momento me indicó su deseo de vernos cuanto antes, pero a su vez me explicó que no podría ser esa tarde, ya que tenía que llevar a David a la capital, debido a unas pruebas que estaban realizando en el coro de la orquesta Ciudad de Málaga.

¡Otro fastidio! Contaba con verle en nuestra calle del Porvenir cuando anoheciera, aun fingiendo ante Antonio que iba a hacer deporte, usando la misma excusa de Iván. Pero como lees, mi gozo en un pozo...

Durante el poco tiempo del que dispusimos, tan solo le pude contar la enorme sorpresa que nos llevamos en Almazán, cuando los padres de Feder nos confesaron que las cenizas viajaban hacia el pueblo. Por supuesto que aquello le sorprendió tanto, como te pudo sorprender a ti cuando lo leíste.

Sin más, quedamos en chatear de nuevo en cuanto regresara de Málaga. Pero finalmente no pudo ser. Iván me explicaría más tarde que Alicia y David quisieron ir al centro comercial Vialia para comprar e ir al cine, juntos.

De esta forma, aquella noche transcurrió en el sofá junto a Antonio, quien no paraba de reírse con una boba comedia que echaban en la tele. Tardé muy poco en quedarme dormida...

A la mañana siguiente estrenábamos el mes de julio. Tras desayunar, fui a la tienda de telefonía. Allá le narré a Mariló todo lo que me había pasado. Por suerte, comprobó que nadie había hecho un uso indebido del móvil extraviado. Le pregunté si existía la posibilidad de hacer un duplicado de la tarjeta SIM y, de esta manera, poder seguir usando el mismo número de teléfono.

Ella me contestó que no había ningún problema en ello, y al momento se puso a la tarea, tras haber elegido un nuevo terminal del catálogo de la operadora.

Sin más, le señalé que tenía que ir al supermercado, preguntándole a su vez si ella podía hacer aquellas gestiones sin mi presencia. A lo que me contestó afirmativamente.

A los diez minutos ya me encontraba en los pasillos del super, empujando el carro de la compra, cuando me encontré con una vecina de mis padres. Siento reconocer que fue un desagradable encuentro.

La mujer me preguntó por María; y yo no podía dejar de pensar que ella podía haber escuchado aquellos penosos alaridos. De este modo, no quise darle muchas explicaciones. Sencillamente le dije que ella se encontraba bien, gracias a Dios. Pero como sabes, por desgracia aquello no era cierto...

De repente, escuché un grito, llamándome. Era mi prima Cristina:

— ... ¡Laura! ¡Por Dios, Laura, menos mal que te he encontrado...!

— ¡¿Ha pasado algo?! — le pregunté con el alma en el suelo.

— ¡Tu hermana...!

Me quise morir.

— ... ¡Está muy mal! ¡Se ha puesto como una loca! ¡Quiere verte! ¡Tu madre me ha llamado! ¡Me ha dicho que estás sin móvil!

— ¡¿Cómo has sabido que estaba aquí?! —

— ¡Tu madre me dijo que ibas a ir a lo de Mariló! ¡He estado en su tienda y ella me ha dicho que estabas comprando aquí! ¡Vamos! ¡Deja la compra...!

¡Dios mío, ¿qué le pasaba a María?!

No sé cómo no me despeñé por las curvas de Trabanca, la verdad. Estaba muy nerviosa. Me temblaba todo. Estaba claro que tenía que llevarla al hospital. No podía dejarla a su suerte, por mucho que ella no quisiera dar ese paso, negándose a vivir.

Pasé como un rayo por la Barriada del Puente. Y a los pocos minutos aparqué el vehículo junto al porche y salí disparada hacia la casa. Detrás de mí lo hizo mi prima, quien corrió de igual modo. Allá, mi padre — llorando — nos gritó que subiésemos rápidamente.

Al llegar a la habitación, mi madre y mi tía Rosa sujetaban a mi hermana, quien no paraba de convulsionarse sobre la cama. ¡Qué imagen...!

— ... ¡Ya está aquí, Mari! ¡Tranquilízate, niña! — gritó mi tía.

María alzó la vista por encima del hombro de mi madre.

— ¡Dejadme a solas con Laura! — gritó.

Pero no paraba de moverse.

— ¡Dejadla, mamá! ¡La estáis poniendo más nerviosa! — exclamé a su lado

— ¡Quiere hablar conmigo y ya estoy aquí!

Mi madre y mi tía la soltaron. Y María se quedó muy quieta.

— Mari, ¿qué te pasa? — le pregunté mientras con la mano les indicaba que nos dejaran a solas.

Ya te dije que mi madre es una mujer fuerte, pero en ese instante casi pierde la conciencia cuando se puso en pie. Es mayor. Ya no estaba para trotes así.

Gracias a mi tía y a Cristina, la sacaron del dormitorio entre lágrimas. La urna estaba hecha pedazos en el suelo.

María no esperó a que ellas cerrasen la puerta y me agarró el brazo con fuerza:

— ... ¡Laura, no puedes ser tan cobarde como lo fui yo!

— ¿Pero qué dices, niña? Esto ya lo hemos hablado. ¡¿Así te pones por eso?!

Ella me apretó con mucha más fuerza: — ¡No quiero que acabes como yo! — gritó fuera de sí — ¡Debes ser valiente! ¡No eres feliz con Antonio! ¡Rompe con él! ¡Estás a tiempo!

— No, mujer. Ahora es más tarde que nunca... — le dije con media sonrisa, resignada.

Ella me soltó el brazo y dejó caer su cabeza sobre la almohada. Por fin, unos segundos de silencio.

— ... Mari, cariño... Tenemos que ir al Clínico. ¿No te ves, mujer? Nos estás haciendo mucho daño. Y más nos harás, si no pones de tu parte, vida... Te tienen que ver bien. No puede dejar que te lleve la...

— Sigues embarazada...

¡¿Cómo?!

— ¡¿Qué dices, niña?! — le pregunté con la boca seca.

— No te hicieron el aborto. No les dejé... No podía permitirlo. Sabía que te ibas a arrepentir...

No podía articular ni media palabra.

— ... Cuando estábamos en aquel despacho, lo vi claro... Firmaste aquellos papeles de consentimiento con un garabato. Conozco tu firma muy bien, Laura. Escribes tu nombre con muy buena letra...

No podía creer lo que me estaba diciendo. No esperaba aquello.

— ... Algo me hizo clic en la cabeza. Pregunté si podía entrar contigo. Creí que me iban a decir que no e iba a liarla. Pero dijeron que sí. Y esperé. Esperé a que te durmieran. Y maduré que era el mejor momento para hacerlo. No quería que te enfadaras conmigo. Y que te negases a llevarme a Soria...

— Mari, ¿qué estás diciendo...?

— ... Cuando estabas en la camilla, me miraste, ¿recuerdas? Yo te lancé un beso... Cerraste los ojos. Y en ese instante grité basta...

Se puso las manos en la cabeza.

— ... Les dije que no podían continuar. Que tú habías firmado el consentimiento con una firma falsa. Y que si no paraban en ese momento, iba a denunciarles por fraude al saltarse la ley, por falsear los tres días de reflexión que no te dieron...

Sonrió.

— ... Quisieron sacarme de allí, pero yo me puse como una loca. ¡Tal vez como ahora...! Les volví a amenazar con denunciarles. Les grité que iba muy en serio. Cuando les vi dudar, les dije que yo asumiría toda la responsabilidad. Que firmaría todos los papeles que quisiesen. ¡Incluso con mi huella, si fuera preciso! Pero que no te iban a tocar ni un pelo...

— ¡Estás loca! Te lo estás inventando todo. ¡Y me haces daño...!

Me volvió a agarrar el brazo: — ¡Te juro que es verdad...! Cuando

despertaste, yo no estaba a tu lado, ¿recuerdas? Venía de firmar que me responsabilizaba de todo, siempre y cuando no te dijiesen nada, claro. Por eso estaba aquella enfermera tan borde. Pero no lo estaba contigo, ¡lo estaba conmigo, Laura...!

— ¡No puede ser verdad!

— ¡Lo es! — gritó.

Me levanté de la cama:

— ¡¿Pero sabes lo que has hecho?!

— ¡Claro que lo sé! ¡Darte el empujón que necesitas de una puta vez! ¡Estás arrepentida y lo sabes!

— ¡No estoy arrepentida! — le grité mientras volvía a sentarme a su lado —

¡¿Sabes el lío en el que me has metido?!

— ¡Lo sé! ¡Y créeme que me lo agradecerás el resto de tu vida...!

Llegó el silencio que lo impregnaba todo. No podía asimilar aquello. Mi cabeza era una bomba a punto de estallar.

De este modo, asumí que era cierto lo que me estaba diciendo y me vine abajo por completo:

— ¡Mari...! ¡¿Por qué lo has hecho?! — le pregunté mientras apoyaba mi cabeza en su pecho.

— Porque al menos, niña, una de nosotras tiene que ser feliz...

De esta manera, permanecimos varios minutos en un nuevo silencio, mirando a un futuro incierto.

María levantó mi cabeza, pretendiendo que la mirara a los ojos y con una sonrisa me dijo:

— ... Lauri, cariño... Me da que se te va a caer el toto de verdad...

Y nos reímos. Y esa risa fue en aumento. Y las carcajadas fueron tan grandes como cuando nos reíamos en el porche, usando la manguera. Unas risas de niñas despreocupadas. De niñas que compartían un secreto...

De hermanas que se querían un montón...

60. GRACIAS

C

omo había predicho Iván, el bebé había venido para precipitarlo todo. Sí, ya

sé que no me gusta ese verbo, pero admito que tenía razón...

Los siguientes días fueron muy duros para él y para mí, como puedes suponer. El pobre se quedó boquiabierto cuando le narré lo que me había confesado mi hermana. Sin comerlo, ni beberlo, nos vimos frente a otro dichoso test de embarazo para confirmarlo.

Y no. No había ninguna duda. El bebé resistía dentro del útero para mi fortuna. Sí, no lees mal. Por suerte aún seguía embarazada.

Por entonces no deseaba otra cosa en el mundo que dar a luz. E Iván no solo lo entendió, sino que – contagiado por mi paso al frente – tomó la difícil determinación de confesarle a Alicia que no podía continuar con ella porque se había enamorado de mí.

Su hijo David no entendió aquello y se posicionó de parte de su madre. Tal vez en el futuro pueda comprender por qué su padre tomó esa complicada decisión.

Aquella iniciativa por mi parte de traer al mundo al bebé, me forzó a decirle a Antonio Jesús lo que estaba ocurriendo. Él simplemente se limitó a decir que lo sabía desde hacía tiempo. Y admitió que nuestro matrimonio nunca debió llevarse a cabo. Al día siguiente preparó las maletas y se trasladó a Fuengirola con su hermana Concha.

Desde entonces Iván y yo vivimos juntos en el Cerro de las Viñas. Mis padres se alegraron por aquella decisión. No querían que se repitiera lo que le había ocurrido a mi hermana.

A mediados de julio, María consintió que la lleváramos al hospital para realizarle las pruebas. Y para desgracia de todos, los médicos confirmaron el peor diagnóstico posible. Tenía un tumor en el lóbulo occipital. Y lo peor, que el mismo estaba creciendo dentro de la masa cerebral y no podía ser extirpado sin causar daños severos, por lo que fue diagnosticado como inoperable.

Nos exigió saber la verdad y cuando se lo dijimos, María mostró una sonrisa de satisfacción. La muy hija de su madre quería morir... ¡Cuánto me cuesta escribir esto...!

Ella nos dijo que no quería vernos mal... Y que estaba contenta, dando gracias a Dios por habernos tenido a su lado durante toda su vida. Sin más, regresó al campo donde todos los días se tumbaba en la vieja hamaca, viendo a Pepe persiguiendo a aquel hombrecillo hasta que el sol se perdía por el horizonte...

Doce días después de aquello, María – mi pobre hermana – se hizo cenizas... ¡Oh, Dios, no veo las teclas...!

Y sí. Nos tocó repetir aquella triste ceremonia por todo el porche. Vertiéndolas en las flores, en las plantas... ¡En cualquier rincón...! Y todo ello, escuchando los lamentos de mis padres y de mi tía Rosa.

Aquello fue insoportable. Tanto, que me condujo al hospital. Y casi pierdo al bebé. De este modo, los médicos me ordenaron el reposo absoluto, a la vez que la atención psicológica necesaria para poder superar aquella pérdida tan dolorosa.

Y fue Beatriz – mi psicóloga – quien me recomendó que escribiera todo lo que me había ocurrido en ese tiempo, con un objetivo: desahogarme.

En un principio, fui reacia a escribirlo. Me pregunté de qué modo podía beneficiarme volver a recordar todo lo que has leído. Y entonces me dijeron que el bebé que esperaba era una niña. Y aquello lo cambió todo...

De repente, lo que podía escribir durante el largo reposo, tuvo un maravilloso sentido: poder explicarle a mi hija lo mucho que le debía a su tía María el que ella pudiera estar viva; así como poder decirle lo siguiente, en el caso de que yo muriese antes de que ella pudiera saber todo esto. Es por ello que me dirijo a ti, María. Ya sabes por qué te llamas así...

Hoy día guardo los colgantes de tu tía para dártelos en el momento adecuado. Todo está dispuesto para que los mismos te sean entregados, si yo te falto. Pero tenerlos conlleva una gran responsabilidad. Debes guardarlos como un tesoro. Y cuando llegue la persona adecuada, quédate con el sol y entrégale la luna a aquel que ames de verdad. Pero asegúrate. No te precipites, cariño.

Debes saber que él – o ella – siente igual que tú. ¡Eso es muy importante, vida! No cometas nuestros errores. No hay que dar pie a fingir ser feliz con

alguien que no se ama porque al final te acostumbras y vives una vida fingida.

Si en cambio – pese a lo que te escribo aquí – tienes la misma mala suerte que nosotras, piensa que a veces hay que tomar decisiones inadecuadas, precisamente porque quizás sean las más adecuadas que tomes en tu vida.

La valentía no puede ser una opción, no. Vive de forma valiente, María. De manera sencilla. Sé feliz, aunque no tengas a nadie a tu vera. Pero sea de un modo u otro – sola o acompañada – no dejes de contemplar el cielo. Con ese sol y esa luna. Y todas sus estrellas...

Queda poco para la navidad y estoy de treinta y tres semanas. Tendrías que ver la barriga que tengo. Esta tarde Iván y yo hemos estado merendando en el campo de mis padres.

Cuando mi madre recogió las tazas y los platitos, la acompañé a la cocina, pero no me dejó que le ayudara a fregar, porque el agua estaba muy fría. Seguidamente me limité a ver cómo limpiaba todo de forma concienzuda. Al mirar por la ventanita vi a nuestro vecino Pepe sentado en la vieja silla, como siempre. Sin más, quise ir a su encuentro.

De este modo, pasé por delante del salón, escuchando la charla tan animada que mi padre e Iván tenían – aunque no me preguntes de qué hablaban.

Salí al porche y me dirigí hacia la valla que separan nuestros terrenos. Puse mis manos en el alambrado, mirándole fijamente. Pepe estaba muy abrigado. Hacía mucho frío, pero no dejaba de mirar ni un solo instante aquel boquete en el árbol, cuyas ramas cargadas de hojas lanceoladas rozaban con nuestra cerca.

Algo me impulsó a hablarle:

— ... Pepe... Pepe, llevas muchos años esperando a que ese hombrecillo salga de ahí. Pero ya deberías haber comprendido que si permanece oculto, es porque no quiere que le veas...

El hombre no se inmutaba.

— ... Actuando como actúas, no le permites disfrutar de todo lo que nos rodea. No le dejas ver la luz del sol. Ni tampoco le permites contemplar los bellos colores en su plenitud. Si no quiere que le veas, es por algo, Pepe. Tal vez quiso bañarse en la acequia en verano, cuando el sol apretaba. O sencillamente quiso tomar el fresco, como hacen muchos...

Vi que se llevó la mano a los ojos, como si le dolieran.

— ... Comportándote así, solo le permites salir de noche. En la oscuridad, cuando nadie le ve. Ni tú mismo puedes verle entonces, ya que permaneces en tu casa, aguardando que llegue la luz del día para volver a molestarle con esa antigualla de silla... A nadie le importa ese hombrecillo, Pepe. Si le vuelves a ver, lo único que tendrás es razón. Y la razón no es suficiente motivo para estar aquí...

Cuando pretendía seguir con mis reproches, nuestro viejo vecino levantó su mano derecha, sorprendiéndome. Acto seguido, con su pie dibujó una raya horizontal en aquella tierra cargada de aceitunas que se habían quedado sin recoger. Y sin más, se levantó pesadamente. Al momento cogió su vieja silla de enea y de forma pausada regresó a su hogar.

No podía creerlo. Pero así sucedió. Seguí sus pasos hasta que cerró la puerta. Estaba anonadada. Había logrado que Pepe abandonara aquel despropósito.

A continuación miré el agujero del olivo centenario, unos segundos:

— Ya puedes salir, amigo...

Y de repente, el viento azotó las hojas de aquel viejo árbol, las cuales – al unísono – silbaron la palabra “gracias”...

Y comprendí que aquel era un buen momento para sonreír...

— FIN —

Índice:

1. UN PRÓLOGO DISIMULADO.	9
2. NUESTROS MUNDOS DEL REVÉS	13
3. ME FALTARON BESOS AQUELLA NOCHE	19
4. ¡¿QUÉ LE HA PASADO A MARÍA?!	23

5. UN REGALO QUE NO SE QUIERE	31
6. LAS BREVES DE CHOCOLATE	37
7. SENTADOS EN LA ESCALERA	43
8. EL VELATORIO	51
9. SÉ QUIEN ES ÉL	57
10. ALLÁ EN EL FONDO	65
11. BLANCO Y EN BOTELLA	71
12. UNA CERTEZA Y UNA NECESIDAD	77
13. CORRER TRAS UN SUEÑO	85
14. FEDER	91
15. EL MUNDO DEBE CALLAR	97
16. ¡DE CORAZÓN!.....	109
17. ¿CÓMO ALEJARNOS DE LA FUENTE?	115
18. MI AMIGA LOLE	125
19. EL HOMBRE ESCONDIDO BAJO EL ÁRBOL...129	
20. SI LLORAS MIENTRAS LLUEVE	137
21. LENGUAS INQUIETAS	141
22. FRANKENSTEIN	145
23. CUANDO OCUPÉ EL SEGUNDO LUGAR	151
24. IGNORAR LA VERDAD	161
25. LA VIDA ES UN SENCILLO VIAJE	167
26. EL DRAMA Y LA COMEDIA	175
27. LA SONRISA DE ALICIA	183
28. LA JAULA ABIERTA	189
29. UNA LLAMADA INESPERADA, EN MEDIO DE LA TORMENTA	193
30. TORNILLOS SUELTOS	197
31. FABRICANDO EXCUSAS Y PLANEANDO EL CRIMEN	205
32. NADIE ES PERFECTO	213
33. EL DÍA QUE QUISO SER DISTINTO	219
34. LA LOCURA DEL AMOR	223
35. EN LA CALLE DEL DESTINO	231
36. UNA SOGA APRETADA	239
37. UN ACTO DE AMOR	243
38. LO INADECUADO	249
39. EL QUE NO ACIERTA, FRACASA EN TODO	255
40. EL BENEFICIOSO OLVIDO	261
41. LA PÉRDIDA	267
42. ENDULZANDO	

<u>EL CAFÉ</u>	<u>279</u>	<u>43. SI QUIEN TE AMA, TE BUSCA,</u>	
<u>¡DÉJATE ENCONTRAR!</u>	<u>287</u>	<u>44.</u>	
<u>DESTROZADOS COMO UN PUZZLE</u>	<u>293</u>	<u>45. LA VISITA</u>	
<u>INESPERADA</u>	<u>299</u>	<u>46. AMARGURA</u>	
<u>.....</u>	<u>307</u>	<u>47. NO TODO ES LO QUE</u>	
<u>APARENTA</u>	<u>315</u>	<u>48. SOLA</u>	
<u>.....</u>	<u>321</u>	<u>49. ¡DIVIRTÁMONOS</u>	
<u>RODANDO!</u>	<u>325</u>	<u>50. LAS DOS ATRACADORAS</u>	
<u>.....</u>	<u>333</u>	<u>51. LA CARTA DE UN AMIGO</u>	
<u>.....</u>	<u>341</u>	<u>52. ALGO ES ALGO</u>	
<u>.....</u>	<u>345</u>	<u>53. RELOJES QUE ATRASAN CINCO</u>	
<u>MINUTOS ...</u>	<u>357</u>	<u>54. LA CONFESIÓN</u>	<u>363</u>
<u>55. FINGIR</u>	<u>371</u>	<u>56. UNA TRISTE</u>	
<u>RECOMPENSA</u>	<u>377</u>	<u>57. MANUEL</u>	
<u>.....</u>	<u>389</u>		
<u>58. IRSE A PIQUE</u>	<u>395</u>		
<u>59. NO LO ESPERABA</u>	<u>397</u>		
<u>60. GRACIAS</u>	<u>407</u>		

Este libro se terminó de imprimir en Almería durante el mes de febrero de 2017

